

JENNIFER L. ARMENTROUT

CAZADORA DE HADAS



Lectulandia

Las cosas están a punto de ponerse muy complicadas en Nueva Orleans.

Ivy Morgan no es una universitaria cualquiera, ni su vida es tan tranquila como podría ser la de una chica de su edad... Ella pertenece a la Orden, una organización secreta encargada de combatir hadas y otras criaturas diabólicas que se mueven por el Barrio Francés de Nueva Orleans. Cuatro años atrás, esas criaturas le arrebataron a las personas que amaba... Y desde entonces no puede permitirse querer a nadie. En un trabajo como el suyo los vínculos emocionales están prohibidos.

Entonces aparece Ren Owens, con sus ojos verdes y su metro noventa de tentación, a desestabilizar las barreras que ella misma se había impuesto... Y es que Ren es la última persona que Ivy necesita en su vida. Bajar la guardia con él es tan peligroso como ir a la caza de las hadas infernales que asolan las calles.

Ivy necesita algo más que las exigencias de su deber, pero ¿valdrá la pena abrir su corazón? ¿O quizás el hombre, que reclama su alma y su corazón, podría causarle más daño incluso que los seres antiguos que amenazan la ciudad?

Lectulandia

Jennifer L. Armentrout

Cazadora de hadas

La cazadora de hadas - 1

ePub r1.0

Titivillus 14.04.16

Título original: *Wicked*
Jennifer L. Armentrout, 2014
Traducción: Rosa Arruti

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Este libro es para ti, lector. Sin ti, este libro no sería posible.
Nada de esto lo sería.*

El sudor me salpicaba la frente. Tenía mechones de cabello pelirrojo pegados al cuello y las piernas empapadas como si hubiera estado en una sauna. Estaba convencida de que sudaba a chorros entre los pechos, lo cual me irritaba lo suficiente como para emprenderla con alguien a tortazos o directamente empujarlo al tranvía.

El calor era tan pegajoso y húmedo que empezaba a creer que Nueva Orleans constituía uno de los siete círculos del infierno y que la terraza exterior del Palace Café era la entrada. O la sala de espera.

Una gota gorda de sudor me resbaló desde la punta de la nariz hasta el libro de texto «Filosofía de Persona Humana», dejando un circulito húmedo en medio del párrafo, apenas distinguible a través del brillo de sudor que me cegaba.

Siempre había pensado que faltaba un «la» en el nombre de mi asignatura. Debería ser «Filosofía de la Persona Humana». Pero, oh, no, en Loyola iban de otro palo.

La mesita vibró sobre las patas cuando un gran vaso de café con hielo apareció de golpe delante de mi libro.

—¡Para ti!

Alcé la vista por encima de las gafas de sol con la boca hecha agua como si fuera uno de los perros de Pavlov. Valerie Adrioux se dejó caer en el asiento de enfrente, sosteniendo mi café como si su mano fuera una zarpa. La mezcla de sangre española y africana agradecía a Val con un tono de piel absolutamente precioso, un intenso y perfecto matiz bronceado; le quedaban de miedo los naranjas, azules y rosas intensos, y cualquier puñetero color del arco iris.

Como hoy, que llevaba una blusa vaporosa, naranja sin espalda, que desafiaba la gravedad, combinada con un collar púrpura. Y al bajar la vista detecté la falda de vuelo turquesa. Parecía salida de un catálogo de chic urbano. Si yo me atrevía con algún otro color que no fuera negro, gris o tabaco parecía fugada de un manicomio.

Me enderecé en la silla, pasando por alto cómo se pegaban mis muslos a ella, e hice amago de agarrar el café helado.

—Dámelo.

Ella arqueó la ceja. Bajo la luz del sol, el pelo de Val adquiría un brillo de caoba quemada. Precioso. El mío parecía un coche de bomberos. Daba miedo. Fuera cual fuese el grado de humedad, su cabeza llena de tirabuzones estaba siempre genial. Guapa, ya lo he dicho. Entre los meses de abril y noviembre, mis rizos se volvían perezosos y formaban una onda encrespada. Daban miedo, como también he dicho antes.

A veces quería odiarla.

—¿Nada que añadir a eso? —preguntó.

Hoy era una de esas veces.

—Dámelo... ¿preciosa mía? —añadí.

Hizo una mueca risueña.

—Inténtalo otra vez.

—¿Gracias?

Meneé los dedos en dirección al café y ella negó con la cabeza.

Dejé caer las manos sobre el regazo con un suspiro de cansancio.

—¿Puedes darme alguna indicación de lo que quieres oír? También podríamos jugar a los acertijos, a que te quemas o lo que sea...

—Aunque me encanta jugar casi siempre, esta vez voy a pasar. —Alzando el café entre nosotras dos, me dedicó una amplia sonrisa—. La respuesta correcta sería: «Te adoro tanto por traerme un café con hielo que haría cualquier cosa por ti». —Meneó las cejas—. Sí, eso suena bastante bien.

Recostándome en la silla, me reí mientras empujaba con el pie el asiento vacío a mi derecha y estiraba los músculos. La razón de que sudara tanto probablemente era que llevaba puestas unas botas con cordones que casi me llegaban hasta la rodilla pese al calorazo insoportable, pero aquella noche trabajaba y las chancletas no eran prácticas para hacer según qué cometido, ni para ocultar las cosas necesarias para realizarlo.

—Sabes que puedo patearte el culo sin despeinarme y quedarme con el café, ¿verdad?

Me dedicó una mueca con el labio inferior.

—Eso no es demasiado cariñoso, Ivy.

Le sonreí.

—Te doy la razón. Podría mandarte rebotando por la calle Canal de una patada ninja en el culo.

—Quizá sí, pero nunca lo harías porque soy la amiga más amiga que tienes en el mundo mundial —dijo con otra gran sonrisa.

Y tenía toda la razón.

—Vale. No es tan difícil lo que quiero de ti.

Movió próxima a su boca la pajita que sobresalía de su café con hielo, y yo gemí.

—No, en absoluto —añadió.

—¿Qué quieres?

Mi segundo gemido se perdió entre el zumbido de pisadas transitando junto al café y el sonido de sirenas que con toda probabilidad se dirigían hacia el Barrio Francés.

Val se encogió de hombros.

—Tengo una cita el sábado por la noche... una cita ardiente. Bien, espero que lo sea, pero Daniel me ha puesto en el turno de noche para vigilar el Barrio o sea que...

—O sea que... déjame adivinar...

Me estiré hacia atrás con los brazos colgando por detrás del respaldo. No era la postura más cómoda, pero servía para orearse.

—¿Quieres que haga tu turno en el Barrio... el sábado por la noche? En septiembre. ¿De lleno en el infierno de turistas?

Meneó la cabeza con un asentimiento entusiasta.

—Por favor, preciosa, por favor.

Entonces agitó el café con hielo y los cubitos vibraron tentadores dentro del vaso de plástico.

—¿Por favor? —insistió.

Mi mirada se desplazó desde aquel rostro esperanzado al café helado y ahí se quedó.

—Claro. ¿Por qué no? No es que yo tenga alguna cita ardiente esa noche.

—¡Bravo!

Me acercó el café y yo lo atrapé en el aire medio segundo antes de que lo dejara caer. Un instante después, lo sorbía feliz, totalmente transportada a un paraíso gélido de cafeína.

—Sabes bien —empezó a decir, colocando los codos en la mesa— que tú también podrías tener una cita de estas si, digamos, te molestaras en quedar con alguien al menos una vez al año o así.

Pasé por alto el comentario y seguí sorbiendo a una velocidad que podía congelarme el cerebro.

—Eres muy guapa, a pesar de ese pelo.

Describió un círculo siguiendo el contorno de mi cabeza como si yo no supiera que parecía un bastoncillo de algodón con tanto pelo amontonado ahí.

—Y tienes unas tetas que molan de verdad —añadió—, y ese culo que todo el mundo quiere sobar. Hasta yo me enrollaría contigo.

Seguí sin hacerle caso mientras un dolor sordo empezaba a torturarme tras los ojos. Tenía que beber más despacio el café, pero estaba demasiado bueno el condenado.

—¿Al menos te gustan los tíos, no, Ivy? Ya sabes, yo juego en los dos equipos, y estoy más que dispuesta a echarle una mano a una amiga.

Entorné los ojos y al instante hice un gesto de dolor. Dejé el café y me apreté la frente con la palma.

—Oh.

Val soltó un bufido.

—Me gustan los tíos —refunfuñé mientras esperaba a que la gélida sensación punzante se desvaneciera—. ¿Y podríamos dejar de hablar de tíos o de opciones sexuales o de echarme una mano? Porque de esta conversación pasaremos a comentar la ausencia de orgasmos en mi vida y de cómo necesito quedarme en bolas con un tío cualquiera que encuentre en la calle, y no estoy de humor para eso.

—Entonces, ¿de qué quieres hablar?

Dando un traguito al café, la observé.

—¿Cómo es posible que no estés sudando?

Val inclinó la barbilla y se rio tan alto que una pareja mayor que pasaba por allí, con riñoneras idénticas, se la quedó mirando.

—Encanto, he nacido y me he criado en Louisiana. Los orígenes de mi familia se remontan a los colonos franceses originales...

—Bla, bla... ¿Significa eso, de algún modo, que tienes la capacidad mágica de volverte absolutamente resistente al calor mientras yo me muero de asfixia?

—Aunque te saquen del norte, el norte seguirá contigo...

Solté un bufido al oír eso. Era cierto. Hacía tres años que yo me había trasladado a Nueva Orleans desde el norte de Virginia, pero no me había adaptado aún al clima.

—¿Sabes lo que daría por una ventisca polar ahora mismo?

—No lo cambiarías por un poco de sexo, seguro que no.

La descolocaba. Con sinceridad, yo misma no sabía por qué no me olvidaba ni un día de tomar la píldora anticonceptiva. Supongo que era una costumbre desde los tiempos en que eso me preocupaba.

Val soltó una risita mientras se inclinaba sobre la mesa con sus ojos marrones oscuros inspeccionando mi libro de filosofía.

—No entiendo por qué vas a la uni, la verdad.

—¿Y por qué no?

La mirada en su rostro sugería que el calor me había frito unas cuantas neuronas.

—Ya tienes un trabajo, extraordinariamente bien pagado, y en realidad no necesitas buscar otro tipo de ocupación como les pasa a otros. Aparte de eso, no ofrece demasiadas ventajas. Y probablemente tenemos la vida laboral más breve de todos los empleos, sin contar los relacionados con descenso sin paracaídas, motivo de más para no malgastar el tiempo en esas chorradas.

Mi respuesta fue encogerme de hombros. Para ser sinceros, no estaba segura de por qué había empezado a ir a Loyola hacía un año. Tal vez por aburrimiento. Tal vez por la extraña necesidad de hacer algo que también hiciera la mayoría de la gente de veintiún años. O quizás era algo más profundo, fuera lo que fuese, lo que me motivó a meterme en sociología, con psicología como opcional. Jugaba con la idea de ser trabajadora social; sabía que era capaz de hacer ambas actividades si quería. Tal vez tuviera que ver con lo que le había pasado a...

Aparté aquellos pensamientos. No había necesidad de volver a eso hoy, ni ningún otro día. El pasado era pasado, muerto y enterrado con mi familia al completo.

Pese al calor achicharrante, me estremecí. Val tenía razón de todos modos. Nuestra vida laboral podía ser de una brevedad brutal. Desde mayo habíamos perdido tres miembros de la Orden: Cora Howard, de veintiséis años. La mataron en Royal, partiéndole el cuello. Vincent Carmack, de veintinueve años. Encontró el final en Bourbon, le abrieron la garganta. Y Shari Jordan, treinta y cinco, muerta hacía solo

tres semanas, también con el cuello partido. La encontraron en la zona industrial de las lonjas. Las muertes eran algo habitual, pero tres en los últimos cinco meses nos tenía a todos inquietos.

—¿Estás bien? —preguntó Val ladeando la cabeza.

—Sí. —Seguí con la mirada un tranvía que pasaba—. Trabajas esta noche, ¿verdad?

—¡Afirmativo, señor!

Apartándose de la mesa, dio unas palmadas y se frotó las manos.

—¿Hacemos una apuesta amistosa?

—¿Sobre qué?

Su sonrisa se volvió más traviesa.

—A la una de la madrugada me los habré cepillado a todos.

Un hombre mayor que pasaba arrastrando los pies junto a nuestra mesa dirigió a Val una mirada extraña y luego aceleró el paso, aunque para ser sinceros podían oírse chorradas más raras en las calles de Nueva Orleans, sobre todo si te encontrabas apenas a unas manzanas del Barrio Francés.

—Trato hecho. —Apuré el café—. Espera. ¿Qué me llevo por ganar?

—Si ganas —me corrigió— te traeré café helado toda una semana. Si gano yo, tú te encargas de... —Bajó la voz entrecerrando los ojos—. Miren, miren lo que tenemos aquí —dijo y alzó la barbilla haciendo una indicación.

Me volví con el ceño fruncido y vi de inmediato de qué hablaba Val. Inspiré con la respiración entrecortada mientras doblaba la pierna derecha para tener la bota más cerca de la mano. Aquella chica era inconfundible.

Para la mayoría de los humanos, digamos que el noventa y nueve por ciento, la mujer que andaba por la calle Canal, con un ondulante vestido hasta los pies, parecía una persona normal y corriente. Tal vez una turista. O posiblemente alguien del lugar, de compras un miércoles por la tarde. Pero Val y yo no éramos como la mayoría. Cuando nacíamos nos recibían con un montón de parrafadas conjurando el peligro de dejarse seducir. Porque nosotras veíamos lo que otros no podían ver.

Precisamente veíamos el monstruo tras aquella fachada normal.

Esa criatura era una de las cosas más mortíferas conocidas por los humanos desde el inicio de los tiempos.

Las gafas de sol le protegían los ojos; por algún motivo su raza era sensible a la luz solar. Su verdadero color de ojos era azul clarísimo, un tono que filtraba todo reflejo. Pero mediante el empleo de la seducción, una magia oscura, su especie podía decidir qué veían los humanos. Así conseguían todo tipo de rasgos, formas y tamaños. Esta era rubia, alta y esbelta, casi delicada, pero tal apariencia era engañosa en extremo.

No había en este mundo un solo humano o animal más fuerte o rápido, y sus talentos incluían todo tipo de tácticas, desde la telequinesis a la propagación de incendios destructivos con un roce de la punta de sus dedos. Pero el arma más

peligrosa era su habilidad para someter a los mortales a su voluntad, esclavizándolos. Los faes, o hadas, necesitaban humanos. Alimentarse de mortales era la única manera de ralentizar su proceso de envejecimiento, hasta alcanzar una vida comparable a la inmortalidad.

Sin los humanos, envejecían y morían igual que nosotros.

A veces jugaban con sus víctimas chupándoles la sangre durante meses, incluso años, hasta no quedar nada más que una sombra de lo que eran antes. Cuando procedían así, envenenaban el cuerpo y la mente del ser humano hasta convertirlo en algo que resultaba tan peligroso e impredecible como los propios faes. Pero a veces se limitaban a asesinar a sus víctimas. Gente como Val y como yo no teníamos ninguna protección de nacimiento que nos librara de que las hadas nos chuparan la sangre ni de los efectos que esto conllevaba; aun así siglos atrás se descubrió una cosa sencilla y básica que conseguía anular su capacidad manipuladora.

Por extraño que fuera, nada resultaba más demoledor que un puñetero trébol de cuatro hojas.

Cada miembro de la Orden llevaba uno. Val revestido en el brazalete. El mío iba dentro de un collar con un ojo de tigre de piedras semipreciosas. Lo portaba incluso cuando me duchaba y dormía, pues había aprendido por experiencia que en ningún lugar se estaba segura al cien por cien sin el trébol.

Gracias a que no nos afectaba la seducción de los faes, no nos pasaban desapercibidos, y tras detectarlos les dábamos caza. Sus formas verdaderas eran al mismo tiempo hermosas e inquietantes. Piel de tonos plateados, casi como nitrógeno líquido, e increíblemente lisa. Su belleza tenía una perfección irreal, con pómulos angulosos y altos, labios carnosos y ojos rasgados hacia los extremos exteriores. Todo lo relativo a su forma verdadera era tan fascinante que daba pavor, hasta el punto de que resultaba difícil apartar la vista. Lo único en lo que acertaban los mitos y leyendas era en sus orejas levemente puntiagudas.

—Putas hadas —farfulló Val.

Coincidía exactamente con mis sentimientos, dado que los faes me lo habían arrebatado todo. No solo una vez sino dos, y los detestaba con la pasión de diez mil soles abrasadores.

Aparte de las orejas, los faes no eran en absoluto como los dibujaba Disney o como los describía Shakespeare en tantas historias. Ellos, al igual que sus parientes lejanos, no pertenecían a este mundo. Hacía mucho, mucho tiempo, habían descubierto una manera de cruzar la división entre el reino de los mortales y el suyo, lo que se conocía como el Otro Mundo. Las cortes de Verano e Invierno, si es que existieron alguna vez, se habían disuelto, y solo quedaba un único grupo gigantesco con un solo objetivo realmente espantoso y del todo típico.

Querían dominar el mundo de los mortales.

Y nuestro cometido era mandarles de regreso al Otro Mundo. O matarles. Lo que fuera más rápido.

El problema era que ninguna de las dos cosas resultaba fácil de conseguir, y entretanto ellos habían logrado inmiscuirse en todos los ámbitos del mundo mortal.

Cuando aquella hada pasó junto a nuestra mesa, Val le sonrió, toda inocencia amistosa, y la criatura le devolvió una sonrisa forzada, pues no sospechaba ni por asomo que nosotras viéramos a través de todo aquello.

Val me miró y me guiñó el ojo:

—Esa es para mí.

Cerré el libro de texto de golpe.

—No es justo.

—La he visto antes.

Se levantó y se pasó la mano por el amplio cinturón de cuero que llevaba sobre la falda.

—Nos vemos luego. —Empezó a volverse—. Oh, y en serio, gracias por lo del sábado por la noche. Echaré un polvo y tú podrás conseguir placer indirectamente a través de mí.

Me reí mientras guardaba el libro en la mochila.

—Gracias.

—Siempre hay que pensar en los demás. Paz, hermana.

Se volvió y rodeó con facilidad la otra mesa antes de desaparecer entre la muchedumbre que abarrotaba la acera.

Val alcanzaría a la fae y la atraería hacia un lugar donde pudiera deshacerse de ella rápidamente, sin que el resto de la población presenciara lo que podría parecer un asesinato a sangre fría.

Las cosas en realidad se ponían feas deprisa cuando un ser humano se topaba inesperadamente con tal carnicería.

Aparte de los mortales que los faes mantenían cerca de ellos por un montón de motivos infames, la mayor parte de la población no tenía ni idea de que existían, pese a estar por todas partes. Y en ciudades como Nueva Orleans, donde todo un montonazo de gente rara deambulaba sin que nadie pestañeara, resultaban una verdadera plaga.

Mientras alzaba la mirada y observaba las palmeras oscilantes, me pregunté cómo sería andar por la calle como una persona cualquiera. Vivir, digamos, en la bendita ignorancia. Si yo hubiera nacido en alguna otra familia diferente a la mía, muchísimas cosas serían distintas.

Con toda probabilidad, terminaría la carrera en primavera y contaría con un buen grupo de amigos unidos por los recuerdos y no por los secretos. Incluso podría tener —ah— novio.

Novio.

De inmediato se desvaneció la abarrotada calle en la que me encontraba sentada. Solo estábamos yo y... Dios; habían pasado tres años y aún me atormentaba pensar en Shaun, y no me costaba pensar en sus ojos marrones, tan conmovedores. Algunos

de los detalles empezaban a desvanecerse, la imagen de su rostro comenzaba a borrarse, pero el dolor no remitía.

Una semilla de tristeza arraigó en lo más profundo de mi estómago, y la pasé por alto con desesperación. Porque, ¿qué solía decir mi madre? No mi madre verdadera; yo era demasiado pequeña cuando la mataron como para recordar algo de ella. Mi madre adoptiva —Holly— solía decir que si los deseos fueran peces, todos echaríamos la red. Era una cita que ella había leído en algún libro, y que yo traducía a mi aire: no tenía sentido perder el tiempo con los deseos.

Al menos yo lo interpretaba así.

No porque ignorara lo importante que era mi trabajo, mi deber. Pertenecer a la Orden, una organización extendida que transmitía sus amplios conocimientos a través de las familias, generación tras generación, significaba que mi vida tenía más significado que la de la mayoría.

O eso decían.

Cada uno de nosotros estaba marcado con un símbolo que representaba nuestra pertenencia a la Orden, un tatuaje consistente en tres espirales entrelazadas que recordaba un diseño precelta. No obstante, los nuestros tenían tres líneas rectas debajo. Se había adoptado como el símbolo de libertad de la Orden.

Libertad para vivir sin miedo. Libertad para tomar nuestras decisiones. Libertad para prosperar.

Llevaba el mío cerca del hueso de la cadera. Ninguno de nosotros lo llevaba en una zona visible para los mortales o los faes.

Por lo tanto, lo que hiciera con mi vida era importante. Eso lo entendía bien. La Orden era mi familia. Y no lamentaba nada de lo que hubiera hecho o las cosas a las que hubiera renunciado. Aunque la gran mayoría de la gente no imaginaba lo que la Orden y yo estábamos haciendo, sabía que con mi vida cambiaba las cosas. Estaba salvando vidas.

Era una ninja con muy mala leche cuando quería.

Eso devolvió la sonrisa a mis labios.

Echándome la mochila al hombro, cogí el vaso del café vacío y me levanté de un salto. Era hora de trabajar.

El fae que detecté en el exterior de un bar de la calle Bourbon me recordaba a Daryl Dixon de *The Walking Dead*. Lo cual en realidad era un mal rollo, pues tenía que matarle.

Vestía una camisa color habano abotonada hasta arriba, con las mangas cortadas por los hombros y los extremos deshilachados, y vaqueros muy gastados a la altura de las rodillas. Tenía ese punto extrañamente provocador de sureño reaccionario, sobre todo por el corte de pelo enmarañado.

De todos modos, su tono de piel plateado y las orejas puntiagudas estropeaban por completo la estética sureña.

De hecho, viéndolo entrar y salir de los bares de la calle Bourbon, me recordaba a un turista, pues salía de cada local con una nueva bebida en la mano. Según los rumores, el alcohol humano no afectaba a los fae, pero la belladona, una planta tóxica para los seres humanos, funcionaba con ellos igual que el alcohol.

Después de verle con tantos vasos durante la última hora empecé a sospechar que cada uno de esos bares podría tener un camarero fae, pues caminaba como si estuviera como una cuba mientras se alejaba andando de Bourbon y pasaba junto a la Gumbo Shop.

Anoté mentalmente que debía llamar a David Faustin, jefe de la rama de la Orden en Nueva Orleans, para ver si otros miembros habían comentado algo sobre la belladona servida en bares de humanos. Pero antes debía ocuparme de ese colgado parecido a Daryl Dixon.

No podía acercarme al fae sin más y liarme a puñaladas delante de toda la gente. No quería pasar la noche en comisaría. De nuevo. La última vez que alguien me vio liquidar a un fae llamó a la policía, y aunque no encontraron cadáver alguno, yo iba cargada de armas y digamos que resultó difícil de explicar.

Y además, tampoco quería escuchar a David refunfuñando sobre cuántas cuerdas tuvo que tocar y bla bla.

Para cuando el fae se metió dando tumbos por un callejón yo ya estaba a punto de convertirme en un charco de sudor. Aleluya, joder, ya era hora. Me moría de hambre y por todas partes veía buñuelos con mi nombre escrito. Siendo miércoles por la noche, no eran demasiados los faes que rondaban por la ciudad, o sea, que iba a perder por completo la apuesta con Val.

El fin de semana era una historia bien diferente. Había más mortales con los que liarse, y les resultaba más fácil salirse con la suya, por lo tanto había faes a patadas.

Como las cucarachas que correteaban de noche o así.

El fae pasaba desapercibido entre las sombras densas de las callejuelas estrechas, y yo no hice ruido mientras lo seguía, manteniéndome pegada a las paredes húmedas de ladrillo. Soltando las correas de la mochila, gemí cuando el fae se detuvo a medio camino de la calleja para situarse de frente al edificio.

Bajó la mano hasta la bragueta.

¿En serio iba a mear? ¿De verdad? Ahg, eso no estaba incluido en la lista de cosas que quería oír o ver esta noche. ¿De verdad podía matar a eso mientras echaba una meada? Parecía poco deportivo dar una patada a un tipo con los pantalones bajados.

De todos modos no iba a esperar a que acabara su asunto. Por la manera en que se movía, iba a tardar diez minutos en bajarse la cremallera del todo.

Con la mirada puesta en el fae, me agaché y deslicé la mano por el lado no operativo de la estaca de hierro que tenía fija dentro de la bota. El poder destructivo del hierro era colosal con los faes. Jamás se acercaban a ese metal. El simple contacto

los marcaba, y si apuñalabas a uno en el centro del pecho, no lo mataba sino que lo mandaba directamente de regreso a su mundo.

No obstante, separar las cabezas de sus cuerpos acababa con ellos. Para curarse en salud.

Pero mandarlos al Otro Mundo era suficiente, gracias a Dios, porque obviamente cortar cabezas era un pringue y un curro asqueroso. Los portales, ocultos por todas partes, eran los accesos entre nuestros mundos. Llevaban siglos cerrados, pero seguían bien protegidos. Enviarlos de regreso era un viaje sin retorno.

Me aparté del edificio con la estaca en la mano mientras avanzaba deprisa por el callejón. A mi espalda oía el zumbido de la ajetreada calle, de conversaciones apagadas y el rumor distante de risas.

Rodeé con fuerza la estaca mientras el fae movía las piernas separando los muslos. No hice ruido al acercarme a él, pero algún tipo de instinto inherente le alertó de mi presencia. Los faes no nos percibían, pero sabían que la Orden andaba cerca.

Se giró por la cintura y sus lechosos ojos azules encontraron los míos, pero estaban desenfocados. La confusión salpicó sus impresionantes rasgos.

—¡Hola! —dije alegremente ladeando el brazo hacia atrás.

Su mirada saltó a mi mano y suspiró:

—Joder.

Pese al estado de embriaguez y a estar a punto de mear, la rapidez del fae era acojonante. Girándose en redondo, desvió el golpe con un brazo y levantó la rodilla. Volviéndome deprisa a un lado, evité por los pelos una patada en el estómago.

No bajé la vista para ver hasta dónde se había bajado la bragueta, brinqué hacia delante y me agaché bajo el brazo con el que arremetió. Colocándome de un salto tras él, planté el pie en el centro de su espalda.

El fae soltó un gruñido mientras daba un paso tambaleante y luego se volvió cuando yo me adelanté veloz y lista para poner fin a todo esto. Giré la mano en la que llevaba la estaca. El extremo afilado se encontraba apenas a dos centímetros de su pecho cuando él escupió:

—Todo tu mundo está a punto de acabarse. Él...

Le clavé la estaca de hierro hasta el fondo, interrumpiendo así sus palabras. Atravesó su piel como si fuera del tejido más barato. Durante un segundo, se mantuvo intacto del todo y abrió la boca para soltar un aullido agudo que sonó como un coyote atropellado por un camión Mack.

¡Vaya pedazo de dentadura afilada!

Mostró cuatro incisivosafiladísimos y alargados. Alcanzaron su labio inferior y me recordaron a un macairodo mutante. Los faes podían morder. No era agradable. De hecho, todas las criaturas del Otro Mundo tenían tendencia a pegar bocados.

Retrocediendo de un brinco, bajé la estaca mientras el fae parecía succionado por sí mismo. Desde lo alto de su cabeza greñuda hasta sus zapatillas, se plegaba como una pelota de papel arrugándose, pasando de una estatura de más de metro noventa al

tamaño de mi mano antes de que se oyera un estrépito, como los estallidos de algunos fuegos artificiales, y un destello de luz intensa.

Luego no pasó nada.

—Como últimas palabras, ha sido un poco cliché y torpe —dije en dirección al punto donde se hallaba el fae—. He oído cosas mejores.

—Seguro que sí.

Al oír aquello me di media vuelta con el corazón acelerado en el pecho. Mi cabeza se vio asaltada por visiones de noches en los calabozos de la ciudad. Pese al hecho de que probablemente me habían pillado in fraganti, me guardé la estaca en la espalda.

Por suerte no era un miembro de la fuerza pública quien estaba de pie en la entrada del callejón, sino un hombre con pantalones negros y camisa blanca. Pero verle adelantarse perezoso como si hubiera salido a dar una vuelta a medianoche, no me produjo alivio.

Era obvio que aquel menda me había visto apuñalar al fae. Solo podía significar dos cosas. O bien pertenecía a la Orden pero no era parte de la rama de Nueva Orleans pues yo no le reconocía, o era un sirviente del fae, un humano embelesado por él. Llegaban a ser igual de peligrosos.

Y cuando los apuñalabas, no montaban el numerito amanerado de la desaparición inmediata. Sangraban. Morían como cualquiera. A veces despacio. No existían directrices en la Orden sobre no matar humanos porque era un mal necesario a veces, pero tenía que causar una impresión fuerte matar a uno.

Mis dedos se contrajeron alrededor de la estaca.

Por favor, no seas un sirviente. Por favor, no seas más que un majara convencido de que soy su hijastra pelirroja o algo así. Por favor. Por favor.

—¿Necesitas algo? —pregunté incorporándome.

El hombre ladeó la cabeza. Oh, esto no me gustaba. Cada músculo de mi cuerpo entró en tensión. Había recorrido ya unos cuantos metros desde la entrada del callejón, y entonces lo vi.

Ojos azules claros, decolorados, rasgados en los extremos exteriores: ojos de fae. Pero su piel no era plateada. Era de un intenso color aceitunado que destacaba en contraste con el pelo rubio, tan claro que parecía casi blanco, y largo, largo como el de Legolas en *El señor de los anillos*.

Legolas molaba bastante.

De acuerdo. Yo también necesitaba centrarme porque ese pavo era peligroso. Cada instinto en mí me disparaba las alarmas. Di un paso hacia atrás y observé al recién llegado. No había encanto de fae en este tipo, y no veía en él la típica mirada vidriosa que exhibían los sirvientes. Parecía humano, pero no. Y algo en él anunciaba que no iba a mostrarse amistoso tal y como a mí me gustaría.

El hombre sonrió al alzar el brazo. Como por arte de magia, un arma apareció en su mano. Sin más. Una mano desnuda segundos antes, ahora esgrimía un arma.

¿Qué demonios pasaba aquí?

—Ojalá pudieras ver tu expresión ahora mismo —dijo, y entonces bajó el arma, apuntándola directamente hacia mí.

El hombre que me apuntaba con un arma no era humano, pues hasta donde yo sabía aún no teníamos habilidades tan impresionantes que nos permitieran hacer aparecer armas de la nada. No pensaba ni que tan siquiera los faes pudieran hacer eso.

Pero este hombre, esta cosa, tenía que ser un fae.

—Eso no mola.

Retrocedí sin molestarme ya en ocultar la estaca.

—Es de mal gusto sacar un arma en medio de una pelea con puñales —le dije.

Aquella cosa se rio y el sonido fue tan gélido como el invierno en el norte. Sin humor. Sin empatía ni humanidad.

—Sería de lo más estúpido dejarte andar tras de mí y apuñalarme como has hecho con el último.

—En eso llevas razón.

Fui retrocediendo poco a poco mientras el corazón aporreaba en mi pecho. Me estaba aproximando al otro extremo del callejón. Solo me quedaba una opción.

No eres un fae normal.

Apareció una sonrisa forzada.

—¿Y me dirás que tú no eres más que una pobre bestia?

—¿Qué eres?

Pasé por alto el tono despreciativo con el que los faes se dirigían a los humanos. Pobre. Bestia. Para ellos no éramos más que su alimento. Nada más. Me habían llamado cosas peores.

Abrió la boca, y aquel segundo de distracción fue lo que yo necesitaba. Tal como había practicado un centenar de veces antes, me centré y ladeé hacia atrás el brazo. Dando un paso hacia delante, hice volar la estaca.

Dio en el blanco, como yo bien sabía que iba a suceder.

El extremo puntiagudo se incrustó a fondo en el pecho de la cosa, obligándole a retroceder un paso. Una sonrisa de satisfacción separó lentamente mis labios.

—Espera, ahora ya sé qué eres: un fae muerto.

Bajó la mirada y elevó un poco los hombros con un suspiro profundo de irritación.

—¿De verdad?

Se detectaba malestar en su tono cuando levantó la mano libre y procedió a sacarse la vara del pecho, que arrojó a un lado. Abrí mucho los ojos mientras resonaba sobre el asfalto.

—¿Me crees tan débil, pobre bestia?

Vaya flipe.

Los faes no hacían eso. No podían hacerlo. Pero este sí, y la situación pintaba tan mal que no tenía gracia alguna. Hice lo único que me quedaba por hacer: demostrar que no era una bestia estúpida. Si no estás segura de poder ganar una pelea con un fae, cuando hay dudas... sal por piernas.

Me volví y eché a correr.

Eso es lo que nos enseñaban a hacer cuando hay tanta mierda por todas partes que, mala suerte, no ves más que mierda. Una buena guerrera sabía retirarse a tiempo, y este era uno de esos momentos, estaba claro.

La mochila me golpeteaba en la espalda cuando puse pies en polvorosa, cogiendo velocidad mientras me acercaba a la estrecha salida del callejón. Algo reventó en mi espalda y casi de inmediato un dolor intenso explotó a lo largo del costado izquierdo de mi estómago, obligándome a expulsar el aire de los pulmones.

¡El muy cabrón me había disparado!

Durante un momento no pude ni creerlo. No era posible que me hubiera disparado con una bala de verdad de un arma de verdad. Pero el dolor me decía que sí.

Perdí el paso, pero no me detuve. En todo caso corrí más rápido, apreté la marcha aún más. El dolor aullaba por todo mi cuerpo y sentía como si llevara una cerilla encendida pegada al costado. Salí de la entrada del callejón sin mirar atrás.

Esquivando borrachos y turistas, me metí como una flecha por la acera abarrotada, sin dejar de correr mientras hundía la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros cortados y sacaba el móvil. Cruzando la calle Royal, tecleé el nombre de David y apenas pude oír el teléfono sonando con todo el ruido de mi corazón aporreando y el tráfico de la calle. Necesitaba contarle lo que había pasado, cómo este fae no requería de ninguna seducción y había sacado un arma de la nada. Esto era demasiado, un cambio total en las reglas del juego.

El teléfono sonó y sonó hasta que corté la llamada con una maldición. Con el móvil en la mano, bajé el ritmo, no porque quisiera, sino porque sentía un hormigueo en la punta de los pies y me faltaba el aliento.

Nunca antes me habían disparado. ¿Apuñalado? Sí. ¿Zarandeado por ahí? Desde luego. ¿Casi pegado fuego? Eso también. Pero dispararme... vaya, esto era una putada de dimensiones colosales.

Con la otra mano me apreté el estómago mientras rodeaba a dos tipos en edad universitaria que estuve a punto de derribar. Con expresión de dolor, mi visión fluctuó por un segundo y luego regresó difusa antes de poder volver a ver con claridad.

¡Oh, cielos!

Dudando de que pudiera llegar a un hospital a tiempo, me metí a la izquierda para coger Dauphine Street. El cuartel general de la Orden se encontraba en St. Phillips, encima de una tienda de regalos propiedad de la Orden llamada Mama Lousy, que vendía todo tipo de objetos vistosos de hierro en medio de una cantidad obscena de

falsas chorradas vudú y auténticas especias y pralinés de *naulíns*^[1].

Dios, me hubiera encantado un praliné en aquel momento. Me metería incluso dos en la boca.

Si no fuera porque había muchas posibilidades de que me estuviera desangrando.

En la parte posterior de mi cabeza, pensaba que podría haber sido buena idea hacer una llamada a Val, pero no quería preocuparla. De cualquier modo, estaba tan cerca de la Orden que solo tenía que seguir andando.

Respiraba con dificultad, y notaba mi mano pegada al estómago demasiado mojada y pegajosa, pero mientras escudriñaba el edificio de tres pisos de fachada borgoña intenso con su intrincada verja de hierro forjado y espesos arbustos de helecho, me dije que podía conseguirlo. Un par de pasos más y me encontraría bien. La herida no podía ser tan seria. Dudaba que hubiera conseguido llegar tan lejos si lo fuera. Doc Harris estaría ahí. Dado que tenía un apartamento pequeño de una habitación en el segundo piso, siempre estaba ahí.

El resto del camino fue un borrón de caras y sonidos. Cerrada ya a estas horas, la tienda estaba oscura e inhóspita cuando pasé junto a la entrada para llegar hasta la puerta lateral. Agarré la manilla con mano temblorosa, la abrí con brusquedad y entré dando traspiés en la escalera poco iluminada jadeando mientras el dolor se volvía constante y apagado.

No quería, pero debía parar un momento antes de subir las malditas escaleras. Parecían tan largas, y era como si la puerta se encontrara a un kilómetro de distancia. Gritar no tendría sentido. El vestíbulo estaba insonorizado, igual que las habitaciones superiores.

—Sube esas escaleras, Ivy —me dije—. Sube esas malditas escaleras.

Poner un pie delante del otro fue duro. Avancé seis escalones antes de que el sudor en mi frente se enfriara y aparecieran estallidos diminutos y fríos de luz blanca danzando ante mis ojos. Eso no podía ser nada bueno.

Los escalones aumentaron rápidamente como aproximados por un teleobjetivo y mis rodillas se volvieron de gelatina. Me agarré con una mano antes de darme de bruces, luego noté el brazo todo tembloroso y sin tiempo a saberlo me encontré cayendo de espaldas deslizándome un par de escalones. Ni siquiera me enteré del dolor de la caída traqueteante.

Maldición, tanto avanzar para nada.

El móvil vibró en mi mano. Tal vez fuese David que por fin devolvía la llamada. O podría ser Val restregándome por la cara que ya se había cargado a dos, tal vez a tres. Y aquí estaba yo, sangrando sobre los peldaños que olían como a azúcar glasé... y pies.

Uh.

Necesitaba contestar al teléfono, pero el zumbido cesó antes de que encontrara la energía para acercar el móvil hasta un punto donde consiguiera usarlo.

Alguien me descubriría. Al final. Quiero decir, había una cámara de seguridad en

lo alto de las escaleras, y Harris tendría que comprobar el monitor en algún momento. Además, otros miembros de la Orden entrarían o saldrían durante la noche.

Tal vez me echara una siesta, así de sencillo.

En el fondo de mi cabeza, una vocecilla me lanzó una perorata sobre lo mala que era esa idea, pero estaba muy cansada y los escalones se volvieron sorprendentemente cómodos.

No tengo ni idea sobre cuánto tiempo más pasó, pero oí una puerta que se abría arriba y pensé que me llegaba la voz y el acento de Harris reverberando por el hueco de la escalera. Quería levantar el brazo y hacerle un pequeño saludo de alegría, pero eso requería un esfuerzo. Entonces oí otra voz profunda. Una que no reconocía.

Pestañeé, o pensé que eso era lo único que hacía, y al abrir los ojos consideré en serio que podía haberme muerto.

Aunque suene memo, cuando mi visión enfocó a quien tenía encima, me encontré observando el rostro de un ángel. O al menos eso es lo que los cuadros de ángeles del millón de iglesias de la ciudad me decían sobre su aspecto.

El tipo no podía ser mucho mayor que yo, o tal vez la cabeza llena de cabello castaño rizado era lo que le hacía parecer tan joven. Una ceja del mismo color se arqueó cuando miré unos ojos del color de las hojas en primavera: un verde intenso y casi antinatural. Tenía amplios pómulos, mandíbula fuerte como tallada en mármol, y esos labios carnosos hasta lo imposible mientras esbozaban una lenta sonrisa ladeada, revelando un profundo hoyuelo en la mejilla derecha.

Shaun tenía hoyuelos.

Se me cortó la respiración de súbito mientras la punzada de dolor que siempre acompañaba los pensamientos sobre Shaun pugnaba con mi costado por acaparar mi atención.

La mirada extraordinariamente esmeralda de aquel tío se apartó de la mía para dirigirse de repente escaleras arriba.

—Está viva.

Esa voz. Guau. Profunda. Clara. Refinada. ¡Mmm, exquisita!

—Y me observa con verdadero interés, qué inquietante, en plan mirada inexpresiva de sociópata.

Fruncí el ceño.

—¿Quién es? —preguntó otra vez, y sí, había sido Harris—. En el monitor no distingo quién es y no llevo las gafas puestas.

Harris no podía ver a medio metro de su cara sin sus gafas.

Ojos Verdes encontró otra vez mi mirada, y el verde se propagó por su cara. Maldición. Lo del hoyuelo era por duplicado.

—¿Cómo voy a saberlo? Pero me mira más bien como la chica de la película *Brave*. Ya sabes, la pelirroja con el cabello tan rizado.

Qué diablos...

—Aunque tiene unos ojos azules bonitos de verdad.

Aunque. *¿Aunque?* Como si eso compensara el pelo crespo como el de un personaje de Disney.

—Mierda —dijo Harris. Sus pisadas descendieron sordas por las escaleras—. Tiene que ser Ivy Morgan.

¿En serio? ¿Así me reconoce la gente? ¿Alguien decía que parecía la chica de *Brave* y empezaban «Oh, es Ivy»?

Debía teñirme de una vez esa mata de pelo.

Espera, ¿por qué este pavo veía películas de Disney?

Ojos Verdes continuaba encima, con la cabeza inclinada a un lado mientras miraba hacia el otro.

—Sangra por el estómago. —Estiró la mano entre nosotros—. Creo que está...

Surgí con brusquedad de aquel extraño estupor en que estaba sumida y, con un repentino acceso de energía, conseguí cogerle la muñeca antes de que fuera demasiado lejos. Tenía la piel cálida y lisa.

—No me toques —dije entre dientes.

Volvió a encontrar mis ojos y, por un momento, no se movió. De nuevo su belleza me impresionó. No era frecuente ver un mortal que rivalizara en belleza con los faes. Entonces se soltó la mano con facilidad y permaneció arrodillado balanceándose en el peldaño inferior. Alzó las manos.

—No es que oiga esto habitualmente de una dama, pero sus deseos son órdenes.

Yo habría entornado los ojos si no estuviera concentrada en no ver doble.

—Eso es... muy original.

Una risita profunda y musical resonó en él mientras apoyaba las manos en sus rodillas dobladas.

—Aunque funcione, no te creas que es mi mantra.

—Qué clase —dije con aspereza mientras plantaba las manos en el peldaño.

—Yo no lo haría si fuera tú —comentó servicial.

Sin hacerle caso, me incorporé para sentarme, y un violento estallido de aire separó mis labios mientras el dolor sordo prendía fuego.

—Te lo dije.

Desplacé mi mirada entrecerrada hacia el tipo de la mirada verde, pero antes de poder decir algo Harris apareció a mi lado con su cuerpo enorme ocupando el hueco de la escalera.

—¿Qué te ha pasado, muchacha?

—Me han pegado un tiro.

Alcé la barbilla con la boca seca como un desierto. Ya que Ojos Verdes estaba con Harris, no me costó mucho atar cabos lógicos y supuse que pertenecía a la Orden.

—Me ha disparado un fae.

Harris se inclinó y me apoyó una mano en el hombro. Las profundas arrugas que rodeaban sus ojos se multiplicaron.

—Chica, los faes no usan armas. No sé bien por qué, pero nunca lo han hecho,

por suerte para nosotros.

Hice un gesto en dirección a mi estómago con la mano manchada de sangre.

—Es obvio que me han... tiroteado, y era un fae... o un fae que no necesitaba nada de seducción.

—¿Qué? —preguntó Ojos Verdes con interés, y le miré.

Su rostro empezaba a tornarse un poco confuso por los lados, pero eso no le restaba atractivo.

—Este fae no tenía la piel plateada. No alcancé a... ver sus orejas, pero sus ojos eran de fae. No vi que recurriera a la seducción en ningún momento. Y... sacó un arma como por arte de magia.

Las cejas de Ojos Verdes se alzaron de repente.

—De acuerdo. Me da que tal vez te hayas golpeado en la cabeza —dijo Harris agarrándome por el brazo—. Mejor te subimos al piso superior para echarte un vistazo.

—No me he golpeado en la cabeza. Estoy... diciendo lo que vi. Era un fae y...

Mientras Harris me ponía en pie, Ojos Verdes se levantó y el hueco de la escalera fluctuó vacilante por un momento con un breve estallido de luz.

—Aaayy.

Harris dijo algo, pero lo único que pude oír fue aquel extraño estruendo, como si el suelo se moviera por debajo y se alzara para alcanzarme. Abrí la mano, pero sentí mi lengua pesada, ajena e inútil por completo.

Todo el edificio pareció dar vueltas, y lo último que oí antes de que el mundo se fundiera en negro fue la brusca maldición de Ojos Verdes. Y el último pensamiento en mi cabeza, que si yo iba a ser la cuarta en morir.

Cuando abrí los ojos, había partículas de polvo danzando con la luz del día que entraba por las ventanas que tenía enfrente. Por un momento no supe dónde me encontraba ni cómo había llegado hasta allí, pero mientras observaba esas diminutas partículas relucientes cayendo, mis recuerdos se reconstruyeron de nuevo.

Me encontraba en el cuartel general de la Orden, probablemente en el tercer piso, lejos de todas las salas de reuniones y de entrenamiento tan bulliciosas y activas durante el día. Era una enfermería enorme, preparada para acoger a varios pacientes a la vez. Había otro cuarto, junto al baño, en el que nunca había entrado. Dudaba de que alguien entrara en ese cuarto aparte de David. Val y yo estábamos convencidas de que ahí ocultaban el tesoro de toda una nación.

El camastro en el que me encontraba tendida no era el más confortable del mundo, pero bastante mejor que tener clavado el extremo del peldaño en la espalda, y alguien me había tapado con una manta fina.

Probablemente Harris. Era todo un hombretón, pero tenía su punto débil, un

corazón del tamaño del lago Pontchartrain.

Me habían disparado.

Oh, Dios, tiroteada por un fae que no tenía la piel plateada y que podía sacar un arma de la nada. Eran novedades importantes, lo cambiaban todo. Si los faes ya no necesitaban seducir a los humanos, ¿cómo podríamos distinguirlos? No es que fueran los únicos que tenían los ojos claros. También había una cosa llamada lentes de contacto. Y aún más importante, lo que había olvidado decirle a Harris era que yo había apuñalado al fae y no había servido de nada.

Se abrió una puerta, atrayendo de inmediato mi atención. Entrecerré los ojos cuando apareció una forma que atravesó los rayos brillantes de luz en dirección a mi cama. En mis pensamientos se formó una imagen de Ojos Verdes, el extraño tan parecido a un ángel, y una extraña sensación de vahído se apoderó de mi estómago.

No me gustó aquella sensación.

Pero no fue Ojos Verdes quien cobró forma cuando la figura se acercó a la cama. Era nuestro audaz líder, David Faustin, y parecía molesto como siempre.

Por David no parecían pasar los años, igual podía tener cuarenta y pico, que cincuenta y pico o incluso sesenta, nadie lo sabía. Su piel, un tono o dos más oscura que la de Val, estaba prácticamente libre de arrugas, y mantenía el cuerpo en una forma estricta. No sonrió cuando cogió una silla plegable y la dejó caer junto a mi cama.

Se acomodó en ella con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Estás viva.

—Te noto simpático y efusivo —gemí con voz ronca.

Arqueó una ceja oscura.

—Deduzco que por esto me llamaste anoche. Habría contestado, pero a Laurie le habría cabreado que la dejara colgada, no sé si me entiendes.

Arrugué la nariz. No necesitaba en absoluto esa imagen que acababa de pintarse en mi cabeza. David y Laurie llevaban casados una década más o menos, pues se habían conocido cuando ella fue transferida a la Orden de Nueva Orleans. Que dos miembros de la Orden se liaran solía ser casi siempre la norma, ya que el conocimiento del fae y de nuestro deber se transmitía de una generación a otra, y nuestras expectativas de vida no eran mayúsculas. Muchos miembros de la Orden no se casaban jamás. Y los que lo hacían y tenían hijos, como mis padres verdaderos, acababan asesinados. Entonces otra familia implicada en la Orden se ocupaba de sus hijos.

Tras haber perdido a mis verdaderos padres y también a los adoptivos, y a mi... novio a manos de los faes, no podía pensar en enamorarme otra vez. Ya era bastante arriesgado acercarme a Val y a otros pocos en la Orden, porque sabía que en cualquier momento podrían morir haciendo su trabajo. De modo que me resultaba duro ver a tantos miembros allí formando parejas y abriéndose a un mundo de dolor que nunca se debilitaba en realidad por mucho que pasara el tiempo.

Pero Laurie y David estaban profundamente enamorados pese a todo eso, aunque él tuviera la personalidad de un chupacabras rabioso y Laurie fuera dulce como un praliné.

—Hablé con Harris cuando me llamó. Dijo que solo era una herida superficial pero que sangraba mucho, y que empeoró posiblemente cuando saliste corriendo.

Mis mejillas se ruborizaron al mirar directamente a David.

—No corrí por cobardía. Tenían...

No he dicho que hayas sido una cobarde, Ivy. El hombre tenía un arma, y no puedes pelear contra una bala.

Aun así el tono de voz de David lastimaba como el aguijón de un avispon. Me humedecí los labios:

—No era un hombre.

David me observó durante un segundo y luego bajó la mano hacia la mesita junto a la cama.

—¿Tienes sed?

—Sí. Tengo la lengua como si fuera de lija.

Sirvió agua en el vaso de plástico y ese simple sonido tintineante fue suficiente para volverme loca.

—¿Necesitas ayuda para sentarte?

Los miembros de la Orden no eran débiles, por lo tanto respiré hondo mientras sacudía la cabeza y me obligaba a incorporarme. Noté una punzada sorda de dolor en el lado izquierdo del estómago pero no tan terrible como esperaba.

—Harris te ha puesto una inyección mientras estabas desvanecida, no debería dolerte tanto ya.

David tomó nota de lo que debía de estar leyendo en mi mente mientras me tendía el agua.

—Te sentará mejor beber esto despacio.

En el momento en que aquella sustancia húmeda y fría tocó mis labios, resultó complicado no beberla de un trago, pero conseguí no parecer un caballo en un abrevadero.

David se reclinó hacia atrás, sacando un frasco del bolsillo.

—Aquí hay más medicinas para cuando empiece a dolerte el estómago, como Harris ha dicho que sucederá durante un día más o menos, ya que tuvo que coserte.

Me echó el frasco en el regazo donde aterrizó con un pequeño traqueteo.

—Te voy a retirar de la rotación hasta el próximo miércoles.

Bajé la taza vacía.

—¿Qué? ¿Por qué? No puedo...

—La herida podría reabrirse si tienes que pelear. No conviene que vayas sangrando por ahí de nuevo como un cerdo ensartado. Estás de baja hasta el próximo miércoles.

Estaba perdiendo puntos por falta de empatía.

—Pero cubro a Val este sábado.

—Ya no. Tendrá que buscarse otro suplente o hacerlo ella misma. No es tu problema.

Me volvió a llenar la taza con la jarra.

—¿Tienes clase hoy?

Tardé un momento en pillar lo que me estaba preguntando y en calcular qué día de la semana era.

—Es jueves, ¿cierto? No vuelvo a tener clase hasta mañana.

Normalmente, trabajaba de lunes a viernes y tenía los fines de semana libres.

—Sobre lo que sucedió anoche, David, el fae...

—Ya sé lo que le has contado a Harris y a Ren, pero...

—¿Ren? ¿Quién es Ren?

Luego me acordé y en silencio mi lengua articuló su nombre.

—¿Es el tipo de los ojos verdes? —pregunté.

David ladeó la cabeza con un ceño.

—Bien, en realidad no me he fijado en el color de ojos del chico, pero estaba con Harris anoche cuando me manchaste los escalones de sangre.

—No sangré en tus escalones a posta —solté.

Alzó las cejas.

—¿Me levantas la voz? Mira que me llevo la taza de agua...

—No la soltaré. —Acuné la taza contra mi pecho mientras le observaba—. Nunca.

Los labios de David se tensaron como si quisiera sonreír, pero era demasiado frío para eso. De hecho era un témpano de hielo.

—Pues bien, Ren Owens es de Colorado, transferido a nuestra secta.

Oh. Colorado. Nunca había estado ahí, pero siempre quise hacer una visita. ¿Y qué clase de nombre era Ren Owens?

—Pero volviendo a lo que dijiste que viste, no hay manera de que sucediera algo así —dijo—. El fae debía de llevar el arma por algún motivo y, sí, es preocupante, pero es algo que esperábamos. Sabíamos que finalmente empezarían a usar armas humanas.

La frustración me provocó un escozor, como un sarpullido.

—El fae no intentó fascinarme. O tal vez lo hiciera, pero tanto da. No tenía la piel plateada. Era... no sé, un moreno intenso. Más bien... un color aceitunado.

Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Estás segura de que era un fae, Ivy?

—¡Sí! Estoy segura, David. Hizo aparecer un arma como por arte de magia y yo le arrojé la estaca. Le dio en el pecho y no le afectó en absoluto. Se la sacó y la arrojó a un lado.

David abrió la boca y pareció quedarse sin palabras mientras me observaba con atención.

—Sí. Exacto. No era humano, David. Era un fae sin la piel plateada, capaz de hacer aparecer de la nada un arma, y la estaca de hierro no sirvió para nada contra él. No lo quemó. No lo envió al Otro Mundo. No le hizo nada.

—Imposible —respondió él tras un momento, y mis hombros se tensaron con irritación.

—Sé lo que he visto. Y tú me conoces, soy de fiar. Ni una vez te he hecho dudar de mí, ni...

—Excepto la vez que acabaste en la cárcel.

—De acuerdo. Excepto aquella vez, pero lo que te estoy diciendo es la verdad. No sé qué significa, pero...

Una gota de miedo atravesó mis venas, formando una bola de inquietud en la boca del estómago. Bajé el vaso de agua y aparté la taza de plástico, pero la sensación no se calmó.

—Si el hierro no les hace nada, se volverán imparables.

—No, en ese caso serían antiguos —replicó David y entonces se levantó.

Abrí mucho los ojos por aquella palabra que no oía pronunciar hacía mucho tiempo, desde que era una niña y Holly y su marido Adrian me explicaban historias de la raza de los faes más viejos y mortíferos: los caballeros guerreros de sus cortes, las princesas y príncipes, y los reyes y reinas. Faes que podían cambiar de forma y figura, cuyas habilidades superaban nuestra comprensión. Ninguno de los faes que recorrían el mundo de los mortales vivía tanto como los antiguos del Otro Mundo, al menos hasta donde nosotros sabíamos. Básicamente, los antiguos eran la clase de faes que harían estragos sin precedentes en el mundo mortal si alguna vez se acercaran. En ningún momento se me había ocurrido pensar que la noche pasada quizá me había enfrentado a un antiguo.

—Pensaba que estaban todos encerrados en el Otro Mundo —dije—. Cuando se cerraron los portales ellos...

—Estaban.

David se fue hasta la ventana y descorrió la ligerísima cortina azul claro.

—Cabe la posibilidad —continuó— de que unos pocos se quedaran aquí sin ser detectados, pero no es muy probable.

La bola de inquietud duplicó su tamaño.

—Pero ¿no imposible?

Dejando que la cortina volviera a su sitio, se frotó con la mano sus ensortijados y cortos rizos.

—Muy poco probable. Sería inverosímil que uno hubiera sobrevivido todo este tiempo sin nosotros saberlo... sin que nadie lo viera.

—Yo lo vi —dije—. Y podría pasar desapercibido con facilidad. Si no lo miras directamente, prestando atención, ni siquiera sabrías que es un fae.

David se volvió hacia mí.

—No sabemos qué viste en realidad.

Alzó la mano cuando yo abrí la boca para protestar.

—No, no lo sabemos, Ivy. Pero eso no significa que no tenga en cuenta la información que me facilitas. Voy a contactar con las otras sectas para ver si han tenido alguna experiencia como esta, pero hasta que me den noticias, es mejor que nadie sepa nada de esto.

Al menos empezaba a tomar en serio lo que había sucedido. Me sentí agradecida. Estirando el brazo, me aparté la manta de las piernas, que bajé con cuidado desde el extremo de la cama.

—¿No deberíamos advertir a los otros?

—¿Y crear una situación de pánico, con miembros matando humanos por pensar que pudieran ser antiguos?

—Pero...

—Ivy —advirtió—. No puedo permitir que ninguno de nuestros miembros entre en pánico ni la pérdida de vidas inocentes.

No me gustaba lo que oía, pero cedí.

—No hablaré con nadie.

La duda cruzó la expresión de David.

—Eso también significa no contárselo a Valerie, a quien, por cierto, tal vez quieras llamar con antelación para que no le dé un siroco.

—Hombre de poca fe —murmuré tirando de la camisa manchada de sangre.

Gracias a Dios era negra o anoche hubiera espantado a todo quisqui que se cruzó en mi camino, corriendo toda ensangrentada.

—Hablo en serio. —Me perforó con mirada severa—. No se lo digas a nadie hasta que sepamos a qué nos enfrentamos, sobre todo después del número de bajas que hemos sufrido este año. ¿Me entiendes?

Cuando me miraba así me sentía en cierto modo como una niña que se ha portado mal. Era un hombre de trato difícil, pero desde que había perdido a mi familia él era lo más parecido a... a la figura de un padre.

—Entiendo, David.

—Confiaba en que lo hicieras. —Se puso en jarras—. Mira, tómate el tiempo que necesites aquí, luego puedes irte a casa. Recuerda, no trabajas hasta el miércoles, pero espero verte en la reunión de mañana.

El Niño Jesús podía aterrizar aquí mismo, pero yo no me perdería la puñetera sesión semanal.

Faustin hizo ademán de marcharse, pero se detuvo.

—¿Ese fae te dijo algo?

Me bajé de la cama pasando por alto el tirón en la piel sobre el estómago:

—En realidad, nada. Quiero decir, se acercó a mí después de deshacerme de otro fae, uno normal que dijo la misma chorrada de siempre: «Tu mundo está a punto de acabarse», pero ¿este? Me llamó pobre bestia, eso es todo.

David asintió, casi distraído, y tras otro rápido recordatorio sobre mi exclusión de

la rotación, salió del cuarto y me dejó mirando la nada. Mientras buscaba las botas, no pude evitar advertir la sensación de inquietud que no me había desaparecido del estómago, pese a la intención de David de contactar con las otras sectas.

La cuestión era —encontré por fin las botas bajo la pequeña mesilla— que no me sacudía la sensación de que, a pesar de no ver demasiado preocupado a David por la posibilidad de que un antiguo anduviera por la zona, esto era solo el principio de algo importante.

Volver a casa me llevó un poco más de lo normal, pues no me sentía capaz de ir a pata a ningún lado, lo cual significaba coger un taxi y aguantar el tráfico de la ciudad. Aproveché el rato para llamar a Val, tranquilizarla y asegurarle discretamente — porque el taxista empezaba a lanzar miradas raras— que no estaba muerta o muriéndome en aquel momento ni iba a morirme en las próximas horas.

Que yo supiera.

—Tengo malas noticias —le dije según nos acercábamos al Garden District.

Val soltó un resoplido.

—¿Aparte de que un idiota te haya pegado un tiro?

Había optado por decirle que me había disparado un imbécil cualquiera en la calle, algo bastante creíble; los fae no eran las únicas cosas peligrosas en las calles de Nueva Orleans. El taxista había pegado un frenazo en aquel instante y yo pensé que iba a sacarme de una patada del coche o algo así.

—Sí, aparte de eso. No puedo trabajar el sábado por la noche. David me ha retirado del servicio.

—Encanto, en el momento en que me has dicho que te han disparado lo he dado por supuesto. Y, de hecho, es lo último de lo que tienes que preocuparte.

—Gracias —murmuré mirando por la ventanilla y luego me fijé mejor. Un tipo iba en un... monociclo por un lado de la carretera, vestido con... una capa azul. ¿Qué diantres?

Solo en Nueva Orleans.

—¿Quieres que te pase a ver antes de salir esta noche? —preguntó.

Miré al conductor.

—No. Voy a limpiar un poco y luego me iré a la cama.

—Lláname si necesitas algo. Promételo.

Me costaba resistirme a la necesidad de contarle lo que había sucedido la noche anterior. No solo porque me apetecía cotillear, sino por advertirle que estuviera alerta. Con un suspiro, agarré el móvil con fuerza.

—Lo prometo, pero, ey, ten cuidado, ¿por favor?

Tal como salían las palabras de mi boca, un miedo gélido se retorció en mi pecho. Perder a Val, la única amiga de verdad que había hecho desde mi traslado aquí era algo que ni quería considerar.

—Tú prométemelo, ¿vale?

La risa de Val sonó displicente.

—Siempre tengo cuidado.

Al colgar después de despedirnos me percaté de que ya estábamos en la calle Coliseum, aproximándonos al bordillo para parar junto a la sombra de los densos robles. Metí la mano en el bolso y saqué algo de efectivo antes de bajar.

El taxista parecía contento por salir de allí.

Tenía suerte con el piso que la Orden me había buscado cuando llegué a la ciudad. Aunque la mayoría de sus miembros vivían más cerca del Barrio Francés, yo estaba encantada de encontrarme en medio del Garden District, absolutamente sensacional con su tapiz de árboles, densa historia y casas antiguas.

La casa, a unos diez minutos andando del cementerio de Lafayette número uno, era un edificio construido antes de la guerra y convertido en dos apartamentos, uno arriba y el otro en la planta inferior. Tenía balcones separados, uno con la entrada a la planta baja por delante, y la entrada en mi piso por detrás, a la que se accedía a través de un patio precioso rebosante de macetas con plantas y flores.

La verja de hierro, con los típicos motivos de mazorcas de maíz rodeando toda la propiedad, era una ventaja añadida.

Bien, hasta ahora.

Un estremecimiento me recorrió poco a poco la columna mientras echaba el pasador a la verja detrás de mí. Antes de atravesar el patio miré los coches que circulaban por la calle. Una brisa cálida me levantó los rizos sueltos de la nuca y tiró de ellos mientras yo inspiraba con cierta inestabilidad.

La humanidad en general desconocía la existencia de los faes porque la Orden había sido capaz de protegerla hasta ahora. Sí, pese a algunas excepciones, en conjunto hacíamos un buen trabajo manteniéndolos a raya. Pero si ese fae con el que me había topado era un antiguo, y si otros andaban sueltos por ahí o si ya no eran vulnerables al hierro, estábamos jodidos.

Me pregunté si alguien podría hablarme de los antiguos. Era obvio que David no iba a ser de ayuda. La única persona que se me ocurrió fue la madre de Brighton Jussier, Merle, una mujer que sabía prácticamente de todo, aunque estaba más bien... ida.

Si había que hacer caso a los rumores, a Merle la sorprendió un fae sin la protección del trébol y aquello fue lo que le hizo perder la cabeza. Antes de eso, era considerada una mente brillante en la Orden, pero ahora su estado mental cambiaba a diario.

Aparté la vista de la carretera y me fui por el sendero adoquinado del patio. Lo normal era que me entretuviera arrancando pétalos marchitos, pero estaba más cansada de lo que me percataba.

Supuse que sangrar como un «cerdo ensartado» era agotador.

En lo alto de las escaleras exteriores, gemí al ver tres cajitas de Amazon apiladas delante de la puerta, justo debajo del toldo.

—Oh, venga.

No había pedido nada a Amazon recientemente, pero apostaba a que sabía quién

lo había hecho. Dios, necesitaba cambiar de una vez la clave de mi cuenta Prime y desactivar la opción de pedidos con un solo clic.

Maldiciendo en voz baja, cogí las cajas. Eran ligeras, pero tenía la tripa sensible. Abrí la puerta y entré en el salón, inspeccionando al instante el sofá. La manta de color melocotón ya no estaba doblada sobre el respaldo, sino tirada medio en el suelo medio encima de un cojín.

La tele estaba encendida y emitía una película en la que un chico con gafas iba montado en una escoba, intentando escapar de un gran dragón muy cabreado. Mientras cerraba la puerta con cerrojo tras de mí, murmuré:

—¿Harry Potter... y el cáliz de fuego? ¿Qué cuernos...?

Suspiré.

Dejé las cajas en una hamaca baja situada junto a la puerta que tenía un reposapiés colocado delante. Luego me fui hasta la ventana detrás del sofá para tirar de la cuerda y descorrer las cortinas. Las flores de las macetas se mecieron con la brisa, pero las sillas de mimbre con aquellos cojines increíblemente mullidos que me habían costado un ojo de la cara estaban vacías.

Igual de vacío encontré el baño del pasillo, pero de todos modos agarré la cortina de la ducha —con el pez de color pastel— y la descorrí de golpe. La bañera también estaba vacía.

Al abrir la puerta del dormitorio, sentí un gran alivio al advertir que allí todo parecía seguir en su sitio y a mi gusto, tal y como lo había dejado: persianas y cortinas cerradas. En esta habitación hacía unos buenos seis grados menos que en cualquier otro lugar de mi apartamento; me moría de ganas de plantarme en la cama y acurrucarme con el supercubrecama de reconfortante felpilla.

Después de ducharme.

Había una segunda habitación más pequeña al otro lado de la cocina que daba a la calle Coliseum, con su propio balcón. A la gente le encantaban los balcones por esta parte del mundo. Entré en la cocina y de inmediato mi mirada se dirigió hacia la puerta abierta de la vitrina donde guardaba las cajas de cereales.

Las doce cajas al completo.

Me gustaba la variedad en lo que a cereales se refería.

Dejando caer la mochila sobre la silla, cerca de la mesa de comedor ubicada junto a la gran ventana que daba al patio inferior, rodeé la isla de la cocina y me detuve delante de la vitrina.

Sobre el mostrador, la caja de Lucky Charms —qué irónico— estaba volcada de lado con el envoltorio de plástico rasgado y el extremo superior apoyado sobre el borde de un gran cuenco azul y púrpura.

Sin la menor idea de lo que iba a encontrarme en realidad, me acerqué poco a poco al cuenco. Una risa de sorpresa brotó de mi garganta y me llevé la mano a la boca para sofocarla.

Tumbado en mi cuenco se hallaba un invitado que no sabía bien cómo había

acabado en mi casa pero del cual no parecía poder librarme. Las diminutas piernas y brazos estaban despatarrados sobre un lecho de cereales. No había un malvavisco a la vista, pero apostaría todos mis ahorros a que una buena cantidad se encontraba en la tripa hinchada del duende que se había desmayado en mi cuenco de cereales.

¿Era posible la intoxicación por azúcar en los duendes?

Ni idea.

Hacía dos años y medio impedí que una niña cayera en la trampa de un fae que pretendía arrebatársela a su familia, y acabé persiguiendo a aquel asqueroso hijo de puta por el interior del Cementerio número uno de Saint Louis, donde conseguí mandarlo al Otro Mundo. Pero cuando ya estaba a punto de marcharme, me distrajo la que, según se rumoreaba, era la tumba de Marie Laveau. Y fue allí donde encontré al pequeño duende.

Los duendes eran una rareza en el reino de los mortales. Con franqueza, por lo que había oído, detestaban estar entre nosotros, se suponía que preferían los bosques de sus reinos, y para ser sinceros lo tenían complicado para ocultar lo que eran.

Digamos que las alas vaporosas les sobresalían un poco.

Los mitos siempre los retrataban sin alas, pero lo cierto era que las tenían. Además eran cositas diminutas del tamaño de una muñeca Barbie. Ese duende se encontraba herido, sufría un desgarró en sus frágiles alas y tenía una pierna rota. En el momento en que alzó la vista hacia mí con esos grandes ojos azules claros, supe que no podría dejarlo ahí, oculto tras un jarrón de flores secas que sobresalía entre el desorden de abalorios del Mardi Gras. Así que lo cogí y me lo metí en la mochila.

Y me llevé el duende a casa conmigo.

Yo sabía bien —Dios, lo sabía— que mi deber era acabar el trabajo. No permitíamos a ninguna criatura del Otro Mundo sobrevivir en el nuestro, pero no fui capaz de hacerlo, pese a saber que iba a meterme en un mundo de problemas, incluida mi expulsión de la Orden. Pero me lo llevé a casa, monté una tablilla para su pierna con palos de polo, y le vendé el ala con gasa mientras permanecía ahí sentado, con la mirada desamparada y un mohín en su encantador rostro. Ni siquiera sé por qué lo hice. Detestaba cualquier cosa procedente del Otro Mundo, tuviera el tamaño que tuviese o perteneciera a la raza que perteneciese, pero por algún motivo, cuidé del pequeño duende.

Y él se quedó conmigo.

Probablemente porque descubrió internet, la tele y la cuenta Premium de Amazon.

Pues sí, sabía con exactitud cómo había acabado quedándome con ese duende, pero no entendía por qué aquel diablillo al que había llamado Tink era mi punto flaco.

Solté un resoplido.

Tink detestaba ese apodo desde el día que le puse la peli de Peter Pan^[2].

Escudriñando el interior del cuenco, sacudí la cabeza. Iba sin camisa y el cereal se había pegado a sus alas blancas, pero al menos llevaba los pantalones puestos. Se

había enfundado unos del muñeco Ken, negros con rayas de raso en los costados.

Le toqué en la tripa.

Dio una sacudida e hizo volar sus brazos mientras se incorporaba, quitándose de encima mi dedo con unos maliciosos dientes afilados que estuvieron a punto de entrar en contacto conmigo.

—Muérdeme —le advertí— y te enterraré vivo en una caja de zapatos.

Se quedó boquiabierto mientras revoloteaba para salir del cuenco. Los trozos de cereales volaron por encima del mostrador mientras movía las alas sin hacer sonido alguno.

—¿Dónde has estado? No volviste anoche a casa. Pensaba que habías muerto, y nadie sabe de mí, o sea, que podía haberme quedado aquí olvidado. Muriéndome de hambre, Ivy. Muerto de hambre.

Doblé los brazos sobre el pecho.

—No parece que vayas a morirte de hambre. Más bien pareces una ardilla que acumula comida para el invierno.

—¡Tenía que comer para superar el estrés de haber sido abandonado! —gritó alzando una mano y esgrimiendo en mi dirección un puño del tamaño de la uña del pulgar—. No sabía dónde estabas, y tú no te tiras el rollo de chica-fácil-soy-toda-tuya, o sea, que siempre vuelves a casa.

Mis labios descendieron por las comisuras.

Tink continuó volando hasta situarse a la altura de mis ojos, agarrándose el vientre con las manos mientras me dedicaba esas miraditas.

—He comido tanto azúcar, tanto...

Sacudiendo la cabeza, me di la vuelta para empezar a recoger cereal del mostrador y meterlo en el cuenco.

—No quiero ni saber tu nivel de azúcar en la sangre.

—Es que no tenemos sangre en las venas.

Zumbó hasta mi hombro y se sentó. Sus deditos me cogieron del lóbulo.

—Tenemos magia —me susurró al oído.

Me lo saqué de encima con una risa.

—Tú no tienes magia en las venas, Tink.

—O lo que sea. ¿Tú qué sabes?

Aterrizó sobre el mostrador y empezó a dar patadas a los cereales que lo cubría. Suspiré.

—Y así, ¿dónde andabas, Ivy Divy?

—Anoche me pegaron un tiro.

—¿Qué? —chilló Tink mientras se daba con las palmas en las mejillas—. ¿Te dispararon? ¿Qué? ¿Cómo? Pero ¿quién? —Voló como una flecha por el aire, a izquierda y derecha repetidas veces—. ¿Lloraste? Yo habría llorado. Mucho. Como un río de puñeteras lágrimas.

Pasé medio minuto entero observándolo.

—Lo sé, normalmente ya pareces una hadita mariquita ciega de crack...

—¡Solo porque tenga alas no significa que sea un hada!

Entonces pasó a expresarse en una lengua que sonaba remotamente a gaélico antiguo para acabar diciendo:

—Tomé mucho azúcar, ¿vale? ¿Acaso es un delito? ¡Me dejaste aquí solo anoche! ¿Qué otra cosa se suponía que podía hacer?

—¿Tienen infartos los duendes? —pregunté un poco preocupada por la manera en que los vasos sanguíneos empezaban a sobresalir en sus sienes.

Ladeó la cabeza mientras hacía una mueca.

—¿Eso es cuando algo te explota en la cabeza? No lo sé. Espera. Oh, cielos, reina Mab, ¿crees que voy a sufrir un infarto?

Revoloteó hasta la lámpara del techo y desapareció tras la pantalla en forma de bóveda. Pasó un segundo, luego se asomó por el otro lado. Tenía el pelo rubio platino tieso en todas direcciones.

—Estoy sufriendo un infarto. Mierda.

—Baja de ahí, Tink, por Dios —farfullé mientras la lámpara se balanceaba—. No estás teniendo un infarto. Olvida lo que he dicho.

—Detesto que me llames Tink.

Sonreí.

—Lo sé.

—Mujer malvada.

Vaciló y luego regresó al mostrador, donde se sentó con los ojos entrecerrados.

—Entonces... dime, ¿te pegaron un tiro?

Asentí mientras acababa de recoger los cereales.

—Un fae me disparó.

—¿Cuándo han empezado a usar armas?

Agarrando la caja y el cuenco, fui hasta la basura y tiré los cereales. No iba a comerme eso después de que él se hubiera echado un sueñecito ahí. No era raro que hablara con Tink de mi trabajo. Parecía tomárselo bien.

—No lo sé, pero ese fae tampoco tenía la piel de plata.

Al ver que Tink no respondía, giré, medio esperando verlo desmayado, pero estaba despierto y con los ojos muy abiertos.

—Y el fae hizo aparecer un arma como por arte de magia —expliqué.

Tink tragó saliva.

—Y le clavé una estaca de hierro y no pasó nada —añadí andando hasta él.

Se levantó de un salto.

—Eso suena a un...

—¿Un antiguo?

Meneó la cabeza con gesto afirmativo:

—Son de mucho cuidado. Son espantosos y además tienen mala leche. —Se fue de puntillas hasta el extremo del mostrador—. ¿Se encontraba cerca de ti? Quiero

decir, ¿desde qué distancia te disparó?

Eso era una pregunta extraña, pero, claro, se trataba de Tink.

—Estaba a una buena distancia de mí. Si hubiera estado cerca, dudo que me encontrara ahora aquí.

Se quedó pálido.

—Nunca he visto un antiguo por aquí.

—Exactamente, ¿cuánto llevas en este mundo, Tink?

Alzó un hombro. No es que yo esperara una contestación o que su respuesta fuera a servir de algo. Tink ni siquiera sabía a través de qué entrada había llegado o cómo había acabado aquí. Decía que se había despertado en este mundo, en el cementerio, y que no tenía ni idea de cómo había sucedido. Por el estado en que lo encontré y su personalidad, sospechaba que alguien habría decidido cortarle el rollo drásticamente y lo había lanzado a través del portal. Tink tampoco me había confiado nunca su nombre, ya que saber el nombre verdadero de cualquier criatura del Otro Mundo te otorgaba poder sobre ella, incluso con los faes. Lo único que yo sabía era que despreciaba a los fae tanto como la Orden. Por lo que había conseguido deducir, los faes habían perseguido a su especie casi hasta la extinción en el Otro Mundo, toda la familia de Tink había sido asesinada. Su odio hacia ellos nos ponía en el mismo equipo, pese a que otros miembros de la Orden no estarían de acuerdo en esto.

—He visto a los antiguos en el Otro Mundo —dijo modulando la voz—. He visto a su príncipe.

—¿De verdad?

Asintió.

—El príncipe... —Lanzando los brazos al aire describió pequeños círculos que te mareaban solo con mirarlos—. El príncipe es de ensueño.

Ah.

—Como lo son también la mayoría de los faes, ¿no crees? Preciosos pero mortíferos, unos cabrones arrogantes. —Dejó de dar vueltas—. El príncipe además da verdadero miedo.

Me apoyé contra el mostrador pasando por alto el dolor constante que aumentaba en mi estómago.

—¿Has visto al príncipe? O sea, ¿al verdadero príncipe del Otro Mundo?

—Eso mismo. Le vi tres veces. —El entusiasmo se apoderó de su expresión—. Una vez estaba en aquel prado, algo así como el prado de esa película en que salen los vampiros centelleantes de pelo enloquecido.

Oh, Dios.

—No me vio, lo cual estuvo bien. La segunda vez fue en una ocasión en que yo me encontraba cerca de su palacio. Vaya sitio, como salido de ese programa que ves en el que se muere todo el mundo.

—¿Juego de tronos? —sugerí—. ¿Te refieres a Desembarco del Rey?

Dio un brinco y asintió.

—Y la tercera vez fue... bien, el príncipe estaba haciendo algo que tú nunca haces.

Había muchas cosas que yo no hacía nunca.

—¿Y qué era?

Colocándose las manos en torno a la boca, se estiró mientras formaba un arco con las alas tras él.

—Estaba practicando sexo.

—Tink —farfullé bajando la cabeza.

—Con tres parejas femeninas. Tres.

Tink se echó hacia atrás sacudiendo la cabeza maravillado. Y yo también estaba bastante maravillada. ¿Tres? ¿Un solo hombre? Pero por otro lado, no estaba sorprendida. Los faes irradiaban sexualidad. Otra arma que empleaban contra los mortales.

—¿Cómo es posible? —preguntó.

—Requiere talento —contesté observando al pequeño impertinente.

Dejó pasar un momento mientras él se echaba un bailecito.

—¿Sabías algo acerca de que los antiguos anduvieran por aquí?

Hizo un alto y alzó la vista.

—No.

—Entonces, ¿por qué de pronto un antiguo querría darse a conocer?

Negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Tú no me mentirías, ¿verdad, Tink?

—No. —Sonrió—. Tienes cuenta Premium en Amazon.

Solté un resoplido.

—Está bien saber que puedo contar con tu lealtad. —Me aparté del mostrador y busqué mi bolso—. Por cierto, mientras estabas desmayado, han traído unos paquetes para ti. Los he dejado en la silla junto a la puerta.

—¡Ah! —Voló por el aire—. ¿A qué esperabas para decírmelo? —Mientras se dirigía al salón, se detuvo a mi lado—. Pero estás bien, ¿no? ¿No vas a morirte mientras duermes? Nadie está enterado de mi existencia, o sea, que nadie sabrá que hay que venir a buscarme, y ya me he zampado todos los malvaviscos de los Lucky Charms.

Riéndome en voz baja, negué con la cabeza. Nadie había oído hablar de Tink, ni siquiera Val. Cada vez que alguien venía de visita, él sabía que le convenía ocultarse.

—Estoy bien. Solo un poco dolorida, pero me han dicho alguna cosa para aliviar el dolor. Voy a darme una ducha y luego lo más probable es que me vaya a dormir.

—Solo son las cuatro de la tarde.

—Cuando he llegado tú estabas desfallecido, o sea, que no quiero oír ningún comentario al respecto.

Cogí el frasco de píldoras de un bolsillo de mi mochila, saqué una y la empujé

con un refresco de raíces que saqué del frigo.

—No te enganches a eso. No quiero compartir piso con una yonki, que luego le dé a cosas duras como las llamadas sales de baño y acabaré en plan caníbal ¡comiéndome la cara!

—Entonces salió volando de la habitación.

Tink... Qué raro era Tink.

Yo ya había llegado a la puerta de mi dormitorio cuando pasó volando a mi lado, sujetando un muñeco-gnomo teñido de colorines. Los coleccionaba, y yo en realidad no quería saber qué hacía con ellos.

Una vez en mi cuarto, dejé la bebida en la cajonera que tenía junto a la cama y encendí la luz de la mesilla. Aunque mantenía la habitación a oscuras, todo en su interior era brillante: las fundas fucsia de los cojines, la colcha de felpilla púrpura intenso, y el estampado de cachemir rosa del banco al pie de la cama. Incluso los dos tocadores y la cajonera estaban pintados de azul chillón.

Ya que no podía ponerme colores vivos como hacía Val, me sumergía en ellos.

Tras desvestirme, dejé la ropa en una pila junto a la puerta del baño privado de la habitación. Tenía suerte de contar con dos, sobre todo teniendo en cuenta que a Tink le gustaba convertir la bañera del baño del pasillo en una piscina. Este cuarto de baño era sencillo y precioso, y me encantaba la antigua bañera con patas en forma de garra y la vieja ducha de tubería.

Abrí el grifo dejando correr el agua todo lo caliente que pudiera soportar y me aseguré de que la venda que cubría mis puntos estaba bien puesta antes de meterme bajo el chorro humeante. Cuando el agua alcanzó mi piel, solté un gemido de puro gozo. Parecía que no me hubiera duchado en días.

El agua corrió con un color rosa intenso hasta que la bañera al final se quedó limpia una vez que toda la sangre seca desapareció. Me lavé el pelo dos veces y, mientras permanecía bajo el fuerte chorro, los sucesos de la noche anterior finalmente se apoderaron de mí.

Me llevé ambas manos al rostro, pero la oleada de emoción me dominó con rapidez, instalándose en la parte posterior de mi garganta. Los ojos me ardían mientras los cerraba con fuerza, negándome a que me saltaran las lágrimas.

No había llorado desde la noche en que asesinaron a mis padres adoptivos, la misma en que mataron a Shaun, y entonces seguramente lloré tanto que creí haber absorbido toda una vida de penas. El incidente del disparo parecía abrir las viejas heridas con un cuchillo para la mantequilla. No sabía exactamente por qué, más allá de haber vislumbrado la muerte, recordé las miradas sin vida de Holly y Adrian como si me encontrara otra vez frente a ellos. Luego vi a Shaun, tan pálido como...

Pasando los dedos sobre el símbolo de libertad que llevaba tatuado en la piel, en la cadera izquierda, me volví de espaldas a la ducha y me obligué a respirar hondo, con regularidad, hasta que el nudo que tenía en la garganta se aflojó y las imágenes de aquella noche nefasta se disiparon.

El dolor en el estómago había empezado a desvanecerse cuando salí de la ducha y me sequé, pero la sensación inquieta que siempre acompañaba los pensamientos sobre lo ocurrido aquella noche había aflorado a la superficie y ahora cobraba fuerza. Igual que la sensación de desasosiego mientras me dirigía a mi fresco dormitorio. Un fae antiguo podía andar suelto por ahí, justo ahora, haciendo Dios sabe qué, ¿y me iba a meter en la cama?

Ni siquiera eran las seis de la tarde, pero la cama era lo más apetecible. Cuando eché un vistazo al tocador, mi mirada saltó sobre los puñales ordenados con gran pulcritud. Se diferenciaban poco de una estaca. La hoja era más fina y el mango facilitaba su uso.

Enrollando los dedos en el extremo de la toalla, solté un resoplido de disgusto. Sabía lo que quería hacer, pero David me mandaría azotar el culo después de haberme dicho claramente que descansara hasta el miércoles.

Pero no me había dicho que me quedara en casa.

Una sonrisa apareció en mis labios mientras me encaminaba hacia el armario. Técnicamente no iba a trabajar, solo estaría dando un paseo nocturno, y si daba la casualidad de que me topaba con un fae, incluso un posible antiguo o lo que fuera, eso no sería culpa mía.

Mientras daba vueltas a ese pensamiento, me cambié de pantalones y me puse una camiseta floja que Tink había comprado *online* para mí unos meses atrás. Era negra con la imagen de un hada borracha en ella. Era cosa de Tink encontrar una camisa así en internet..., y era mi tarjeta la que usaba para pagar.

Me metí una daga dentro de la bota, luego bajé el dobladillo del vaquero y tras recogerme el pelo en un nudo que sujeté con una horquilla bien grande, entré en la cocina y saqué los libros de texto de la mochila para que no pesara tanto. No se veía a Tink por ningún lado.

Me encaminé hacia la puerta cerrada de su dormitorio y llamé con los nudillos.

—¿Tink?

—¡Estoy ocupado! —fue el grito inmediato de respuesta.

Me vino a la cabeza el muñeco-gnomo que había metido antes en su cuarto, y mentalmente rehuí ese pensamiento a toda prisa.

—Salgo, ¿vale?

Un segundo después la puerta se abrió de golpe y Tink sacaba su rubia cabeza con los ojos azules claros entrecerrados.

—No irás a trabajar, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Solo salgo. —Que no era mentira del todo—. No vendré tarde.

Frunció los labios.

—No te creo. Ya estás con tus chanchullos otra vez. Lo veo venir.

—¿Quieres que te traiga unos buñuelos?

Tink abrió mucho los ojos y una mirada de regocijo infantil se coló en su

expresión.

—¿Buñuelos? ¿Para mí? ¿Un plato entero solo para mí? ¿Ninguno para ti?

Entorné los ojos.

—Sí, Tink.

—¿Del Café du Monde?

—Sí —suspiré.

—¡Entonces lárgate ya de mi vista y ponte en marcha! —exclamó y cerró la puerta de golpe.

—De nada —mascullé sacudiendo la cabeza.

Para no quemar demasiada energía, cogí un tranvía que iba a la calle Canal, y al bajar me metí bajo una palmera confiando en no toparme con David. Nadie como él conseguía hacerte sentir como una treceañera traviesa. Crucé la calle en dirección hacia Royal. El cielo estaba tapado y el aire cargado de humedad. Me moría de ganas de que el tiempo refrescara.

Mientras me dirigía hacia el Barrio, pensé en Ojos Verdes. ¿Andaría él por aquí esta noche? ¿Y quién coño era? ¿Cómo dijo David que se llamaba?

¿Por qué pensaba siquiera en él?

Apostaría lo que fuera a que en cuanto Val le echara el ojo no iba a dejarle tranquilo.

Para ser jueves por la noche, el Barrio estaba a tope, pero después de tres horas dando vueltas no había detectado ni un solo fae. Todo estaba resultando un descalabro, pero eso podía considerarse buenas noticias, ¿no?

Pero era... extraño.

Una oscuridad persistente impregnaba la ciudad, como una sensación tangible de que algo se tramaba en un segundo plano, algo que no era tan guay. Durante el último par de semanas lo había percibido. Y hasta algunos de los otros miembros de la Orden lo mencionaron. Pocos días antes, Val había dicho que le recordaba a la sensación previa que tenías cuando una mala tormenta amenazaba la ciudad. Yo no sabía qué significaba esa sensación en realidad, pero no podía evitar pensar que tenía algo que ver con el fae con el que me había topado la noche anterior.

Estuve dando vueltas por Bourbon, donde se congregaban habitualmente los fae. A esas alturas, debería haber visto al menos tres. Era extraño, y la sensación de inquietud iba en aumento, como un goteo por mis venas parecido a la lluvia gélida del norte que antes detestaba.

Al pensar en el bar del que había visto salir al fae tambaleante la noche anterior, me giré en redondo y casi me doy de bruces con un hombre mayor.

—¡Lo siento!

Le esquivé, aunque estaba segura de que ni se había enterado de que casi me estrello contra él.

Aminoré la marcha a medida que me acercaba al bar. Desde el exterior parecía un garito cualquiera de Bourbon: un poco cutre, ligeramente destartado y abarrotado

de gente en varias fases de su cogorza. Por regla general me quedaba fuera de los bares porque mi paciencia se agotaba rápido, pero respiré hondo y crucé la puerta abierta.

De inmediato me arrepentí.

El olor a cerveza pasada y moho me abofeteó en la cara. ¡Puaj! Intentando no respirar demasiado hondo, me moví sin mezclarme con el grupo que rodeaba la barra. Un televisor colgado del techo transmitía un partido de béisbol. La concurrencia estalló en un griterío. Los brazos se alzaron en el aire y volaron gotas de cerveza en todas direcciones. Retrocedí con la esperanza de no empaparme.

—Ivy.

Apreté con los dedos la correa del bolso. Reconocía esa voz. Mierda. Me volví para ver a Trent Frost, miembro de la Orden y un idiota redomado.

Forcé una sonrisa en mi rostro que me resultó dolorosa.

—Ey...

Trent me miró a los ojos durante dos segundos completos antes de que su mirada descendiera a mis senos. Típico.

—¿No te habían pegado un tiro?

Qué bien que la noticia de lo que había sucedido la noche pasada hubiera corrido tan rápido por toda la Orden.

—Sí, pero no alcanzó ningún órgano.

Me volví para mirar otra vez en dirección a la barra. Iba a tener que apartar a la gente a lo kung-fu para conseguir ver a los camareros.

—Nada importante —añadí.

—Además te han quitado de la rotación hasta el miércoles —dijo.

—Así es, no estoy trabajando.

Trent era como un lobo acorralando un conejillo.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Me encogí de hombros.

—¿Y tú?

—Quería ver el resultado del partido.

Me volví hacia él arqueando la ceja.

—¿En serio?

Sus ojos negros descendieron otra vez y yo me resistí a la necesidad apremiante de darle un puñetazo.

—De hecho, no. Detecté un par de faes saliendo de este bar la semana pasada. Quería hacer una comprobación.

Bien, qué cuernos, entonces yo no era la única que lo había advertido. Trent podía ser un perverso y un mirón, pero era bueno en su trabajo. La profunda cicatriz que tenía bajo el labio hablaba de todas las veces que se había enredado con los faes.

—Vi uno salir de aquí anoche, así que sentí curiosidad por saber lo que pasaba —le comenté.

—Pensaba que no estabas trabajando.

Le dirigí una mirada de fastidio.

—Solo porque esté echando un vistazo no significa que esté trabajando.

—Ajaja. —Soltó una risita mientras hacía un ademán en dirección a la barra—.

Los camareros esta noche son normales. No estoy seguro de que siempre sea así o de que alguno de ellos no trabaje para un fae.

Cruzó sus brazos musculosos sobre el enorme pecho. Lo que le faltaba de altura lo compensaba sin duda con su amplitud. Seguro que este hombre podía derribar una pequeña casa con todos esos músculos que tenía.

—Sea como sea, voy a quedarme un rato a ver si pillo algo.

—Las calles están muertas hoy, ¿verdad? —pregunté mientras un tío me daba en el hombro.

Trent asintió.

—He oído que dijiste que te disparó un fae —comentó.

Maldije en voz baja. Harris tenía que haberse ido de la lengua porque dudaba que David lo hubiera hecho. Si alguien se dedicaba a largar era difícil que yo mantuviera oculto lo que había sucedido. Quería cumplir las órdenes de David y no hablar del tema, pero no pude evitar pensar de nuevo que eso era un error que podía poner en peligro a otros miembros de la Orden.

Qué coño.

Me volví hacia Trent.

—Claro que me disparó un fae, y estoy segura de que ya sabes que hizo aparecer un arma de la nada. No era un fae normal, Trent. Le clavé el hierro y no le pasó nada.

Torció los labios mientras miraba la pantalla detrás de la barra por encima de mi cabeza.

—Suenan... a locura total. Una locura como las que suelta Merle.

Me quedé tiesa como si me hubieran echado cemento por la columna. Sentía mucha simpatía por esa mujer. Una gran parte de mí... bien, podía entenderla, y no me gustaba oír hablar de ella de ese modo.

—Eso es de mala educación —repliqué con voz tranquila pese a estar tentada a hacer una demostración del poder de mi gancho precisamente sobre su rostro—. Ella era miembro de la Orden, deberías respetar todo lo que esa mujer ha sacrificado.

Trent echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa nasal.

—Con respeto o no, eso no cambia el hecho de que esté como una cabra.

Sacudiendo la cabeza, fijó su mirada en la mía y luego descendió a mi pecho.

—Vaya, tengo que decir que fue una mala idea que la Orden decidiera permitir la entrada a las mujeres. No sabéis cómo tomaros...

Ni siquiera lo pensé.

Cogiéndole por los hombros con ambas manos para sujetarle, levanté la rodilla, adelantándola para meterla entre sus piernas. El aire escapó de sus pulmones junto con una maldición ofensiva. Tras soltarle los hombros, retrocedí con una sonrisa

mientras él se doblaba.

—Toma esa, imbécil.

Luego giré sobre mis talones y por sentido práctico salí airada del bar.

Sin duda me iban a soltar una buena bronca por esto si Trent se iba de la lengua, pero cualquier rapapolvo al que me enfrentara merecería la pena. Vaya cerdo de mierda. Lo triste era que muchos tíos de la Orden pensaban como él. Idiotas.

El sol se había puesto hacía rato y el olor a lluvia se percibía en el aire mientras me dirigía hacia la plaza Jackson. Era hora de retirarse, comprar unos buñuelos y volver a casa. Atravesé el cruce y, mientras miraba a la izquierda, me quedé clavada en medio de la calle.

Dios.

Ahí mismo, justo en medio de la avenida Orleans, estaba el fae de la pasada noche. No podía creerlo, pero era él. El corazón se me aceleró en el pecho mientras me apresuraba a volverme hacia la izquierda para alcanzar la acera y ponerme a cubierto pegada a los edificios.

El fae estaba de pie, ladeado hacia mí, justo delante de una tienda de puros. Un humano varón iba con él, y el tamaño gigantesco del fae era justo lo que hacía pensar que el humano podría salir volando con una ventolera por toda la plaza. Era larguirucho y débil, de aspecto enfermizo al lado del otro, con la piel del rostro irritada por encima de la barba de un día. El fae que me disparó se volvió de espaldas y el humano intentó seguirle, pero tropezó y se cayó de la acera, dándose de rodillas contra el asfalto.

Ese era el efecto cuando un fae se alimentaba de la esencia de un mortal y le despojaba poco a poco de la vida hasta dejar solo polvo y huesos.

Él ni siquiera volvió la vista hacia el mortal mientras se ponía a andar por la avenida Orleans en dirección a Royal. Aceleré el paso al tiempo que el pobre tipo conseguía levantarse. Desorientado, describió un amplio círculo hasta que detectó al fae varios metros más adelante. Se fue dando bandazos tras él como un cachorro perdido: un cachorro famélico y plagado de pulgas.

Qué crueldad tan increíble.

La furia bulló en mí tan rápido como la llegada de una fuerte tormenta. Todo mi ser estaba concentrado en aquel hijo de puta cuando me lancé tras él a grandes zancadas. Había dado un par de pasos cuando de pronto algo —una persona— surgió de entre los dos edificios y me agarró.

Un brazo me rodeó la cintura, justo por debajo de los pechos, sujetándome los brazos pegados a los costados. En un nanosegundo me había levantado para sacarme de la acera, llevándome hasta el estrecho sendero que discurría entre los dos edificios. Con la mano me tapó la boca. El instinto acudió en mi rescate, y levanté las rodillas planeando arrojar todo mi peso hacia delante.

—Yo no haría eso —dijo una voz grave y profunda directamente a mi oído—. Voy a bajarte ahora, pero no vas a darte la vuelta para soltarme un puñetazo o una

patada, ¿entendido?

¿Cómo pensaba que iba a decirle si lo entendía o no? ¡Me tapaba la boca con la mano!

—Vamos, Merida. Asiente con la cabeza si me entiendes.

¿Quién demonios era Merida? Daba igual. Solo quería que me soltara. Y no iba a darle ningún puñetazo ni patada: iba a sacarle a ese tipo toda la mierda a golpes. Asentí.

—Me fío de ti. Lo último que quiero ver es que te hagas daño —me dijo.

Un segundo después desaparecía el brazo que me rodeaba la cintura, y también la mano. Sin vacilación me di media vuelta y alcé la vista para encontrar un par de ojos de un asombroso color esmeralda.

Era él. Ojos verdes. Ren, así se llamaba. Ahora lo recordaba. Empecé a andar, pero me lo impidió. Con la rapidez de una maldita serpiente al ataque, me cogió por las muñecas. No me bajó los brazos contra los costados; se limitó a agarrarme los puños apartándolos de su cara.

Una sonrisa torcida apareció en esos labios carnosos.

—No puedo decir que me sorprenda demasiado que intentaras zurrarme.

—Entonces supongo que esto tampoco va a sorprenderte.

Inclinándome hacia atrás, desplacé mi peso sobre la pierna izquierda, pero una vez más, Ren se mostró más hábil, con una rapidez que me puso en una situación más bien incómoda.

Se metió en medio de lo que podía haber sido una patada fantástica y me obligó a retroceder contra la pared. Ahí no había dónde ir, no quedaba ningún espacio. Me encontré con la espalda contra el edificio y todo el cuerpo duro y largo de Ren apretado contra el mío.

Qué cabrón.

Como si pudiera leerme la mente, esa sonrisa se propagó y los hoyuelos empezaron a jugar a asomarse y a desaparecer.

—Bien, creo que podríamos mantener una conversación sin que yo acabe ensangrentado.

Solté un aspaviento exasperado.

—No apostaría por ello.

Soltó una risita y el sonido retumbó a través de mí. No recordaba siquiera haber estado tan cerca de un tío desde... desde Shaun.

—Mira, siento haberte sacado de la calle como un secuestrador, pero estabas a punto de cometer otro gran error.

No entendía esa disculpa.

—¿Cometer otro error?

—Sí, como el de anoche, que te llevó a recibir un disparo.

Bajó la barbilla y el brillo amarillo de la luz situada justo encima, en la pared del edificio, destacó sus amplios pómulos.

—Sí, sé lo que estabas a punto de hacer.

—Anoche no cometí ningún error. Hacía mi trabajo —escupí—. Y dudo mucho que tu trabajo incluya capturar a chicas en medio de la calle.

—Eso sería mucho más entretenido, pero anoche, en el momento en que pensaste que podías ocuparte tú sola del fae, cometiste un error. Y estabas a punto de

cometerlo otra vez, tontita.

—¿Tontita? —farfullé—. ¡Me has sacado de la calle como si fuera una asesina en serie!

—Y me he disculpado por ello, aunque tú deberías estar dándome las gracias. Acabo de salvarte la vida, encanto.

Sin saber qué decir, me limité a observarle durante un momento.

—Eres un perturbado.

—Soy muchas cosas, pero hoy soy tu puñetero salvador, ni más ni menos.

—Guau. Qué modesto eres —repliqué—. Permíteme prepararte unos malditos dulces para agasajarte.

Esa mueca se extendió hasta formar una sonrisa, y no me costó visualizarle cortando la respiración de la población femenina a lo largo y ancho de la nación.

—Me gustan las galletitas con mucho azúcar espolvoreado por encima.

—Oh, que te den...

—Estabas a punto de ser machacada por un antiguo, Ivy, y lo he impedido —contestó demostrando saber que mi nombre no era Merida o como demonios me llamó—. Y sé que eres un fenómeno pateando culos, pero no estás preparada para enfrentarte a uno de esos.

Abrí la boca, pero dos cosas me dejaron callada. Primero, me llamaba fenómeno pateando culos, que de verdad sonaba como un cumplido guay. Pero aún más importante, había llamado antiguo más de una vez a aquel fae, y eso consiguió abrirse paso a través de la neblina de mi furia.

Con la mirada fija en él, me calmé un poco.

—¿Es de verdad un antiguo?

—Sí.

Se me aceleró el corazón.

—¿Cómo... cómo lo sabes?

—Lo sé.

—No te conozco lo suficiente para confiar en ti ni en lo que dices —solté—, o sea, que algún detallito iría bien.

—No te he pedido que confíes en mí.

Inclinó la cabeza a un lado mientras movía el pulgar sobre el interior de mi muñeca derecha, describiendo un circulito que me distrajo.

—Lo que estoy diciendo es que el fae con el que coincidiste anoche, al que seguías hoy, no es un fae normal. Es un antiguo, y no es el único que corre por aquí.

—¿Cómo lo sabes? —repetí.

Un músculo palpitó en su mentón, pero se disipó al momento.

—¿No se supone que estás descansando? ¿Qué haces aquí? Porque no voy a creerme que hayas salido a cazar apenas veinticuatro horas después de estar a punto de desangrarte sobre mis botas.

—No has contestado a mi pregunta. —Hice una pausa—. Y no estuve a punto de

desangrarme sobre tus preciosas botas.

—Sangrabas mucho. ¿Cómo te encuentras?

Ren aún movía el pulgar.

—Es obvio que no estoy muerta —solté—. Explícame por qué dices que es un antiguo. David dijo...

—Déjame adivinar, dijo que es muy poco probable que fuera un antiguo porque nadie los ha visto en décadas, tal vez siglos. Por supuesto que dijo eso.

Su mirada se desplazó como una flecha hasta la acera cuando un grito sonó en la distancia.

Si te lo contara no me creerías.

La frustración me carcomía, pero sin avisar me soltó las muñecas y retrocedió. Un hormigueo se propagó por toda la parte delantera de mi cuerpo al perder el contacto. Mientras permanecía en pie delante de mí, me percaté de que todo su brazo derecho estaba cubierto de tatuajes. Nada parecido a lo que los miembros de la Orden se tatuaban en la piel. No había luz suficiente para examinar cada detalle, pero parecía una enredadera descendiendo por su antebrazo y por encima del dorso de su mano, hasta desaparecer entre el pulgar y el índice.

Ren separó las piernas como si esperara que yo fuera a atacar, pero conseguí refrenarme y no hacerlo.

—Tendrías que irte a casa, Ivy.

Me quedé boquiabierta.

—Y tú tendrías que hacerte examinar la cabeza si crees que puedes decirme lo que tengo que hacer.

Esa curva lenta en sus labios volvió a aparecer, formando una sonrisa devastadora que exhibía los hoyuelos.

—Si no te vas a casa, voy a llamar a David para decirle que has salido de cacería.

Sin dar crédito a lo que oía, me quedé boquiabierta.

—No serás capaz.

—Mmm... Me pregunto cómo reaccionará. No parece el tipo de jefe que mantiene la calma cuando alguien desobedece sus órdenes.

Lo más probable fuera que le diera un síncope. Qué caray, tal vez estuviera montando un buen pollo ahora mismo si Trent le había llamado. ¿Y si recibía otra llamada de Ren? Seguramente me separaría de la actividad, tal vez hasta me diera la patada, y si me despedía yo...

En realidad no tenía nada si me quedaba sin la Orden.

Y detestaba que Ren usara eso contra mí.

—Eres un imbécil.

Parte del humor desapareció de sus ojos.

—Ya me han llamado así un par de veces antes, ya sabes...

—No me sorprende lo más mínimo.

Pasando de despedirme, me di media vuelta y empecé a andar por la acera. Mi

intención era regresar por Bourbon, pero me detuve al recordar los malditos buñuelos que le había prometido a Tink.

Si volvía a casa sin los buñuelos, lo más seguro es que me cortara el pelo mientras dormía. Con un suspiro, me giré en la otra dirección para encaminarme hacia el Café du Monde. A esta hora de la noche el lugar iba a estar a tope.

—¿A dónde vas? —me preguntó Ren desde detrás.

Solté una maldición en voz baja.

—No es que sea asunto tuyo, pero voy a comprar unos buñuelos.

—¿A estas horas? —Se adaptó a mi paso—. ¿De verdad son tan buenos?

Dedicándole una mirada de incredulidad, sacudí la cabeza:

—¿Aún no los has probado? Pues es casi lo primero que hace todo el mundo cuando llega a Nueva Orleans.

—No.

Inspeccionó la acera y frunció el ceño al pasar junto a una pareja que parecía a punto de hacer un bebé allí mismo.

—No he tenido demasiado tiempo.

Quería preguntarle qué estaba haciendo, pero por otro lado, no quería darle conversación en realidad. No estaba dispuesto a explicarme por qué estaba tan seguro de que el fae fuera un antiguo ni nada de verdadero interés, y yo no estaba segura de creerle siquiera.

Si David no los consideraba una amenaza real y Trent pensaba que a mí me faltaba un tornillo, como había dejado bien claro, entonces ¿por qué Ren, un completo desconocido, era la única persona que creía que los antiguos andaban por las proximidades?

Ren no habló mientras me seguía al Café, y yo hice todo lo posible por ignorar su presencia, pero era complicado fingir que no existía un ejemplar como ese, con su metro noventa, caminando junto a mí.

También esperó en aquel agobio de cola, bajo las luces brillantes, como una presencia tranquila a mi lado. Al menos fui capaz de ver algo más del tatuaje. Lo que descendía por sus brazos era una enredadera intrincada con hojas de intensos tonos verdes y grises. El diseño encordado se retorció y juntaba con reminiscencias de un nudo celta. La parra describía una curva hacia lo alto de la mano y continuaba entre los dedos. No recordaba haber visto con anterioridad un tatuaje similar a ese.

Una vez que llegué al mostrador y pedí mis dos raciones, me aparté a un lado y Ren me miró con curiosidad.

—Tengo un hambre que me muero —mascullé.

Él sonrió e hizo su pedido.

Nuestros buñuelos estuvieron listos más o menos al mismo tiempo, y resultó extraño salir juntos a la calle, pues parecía que de verdad íbamos juntos. Una parte de mí quería ver su reacción al dar el primer mordisco al buñuelo azucarado. La primera vez siempre era una experiencia que no se olvidaba.

Pero no éramos amigos, apenas nos conocíamos y él prácticamente me había secuestrado en la calle. Rodeando con los dedos la bolsa, desplacé mi peso de un pie al otro y luego le dirigí una rápida mirada.

—Bien, ya nos veremos por ahí.

Ren no dijo nada pero ladeó la cabeza. Por un momento me pregunté cómo sería si él y yo nos encontráramos... bien, en circunstancias normales. Por ejemplo, si compartiéramos una clase en Loyola. Con toda probabilidad estaría encantada de conocerle mejor, de ver hasta dónde seguía ese tatuaje, pero no éramos normales, y todo esto era una situación incómoda. Suspiré y me di la vuelta para alejarme.

—¿Ivy? —me llamó.

Me vi obligada a volverme de nuevo.

Se hallaba básicamente entre sombras; la luz que surgía del café no alcanzaba su lado de la acera.

—No hagas ninguna estupidez. Vete a casa y mantente en lugar seguro.

Y luego se marchó, desapareciendo entre el grupo de gente que cruzaba la calle.

Con lo poco que había dormido, estaba hecha una piltrafa malhumorada antes de la clase matutina en Loyola..., sobre todo teniendo en cuenta que no me había tomado mi analgésico por miedo a babear más de lo normal.

En un día como este, con lo poco que había dormido y aún recuperándome de una herida de bala, me preguntaba lo mismo que Val: ¿por qué demonios iba a la uni? Podría quedarme en la cama, acurrucadita en plan tranqui, soñando con hombres excitantes y abdominales cubiertos de azúcar glaseado.

Vale. Eso también sonaba bastante raro.

Pero tenía dos clases el viernes: Filosofía y Estadística. La primera no me preocupaba, de hecho la encontraba interesante. Pero en cuanto a Estadística, preferiría arrancarme las pestañas con unas pinzas oxidadas.

Tuve tiempo de agenciarme un bocata antes de Estadística, luego me obligué a ocupar mi asiento. Mientras esperaba a que el profesor compareciera, lo cual llevaría un rato, porque incluso a él parecía espantarle asistir a clase, mis pensamientos terminaron regresando a la noche anterior: a Ren.

Una cosa que me había tenido despierta casi toda la noche era el hecho de no haber preguntado qué hacía él siguiendo a lo que afirmaba que era un antiguo; tenía que serlo. Me había dejado tan ofuscada que me agarrara y saber que el fae era un antiguo, que no había pensado en preguntarle qué demonios estaba haciendo.

Lo único que podía imaginar era que Ren iba a la caza del antiguo, pero qué motivo le había traído...

—Vaya pinta más horrible tienes hoy.

Me volví a la izquierda para ver a Jo Ann Woodward dejándose caer en el asiento

de al lado.

—Gracias. Ahora ya me siento mejor.

Se rio en voz baja mientras sacaba el enorme libro de Estadística de la bolsa y se sujetaba tras la oreja la espesa melena color almendra.

—Ha sido ruin por mi parte.

El libro rebotó sobre el escritorio, era tan grande y voluminoso que podría resultar un arma mortífera, estaba convencida.

—En serio, Ivy, ¿te encuentras bien?

Jo Ann me caía genial. La conocí el primer año en Loyola en una de mis clases de Introducción a la Psicología, y automáticamente conecté con esa morena de figura curvilínea. Era una tía maja de verdad, y dulce como una fresa bañada en azúcar. Una de esas raras personas que nunca tienen una mala palabra para los demás, en plan auténtica, el tipo de persona que de verdad quieres como amiga, porque cuando pasaba el rato con ella me sentía... normal.

La sensación era extraña e inestimable.

Pese a los muchos grupos de estudio nocturnos compartido e incluso a haber salido juntas algunas veces, Jo Ann no tenía ni idea de lo que yo hacía o de quién era en realidad. Mantener en secreto la Orden levantaba un gran muro entre nosotras que nunca se podría traspasar, por muy amigas que fuéramos.

Vaya coñazo.

Meneé la cabeza mientras echaba una ojeada a las notas que había tomado el miércoles.

—Creo que ayer me atacó un virus estomacal o algo así. —Pedazo de mentirosa—. Me encuentro mejor. —Tampoco era para tanto la trola: ya no me moría de dolor, pero mi estómago seguía delicado.

—Oh, no, ¿necesitas algo? —preguntó abriendo sus ojos marrones hasta alcanzar el tamaño de minúsculas naves espaciales.

Por algún motivo, Jo Ann insistía en opinar que yo necesitaba mimos. No en plan mandona, pero le preocupaba que estuviera sola en la ciudad, pues sabía que había perdido a mi familia más cercana. Incapaz de explicarle la verdad sobre sus fallecimientos, había optado por el siempre socorrido y trágico accidente de coche.

—Estoy bien —le dije mientras echaba una ojeada al reloj.

Pasaban dos minutos de la hora de inicio de la clase. Igual teníamos suerte y el profesor no aparecía hoy.

Jo Ann jugueteaba con un bolígrafo entre los dedos mientras me observaba.

—¿Estás segura? Preparo una sopa de pollo con fideos que está de muerte. Directa de la lata.

Me reí.

—Sí, no lo pongo en duda.

Ella sonrió.

—¿Quieres que pillemos algo para comer antes de que me vaya al curro?

Jo Ann trabajaba en una casa de reinserción camino de la ciudad, lo cual dejaba claro que casi era una santa. Estuve a punto de aceptar su ofrecimiento, pero recordé que debía dirigirme al Barrio para la reunión semanal. Me dominó la decepción.

—No puedo. ¿Tal vez el fin de semana?

Separó los labios formando una gran sonrisa:

—Sí, envíame un SMS. Libro el domingo.

Por fin nuestro profesor consiguió entrar en el aula y una vez más me dio la impresión de que iba a quedarse dormido a media clase. No estaba segura de haber aprendido algo nuevo para cuando acabó la clase y seguía sin conseguir discernir por qué era una asignatura obligatoria.

Salí del aula con Jo Ann, pasando por alto el punto de sutura en mi costado mientras intentábamos abrirnos paso por el pasillo abarrotado.

—Por cierto —dijo dándome un pequeño codazo en el brazo—, me gusta tu pelo así.

—¿Ajá?

—Así suelto —comentó—. Nunca te lo sueltas y te queda muy bien.

—Oh.

Con un repentino ataque de timidez, levanté la mano y enredé los dedos en los rizos mientras llegábamos a la escalera.

—En realidad no le he hecho nada esta mañana —comenté.

Esa parte era verdad. Me había duchado y luego había dejado que el pelo se secara al aire mientras me metía en la boca los buñuelos que quedaban.

Jo Ann se rio.

—Entonces deberías pasar de peinarte más a menudo. Estás...

Su voz se apagó, pues casi se da contra la baranda mientras nos acercábamos a los escalones.

—Yepa, ¿estás bien? —pregunté.

El bronceado natural de sus mejillas se cubrió de rubor, parecía incapaz de pronunciar una sola palabra. Un momento después entendí la razón. Por las escaleras subía su futuro marido.

Solo que Christian Tran aún no lo sabía.

Disimulé mi sonrisa mientras él llegaba al descansillo y alzaba la vista. Con su gorra negra de béisbol torcida hacia atrás, una mata de pelo negro surgía de debajo de la cinta. Sus cálidos ojos oscuros descansaron amistosos en Jo Ann.

—Ey —dijo.

Ella soltó un pitido agudo. Así sonó su respuesta, y así quedó la cosa porque era lo único que era capaz de hacer mientras Christian seguía subiendo las escaleras. Los dos trabajan en la misma casa de reinserción, aunque en turnos distintos. No sabía mucho de él. Qué caray, ni siquiera sabía si estaba soltero o si le gustaban las chicas, pero estaba locamente enamorada.

La cogí de la mano y tiré de ella escaleras abajo.

—En serio, tienes que hablar con él.

Abrió mucho los ojos otra vez, llena de pánico.

—No puedo. Acabas de verlo, me sucede cada vez que intento hablarle. Parezco Beaker de los Teleñecos.

Echando la cabeza hacia atrás, solté una risotada propia de una hiena.

—Oh, Dios, es verdad, sonabas como Beaker, totalmente.

—Lo sé —se lamentó—. Seguro que piensa que no sé hablar.

—Lo sabe.

Quería de algún modo darle un consejo práctico, pero yo estaba tan fuera de órbita en lo referente a citas con tíos que de hecho la noche anterior había sido mi experiencia más próxima a un miembro del sexo opuesto.

Justo cuando pensé en Ren, me sentí simultáneamente enfadada y... y no sabía qué más. No encontraba una sola palabra para describirlo. Mi corazón dio aquel extraño brinco de nuevo, y eso me hizo optar por no pensar en su nombre siquiera.

Exasperada conmigo misma, me perdí la mitad de lo que Jo Ann estaba diciendo, y ella tenía que darse prisa para llegar a tiempo a la siguiente clase. Como siempre, me dio un fuerte abrazo, como si nos conociéramos desde que llevábamos pañales, y antes de separarnos yo prometí mandarle un SMS durante el finde.

Cogí un tranvía hacia el Barrio y, ya que tenía que hacer tiempo, me encaminé a la tienda de Tía Sally para pillar una caja de pralinés para Tink. No porque necesitara más azúcar en su cuerpecito, sino porque sabía que eso le pondría contento.

Tras meter la caja en la mochila continué bajando por Decatur. La noche del viernes estaba empezando y las calles enloquecían. Era noche de marcha y los faes estarían por todas partes. Me disgustaba la idea de no salir de caza en una noche así, sobre todo porque sabía que podía hacerlo sin lastimarme.

Mama Lousy estaba abarrotada cuando pasé junto a la tienda y asomé la cabeza. Jerome se encontraba detrás del mostrador con el aspecto malhumorado de un hombre sentado en el porche observando a los niños que cruzan por su césped. El hombre estaba retirado, hacía ya diez años que había dejado la Orden, y ponerle al cargo de la tienda había sido una opción poco acertada.

El trato con la gente no era el palo fuerte de Jerome.

Le saludé desde el exterior con una sonrisa.

Él me contestó con un ceño mientras alguien se acercaba tranquilamente al mostrador y dejaba allí la reproducción de una calavera para comprarla.

Entré en el edificio por un lado y subí las escaleras. Después de un par de escalones, eché un vistazo hacia abajo y me sentí aliviada al ver que no quedaba rastro de sangre en ellos. Habría sido un fastidio.

La puerta de arriba se abrió unos diez segundos después de llamar al interfono. Esperaba ver a Harris al entrar, pero tuve que contener una brusca maldición al descubrir a Trent.

Torció la boca a un lado:

—Oh, vaya, es la zorra enloquecida.

Arqueé una ceja.

—Oh, vaya, qué poco original.

Me hice a un lado con intención de rodearle, pero él se movió para bloquearme el paso. Mi paciencia se estaba acabando.

—Me sorprende que aún sigas caminando hoy.

Dos puntos colorados encendieron sus mejillas.

—Me sorprende que todavía te dejen seguir en la Orden después de las chorradas que sueltas.

Se me ocurrían tantas cosas que soltarle, pero mi paciencia se agotaba ya, y lo último que me convenía hacer era darle otro rodillazo en los huevos. Por lo tanto, no iba a ser tan cría e iba a alejarme andando. Como una adulta. Iba a pasar de él y sentirme muy orgullosa de mí misma.

Volví a moverme para rodearle, pero él se desplazó una vez más, y en esta ocasión me puso la mano en el hombro. La pesada mano atrapó varios mechones de pelo con la palma, con el estirón correspondiente. Nuestras miradas se encontraron y supe que estaba a segundos de darle un rodillazo en la entrepierna, y no solo eso, sino de asegurarme también de que no procreara de por vida.

Una sombra cruzó el rostro de Trent, que retiró la mano con un movimiento violento, retrocediendo un paso. Tal vez había leído en mi expresión los planes de su inminente castración.

Pero una conocida voz profunda llenó la habitación.

—¿Todo bien, Ivy?

Cada músculo de mi cuerpo entró en tensión al percatarme de que Ren se encontraba detrás, y no era mi expresión fiera la que había hecho desistir a Trent. Quería volverme, pero no estaba dispuesta a darle la espalda, aunque tampoco me encontraba del todo cómoda con Ren detrás de mí. Estaba atrapada entre un imbécil y un excitante bicho raro, que por su parte también era candidato a imbécil.

—Todo va de perlas.

—Si tú lo dices —añadió arrastrando las palabras.

Trent dejó caer la mandíbula como si quisiera decir algo, pero se limitó a hacer un gesto cortante de asentimiento a Ren con las mejillas moteadas. Cuánta mamónada. Porque, ¿acaso la masculinidad superior de Ren imponía respeto a Trent, que me conocía desde hacía tres años? A veces detestaba a la gente.

—Pues yo no creo que todo vaya bien —comentó Ren mientras observaba la silueta de Trent en retirada.

Sin saber qué pensar sobre este Ren que no dejaba de aparecer en mis asuntos, me volví hacia él. Reconocí una vez más esa profunda opresión en el pecho, una sensación que no me tenía demasiado contenta. Pero posiblemente era el tío más guaperas que había visto entre los mortales, ¿y ese tatuaje? Con la camiseta negra de manga corta, no se me podía pasar por alto el tatuaje intrincado que descendía dando

vueltas sobre sus bíceps marcados y sus fuertes antebrazos. Me obligué a apartar la mirada y alzarla a la belleza casi angelical de su rostro.

Dios, no sirvió de nada en absoluto.

Sus intensos ojos verdes danzaban al encontrar los míos, con los labios curvados a causa de su diversión. Fue entonces cuando me percaté de que esperaba mi respuesta.

—¿Qué?

La sonrisa siguió ampliándose hasta que aparecieron aquellos hoyuelos.

—Solo estaba indicando con toda la amabilidad de la que soy capaz que no parece que todo vaya bien.

Oh, me había perdido eso, o sea, que mejor me centraba un poco.

—¿Qué te hace pensarlo?

Desplazó su peso mientras doblaba los brazos sobre el amplio pecho.

—Seguramente tenga algo que ver con que ese mal parido te haya llamado zorra enloquecida.

—Da igual. —Hice un gesto restándole importancia—. No es nada.

—¿No? —Levantó una ceja negra—. Pues quizá sea algo, sobre todo teniendo en cuenta que acababa de salir de esa sala de ahí al lado.

Ren indicó las puertas de paneles de madera situadas a la derecha, donde iba a tener lugar la reunión, y por donde Trent acababa de desaparecer:

—Estaba hablando.

Entré en tensión al notar un vacío en el estómago.

—¿Hablando de qué?

—De lo que dijiste haber visto el miércoles por la noche y lo que sucedió. Se lo estaba contando a toda una sala llena de gente. —Sus ojos verdes encontraron los míos—. El líder de tu secta estaba ahí.

Casi incapaz de disimular la crispación en la cara, meforcé por neutralizar mi expresión. No creo que funcionara porque una sombra de mirada comprensiva cruzó el apuesto rostro de Ren. Aparté la vista, agarrando con más fuerza la correa de la mochila.

—No creo que sea prudente hablar tan abiertamente de lo que viste —me recomendó con calma.

Enderecé aún más la columna. Era demasiado fácil opinar *a posteriori*. Por supuesto, probablemente debería haber mantenido la boca cerrada en vez de soltar todo aquello en la cara de Trent, pero no hacía falta que ahora él me lo restregara por la mía.

—Gracias, pero no he pedido tu opinión.

Se hizo un momento de silencio, y luego Ren suspiró. Dio un paso para situarse de nuevo ante mí, y parecía que fuera a decir algo más, pero no tuvo ocasión.

La puerta de la sala de reuniones se abrió y David salió a zancadas, dejando que diera un portazo tras él. Ren se volvió en ese momento, desdoblado los brazos y

separando las piernas con una postura que tenía un extraña vibración protectora. No conseguí distinguir en realidad de qué humor estaba David, pues su aspecto era el de siempre.

De cabreo total.

Me preparé de todos modos. Si Trent había andado por ahí contando cuentos después de que David me ordenara quedarme calladita, sabía que esto no iba a molar. Y se corroboró sobre todo cuando advertí que sus ojeras se arrugaban mientras entrecerraba los ojos.

David se detuvo frente a mí, desplazando su mirada marrón de mí a Ren.

—Me alegra el hecho de que los dos os encontréis aquí.

Completamente confundida por esa afirmación, alcé la barbilla mientras la mirada del líder de la secta encontraba la mía.

—No hace falta que asistas a la reunión.

Se me desencajó la mandíbula.

—¿Qué?

—Te dije que mantuvieras la boca cerrada. —Su mirada se tornó más dura—. No lo has hecho. Digamos que solo tenías que hacer una cosa, Ivy, y no la has cumplido.

Me ardía toda la nuca. Tener a David diciéndome algo así me tocaría las pelotas en cualquier momento, pero con testigos, y que ese testigo fuera Ren, hizo que me dieran ganas de tirarme por el balcón. Consciente de mi suerte, acabaría en un charco de meados. Pero lo que David decía no era justo.

—Solo hablé porque el propio Trent mencionó...

—No te excuses —replicó contraatacando—. No importa qué dijera Trent. Sabes que solo suelta mierda la mitad del tiempo y deberías haberlo dejado ahí.

Eso era una mamonada tan grande que antes de poder expresarlo en voz alta, Ren metió baza:

—Parece que el problema es con Trent, no con Ivy.

Sorprendida, le dirigí una mirada. Considerando el hecho de que yo no me había mostrado especialmente agradable con él en ningún momento desde que nos habíamos conocido, lo último que merecía era su defensa.

—Y yo no he pedido tu opinión, ¿verdad?

La mirada de David volvió a saltar a él.

Ren esbozó una media sonrisa, en parte era petulante y en parte audaz.

—Lo único que digo es que, desde la perspectiva de alguien que está al margen, si él ha soltado la mierda antes, ¿cómo puede ser culpa de Ivy?

Seguía ganando puntos el chico.

—No puedo estar más de acuerdo con esa afirmación —señalé.

—Así está el tema: tengo unos cuarenta y cinco miembros de la Orden en una habitación donde el puto aire acondicionado no funciona, parloteando sin parar como viejas. La mitad de ellos piensa que Ivy ha perdido un tornillo y la otra cree que tenemos un puto antiguo suelto por la ciudad. Trent no habría dicho una mierda antes

de la reunión si Ivy no le hubiera tocado las pelotas. Literalmente.

Abrí mucho los ojos.

Los de él se entrecerraron aún más, hasta que tan solo quedó visible una delgada rendija marrón.

—Sí, también estoy enterado de eso. Él quería tramitar una queja contra ti, pero tienes más suerte de la que te mereces por lo mucho que detesto el puto papeleo, sumado a que ya tuve que rellenar un expediente esta semana por tu cara bonita.

—Tuviste que rellenarlo porque me pegaron un tiro debido a que tal vez tengamos un antiguo suelto por las calles —repliqué.

Y luego me volví con brusquedad hacia Ren bajando los brazos a los lados. Nuestras miradas se encontraron, este era el momento perfecto para que él hablara y dijera lo que me había contado la noche anterior.

Silencio.

Y esperé... esperé a que Ren repitiera lo que me había dicho la pasada noche cuando yo espiaba al mismo fae que me disparó y él impidió que lo siguiera. Esperé mientras oía una sonora carcajada en la sala donde permanecían escondidos el resto de los miembros de la Orden, y me dije que esa risa no tenía nada que ver conmigo. Esperé.

Ren no dijo nada.

Pasó otro medio minuto durante el cual observé su perfil. Respiré hondo con brusquedad mientras por fin me hacía a la idea. Un músculo había empezado a agitarse en la mandíbula de Ren según pasaban los segundos. No iba a decir palabra, nada que pudiera respaldarme. El ardor que ahora inundaba mis mejillas se intensificó. No entendía. Me dominó la rabia, pero también otra cosa que sinceramente no me hacía gracia sentir. Estaba dolida, y eso era una imbecilidad. No le conocía y no tenía motivos para confiar en él.

David se frotó el mentón.

—Tú, por otro lado, deberías mover el culo y entrar ahí lo antes posible mientras nosotros acabamos esta fastidiosa conversación. Los otros miembros de la secta necesitan conocerte para no acabar matándote por accidente.

Luego se volvió hacia mí y los extremos de su expresión se suavizaron.

—Sé que te dije que descansaras hasta el siguiente miércoles, pero no puedo prescindir de nadie más, por lo tanto te necesito para que enseñes un poco la ciudad a Ren hasta entonces. No irás de caza. Si te cruzas por casualidad con un fae, Ren se ocupará. Básicamente vas a ser su sombra para asegurarte de que sabe por dónde anda. Empiezas mañana por la noche.

La madre que le parió.

—Parece buena idea —dijo Ren.

Oh... oh, me niego, qué cuernos.

Retrocedí un paso, porque me asustaba de veras convertirme en una ardilla rabiosa.

—De eso nada.

Ren me miró con severidad.

—No tienes elección, Ivy. Asume esto de una vez antes de soltar lo que estás a punto de decir —replicó David con calma.

Cerré los puños.

—¿Te convences de una vez? —preguntó.

Y vaya si me convencía. David me estaba dando una orden directa, lo cual significaba que si me negaba infringía los preceptos de la Orden, y eso significaba que formalizarían una queja por mi comportamiento. Solo admiten tres quejas antes de ponerte en la calle, despojada de tu tatuaje e incluso de tus protecciones. Se ponían así de estrictos.

Holly y Adrian se habrían sentido muy decepcionados conmigo si eso llegara a suceder. Lo mismo que Shaun, porque ninguno de ellos había desobedecido jamás a la Orden, mientras que yo ya lo había hecho en una ocasión, y ellos lo habían pagado con sus vidas.

Por mucho que detestara la idea de tener algo que ver con Ren, sobre todo después de dejarme tirada ante los caballos desbocados de ese maldito asunto del antiguo, no podía deshonrar la memoria de aquellos que albergaba en mi interior. Y desobedecer a la Orden en algo tan sencillo sería exactamente eso.

—Entendido —repliqué con voz ronca.

Por algún motivo David no se mostró demasiado entusiasmado.

—Bien. Queda con él aquí mañana a las cinco. Por esta noche no te necesitamos.

Hubo un instante de silencio tenso y luego Ren soltó una suave exhalación.

Una de las cosas más complicadas que yo había hecho en la vida fue alejarme andando de David y Ren con la espalda bien recta y la barbilla alta. Hice acopio de lo que parecía ser un fragmento roto de mi orgullo y me largué de allí antes de que aquellas frágiles esquiras de control se quebraran.

Mi móvil vibró dos veces mientras abría la puerta del piso y dejaba caer otra pila de cajas de Amazon en la silla. Parte de mí no quería mirar el teléfono, pero mientras lo sacaba de la bolsa, vi que era Val.

T disparó un antiguo? Creía que era un mangui.

Este era el primer mensaje.

El segundo decía:

Tienes que llamarme mi chica, pq todo el mundo larga a lo loco.

Necesitaba hablar con Val, pero la verdad es que no me sentía con ánimos en este momento. Tras enviar un SMS respondiendo «Te llamo mañana», me alivió recibir su «ok».

Con un suspiro abrí la puerta y la cerré de un codazo. El televisor resonaba unos diez decibelios demasiado alto con una de las películas de la serie *Crepúsculo*, tal vez *Luna nueva*. Tink no aparecía por ningún lado mientras recorría el suelo de madera para coger el mando a distancia. Al dejarlo sobre el viejo baúl que usaba como mesita de centro, solté un jadeo al ver el sofá.

Un muñeco-gnomo con el pelo verde chillón se asomaba tras el cojín color habano, y su rostro, con tono de loción para el bronceado, estaba congelado en una amplia sonrisa. Además, estaba desnudo.

Tink hacía eso a veces. Dejaba los malditos muñecos en lugares raros para que yo los encontrara y me pegara un buen susto. Lo agarré y luego me fui por el pasillo hasta la cocina.

Lo encontré sentado en la isla central, con las piernas cruzadas ante mi portátil. Di un suspiro. Una cosa más a la que debería cambiar la contraseña. Estaba tan absorto en lo que fuera que veía que no me oyó acercarme. Me incliné y le soplé en la espalda desnuda.

Dio un grito y pegó un bote por los aires, batiendo las alas muy deprisa mientras daba vueltas con las manos colocadas como si estuviera a punto de lanzar un ataque *kung fu*. A pesar del asco de noche que llevaba, se me escapó una risa.

Entonces dejó caer las manos sobre el pecho y respiró hondo un par de veces.

—Me parece que me has provocado un infarto. Lo siento en el pecho. Es de los fuertes.

Apretándose el torso, retrocedió tambaleante:

—Oh, no, va a suceder, estoy a punto de morir.

Le arrojé el muñeco.

—Para de dejar tiradas esas cosas por toda la casa. Qué espanto.

Lo cogió, cayendo un poco bajo el peso repentino.

—No he hecho tal cosa. Ya te lo he explicado, toman vida mientras yo duermo. No es culpa mía.

Entornando los ojos, miré el portátil.

—¿Por qué tienes puesta una de las películas de *Crepúsculo* en la sala y otra de *Harry Potter* en mi portátil?

—Hago un trabajo de investigación. —Aterrizó delante de mi ordenador y yo dejé el muñeco a su lado—. Investigación importante.

—Conforme.

Me fui hasta la mesa y me quité la mochila de los hombros.

Tink se acercó volando, suspendiéndose justo a mi lado.

—¿Qué tal el día, preciosa?

Sonreí débilmente mientras dejaba caer la mochila en el asiento y luego abría la

cremallera.

—No ha sido el mejor día.

Ladeó la cabeza.

—¿Quieres contárselo todo al doctor Tink?

—Pensaba que no te gustaba que te llamara Tink.

—No te ensañes con mis incoherencias.

Volví a reírme.

—En realidad prefiero no hablar de ello. —Saqué la caja de dulces—. Pero tengo pralinés.

Cualquiera pensaría que había sacado un par de duendes desnudos dispuestos a vivir al servicio de Tink por la manera en que reaccionó. Mientras zumbaba con excitación por toda la cocina, temí que saliera volando por accidente por una de las ventanas. Al final se tranquilizó y acabamos viendo el resto de lo que resultó ser *Eclipse* y luego *La orden del Fénix*, fueran cuales fueran los motivos de la investigación que no quería explicarme. Me fue bien la golosina mental. Impidió que no me estresara demasiado con todo lo que había sucedido hoy y lo que me quedaba por delante.

Me quedé traspuesta poco después de las nueve como una perdedora total, pero me comí cinco pralinés más antes de irme a la cama, sin que mi estómago agradeciera la sobredosis de dulces. Incapaz de quedarme dormida, en un intento de mantener la mente libre de tanta tontería, cogí una novela gastada de la mesilla. Me puse a leer *Rule*, de la serie *Marked Men*, pero un poco después de las diez los párpados me pesaban demasiado como para mantener los ojos abiertos. Dejé la novela, apagué la luz y me volví de costado. No sabría decir con exactitud cuándo me quedé dormida, pero cuando volví a pestañear y a abrir los ojos, un leve brillo iluminaba la habitación. Mi cerebro necesitó un par de segundos para procesar la información: en mi dormitorio solo había dos luces. La del techo, mucho más brillante, y la lámpara de la mesilla, que había apagado antes.

Pensando que Tink volvía al ataque con sus locuras y que se había colado en mi cuarto, me puse boca arriba esperando encontrar una maldita muñeca sobre la almohada de al lado, pero al volverme mi cadera se topó con algo cálido y duro.

Me quedé paralizada y el corazón me dio un vuelco.

Había algo ahí, algo demasiado grande como para que se tratara de Tink, y entonces se movió, apartándose de mí. El instinto salió a la superficie de inmediato obligándome a incorporarme de golpe.

Un *déjà vu* me dominó de súbito, excepto que esta vez no me encontraba en un callejón, pero de algún modo otra vez estaba observando inesperadamente un par de ojos del color del césped en primavera.

Qué cabrón.

Parte de mi cerebro no conseguía comprender qué estaba haciendo él en mi apartamento, en mi dormitorio, sentado en mi cama, dedicándome esa media sonrisa que revelaba un profundo hoyuelo.

¿Estaba soñando?

Ladeó la cabeza y varios rizos oscuros, castaños rojizos, cayeron sobre su frente.

—¿Haces esto a menudo? ¿Lo de observarme así sin hablar?

Sí, no estaba soñando.

Mi instinto seguía imparable, así que saqué las piernas de debajo del cubrecama mientras me tumbaba hacia atrás. Yo era de las de putear primero y preguntar después. Pasando por alto el tirón de los puntos de sutura, planté un pie en el pecho de Ren.

Salió impulsado hacia atrás, pero se sujetó antes de caer. Poniéndose en pie, se incorporó por completo mientras yo bajaba de la cama y aterrizaba ante él. ¿Cómo había entrado? ¿Habría descubierto a Tink? Oh, Dios mío, ¿y si le había hecho algo? La preocupación creció desmesurada.

Sin darle tiempo a recuperarse, giré sobre un pie y le alcancé en el estómago con el otro. El gruñido de Ren me dijo que dolía, y me lancé hacia delante dirigiendo el puño a su rostro: ese rostro bonito de verdad. Qué lástima tener que ensangrentarlo y magullarlo.

Él se movió como un rayo y me cogió la muñeca, aprovechando mi impulso para obligarme a volverme. Me tenía sujeta con un fuerte brazo justo debajo de los senos.

—Basta, Ivy, tranquilízate.

De eso nada. Empujé hacia atrás el brazo libre cogiéndole otra vez por el estómago, pero en esta ocasión sentí exactamente lo duro que era ese estómago. Sus abdominales ni siquiera reaccionaron. Quise repetirlo, pero él hizo algo que iba a cabrearme hasta el día que exhalara mi último aliento en el lecho de muerte.

Metió una pierna entre las mías, enganchándose el tobillo con el pie. En un instante estaba forcejeando con él y al siguiente caía hacia delante.

—Mierda —mascullé.

Ren no permitió que me cayera de bruces; en vez de ello controló mi peso y dónde caía. Sin darme cuenta, me encontré boca abajo con él encima, sus rodillas a ambos lados de mis caderas y las manos rodeándome las muñecas, sujetándome los brazos contra el colchón. Tenía la mejilla apretada contra el cubrecama y, desde mi posición poco ventajosa, pude ver la puerta del dormitorio abierta.

Resultaba humillante lo rápido que me había neutralizado una vez más, y la

verdad, estaba demasiado enfadada como para asustarme.

—Si no me sueltas, vas a lamentarlo.

—Jesús, ¿va a ser así cada vez que nos encontremos?

—Si insistes en la misma mierda, pues ¡sí!

Se movió de manera que su respiración danzó sobre mi mejilla.

—No es mi intención hacerte daño.

—Prácticamente me estás aplastando.

Intenté levantar las caderas, pero él solo tuvo que apretar las rodillas para detenerme.

—Juro por Dios que si no me sueltas, voy a...

—Eres toda una peleona, ¿verdad? —Soltó una risita, y eso me fastidió aún más —. Mira, no he venido a pelear contigo, tenemos que hablar.

—Flipo con tu manera de hablar.

Intenté retirar los brazos, pero lo único que conseguí fue quedar en una postura todavía más incómoda.

—¿Cómo me has encontrado?

—Miré tu expediente en la oficina de David.

Agarré el cubrecama con los dedos.

—Te va a patear el culo a conciencia.

Soltó otra risita.

—No, no lo creo.

Dios, qué suerte tenía de que no pudiera echarle las manos encima ahora mismo.

—Si miraste mi expediente, seguro que viste mi teléfono. Podías haber intentado, ya sabes, una llamadita como una persona normal.

—Te llamé —contestó y de nuevo su aliento agitó el pelo de mi sien.

No había estado cerca de un tío desde... desde Shaun, y para complicar las cosas, ese tío se había colado sin permiso en mi apartamento.

—No has contestado.

Por un momento no recordé dónde estaba mi teléfono, pero luego me acordé de que se había quedado en la cocina, junto al portátil. Yo iba a replicar, pero de repente Tink apareció en el umbral abierto y ¿qué co...? Llevaba una de esas sartenes para freír un huevo y la sostenía por encima de su cabeza como si fuera un hacha de guerra. Me dejó bastante sorprendida que pudiera aguantar la sartén, pero Tink estaba cachas para su tamaño. Tenía musculatura: una musculatura de duende. Y en aquel instante arrugaba el rostro con un grito de guerra silencioso dispuesto a entrar en el dormitorio.

Abriendo mucho los ojos negué con la cabeza. Por mucho que apreciara el esfuerzo, su intromisión no acabaría bien. La pequeña sartén de marras no iba a hacer daño alguno. Por suerte, se quedó paralizado y la bajó. Y tras un segundo, desapareció volando del umbral.

—¿Ya te has calmado? —preguntó Ren.

Calmado lo suficiente como para atravesar con una estaca sus sorprendentes ojos verdes.

—De acuerdo, admites ser un indecente por mirar información personal. Y aparte de eso, ¿cómo has entrado aquí?

—Creo que echar un pequeño vistazo a tu expediente no es indecente.

Desplazó las manos y di una sacudida mientras movía los pulgares por el interior de mis muñecas. Dios, si empezaba otra vez con ese rollo del pulgar, yo lo tenía fatal.

—Pero para responder a tu pregunta, las puertas del balcón de tu salón no estaban cerradas. Por lo tanto, técnicamente, no me he colado ilegalmente.

¿Que no estaban cerradas? Maldición. Tenía que haber sido Tink.

—No te has colado, pero has tenido que escalar una pared para llegar a ese balcón.

—De hecho, he trepado por la parra.

Maldición, eso... eso requería talento. Me negaba a admitir que estuviera impresionada, en absoluto. Y ya estaba haciendo aquella cosa con el pulgar, describiendo lentos círculos que me creaban un sentimiento de profundo desasosiego relacionado con que él fuera tan despreciable.

—Así que miras mis cosas, escalas por mi pared, te metes en mi casa, luego entras en mi dormitorio y te sientas en mi cama. ¿Y me observas durmiendo? Esto es un caso de indecencia en toda regla.

—Pensaba que a las chicas os gustaba sentirnos observadas por un tío desconocido. Por lo visto lo he entendido todo mal desde el principio —contestó.

Tink apareció de nuevo en la puerta abierta, moviendo las alas sin parar, y en las manos sostenía... ¿una honda? Oh, dulce Niño Jesús, vela por nosotros. ¿De dónde había sacado una honda? ¿La habría comprado por Amazon? Qué importaba ahora. El duende había dedicado un rato a pintarse el rostro. Llevaba una mitad roja, la otra azul. Parecía recién salido del decorado de *Braveheart*. Articulé la palabra *no* en su dirección.

Tink levantó una mano, y creo que vi el dedo corazón alzado.

—¿Estás hablando con alguien?

Ren aflojó el agarre mientras se balanceaba hacia atrás para volverse hacia la puerta. Se me detuvo el corazón, pero Tink logró alejarse zumbando antes de que él le viera.

—No —dije.

Entonces se volvió.

—Ja.

Separó las rodillas, aflojando un poco la presión sobre mis caderas. Dado el asimiento relajado de mis muñecas, aproveché la distracción. Soltando mis brazos con brusquedad, me di la vuelta mientras él maldecía. Me senté con gesto dolorido, pues mis puntos sí que se resintieron, provocando una punzada de dolor en toda la sección central. Agarrando los hombros de Ren, le arrojé de espaldas y me puse a

horcajadas sobre él mientras metía la mano bajo la almohada y cogía la estaca de hierro que siempre guardaba ahí.

Antes de que se moviera, coloqué el extremo puntiagudo contra su garganta, justo encima de esa arteria tan importante.

—Cambio de papeles, cabrón.

Ren dejó caer sus brazos sobre el colchón mientras se quedaba mirándome a través de esas pestañas de espesor imposible.

—Esa jugada ha sido un puntazo.

Entrecerré los ojos.

—Eres Merida de verdad —continuó.

—¿Quién cuernos es Merida?

Un lado de su boca volvió a levantarse.

—La chica de la película *Brave* con...

—El pelo rojo crespo. Gracias. En serio, voy a apuñalarte.

—No tenía el pelo crespo —argumentó—. Y aparte, estaba buena.

Me lo quedé mirando.

—¿Tú crees que un personaje de Disney puede estar bueno?

—¿Has visto alguno de esos personajes de Disney?

—No estaba buena. Es la menos atractiva de todos los personajes.

No había visto la película, pero recordaba haber pillado algún fragmento. La chica ni siquiera tenía tetas. ¿Por qué no podía decir que le recordaba a Ariel o algo así?

Pero claro, Ariel era más bien estúpida, renunciaba a tener una opinión por un pavo.

Ren alzó las cejas.

—Merida sabía patear culos, por lo tanto era un puntazo.

Apreté aún más la estaca con los dedos. Conforme. Así pues, Merida tenía mala leche, y eso, supongo, era mejor que decir que yo le recordaba a Bella, la víctima del síndrome de Estocolmo, o sea, que me sentí alagada en cierto sentido.

—Esta conversación va por derroteros muy raros.

—Sí —contestó perezoso, y luego movió los brazos.

Entré en tensión, pero él no hizo amago alguno de intentar agarrarme. Alzó la cabeza y apretó la zona vulnerable de su cuello contra la estaca, doblando con cuidado los brazos tras la cabeza.

—Te doy la razón —comentó arrastrando las palabras.

Molesta por su falta de miedo y preocupación, le miré frunciendo el ceño.

—¿Cómodo?

Su sonrisa se agrandó, volviéndose de lo más perversa.

—Desde luego.

—No vuelvas a llamarme Merida.

Usando la otra mano, apreté el centro de su pecho, luego deseé más bien no

haberlo hecho. Santo cielo, eso sí que era un pecho duro. ¿Tenía pectorales? Evidentemente, los tenía. Lancé una rápida ojeada a su brazo derecho, al tatuaje extraordinario, tan solo un breve segundo antes de encontrar su mirada.

Ren parecía estar considerando mi orden.

—Ya que me lo has pedido con amabilidad, no volveré a hacerlo, pero tú puedes llamarme como te dé la gana.

—¿Intentas vacilarme? —Consternada, sacudí la cabeza—. ¿Hablas en serio?

—Mi madre probablemente me tomaría en serio.

Pasé por alto esto último.

—¿Con mi estaca apretándote la garganta?

—Además estás sentada sobre mí, encanto, y si te deslizas un par de centímetros, más o menos, la situación va a ponerse de lo más violenta.

Qué morro.

—O divertida —añadió torciendo los labios con esa lenta mueca, como si saboreara todo el proceso de sonreír.

—Ya te he dicho que ese movimiento que has hecho me ha parecido excitante a tope. Pero no creo que estés por la labor.

Noté de nuevo aquella sensación turbadora, y no me gustó, ni siquiera sabía qué hacer al respecto, por lo tanto la pasé por alto, igual que su comentario. Necesitando devolver esta conversación a lo que era importante, me centré.

—¿Por qué estás aquí, Ren?

—Te lo he dicho. Necesitaba hablar contigo y no quería esperar.

Se humedeció el labio inferior, y ese movimiento, por un segundo, atrapó toda mi atención.

—Probablemente debería haber esperado. Ya veo que no te ha gustado demasiado mi visita improvisada, pero voy a portarme bien y quedarme quieto.

Por la manera en que sus ojos relucían, dudaba que supiera ser un buen chico.

—Sé que estás cabreada conmigo —añadió. Yo le puse un ceño—. No solo por esto sino por lo de esta noche.

Cogí con los dedos de mi mano libre el cuello de su camisa negra. Cabreada no era una descripción acertada de cómo me sentía.

—Sé lo que vi el miércoles por la noche.

—Yo no he dicho lo contrario.

—Estabas muy hablador el jueves por la noche, pero a David no le has contado una sola palabra. Me hiciste quedar como una imbécil.

—Yo diría por otro lado que no te hice quedar como nada —respondió—. No obstante, recuerdo con claridad haberte comentado que David no reconocería, bajo ningún concepto que teníamos un antiguo en la ciudad.

—No moviste un dedo para defenderme anoche.

Él ladeó la cabeza sin inmutarse por la daga que yo sostenía contra su garganta.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

Toma. Sorprendida por su franca sinceridad, aflojé el asimiento de su camisa.

—¡Ja! —Era lo único que podía decir—. Lo que hay que oír.

Parpadeó con esas malditas pestañas, sorprendido, y finalmente esa sonrisa tan chula se desvaneció.

—No lo entiendes.

—Por supuesto que no. No importa que casi toda la Orden al completo piense que he exagerado o que me he inventado lo que vi. Peor aún, lo más probable es que crean que se me ha ido la olla o algo así —expliqué.

Y en cuanto esas palabras salieron de mi boca vi con claridad la realidad de mis expectativas sobre él.

Sabía con exactitud por qué confiaba en que Ren me respaldaría la noche anterior. Porque Shaun lo habría hecho. Podía meterme en las locuras que quisiera y él siempre me protegía. Pensar que Ren lo haría, igual que Shaun, era el colmo del ridículo. Conocía a Shaun de casi toda la vida y a Ren hacía apenas unas pocas horas. No entendía por qué consideraba que un desconocido podría ser como Shaun, pero reconocía que algo no iba bien dentro de mí.

—Sea lo que sea —añadí al final— no te concierne a ti intervenir. Perdí la compostura con Trent y me fui de la boca. Es error mío, del todo.

—Pero dijiste que Trent ya lo sabía —me desafió él—. ¿No te resulta extraño? Negué con la cabeza.

—No. Pienso que Harris es más bocazas incluso que Trent y que yo juntos.

Ren no respondió a eso.

Se hizo el silencio.

—Espera. ¿Cómo sabes que Trent lo sabía?

Su mirada encontró la mía.

—Me comentaste algo acerca de Trent la noche anterior, cuando impedí que acabaras muerta.

¿Había mencionado algo? Revisando mis recuerdos, no recordaba haberlo hecho. Con cautela, le observé.

—¿Por qué iba a confiar en ti?

—No tienes motivos para hacerlo, Ivy. Pero ¿sabes? Tampoco te lo he pedido —contestó repitiendo las mismas palabras de la noche pasada.

Entonces se movió.

Agarrándome la muñeca, apartó de su garganta la mano con la que sostenía la estaca y me volvió de espaldas sobre el colchón sin darme tiempo a tomar aliento. Empujó la estaca sobre la cama y luego se apartó, parándose delante del tocador.

Yo me incorporé veloz, recuperando la estaca. Entre jadeos, me moví de manera que él continuara de espaldas a la puerta, solo por si acaso Tink intentaba otro rescate.

Ren fue a hablar, pero bajó la mirada y cerró la boca de golpe. Tal vez yo llevaba experimentando un periodo de sequía colosal en lo que a diversión con tíos se refiere,

pero no estaba ciega. Esos luminosos ojos verde bosque me estaban contemplando de arriba abajo con una mirada lenta y evaluadora. Fue entonces cuando me percaté de que iba en ropa de dormir. Tanto los pantalones cortos como la camiseta eran prendas finas, sobre todo la camiseta. No me hizo falta bajar la mirada para saber que cierta área de mi cuerpo consideraba que hacía frío en la habitación.

De inmediato, quise cruzar los brazos sobre el pecho, pero decidí mostrarle que su mirada descarada no me alteraba lo más mínimo. El calor invadió mi rostro. Los brazos casi me temblaban a causa del control necesario para mantenerlos apartados de mis pechos.

—¿Ves algo que te guste? —pregunté.

—Y tanto.

Su voz había adquirido un tono más grave, provocando un intenso escalofrío en toda mi piel.

—Apuesto a que tu novio es un hombre feliz.

—Mi novio está muerto —solté incapaz de detenerme a tiempo.

Los ojos de Ren encontraron los míos. Durante un momento permaneció en silencio. Noté mis mejillas aún más ardientes.

—Lamento muchísimo oír eso.

Junté los labios.

—¿Era miembro de la Orden? —preguntó con calma.

Por algún motivo, me encontré asintiendo.

Él separó los labios poco a poco.

—¿Es algo reciente?

Negué con la cabeza. Ni siquiera sabía por qué contestaba a sus preguntas con respuestas no verbales. Val era la única persona con la que yo hablaba de Shaun en realidad. Mi lengua empezó a moverse.

—Fue hace tres años.

Algo se agitó en su rostro, pero antes de que yo consiguiera imaginar lo que era, había desaparecido.

—Tienes veintiuno, ¿verdad?

—Echaste algo más que un vistazo a mi expediente, ¿verdad?

No prestó atención a eso.

—En diciembre cumples veintidós si no recuerdo mal.

Bajé la estaca una fracción de centímetro.

—Correcto. Vale. ¿Y tú cuántos años tienes?

—Veinticuatro. Mi cumpleaños ya ha pasado, pero acepto regalos de última hora.

—Esbozó una rápida sonrisa que no llegó a sus ojos—. Entonces, era tu primer amor.

Retrocediendo como si me hubiera golpeado en el pecho, pestañeeé. Lo que decía no era una pregunta sino una afirmación, y yo me pregunté si llevaría esa información grabada en la frente... o en mis pechos.

Una nueva oleada de rabia me recorrió todo el cuerpo.

—Eso no es asunto tuyo en absoluto y, además, dudo que tenga alguna relación con el motivo de tu presencia aquí.

—Tienes razón.

Alzó una mano y yo entré en tensión, pero lo único que hizo fue pasársela por la masa de rizos ondulados.

—Estoy aquí porque, como dije anoche, sé que hay antiguos en Nueva Orleans. Por eso estoy aquí. Para cazarlos.

De todo lo que me esperaba que él pudiera decir, aquello no provocó ni un pitido en los radares de alerta.

Ren volvió a sonreír y esta vez la sonrisa fue real.

—Detecto por esa mirada flipada en tu cara que no me crees. No pasa nada. Supongo que no importa. Pero tu expresión va a cambiar a peor con lo que tengo que explicarte.

Me preparé.

—Lo que estoy a punto de decir es algo por lo que muchos matarían con tal de mantener el secreto. Y la única razón por la que te lo cuento es porque estaremos, como lo diría, juntos en esto durante los próximos dos días, y no puedo permitirme el lujo de perder tiempo por no tenerte informada. Tengo que hacer un trabajo. —Su mirada traviesa y casi encantadora hizo una breve aparición—. Por otro lado, podría ser útil que todo el mundo te tome ahora por loca. Aunque repitieras lo que estoy a punto de contarte, nadie te creería. Eso tiene muchos puntos a favor anotados.

Entrecerré los ojos.

—No me digas, gracias.

—De nada —respondió risueño—. Pertenezco a la Elite, una organización dentro de la Orden. Nadie fuera de la Elite nos conoce. Confiamos el secreto al inspector Squirrel.

Negué despacio con la cabeza.

—Tú... Nunca he oído hablar de tal cosa.

—Como ya he dicho, no puedes haberlo oído. Ni tampoco tu audaz jefe David.

Alzando los brazos por encima de la cabeza, se estiró y su camisa se levantó un poco, exponiendo lo que resultó ser un atisbo tentador de su vientre. Con los pantalones caídos, me permitió un vistazo impagable de esos músculos laterales próximos a las caderas, los que forman una uve. Luego los bajó.

—Oye, me muero de hambre. ¿Has cenado algo hoy?

Cielos, cambiaba de tema tan deprisa como Tink. Era desconcertante.

—No he comido nada desde esta tarde.

Sin contar los pralinés. Eso no contaba como comida.

—A pocas manzanas hay un sitio; antes he pasado por delante y tenía buena pinta, o sea, que podríamos ir a tomar algo. No hace falta que te cambies, me encanta esta indumentaria.

Ren dio un paso adelante con mesura, como si medio esperara que yo fuera a

arrojarle la estaca.

—Ven a comer algo conmigo, y te cuento lo que sé, Ivy. Que es mucho. Y así podrás explicarme con exactitud qué sucedió el miércoles por la noche.

La mitad de mi persona sabía que necesitaba responder que no y expulsarlo de mi casa. Probablemente incluso debería llamar a David e informarle de todo lo que me estaba explicando, pero... tenía razón. David había dicho que hablaría con las otras sectas, pero después de esta noche yo estaba convencida de que no me creía. Y estaba segura de lo que había visto el miércoles por la noche. No me estaba volviendo loca ni reaccionaba de forma exagerada. Ese fae había hecho cosas que solo podía hacer un antiguo, y si había alguna posibilidad de que Ren no estuviera loco y dijera la verdad, yo necesitaba saberlo.

Giré la estaca en mi mano y contesté:

—Vale.

Aunque seguía sin fiarme de Ren, salir a comer algo era una apuesta más segura que quedarnos en mi apartamento. El ruido de cazuelas y el trajín de cocinar sería una llamada a la que Tink no sabría resistirse. El duende se daría a conocer, y yo no quería arriesgarme a eso. Por lo tanto, retuve a Ren en mi dormitorio mientras me ponía un par de vaqueros a toda velocidad, me ajustaba un sujetador debajo de la camiseta y añadía una camisa floja de manga tres cuartos.

Me miré brevemente en el espejo. Ejem, mi pelo. Los rizos iban a su aire, por todas partes. No intenté domarlos siquiera; los dejé volar. En fin.

Cogí una estaca de hierro adicional del tocador y la metí dentro de la bota. Aunque no fuera de caza, no quería que me pillaran desprevenida.

Al salir, vi a Tink asomado detrás del sofá; aún llevaba toda esa pintura que le daba un aire de duende demente. Necesité de todo mi autocontrol para no echarme a reír. Mientras Ren salía, levanté el pulgar en su dirección y él me respondió con un gesto inapropiado de su mano. Era obvio que no le gustaba que saliera con él.

Había bajado la temperatura y, aunque era tarde, el garito de poca monta del que hablaba Ren solo tenía un par de reservados disponibles. El lugar olía bien: a comida y no al tanque séptico, que era como tendían a oler muchos sitios. Había cenado allí alguna vez en el pasado y la comida era buena. Ren, pese a ser nuevo en la ciudad, tenía la suerte de escoger lugares donde no podía pillar una listeriosis.

Nos sentamos en el reservado contiguo a la puerta y la camarera de aspecto agotado no tardó en servirnos las bebidas: café para Ren y una cola para mí.

—Os doy un par de minutos —dijo indicando con la cabeza los menús de papel manchado de grasa que descansaban ante nosotros sobre la mesa limpia, antes de darse media vuelta y lidiar con otro grupo de clientes que acomodó en el reservado contiguo.

Ren echó un vistazo al menú mientras cogía el cestito blanco y empezaba a sacar sobres de azúcar.

—Fantástico, sirven desayunos. —Abrió uno y lo tiró al café—. Me apunto a la sémola de maíz. ¿Qué me dices?

—Un desayuno suena bien —dije mientras observaba cómo vaciaba un segundo sobre en el café—. Me apetece la salsa gravy con panecillos. Y tocino.

—Tocino extra crujiente. —Cayó un tercer sobre en el café—. El tocino sabe diferente aquí que en Colorado. Sonará estúpido pero es verdad.

—No, tienes razón. Es así. Supongo que es simplemente la manera en que lo fríen.

Alzó la vista. Incluso bajo la horrible luz fluorescente, su piel aún parecía dorada, como si la besara el sol. Detestaba pensar siquiera en mi aspecto o en qué tono tendría mi pelo rojo con esa iluminación.

—O sea, que no eres de aquí.

Negué con la cabeza mientras sostenía los extremos del menú y él pasaba al cuarto sobre de azúcar.

—Soy de Virginia.

—¿Naciste allí?

—Sí. ¿Y tú naciste y te criaste en Colorado? —pregunté.

—Justo en las afueras de Denver.

Vació un quinto sobre en el café.

Recostándome, arqueé una ceja cuando cogió el sexto sobre.

—¿Quieres un poco más de café con tu azúcar?

Me dedicó una rápida sonrisa.

—Me gustan las cosas dulces.

—Ya me he dado cuenta —murmuré.

Él alzó la vista cuando reapareció la camarera, que tomó nota y se fue apresurada como si el diablo le pisara los talones.

—Así que, ¿vas a hablarme de esa cosa llamada la Elite?

—Solo necesito un primer trago de cafeína.

Alzó la taza y dio un buen sorbo. El sonido que profirió a continuación provocó que los músculos de la parte inferior de mi cuerpo se pusieran tensos. Fue un gruñido tan profundo y gutural que el rubor se coló en mis mejillas.

—Ah, así está mucho mejor —comentó.

Luego me guiñó un ojo.

—Eres...

No me venían las palabras. Sacudí la cabeza y mantuve la voz baja para que nadie nos escuchara:

—Háblame de la Elite.

Dio otro sorbo, y gracias al cielo ya no sonó como si tuviera un orgasmo.

—La Elite ha existido desde que se fundó la Orden, ocupándose de diferentes asuntos a lo largo de la historia. ¿Te acuerdas de los Caballeros Templarios? Eran una rama de la Elite.

—Estás de broma.

—Suelo ser más gracioso cuando bromeo. Pero volviendo a nuestro tema, la Elite lleva operativa un montonazo de tiempo, y al igual que la Orden, los miembros son generacionales. Se queda en la familia.

Dirigí un vistazo a la puerta cuando se abrió para que entraran dos chicas aún en edad de ir al instituto, con aspecto de que Nueva Orleans las hubiera masticado para luego escupirlas.

—Vale, digamos, hipotéticamente, que te creo. ¿La Elite caza antiguos?

—Cazamos faes igual que los demás, pero estamos entrenados para ocuparnos de los antiguos —explicó rodeando con las manos su taza de café.

Tenía unos dedos bonitos, largos y elegantes. Podía imaginarlos rasgueando una guitarra. Pero no tenía ni idea por qué pensaba ahora en sus dedos.

—¿Conseguiste apuñalar aquel fae? —me preguntó.

El estómago me dio un vuelco al acordarme.

—Sí, pero no le sucedió nada. Se sacó la estaca y la tiró a un lado. Se lo conté a David, pero...

—Probablemente dijo que contactaría con las otras sectas, ¿no? No quiero hablar mal de David. Parece un buen tío, pero, como la mayoría en la Orden, no es consciente de que los antiguos continúan por aquí. Lo más probable es que piense que en realidad no le apuñalaste.

—Si en la Orden hay gente, como tú, que conocéis su existencia, ¿por qué no lo sabe todo el mundo? Desconocerlo es peligroso, eso resulta obvio. —Me señalé a mí misma con un gesto—. Necesitamos saber a qué nos enfrentamos. El no saberlo supone una desventaja.

Y además significaba que los demás miembros de la Orden me tomaran por una loca.

—Entiendo lo que dices. —Se inclinó hacia delante—. Pero el número de antiguos es reducido, Ivy. De hecho, que te toparas con uno de ellos es casi increíble. No se enfrentan a la Orden. Se mantienen ocultos y rodeados por los de su especie. Cuando digo que los cazamos me refiero a que literalmente tenemos que ir tras ellos a la caza. No hay necesidad de tener a la gente aterrorizada si la probabilidad de toparse con uno de ellos es casi nula.

Yo no estaba conforme, pues yo misma era la prueba viviente de que podías tropezarte con un antiguo, pero no iba a discutir con él todo el rato.

—¿Cómo puedes matar a uno de esos?

—El hierro no funciona.

Me quedé boquiabierta.

—¿Qué?

—El hierro no funciona —repitió, y se apoyó en el respaldo cuando la camarera trajo la comida. La salsa humeaba desde mi plato con un olor muy tentador, pero había perdido el apetito.

Ren cogió los sobres de azúcar que quedaban y los vació en la pila de sémola de aspecto grumoso.

—No hay manera de mandarlos de regreso al Otro Mundo. Lo único que puedes hacer es matarlos, y solo hay una manera de conseguirlo. Una estaca fabricada con una variedad de espino que crece en el Otro Mundo y que funciona prácticamente como una bala en su cerebro.

—Una variedad que crece en... ¿el Otro Mundo?

Asintió mientras se metía una cucharada de sémola en la boca.

—Exacto. Así que, como podrás imaginar, atrapar a esos monstruos no es nada fácil. Las armas que uno puede usar contra los antiguos son limitadas, pero la estaca de espino funciona igual que el hierro. Aunque, como has podido comprobar, los antiguos son mucho más peligrosos y diestros.

Cogí un trozo de tocino.

—Pueden hacer aparecer cosas.

—Sí. Solo con tocar algo casi lo pueden recrear. También son capaces de invadir los sueños de la gente, y mover cosas igual que hacen los faes normales. Son poderosos, Ivy, y has tenido una suerte brutal al haber escapado de uno solo con una herida superficial.

No hacía falta que me dijera que había tenido suerte. Enfrentarse a un antiguo, un fae o incluso un humano con un arma rara vez acababa bien, por muy formidable que te creas.

—¿Y tú tienes una de esas armas?

—Por supuesto.

Comía con educación y esmero, pese al hecho de que yo solo había probado dos lonchas de tocino cuando su sémola casi había desaparecido.

—Y antes de que me lo preguntes, sí, he matado antiguos con anterioridad. Cuatro, y no, no fue fácil. Tengo cicatrices que lo demuestran y, vale, si lo pides educadamente, podrías convencerme para que te las enseñara más tarde. —Alzó la vista entre sus espesas pestañas—. ¿Vas a comer o no? Se va a enfriar.

Bajé la vista a mis panecillos con salsa y cogí distraída el tenedor.

—¿Por qué crees que los antiguos se encuentran aquí?

—Siempre han estado aquí. Esa es la cuestión. No son muchos, pero se quedaron los suficientes en este reino cuando los portales fueron sellados. La pregunta correcta es: ¿por qué se enfrentó a ti? Como he dicho, los antiguos son como... líderes de manada. Muy peligrosos, pero no se meten en nada a menos que deban hacerlo. Que este anduviera por la calle y fuera a por ti significa algo.

La sabrosa salsa se volvió serrín en mi boca.

—¿Fuera a por mí?

—Es la única explicación verosímil. Nadie en la Elite, nadie, Ivy, ha oído antes que un antiguo fuera tras un miembro de la Orden.

Sí, podía recordar ocasiones en que un fae normal fuera tras miembros de la Orden. Sucedió raras veces, pero había pasado. Hacía tres años.

—Esto es cosa seria.

Apartando el cuenco a un lado, atacó el plato de tocino.

—La pregunta es, ¿por qué? —añadió.

Yo solo había tocado la mitad de los panecillos, pero no podía más. Mis pensamientos giraban en torno a lo que me explicaba Ren. Podía estar mintiendo, podía ser una idea delirante por completo, pero yo sabía lo que había visto. No se trataba de un fae normal, incluso David había confirmado que los antiguos contaban

con esas habilidades. En lo más profundo de mi ser, el instinto me decía que Ren no mentía, igual como me había dicho en su momento que Tink era inofensivo.

Y también el instinto me dijo aquella noche que no me reuniera con Shaun, pero entonces no hice caso.

Se me ocurrió algo.

—Tal vez no viniera a por mí. Quizá persiguiera miembros de la Orden en general. Hemos perdido tres desde mayo. Tantas muertes no es un hecho del todo anormal, pero se da la circunstancia de que eran miembros diestros, muy buenos.

—Si persiguen a los miembros, debemos averiguar por qué.

—¿Y ese es el motivo por el que te han enviado aquí? ¿Porque hay un antiguo en Nueva Orleans?

Indiqué a la camarera que repetíamos las bebidas.

Ren me estudió un momento.

—Hemos estado siguiendo los movimientos de los faes. Al menos un centenar abandonaron el oeste para acabar aquí o en ciudades circundantes, pero apuesto a que no habéis notado tal incremento.

Tras pensar en ello negué con la cabeza.

—Siempre ha habido muchos faes por aquí, por lo tanto cuesta detectar cualquier incremento.

—Estos faes no quieren llamar la atención. Traman algo. —Hizo una pausa y ladeó la cabeza—. Y sabemos que en Nueva Orleans hay un portal de acceso al Otro Mundo.

Me incliné hacia delante, agarrando el extremo de la mesa.

—¿Cómo lo sabes? Solo unos pocos conocen la ubicación de los portales y quién los defiende.

Solo los guardianes sabían dónde se encontraban los portales, tal vez también los líderes de las sectas. Era una precaución de seguridad desde que la Orden descubrió que los faes conocían únicamente la ubicación del portal que les permitía el acceso, pero no las otras. Muchas décadas atrás un miembro de la Orden fue atrapado sin protección, y le torturaron para que delatara la ubicación. Las puertas estaban precintadas, pero podían volver a abrirse, y si eso llegaba a suceder, la situación se pondría muy fea.

—Por casualidad no estarás vigilando el portal, ¿verdad? —me preguntó—. Porque eso facilitaría mucho mi trabajo. De hecho, tengo la sensación de que los antiguos también están buscando los portales.

Solté un bufido. Resoplé como un cochinitillo, eso mismo.

—Ah, no. Y no tengo ni idea de dónde están.

Desde la mesa en la que estaban sentadas las dos chicas llegó una carcajada que atrajo mi atención. Estaban ruborizadas y una se reía tanto que parecía a punto de mearse. Dos tíos se habían sentado con ellas. Uno apoyaba el brazo sobre los cojines rojos del respaldo del compartimento por detrás de la chica que se reía como una

loca.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo sería ser igual que ellos? —dijo Ren.

Le devolví la atención de golpe y la pregunta rebotó por mi mente. Retiré las manos de la mesa y me apoyé contra el respaldo como si de algún modo pudiera poner distancia entre la pregunta y yo misma.

—No.

Ren echó una ojeada a la mesa de la felicidad y, apoyando los codos, se inclinó hacia mí como si estuviera a punto de compartir su mayor secreto.

—Yo a veces sí, no puedo evitarlo. ¿Ves a esos cuatro? Ni siquiera se enteran de la basura que vemos y todo lo que tenemos que hacer. Tienen suerte. Nosotros nunca tuvimos la oportunidad de ser como ellos; nacimos para esto.

—Pero nuestro trabajo es importante, marcamos la diferencia.

Me detuve, sonaba como un vídeo de reclutamiento.

—No digo que no lo sea. Solo comento el hecho de que esos cuatro de ahí probablemente vivirán una vida larga y feliz —contestó encontrando mi mirada—. Dudo que alguno de nosotros pueda hacerlo.

Era una verdad de lo más triste y no quería ofusarme con eso.

—¿Así que estás aquí para descubrir el portal?

—Y para adivinar en qué andan metidos los faes.

Ren repiqueteó sobre la mesa con los dedos.

—Ya sabes la que se nos viene encima, ¿verdad?

Por supuesto que lo sabía.

—El equinoccio de otoño.

—Los portales siempre están más frágiles durante el equinoccio y el solsticio —continuó, diciendo lo que yo ya sabía—. Podrían estar agrupándose para algo relacionado con esto.

—No será la primera vez que planean una cosa así —recalqué.

—No, no será la primera. Por suerte siempre hemos sido capaces de detenerles.

Le observé con aire inexpresivo mientras las palabras flotaban en mi cabeza. Y yo que pensaba que me enteraba de tantas cosas, pues bien, como parte de una organización secreta por lo visto no lo sabía todo.

—¿Me crees ahora? —preguntó estirando el brazo hacia mi plato de tocino.

Adelantando la mano como una flecha, le cogí por la muñeca antes de que se llevara una loncha.

—Tal vez te crea, pero eso no significa que puedas robarme el tocino.

Esos labios carnosos formaron una amplia sonrisa. Nuestras miradas se encontraron, y volvió a aflorar esa sensación en mi vientre. Pensé en lo fácil que me resultaría caer en las profundidades verdes de esos preciosos ojos, atraída por ese encanto que llevaba como una segunda piel. Su sonrisa se amplió aún más, mostrando los hoyuelos. Y esa sensación fluctuante en el estómago se volvió más intensa y feroz.

Le solté la mano, cogí una loncha de tocino y me la metí en la boca. No se me daban demasiado bien los tíos por los que las demás chicas se derretían.

Ren se recostó y sus ojos parecieron relumbrar mientras me observaba.

—Cuando acabes de comer, quiero enseñarte algo que creo que necesitas ver.

Mi cerebro también fue en la dirección errónea tras oír eso, pues por algún motivo pensé en ver un poco más esos abdominales, algo que no necesitaba. En absoluto. Para nada.

Me metí otra loncha en la boca.

Faltaba poco para la una de la mañana, y a esa hora empezaba la marcha en la ciudad. Había gente por todas partes, pese al hecho de que ni siquiera estábamos en el Barrio, sino en el distrito comercial. Mi paciencia empezaba a agotarse con la cantidad de energúmenos que se quedaban parados, sin más, en medio de la acera.

Lo que yo necesitaba ver, fuera lo que fuese, se hallaba en la zona industrial de las lonjas, por lo tanto teníamos que andar. Y mientras caminaba al lado de Ren no pude evitar advertir cómo llamaba la atención. Mujeres de todas las edades se fijaban en él. También muchos hombres. Tenía ese rostro angelical, pero su sonrisa era de chico malo, eso quedaba claro. Empezaba a detestar esa sonrisa, porque... bien, por muchos motivos.

Había edificios más impresionantes en ese sector, una mezcla interesante de moderno y tradicional. Los bares y clubes eran diferentes a los que encontrabas en el Barrio; esa zona era más apreciada por la gente de la ciudad, frente a la locura sin descanso de Bourbon.

—Entonces... ¿qué intentas enseñarme? —pregunté, pues empezaba a cansarme—. El tráfico aquí es tan agobiante como de día.

Ren soltó una risita.

—Deberías ver Denver.

Yo abrí la boca para responder, pero de pronto me cogió la mano y tiró de mí hacia él. De inmediato intenté resistirme, pero tenía una fuerza impresionante. Iba caminando a su lado y, al instante siguiente, me encontré pegada contra la fachada de un hotel, con la espalda apretada contra su cuerpo. Me rodeó el estómago con la mano como había hecho en mi dormitorio.

Todas mis alarmas se dispararon ante ese acceso de sensaciones enfrentadas. No había un solo centímetro blando en su cuerpo, y olía a limpio, como los bosques de Virginia.

—Si no me sueltas, que Dios me ayude, pero voy a...

—Eres toda amenazas. —Bajó la cabeza casi hasta tocarme la mejilla con la cara y me indicó con la otra mano—. Mira ese coche.

El corazón me palpitaba acelerado en el pecho mientras seguía con la mirada lo

que él estaba señalando. Una limusina negra con vidrios tintados aminoraba la marcha hasta pararse junto al bordillo. En cuestión de segundos un portero apareció de debajo del toldo dirigiéndose a zancadas hasta la puerta trasera del vehículo.

—Mejor que sea Theo James o Jensen Ackles quien salga del coche —mascullé.

Ren soltó una risita.

—Tengo la impresión de que vas a llevarte una decepción.

—Me lo temía.

Pese al tiempo que llevaba viviendo en Nueva Orleans, nunca había coincidido con una maldita *celebrity*. Era como si llevara un espray antifamosos.

—¿Y por qué tienes que estrujarme así? ¡Jesús!

—Me gusta sentirte pegada a mí —contestó.

—¡Puaj!

Entorné los ojos, pero había una parte de mí, diminuta, a la que también le gustaba sentirle pegado.

El portero abrió la puerta del asiento posterior y bajó un hombre. Era alto y vestía un traje que parecía costar lo mismo que mi alquiler mensual. El cabello castaño claro y un rostro de estructura casi perfecta a no ser por los ojos azul claro.

Se me aceleró el pulso.

Tenía ese cutis aceitunado oscuro y altos pómulos angulosos. El aire a su alrededor parecía crepitar cargado de electricidad mientras se abotonaba la parte delantera de la chaqueta.

—¿Es un...? —dije, pero no logré pronunciar esa palabra.

Ren me rodeó con más fuerza bajo los pechos; noté su pulgar dándome un toque en las costillas. Me estremecí, incapaz de contenerme.

—Es un antiguo —pronunció en voz baja junto a mi oído—. Parece un ejecutivo de lo más dinámico, ¿verdad?

El pavo parecía salido del GQ.

Dio un paso adelante y barrió con su mirada clara la acera de un lado a otro sin detenerse en nosotros. Pero sí reparó en una mujer que se hallaba junto a un tipo, su novio o marido, supuse, por la manera en que lo rodeaba por la cintura con el brazo. Contuve la respiración mientras una brisa fragante descendía por la calle, demasiado... atrayente para tratarse de un aroma natural. Olía tal como olería una isla: un perfume afrutado, intenso y sensual. La brisa era cálida e incitante para los sentidos. Nunca antes había oído algo así. Empecé a encogerme, pero me detuve al percatarme de lo próximos que estábamos Ren y yo.

La brisa levantó las ondas rubias del cabello de la mujer, agitándolas levemente. Esta entró en tensión y le dirigió una mirada por encima del hombro que me cortó la respiración.

Empecé a adelantarme cuando la mirada de la mujer se posó en el antiguo, pero Ren me retuvo.

—No —murmuró.

Cada parte de mi ser reaccionaba, quería intervenir, lo necesitaba, al ver a la mujer separarse del hombre con quien estaba y aproximarse al antiguo caminando aturdida. Cuando el fae antiguo sonrió, sentí tal malestar que me entraron ganas de vomitar.

Agarré a Ren por el antebrazo.

—Tenemos que hacer algo, Ren.

La mujer estaba a punto de alcanzar al antiguo cuando Ren cambió de posición y se puso delante para ocultarme lo que estaba sucediendo. Quise desplazarme a un lado, pero me cogió por la barbilla obligándome a mirarle.

—Sé que es duro quedarse aquí y permitir que esto suceda, pero ahora mismo no podemos hacer nada más. ¿Crees que vacilaría antes de liquidarte aquí mismo en medio de la calle y delante de toda esta gente? En absoluto.

—Pero...

—Coaccionaré a todo el mundo con su seducción para que piensen que otra persona te ha matado. Lo he visto antes, Ivy. He perdido a muchos que consideraba amigos porque creyeron que era posible tratar a un fae antiguo como a uno normal. Nunca insistiré lo bastante en lo peligrosos que son, y no lo tomes como un insulto, pero no estás preparada para enfrentarte a ellos.

Cerrando los ojos, controlé la rabia y la frustración impetuosas para que no me desbordaran. Ren tenía razón. Yo lo sabía, pero no por ello resultaba más fácil. Hablé solo cuando estuve segura de que no iba a dejar caer un puñado de palabras malsonantes.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

Me retiró la mano de la barbilla.

—Ya llevo una semana en Nueva Orleans y contacté con David desde el momento en que dejé caer mi culo en esta ciudad: mi atractivo culo, debería añadir. Y antes de que tu mirada de desconfianza se transforme en una mirada «apuñalemos-a-Ren» te diré que he salido de caza cada noche. Fue anoche cuando detecté a este hijo de puta.

—Entonces no necesitas que alguien te enseñe la ciudad —indiqué sin molestarme en disimular la acusación en mi tono.

—Eso no lo sabe David, y no hace falta que lo sepa. Piensa que he estado dando vueltas por ahí. En realidad él no puede saber por qué estoy aquí, Ivy.

Enderecé la columna antes de encontrar su mirada endurecida.

—¿Por qué? ¿Por qué tanto secreto?

Un músculo palpitó en su barbilla.

—¿Por qué la Orden es un secreto?

La respuesta era sencilla. La gente en general nunca nos creería. Necesitaban ver para creer de verdad en los faes. Nuestro caso era diferente, pues sabíamos que los faes existían. Sabíamos que los antiguos habían recorrido este territorio en otro tiempo. Si suficientes miembros se daban a conocer, entonces todo el mundo lo

creería.

—De todos modos —continuó Ren—. Me documenté un poco sobre ese cabrón. Se ha registrado en este hotel como un tal Marlon St. Cyers. Vive en una de las suites de forma semipermanente mientras le construyen una casa nueva.

Fruncí el ceño.

—Espera. Ese nombre... es el de un gran promotor de la ciudad, creo.

Ren asintió.

—Sí, lo es.

—Vaya flipe —susurré.

Los fae adoptaban roles de humanos continuamente, pero nunca en puestos públicos tan notorios. El fae envejecía mucho más lentamente que los mortales. Para nosotros, parecían inmortales. Marlon tenía aspecto de treintañero, pero debía de tener varios cientos de años, si no más. Podían seducir a la gente y hacerles pensar lo que quisieran, pero hoy en día la tecnología no es la misma que hace veinte años: tenemos internet, todo el mundo tiene un teléfono con cámara y la capacidad de publicar lo que quiera en cualquier website. Alguien podía encontrar fotos de la gente que no envejecía. Existir ante la mirada pública era arriesgado para los faes.

Ren bajó de nuevo la cabeza, y antes de que yo procesara lo que estaba haciendo, la inclinó un poco más y me pegó los labios a la mejilla.

Retrocedí con una sacudida y alcé la vista.

—¿Qué te ha dado...?

Aquella sonrisa malévola reapareció.

—Por tu expresión me ha parecido que necesitabas un beso.

Noté el hormigueo en la mejilla donde sus labios habían establecido aquel breve contacto.

—¿Te ha parecido que necesitaba un beso en la mejilla?

—Sí —contestó—. A todo el mundo le va bien de vez en cuando. Además, esa expresión que pones cuando estás confundida es adorable, qué caray.

Empecé a subir la mano para tocarme la mejilla, pero lo dejé antes de acabar haciendo el idiota una vez más.

—Qué raro eres.

—Me parece que a ti te gustan mis rarezas.

Cambié de postura.

—No te conozco tanto como para que algo de ti me guste.

—Eso no es verdad. Ahora sabes que soy de Colorado. Que me pongo mucho azúcar en el café. Que robo el tocino. —Bajó la voz—. Y sabes que doy besos en la mejilla a quien los necesita.

—Yo...

¿Qué cuernos respondías a eso?

Ren se hizo a un lado y mi mirada aterrizó en el hombre con el que antes estaba la mujer. Profería unos berridos de rabia mientras empujaba al portero intentando entrar

en el hotel.

La sonrisa maliciosa se esfumó del rostro de Ren al observar el altercado ante la entrada del establecimiento. Sus manos se cerraron en sendos puños y apretó la mandíbula. Le estudié un momento y no pude evitar pensar una vez más en Merle. Si alguien podía saber dónde se encontraban los portales, era ella.

Ren y yo quedamos en vernos al acabar la reunión del viernes. No le expliqué que conocía a alguien que tal vez tuviera información sobre el portal. No tenía intención de dar nombres por las buenas, y él no había insistido. Pero sí insistió en acompañarme a casa, lo cual era ridículo considerando que yo rondaba por las calles a todas horas de la noche a causa de mis turnos, y él no lo había sugerido la noche anterior.

A menos que me hubiera seguido hasta casa el jueves por la noche y hubiera mentido sobre lo de mirar mi expediente para conseguir la información de contacto. Pero si había mentido para asegurarse de que no me secuestraban de regreso a casa o algo así, era todo un detalle. Lo dudaba. No obstante, todo el asunto de trepar por la pared exterior y meterse en el apartamento sin invitación, descartaba cualquier gesto amable.

Tink estaba desmayado sobre el cojín cuando cerré la puerta tras de mí un poco antes de las tres de la mañana. La pintura de guerra se había corrido por su cara y manchado el tejido. Ni siquiera sabía cómo quitar esa mancha sin ensuciarlo todo aún más. ¿Se podían lavar las almohadas? ¡Puf! Tink iba a tener que compensarme por esto.

Debía de estar exhausto porque no se despertó ni cuando lo levanté para llevarlo a su dormitorio. Lo dejé en el pequeño cojín para perros que él había convertido en una cama gigantesca.

Por regla general, yo evitaba entrar en su habitación, y me percaté de que aquella era una buena idea cuando retrocedía para salir del cuarto. Tenía un ejército de muñecos-gnomos alineados en los estantes empotrados que cubrían toda la longitud de la pared situado frente a la cama.

—Aaah —murmuré al descubrir al menos trescientos ojos vidriosos en apariencia acosadores—. Qué espeluznante.

Cerré la puerta al salir y cogí un Capri Sun del frigo. Luego comprobé en el salón los ventanales del balcón. Tras correr las cortinas azul claro, vi que estaban cerrados. Tenía que haber sido Ren, porque dudaba que Tink echara el cerrojo.

Tras beber la bolsa de zumo me metí en la cama, y esta vez no me desperté a las pocas horas con un tío al que acabas de conocer sentado a mi lado. Casi a las diez de la mañana me obligué a calzarme las zapatillas de deporte y a salir sin bajar a la cocina a meterme una sobredosis de té azucarado o alguna otra forma de cafeína. Esa sería mi recompensa si regresaba a casa con vida.

Formar parte de la Orden requería mantenerse en forma, y eso me obligaba a

correr al menos cinco kilómetros cuatro veces por semana. Esto, junto con el entrenamiento en diversas artes marciales combinadas que seguíamos con otros miembros, era la única razón de que no pesara un millón de kilos por comer más bien todo lo que se me ponía por delante.

Necesitaba correr, ya que no había hecho ninguna actividad verdaderamente física y continuada desde el miércoles por la mañana. No podría encontrar al fae si me faltaba el aliento.

Por suerte, la temperatura seguía fresca cuando salí por las escaleras y atravesé el patio trasero, y confié en que eso significara que la estación fría llegaba más pronto que tarde. Me puse los cascos y subí el volumen de la aplicación musical del móvil, luego abrí la verja. Ajusté la cinturilla de los shorts de nylon y eché a correr en dirección al Hospital Kindred con un trote relajado.

Como siempre, mis pensamientos se dispersaban mientras corría; no fue ninguna sorpresa que se fueran directos hacia Ren. Aún no podía creer que me hubiera besado en la mejilla. ¿Iba haciendo eso con todo el mundo? Por algún motivo, no me sorprendía que así fuera. Le encantaba coquetear, algo común en muchos hombres de la Orden. Tal vez tuviera que ver con la vida peligrosa que llevaban, y con que todos fueran la clase de hombre que quiere aprovechar el momento. Lo mismo sucedía con las damas. A excepción de mí y mi preferencia: mejor pasar desapercibida.

Ren era excitante hasta rayar en lo estúpido, esa clase de excitación que te hace desear hacer cosas estúpidas, divertidas, de las que luego te arrepientes; pero eso no quería decir que yo confiara en él al cien por cien. Era un desconocido. Aunque todos los miembros de la Orden lo son hasta cierto punto, cada uno de ellos es un completo extraño. Cuando llegué a Nueva Orleans, tuve que ponerme de inmediato en manos de gente a la que solo había visto un breve instante durante las presentaciones. Si necesitaba respaldo, debía confiar en que uno de ellos respondiera a la llamada. Por su parte, ellos tenían que creer que yo haría lo mismo. Debíamos estar disponibles y unirnos a otros sin temor a la traición. Éramos una unidad cohesionada bajo la Orden. Así había sido desde su creación.

Pero no por eso resultaba fácil confiar en los recién llegados. Ren había sido muy franco conmigo sobre la Elite. Compartir ese tipo de información debería haberme ayudado a confiar más en él, pero en cierto modo solo había servido para volverme más precavida.

¿Por qué quería confiarme una información secreta tan antigua? Claro, él sabía que David no me había creído, y que media Orden probablemente pensaba que yo estaba loca. Pero si Ren estaba involucrado en algo dudoso, me era imposible adivinar qué era. ¿Qué ganaba con inventarse la existencia de la Elite o, en general, mintiendo? Aun así, todo ese asunto me inquietaba.

Necesitaba hablar con alguien, pero David ya no contaba a estas alturas. Sabía que podría confiar esta información a Val, y lo haría, pero antes necesitaba descubrir algo más. Cuando logré cruzar la calle Foucher sin que me atropellara una

ambulancia, pensé en Merle, la madre de Brighton. Si alguien sabía dónde se encontraba el portal, si es que existía uno en Nueva Orleans, era ella.

Pero ¿de verdad quería que Ren la conociera?

Esa fue la pregunta que me obsesionó durante el resto de la carrera y durante toda la tarde. Una cosa era tomar mis propias decisiones arriesgadas, pero poner a otros en la senda del desastre no era algo que quisiera repetir. Tendría que confiar en Ren antes de presentarle a Merle.

Y, sencillamente, no sabía si al final lo conseguiría.

Planeé visitar a Brighton al día siguiente. Por experiencias previas, sabía que Merle salía al jardín durante la tarde, y el domingo... solía tener buen día. No necesitaba a Ren para hacerle preguntas que yo misma debía hacer. Lo único que faltaba era superar esa noche de espera. Pero tenía la sensación de que iba a ser larga y fastidiosa.

Llegaba cinco minutos tarde a mi cita con Ren. Al acercarme a Mama Lousy no me sorprendió verle esperándome en el exterior de la tienda de regalos, apoyado contra el edificio. Iba vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa floja, que sin duda ocultaba las armas que llevaba pegadas a ambos lados de la cintura. Parecía el típico tío guaperas rondando en las sombras. No me miraba y lo único que me dedicó fue un gesto de su fuerte mandíbula, pero conseguí distinguir una media sonrisa jugueteando en sus labios. Se me heló la sangre mientras ralentizaba la marcha.

Le rodeaba un aura de peligro y transmitía una impresión de poder, a duras penas contenido. Pese a su apariencia relajada, con las manos en los bolsillos de los vaqueros y la piernas cruzadas a la altura de los tobillos, cualquiera que pasara a su lado percibiría que podía atacar en cualquier momento.

—Empezaba a preguntarme si vendrías —me dijo arrastrando las palabras sin mirarme.

Fruncí el ceño. Vaya visión periférica debía de tener el chico.

—El tráfico está horrible.

Me detuve a su lado y enseguida eché una ojeada al tatuaje del brazo.

—No estoy tan segura de lo que tengo que hacer hoy contigo, dado lo bien que sabes moverte por la ciudad.

Ren inclinó la cabeza hacia atrás contra la pared y expuso toda la longitud de su cuello masculino. Nunca antes había pensado que el cuello de un tío pudiera ser sexy, pero justo entonces comprendí que sí. Tenía los ojos cerrados y los largos flecos de sus pestañas se abrían formando un abanico, oscuro y puntiagudo. La afable sonrisa continuó jugueteando en sus labios.

—Estoy seguro de que hay lugares que tú puedes mostrarme.

Me ardieron los extremos de las orejas. Por algún motivo, con esa sonrisa y su

voz profunda, esas palabras contenían un significado diferente. Me pasé las manos por los vaqueros, inquieta, mientras una pandilla de mujeres mayores pasaba tambaleante sobre sus tacones.

—El parque Louis Armstrong es un lugar genial para cazar de noche.

Me miró entrecerrando los ojos.

—Creo que intentas acabar conmigo.

Le sonreí. Ese parque podía encontrarse ligeramente en el lado peligroso, lo cual era una pena, pues era un sitio precioso con todas las esculturas que cobijaba.

—Acabarás sirviendo de comida para los patos.

Ren se rio al oír eso, y me gustó el sonido. Era profundo y contagioso.

—Lo siguiente será sugerirme que me meta por Lower Ninth Ward y camine sin rumbo con un puñado de billetes de cien dólares en la mano.

—Asegúrate de que giras al este por la calle Frenchmen mientras andas por ahí. Inspecciona el norte de Rampart también.

—Eres terrible —murmuró sacudiendo la cabeza—. Sabes, Nueva Orleans no es diferente de cualquier otra ciudad grande. Tiene partes buenas y partes malas.

—Cierto —admití observando al grupo de damas que cruzaba la calle.

Dos tíos jóvenes las seguían de cerca. Confié en que las mujeres no perdieran de vista sus bolsos.

—Solo que aquí tenemos muchos más faes.

—En eso te doy la razón.

Se apartó de la pared, volviéndose hacia mí mientras sacaba las manos de los bolsillos.

—Me gusta tu pelo así.

Inclinando la cabeza hacia atrás, fruncí el ceño confundida.

—¿Cómo?

—Hacia arriba.

Estirando la mano, Ren atrapó el rizo suelto que me caía por la sien.

—Queda guay, pero cuando está suelto... qué puntazo.

—Mmm... —Cerré la boca de golpe y seguí mirándole durante un momento—. ¿Gracias?

Soltó una risita mientras tiraba del rizo hasta dejarlo liso, y luego lo soltaba observando cómo rebotaba hasta recuperar su forma.

—Podría jugar todo el día con él.

Yo pestañeeé lentamente.

—Guau. No sales demasiado, ¿verdad?

Ren sonrió:

—¿Así que tienes en mente un plan de juego para esta noche?

—En realidad no.

Me puse a andar por la acera ya abarrotada.

No me sorprendió que se pusiera de inmediato a mi altura adaptándose a mi paso.

—¿Por qué no?

Con la mirada puesta en un grupillo situado en la esquina de Bourbon, rodeé a una joven con un gran vaso verde chillón. La chica contemplaba a Ren como si prefiriera sorberlo a él con su pajita.

—Las noches del sábado son una locura por regla general. Puedes hacer cuantos planes quieras que todos se irán al traste en cuestión de segundos.

Ren no respondió.

Le dirigí una rápida ojeada. También miraba al frente, pero su sonrisa se había esfumado.

—¿Es eso un problema para ti?

—No. —Su respuesta me sorprendió—. Pero creo que tal vez tengamos un problema ahí delante.

La multitud había ido aumentando en el último par de segundos. Siempre veías cosas extrañas en Bourbon. Gente con alas, también gente caminando sin ropa a excepción de la pintura corporal y unos shorts diminutos. Otros iban ataviados como vampiros salidos de una novela de Anne Rice. Si eras lo bastante ingenuo como para intentar sacarles una foto, esperaban que les soltaras pasta a cambio. Luego estaban los turistas que no sabían encajar tanta indulgencia decadente y se desmayaban allí donde se encontraran. También estaban las situaciones tristes y esporádicas de violencia que plagaban la ciudad y que no tenían nada que ver con los faes: solo humanos haciendo daño a otros humanos sin motivo aparente. Por lo tanto, mientras nos acercábamos al grupo de gente formado por turistas y vecinos, podíamos esperar cualquier cosa.

Separándome del bordillo, bordeé un camión aparcado que intentaba descargar barriles de cerveza para un bar próximo. Ren me seguía mientras me abría paso para meterme en una calle, tan abarrotada de gente, que resultaba casi imposible para un coche recorrer la manzana y llegar a tiempo a algún sitio... sin darle a varios peatones.

Rodeé la horda de transeúntes consciente de la risa nerviosa de algunos y la tensión creciente que parecía saltar de una persona a otra a causa de cierta inquietud. Era evidente que pasaba algo en la esquina de Bourbon y Phillip.

Por encima de la música de jazz, que llegaba mezclada desde los distintos bares, surgió un sonido estridente que me provocó un escalofrío en la columna. Pero fuera lo que fuese, la muchedumbre nos impedía ver. Cruce entre chillido de dolor y de rabia, aquel grito era inhumano.

—Eso no suena normal —murmuró Ren, bajando al costado la mano que tenía más próxima a mí.

Abriéndonos camino entre el gentío, pasé por alto algunas miradas perspicaces dirigidas a mí. Ren iba justo a mi lado abriendo una brecha mucho más amplia. Un tipo que teníamos delante se hizo a un lado, y así conseguí avistar brevemente el pelo castaño alborotado y la forma encorvada y desmoronada. El hombre se volvió

sacudiendo la cabeza.

—Tío, el crack es una droga demoledora —masculló rascándose la barba negra que le cubría la barbilla—. No hay nada que hacer, se ha perdido...

Un aullido sobrecogedor ahogó lo que iba a decir. Lo único que vi fue el pelo castaño, apelmazado y grasiento, adelantándose. La cosa brincó como un puñetero gato desde cierta distancia y aterrizó sobre la espalda del hombre, chillando con ese sonido horrible mientras le rodeaba los hombros con unos brazos esqueléticos cubiertos de polvo. Hacía lo mismo con las piernas, escuálidas y mugrientas, que surgían de la falda rota. Era una mujer... una hembra rabiosa.

Y yo tenía la morbosa sospecha de que no iba colocada por los efectos de ninguna droga.

La mujer echó la cabeza hacia atrás chillando mientras el hombre la agarraba por los brazos y se tambaleaba hacia un lado. La gente se apartó intentando eludir al hombre que no conseguía sacarse a la mujer de la espalda. Alguien gritó llamando a la policía.

Con el corazón acelerado, me lancé hacia delante, y Ren siguió mi ejemplo. Se me heló la sangre al percatarme de que no íbamos a llegar a tiempo: la mujer se lanzó sobre el cuello expuesto del hombre con la boca abierta.

Mierda.

Los gritos de dolor que soltó él resonaron terribles mientras ella le desgarraba el cuello. Otros sonidos se sumaron al tumulto cuando la multitud se percató de lo que estaba sucediendo. La gente empezó a correr en todas direcciones, dispersándose como canicas en movimiento, y un intenso color carmesí comenzó a salpicarlo todo desde el cuello del hombre, que dio un traspiés hasta caer finalmente sobre una rodilla. No podía sacudirse de encima a la mujer, que no paraba de darle mordiscos como una especie de zombi chiflado de *Resident Evil*.

Llegué la primera a su lado.

Agarrando un puñado de su pelo revuelto, le puse la otra mano bajo la cabeza para agarrarla por la mandíbula. Apreté con los dedos hasta que soltó al hombre y luego arrastré hacia atrás a la muy majara.

Un par de chorros de sangre surgieron del cuello y resbalaron por la camisa del hombre, que cayó hacia delante de costado. Ren apareció ahí en el suelo, justo a su lado, y le puso ambas manos sobre el cuello despedazado. Apretando con fuerza, no vaciló ni un segundo, ni siquiera se volvió para ver si yo sola conseguía controlar a la mujer. Confiaba en que lo haría.

—Vas a ponerte bien, tranquilo, aguanta ahí —decía Ren encarándose al grupo de gente que miraba alucinada—. Mejor que alguien llame a emergencias.

La mujer se puso como un basilisco, sacudiendo los brazos y clavando los dedos en el aire. Estaba echa un asco, toda ensangrentada, con la boca y la barbilla manchadas de rojo. Yo sabía que si la soltaba vendría a por mí.

Y fue justo lo que hice.

Al soltar su asqueroso pelo, retrocedí esperando a que se girara en redondo para atacar. Soltó otro grito que me perforó los tímpanos antes de que yo pudiera arrojarme hacia delante.

Embestí para frenar su ataque, plantando una mano en su hombro mientras con la otra le asestaba un golpe contundente bajo la barbilla que dobló su cuello hacia atrás. Cayó como un saco de piedras, viva, pero inmovilizada por completo.

Las sirenas ya aullaban en la distancia mientras yo tomaba aliento con la respiración entrecortada y dirigía una ojeada a Ren. Seguía con las manos sobre el cuello del hombre, pero vi el color cadavérico bajo la piel morena del pobre tipo, y toda su camisa bañada en sangre. No tenía buena pinta.

De repente apareció Val, abriéndose paso entre el gentío, desplazando su mirada de Ren a mí y luego a la mujer tirada en la calle.

—¿Qué demonios?

—Le ha pegado un mordisco a ese tío —dije tragando saliva con dificultad mientras Ren continuaba con el hombre que ya parecía no responder.

La falda color verde turquesa de Val ondeó cuando se arrodilló junto a la mujer.

—Santo cielo —dijo estirando la mano para agarrar la camisa ensangrentada.

Los brazaletes verdes y amarillos que rodeaban su brazo resonaron mientras tiraba del cuello de la blusa que vestía la mujer.

—Maldición.

Ahí estaba, la prueba de que no era un caso de uso de drogas que había ido a peor.

Sobre el pecho de la mujer, las venas más próximas al corazón parecían saturadas de tinta negra. Cuando un fae se alimentaba de un humano durante un periodo prolongado de tiempo, contaminaba su sangre e intoxicaba su mente.

Y por lo visto le hacía desear morder a la gente.

Val soltó la blusa.

—Qué desperdicio.

Era un caso irrecuperable. Una vez que las venas quedaban teñidas así, no se podía hacer nada. No había vuelta atrás. Moriría, probablemente esa noche o al día siguiente, y las venas oscurecidas se aclararían deprisa, sin dejar rastros sospechosos en su cuerpo. Los informes de toxicología no mostrarían restos de drogas; este tipo de muertes se clasificaba normalmente como alguna clase de fallo cardíaco.

—Mierda.

La piel dorada de Ren adquirió un tono más claro mientras se incorporaba y retiraba las manos. Fijé la mirada en el hombre. Su pecho se había detenido, tenía los ojos abiertos sin ver. Una opresión dominó mi corazón. Había fallecido.

Ren alzó los hombros cuando se volvió para mirarme y nuestras miradas se encontraron. Unas sombras apagaban ahora su tono verde. Se levantó con gracia y se dio la vuelta en dirección a las personas que había junto al bordillo. La gente abrió paso y se perdió tras ellos.

Iba a ir tras él, pero luego me detuve para volverme de nuevo hacia Val.

—¿Y qué ha pasado con tu cita? —pregunté.

Alzó la barbilla y esbozó una débil sonrisa.

—No encontramos a nadie que me sustituyera, pero siempre puede haber otro momento más tarde, esta misma noche. —Eché un vistazo por donde se había ido Ren—. ¿Tienes que ir tras el nuevo guaperas?

—Sí —dije bordeando a la mujer tumbada boca abajo—. ¿Te ocupas tú de esto?

Val asintió.

—No lo olvides, tenemos que hablar.

—No lo he olvidado.

Lanzándole un saludo con los dedos, fui a buscar a Ren, consciente de las miradas curiosas. Era buena idea desaparecer antes de que llegara la policía y empezara a hacer preguntas. Val haría lo mismo en cuanto alguien se encargara de la mujer. Me preocupaba que su cadáver quedara bajo custodia de la policía, pues había ciertos peligros hasta que el cuerpo se rendía. Pero nada podía hacer yo al respecto una vez que ellos se ponían al mando, a menos que decidiera acabar con su sufrimiento.

Y tampoco podía hacerlo. Algunos sí podían, pero yo no.

David me dijo en una ocasión que ese era mi punto débil, algo que yo tenía que superar. No me lo dijo en plan imbécil total, solo en plan práctico.

Distinguí las ondas color café de Ren por delante de la muchedumbre, moviéndose a ambos lados de la acera desigual. Luego parecieron desvanecerse. ¿Dónde demonios? Aceleré el paso hasta iniciar un leve trote. Pasé junto a un bar y entonces le vi.

Se hallaba en un callejón estrecho, arrodillado junto a un grifo en la pared, lavándose la sangre de las manos que formaba un charco turbio en el suelo sucio.

No alzó la vista mientras yo me aproximaba.

—Nunca es fácil —dijo frotándose las manos—. Crees que algún día resultará más fácil, pero no.

No contesté porque no había nada que decir. ¿No poder salvar a alguien y ver cómo muere? Cierto, nunca es fácil.

Con un profundo suspiro, cerró el grifo y se levantó, secándose las manos en la parte delantera de los vaqueros. Un mechón ondulado le caía sobre la frente y los ojos.

—El hombre de antes... cuando se levantó esta mañana probablemente pensaba que regresaría a casa por la noche.

—Probablemente —susurré sin estar segura de que alcanzara a oírme con el ruido festivo de la calle y las aceras.

Ren alzó la barbilla en dirección a los balcones superiores.

—No tenía ni idea.

—No.

Con cierta tensión en los hombros, bajó la barbilla y encontró mi mirada. Pasaron varios minutos sin que ninguno de los dos dijera una sola palabra. El mundo quedó

difuminado fuera de aquel callejón, y todo el ruido se apagó hasta formar un zumbido distante. La pena era palpable en su expresión; yo sabía que lamentaba la muerte del desconocido de una manera que no experimentaba la mayoría de miembros de la Orden. No porque no les importara la pérdida de una vida humana, no, pero cuando vivías rodeado de tanta muerte, contabas con ella y también te volvías parte de ella.

Sin darme tiempo a pensar realmente en lo que hacía, di un paso adelante y estiré la mano para rodear esos dedos húmedos. Sus ojos cobraron vida de nuevo, llenos de sorpresa. Consciente del rubor en mis mejillas, le apreté la mano y luego la solté.

Su mirada me recorrió el rostro, pero de pronto se apartó. Cogiéndome por los hombros, Ren me sacudió. Yo solté un jadeo consternado cuando me empujó en dirección al edificio estrujada contra su pecho. Apenas un segundo después, un ciclomotor azul y blanco pasaba zumbando por el callejón, tan deprisa que la fuerza creó una brusca ráfaga de aire. Abriendo mucho los ojos, observé cómo salía por el otro extremo de la calleja con un brusco giro a la derecha.

—Oh, Dios mío... casi me atropella una motocicleta —dije volviendo mi mirada perpleja de nuevo a Ren. Eso sí que habría sido humillante.

Sus asombrosos rasgos se suavizaron cuando torció los labios.

—Vaya suerte tenerme cerca, salvándote de los temerarios conductores de motocicletas.

—Eres todo un héroe —contesté.

Ren se rio y yo sentí cierta satisfacción al oír ese sonido. Aunque le conocía desde hacía muy poco tiempo, me disgustó ver aquel abatimiento grabado en sus rasgos. Parecía no merecerlo.

Inspiró profundamente y yo tosí. En ese momento me percaté de lo pegados que estábamos, con nuestros pechos tan próximos que me pareció percibir los latidos de su corazón, aunque bien podría ser el mío. No quedaba ni un centímetro de espacio entre nuestros cuerpos y, a diferencia de la última vez en la que nos encontramos así, ahora no estaba enfadada.

Me rodeó la cintura con los brazos relajados, y un calor embriagador hizo vibrar mis venas. Observé la uve de piel expuesta por encima del cuello de la camisa y me percaté vagamente de que apoyaba las manos en su pecho, aunque no tenía ni idea de cómo habían llegado ahí. Por lo visto obraban por iniciativa propia. El efecto embriagador descendió hasta mi vientre, comprimiendo algunos músculos que llevaban tiempo de vacaciones.

Virgen Santa, de hecho estaba experimentando un caso de deseo instantáneo. Sin duda me había fijado en tíos desde Shaun, pero sin pasar de un interés pasajero que duraba apenas diez segundos y podía olvidar con facilidad, pero esto... esto era como tostarse al sol.

¿Buenas noticias? Mi parte femenina aún funcionaba. Oh sí, vaya si funcionaba, y ciertas zonas parecían estar trabajando a toda máquina para recuperar el tiempo perdido. Mis pezones se estremecían con un hormigueo con el roce de su pecho. Una

hoja afilada de deseo me perforaba y, por primera vez en tres años, estaba experimentando un nivel de atracción así.

Y Val, con su saludable obsesión por la operatividad de mis partes femeninas, estaría encantada de saber que seguían funcionando.

¿Malas noticias? Aún no estaba segura con exactitud de qué había de malo en esto, pero estaba convencida de que encontraría unas cuantas pegas en cuanto quedara algún tipo de espacio entre nosotros, y mi cerebro empezara a trabajar de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó Ren, con una voz más profunda y áspera—. ¿Tu estómago?

No alces la vista, no alces la vista. Mi mirada ascendió por su cuello y cruzó los labios que realmente tenían una forma demasiado sugerente, pasando junto a una nariz que en algún momento debía de haberse roto, pues detectaba ahora un leve arco en su estructura, y luego me encontré observando los ojos rodeados de densas pestañas negras. Maldición, había alzado la vista.

Pero, caray, qué ojos tan bonitos.

Un lado de su boca se elevó.

—¿Ivy?

Pestañeé.

—Sí, mi estómago está bien. De hecho, he salido a correr esta mañana y no me ha molestado en absoluto.

—Qué bien.

El gesto en sus labios se propagó hasta formar una sonrisa amplia y, oh cielos, pobre de mí, volvieron a aparecer esos hoyuelos. Los músculos inferiores de mi estómago se comprimieron todavía más.

—¿Ivy? —pronunció mi nombre otra vez.

—¿Sí?

Estaba orgullosa de no haber necesitado una eternidad para responder, pero el matiz entrecortado de mi voz sonaba extraño porque incluso con...

No quise acabar el pensamiento.

Él bajó la barbilla, y el corazón me dio un brinco.

—¿Vas a soltarme la camisa? Quiero decir, no tienes que hacerlo, pero si sigues tirando así se me van a ocurrir todo tipo de ideas maliciosas y actuaré en consecuencia, sin duda.

Al principio no me enteré. ¿De qué cuernos hablaba? Algunas partes de mi cuerpo se aferraron a esas ideas maliciosas que le harían actuar en consecuencia, felices al respecto en cierto modo. Bajé la mirada y entonces vi que mis manos agarraban su camisa, y... que sus brazos ya no me abrazaban.

Oh, Dios mío, estaba toqueteándole... bien, su camisa. ¿Podías toquetear una camisa? Estaba casi convencida de que sí.

Dejé caer las manos y retrocedí un paso, chocando contra el muro de ladrillo. No

sabía dónde meterme. Me hubiera dado una patada a mí misma.

Los ojos de Ren centellearon con la luz del sol que se desvanecía filtrándose entre los edificios. Permaneció callado un momento, limitándose a mantener la mirada fija en mí, y a continuación dijo:

—Deberíamos alejarnos de la zona.

Buena idea, una idea genial. Los testigos podrían haber dado a esas alturas nuestra descripción y nuestro equipo tal vez no pudiera acudir a tiempo para interferir. Respiré hondo intentando controlar mi parte femenina recién redescubierta mientras él se apartaba a un lado con gracia. Para ser un tipo tan grande, se movía como si estuviera hecho de aire. De hecho, todo lo referente a esa manera de moverse era fascinante.

O en realidad, lo que yo necesitaba de verdad era un buen polvo.

Suspiré.

Luego surgió de mi boca la peor cosa en toda la historia de la humanidad y más allá:

—¿Tienes novia?

La madre que me parió. No debí preguntarle eso. Ren me miró por encima del hombro alzando una ceja. Lo había preguntado. Pero esas palabras habían salido de mi boca, y yo quería pegarme un tiro. Aun así, esperé a oír su respuesta.

La sonrisa de Ren era como el chocolate negro, provocativa e intensa.

—Todavía no.

El resto de nuestro turno transcurrió sin incidentes en comparación con todo lo que había sucedido al comienzo. Intenté no pensar en esa pobre mujer ni en aquel hombre inocente, su vida perdida en cuestión de minutos, la vida que iba a perderse ahora y todas las demás vidas que se verían afectadas. Por insensible que sonara, dejar de pensar en ello era la única manera de continuar con la caza. Y también intentaba no pensar en el momento lleno de tensión que habíamos compartido Ren y yo, ni en la pregunta rematadamente idiota que le había hecho y su misteriosa respuesta. Era la única manera de seguir andando a su lado sin desear arrojarme ante un vehículo en marcha.

Durante nuestra ronda descubrimos tres hadas: faes normales. Por más que me doliera, me mantuve al margen y permití que Ren se ocupara de ellos; me había ordenado no participar y yo me había cansado de discutir, al menos por esa noche. El domingo ambos librábamos, y yo pensaba en que el lunes ya sería capaz de pelear sin jugármela demasiado con los puntos del estómago.

A la una, hora de acabar el turno, no me sorprendió del todo que él intentara acompañarme a casa.

—Voy a coger un taxi —le respondí—. Estamos demasiado lejos para volver andando, aunque fuera de día.

En realidad no tenía ni idea de cómo separar nuestros caminos allí donde nos encontrábamos. Hice una buena demostración de torpeza. Al ver que un taxi se aproximaba, dirigí una ojeada a Ren.

—Bien, supongo que nos... ¿te veo el lunes entonces?

Esbozó una leve sonrisa.

—Claro.

Entrecerré los ojos cuando el taxi se acercó al bordillo. Mientras abría la puerta, me detuve.

—¿Dónde te alojas?

—He alquilado un piso en la zona industrial.

Me alivió oír que no estaba durmiendo en la calle. Sin saber qué más decir, hice ademán de despedirme, me subí al coche e indiqué la dirección al conductor. Ni un minuto después oí sonar el móvil.

Lo saqué del bolsillo posterior, advertí que no reconocía el número y lo único que vi fue un gracias.

Curiosa, tecleé como respuesta: «¿Quién eres?».

La respuesta fue inmediata: «Ren».

Oh. Había olvidado que él había visto el número en mi expediente y, con franqueza, no había considerado la posibilidad de que lo guardara, pese a comentar que me había llamado. Ni siquiera había comprobado si había recibido aquella llamada, de modo que lo hice justo entonces. Era cierto, había una llamada perdida del mismo número el viernes por la noche. Volví a teclear: «¿Por qué me das las gracias?».

Cuando llegué a mi piso no había recibido respuesta, pero guardé su número de todos modos, y me resultó un poco raro no saber cómo se apellidaba al introducir su nombre.

UPS debía de haber pasado por mi casa después de que yo saliera y me detuve a recoger dos cajas. Tras meterlas, las coloqué sobre la silla situada en la entrada, justo al lado de la puerta.

Cuando entré fui a la cocina y vi a Tink mordisqueando un praliné que, comparado con él, tenía el tamaño de una pizza.

—¡Ey! Has regresado. Y no te han disparado.

Bajando el trozo de golosina que sostenía, me miró frunciendo el ceño mientras yo dejaba las llaves sobre el mostrador a su lado.

—No han vuelto a dispararte, ¿verdad?

—No.

Alzó el trozo de praliné como si brindara por mí y a continuación se lo zampó. No entendía cómo conseguía mantenerse en forma. Saltando sobre un pie descalzo, se puso en jarras apoyando ambas manos en su delgada cadera.

—¿Sabes en qué he estado pensando?

—¿Sí?

Mientras bostezaba, alcé la mano para sacarme las horquillas.

—Ese tío que estuvo aquí anoche...

Cogió la horquilla que acababa de dejar en el mostrador y la hizo girar como un bastón de mando mientras marchaba hacia adelante y hacia atrás.

—Creo que quieres hacértelo con él.

—Esto, ¿qué?

Moviendo los dedos por el pelo, me desenredé los rizos.

—¿Qué diablos te hace pensar eso? —pregunté.

—Te fuiste con él pese a que obviamente había entrado aquí sin permiso. Si quieres oír mi opinión: todas las mujeres estáis mal de la cabeza. Un tío asalta vuestra casa y os derretís como si esa clase de delito fuera un rasgo irresistible. —Parloteaba sin dejar de agitar la horquilla de color rosa chillón—. Si les haces eso a las hembras de mi raza te comen para cenar, y no me refiero a la manera divertida que puedes imaginarte. Empezarían por comerse primero las partes masculinas —se agarró el paquete como si yo necesitara ayuda visual— y luego nos...

—Vale. Lo capto. Para empezar, no creo que entrar en mi apartamento sea algo como para derretirse; tampoco creo que lo piensen la mayoría de las chicas. Segundo,

Ren no forzó la entrada; alguien —le señalé a él— dejó los ventanales sin cerrar.

Abrió mucho los ojos.

—Yo no hice tal cosa.

Arqueeé una ceja.

—De acuerdo —continuó—. Tal vez lo hiciera, pero trepó por una pared para entrar y eso digamos que es... bien, de hecho es bastante impresionante.

Levantó la horquilla y la sacudió en mi dirección.

—Apuesto a que podría cogerte en brazos y...

—Oh, Dios mío, Tink, déjalo ya. Pertenece a la Orden. Es nuevo en la zona. Y por lo visto es impaciente y no quiso esperar a que yo le devolviera la llamada. ¿Significa eso que vamos a desnudarnos y hacer bebés? No. —Entonces me invadió una sensación peculiar de decepción, y tuve que ignorarla—. Así pues, no va a pasar. Y no quiero hablar de sexo contigo.

La horquilla repiqueteó al caer sobre el mostrador mientras Tink se elevaba en el aire para situarse a la altura de mis ojos, obligándome a observar su pecho bronceado.

—Hablemos de sexo.

—No.

Me aparté y entorné los ojos.

—¡El sexo es bueno!

—Cállate, Tink.

—¡El sexo es divertido! —empezó a chillar.

Negué con la cabeza.

—Solo practicas sexo con objetos inanimados. Por lo tanto, ¿qué sabes tú?

No me hizo caso.

—¡El sexo es mejor cuando es cosa de dos!

Deteniéndome en el pasillo me volví hacia donde él estaba ejecutando aquel movimiento pélvico.

—¿Eso no es canción de George Michael?

—Tal vez. Pero se equivocaba. Prefiero pensar que el sexo funciona mejor cuando es cosa de tres o así. Parece más atrevido.

—Lo que sea. Buenas noches, Tink.

Cerré la puerta y él se pasó a cantar un tema de Salt-n-Pepa.

—¡Vives en la década equivocada, Tink! —grité en dirección a la puerta y solté una risita al oírle dar una patada y lo que sonaba como una ristra de tacos.

Tras prepararme para meterme en la cama, me costó un poco conciliar el sueño. Y cuando finalmente me quedé dormida, soñé que no estaba sola en la cama, que había un cuerpo masculino, duro y estirado, pegado al mío. Y noté manos por todas partes tocándome con suavidad, acariciándome en lugares demasiado íntimos y de maneras con las que no estaba familiarizada. Oí mi nombre, la voz sonaba familiar, y me pareció entrever unas ondas color castaño oscuro, pero no estaba segura, pues me sentía demasiado perdida en el sueño como para fijarme o preocuparme. Recibí un

beso en los labios y también por todo mi cuerpo mientras me lo sobaban. Podía sentir un cabello sedoso entre los dedos mientras acariciaba su cabeza, sosteniéndola junto a mí, guiando su boca a donde yo quería...

De pronto me desperté, expulsada del sueño hacia el mundo real. Una cama vacía. Ni manos ni boca realizando travesuras perversas y deliciosas. Sin cabello suave y reluciente entre mis dedos. Estaba sola mirando el techo, viendo las finas esquirlas del amanecer colándose a través del hueco de las cortinas, pero mi cuerpo todavía no lo admitía. Me sentía febril, con las sábanas enrolladas en torno a la cintura, mis pechos pesadísimos, y los pezones duros y sensibles contra el fino algodón de la camiseta. Entre los muslos, el anhelo parecía completamente injusto, y me percaté vagamente de que no me había excitado así desde Shaun.

Con franqueza, no recordaba que hubiéramos hecho alguna vez algo que me hubiera puesto tan a cien. No porque la cosa no funcionara entre nosotros, pero éramos unos críos cuando descubrimos nuestra amistad, que luego se convirtió en algo más. Jugueteamos mucho durante los dos primeros años, pero él..., Shaun, era un buen chico, y respetaba a Holly y a Adrian hasta el punto de tener que ser siempre yo quien sacaba el tema. Hasta que tuvimos dieciocho años no mantuvimos relaciones, y solo sucedió una vez. Estuvo bien y fue agradable, dulce y torpe en todos los sentidos que la primera vez suele suponer cuando estás con alguien que te tiene tanto cariño. Imagino que con más tiempo habríamos llegado a algo así... mi cuerpo ardiendo en llamas, volviéndome loca al recibir alivio.

Deslicé la mano derecha bajo las sábanas, vacilando mientras rozaba con los dedos la cinturilla de los *shorts*. No había hecho nada desde Shaun, ni siquiera esto. Ni me había sentido tentada a hacerlo. En alguna ocasión que tuve ganas, no me pareció bien, como si de algún modo le estuviera traicionando. Sabía que era una bobada, pero la pena distorsiona las cosas, ya lo sabía.

Me mordí el labio y lo humedecí. Con inspiraciones irregulares, deslicé la mano por debajo de la cinturilla. Mi estómago se agitó, suavemente al principio y luego con movimientos más marcados. Cerré los ojos mientras estiraba el brazo.

Mi respiración se aceleró y luego se entrecortó al tiempo que deslizaba los dedos a través de la humedad hasta encontrar sin pérdida el nudo de nervios en la cúspide de mis muslos. Una descarga de pura electricidad corrió por mis venas mientras mis caderas se movían. Un gritito suave traspasó mis labios. Sabía qué hacer. Lo había hecho antes. De hecho, lo había hecho con Shaun cuando aún existíamos en una zona sin sexo.

Pero hacía demasiado tiempo.

Llevé mi dedo hasta el centro y como respuesta mi espalda se arqueó y los dedos de mis pies se encogieron. Sin previo aviso, la imagen de Ren apareció con detalles vívidos, sus ojos verdes intensos y su boca plena y pecaminosa. No quería pensar en él e intenté eliminar la visión de mis pensamientos, pero perduró como telón de fondo, y mis caderas bailaban por iniciativa propia contra mi mano. El fuego en mi

interior se avivaba y yo ardía cada vez más caliente. Intenté mantener a raya la imagen, procuré desesperadamente no pensar en él mientras el ansia crecía y la presión se comprimía en mi interior. Balanceando las caderas, eché la cabeza hacia atrás contra la almohada, perdiendo el control de mis pensamientos. En ese universo de fantasía, mi mano no me pertenecía. No eran mis caderas las que apretaban mi mano sino las suyas. No eran mis dedos. La tensión estalló, rompiéndose como un cordón demasiado tenso, y la liberación azotó todo mi cuerpo. Apenas contuve el grito mientras mi cuerpo y pensamientos estallaban en diminutas piezas de felicidad.

Me derrumbé de espaldas sobre la cama y las caderas se relajaron mientras el ritmo cardíaco disminuía tras el frenesí. Estaba mirando otra vez el techo, pero esta vez me preguntaba por qué no había hecho esto en tres largos años.

Si me despertaba cada mañana así, seguramente sería mejor persona.

Con la respiración más regular, cerré los ojos y dejé que la paz se propagara por mis músculos mientras me decía a mí misma que no había pensado en Ren a propósito. Era puramente accidental que él apareciera en mis fantasías. Al fin y al cabo, tenía sentido pues era el último tío que había visto, sin contar a Tink. No significaba nada verle en mi imaginación mientras yo... mientras hacía eso.

Nada de nada.

*P*or la mañana envié un mensaje a Val, pues sabía que debíamos hablar, y quedé con ella al mediodía en el cementerio de Lafayette. El lugar lo eligió ella. Según decía, la paz de las tumbas le ayudaba a pensar. Era así de rara la chica, pero la quería lo bastante como para andar veinte minutos hasta la ciudad más antigua de los muertos que existía en Nueva Orleans.

La mayoría de la gente sabía que era mejor evitar los cementerios una vez que caía la noche, pero visitarlos durante el día no representaba problema alguno por regla general, sobre todo teniendo en cuenta lo abarrotados que estaban a esas horas y que se ofrecían visitas organizadas a grupos que entraban y salían continuamente.

Además, ella quería ir a la librería de la esquina, y a mí también me parecía un buen plan. Me hacía falta otra novela de los *Marked Men*.

Val esperaba fuera, cerca del arco que daba entrada al cementerio. Llevaba una falda negra y una blusa verde azulado estilo campesina, con los hombros al descubierto y más volantes que un vestido de boda. Solo a ella podía quedarle bien algo así.

Se apartó de la pared, adelantándose para darme un abrazo.

—¡*Chéri*, estás aquí!

Me reí al oír el término francés que solo utilizaba de vez en cuando.

—Me llamas querida, ¿qué quieres?

—Nada. —Me cogió del brazo—. Solo estoy contenta de que por fin podamos

charlar y comentar qué demonios pasa. —Luego añadió con una seriedad poco característica—: Me tienes preocupada, Ivy. Algunos miembros están hablando y...

—¿Y no me dedican elogios? —conjeturé mientras nos deteníamos bajo el arco de hierro.

Me dio una palmadita en el brazo.

—Bien, depende de cómo se mire.

Le dediqué una mueca irónica.

—Dicen que estoy loca, gracias a Trent.

Pasamos entre las tumbas alineadas a ambos lados del camino. Los senderos formaban una cruz. No estaba segura de que fuera algo intencionado, pero suponía que así era.

—Trent dijo que la noche del disparo le contaste a Harris que te... que lo hizo un antiguo —explicó en voz baja mientras me guiaba hacia la izquierda. Sabía adónde me llevaba—. Y dijo que lo reiteraste el jueves por la noche.

Parecía que hiciera una eternidad desde la noche del jueves. Enderezando las gafas de sol con la otra mano, esperé un momento por si quería cambiar de idea: no había planeado hacer confidencias a Val antes de hablar con Merle, pero necesitaba comentarlo con alguien.

Pasamos bajo un gran árbol con hojas doradas y rojas. El olor a otoño era fuerte allí.

—Vi un antiguo, Val.

No me respondió de inmediato.

—¿Cómo puedes estar segura?

Le expliqué lo sucedido con ese ser.

—Como puedes ver, no es algo que suceda con un fae normal. —Hice una pausa al pasar junto a un grupo congregado junto a una tumba—. Le apuñalé y se sacó la estaca como si tal cosa. Y se lo conté a David, pero... dudo que de verdad me creyera. Sé que no me creyó. Piensa que no le acerté o algo así.

—Dios —dijo soltándose el brazo.

Noté un hueco en el estómago y dejé de andar.

—No me lo invento.

Sus densos rizos rebotaron cuando sacudió la cabeza.

—Sé que no, pero...

—Pero ¿cuesta creerlo? —le pregunté con una mirada fija—. Lo sé, pero era un antiguo, Val. Y no es el único que he visto. Vi otro el viernes por la noche en la zona industrial de los almacenes. Se llama Marlon St. Cyers, o así es como se hace llamar. Es un promotor la hostia de importante. Estoy segura de que has oído hablar de él. Los faes no se muestran en público de ese modo, pero este... ya ves, no le importa si alguien ve una foto suya y comprueba que sigue con el mismo aspecto veinte años después, sin que le afecte el rollo de envejecer como a los demás.

Pasó un momento y Val se volvió hacia mí. Estaba radiante entre las tumbas

grises y deterioradas, pero su piel parecía más pálida de lo normal cuando me devolvió la mirada.

—Los viste de verdad...

Asentí inspirando de nuevo superficialmente.

—Así es.

Se acercó de nuevo a mí.

—¿Por qué crees que están aquí?

—No sé si alguna vez se fueron o no de la ciudad, pero pienso... pienso que tiene que ver con los portales.

Dirigí un vistazo a dos personas que paseaban, deteniéndose unas pocas tumbas más abajo para hacer fotos. Mantuve la voz baja.

—Pienso que podrían estar planeando algo con los portales.

Abrió mucho los ojos y cuando habló su voz sonaba tensa.

—Ivy.

—No sé el qué, pero no voy a...

Me fallaron las palabras. ¿Podía hablarle de Ren... de la Elite? No dudaba porque no confiara en ella; más bien no quería traicionar la confianza de Ren.

Val jugó con los brazaletes que rodeaban su muñeca.

—¿Qué?

Conocía a Val de mucho antes que a Ren, y confiaba en ella.

—Lo que voy a contarte no puede salir de aquí, ¿vale?

—Cielo, soy una tumba. —Indicó con las manos su abdomen—. Te pitarían los oídos si te contara algunas de las cosas que sé de los miembros de la Orden y que me guardo.

Por un momento me pregunté qué sabría. Empecé a andar a su lado, dirigiéndonos hacia donde siempre acabábamos cuando veníamos al cementerio: la tumba del primer miembro de la Orden asesinado por un fae en Nueva Orleans. Estaba presidida por un ángel orando que de algún modo mantenía un blanco nacarado y casi luminoso. El símbolo de la Orden, las tres espirales entrelazadas, resaltaban talladas en el centro del monumento. Estiré el brazo para pasar los dedos por encima.

—Ren sabe cosas de los antiguos —dije cuando Val se detuvo a mi lado. La miré y continué—: Es parte de la Elite.

Ella pestañeó repetidas veces.

—¿Qué Elite ni qué niño muerto? ¿De qué coño hablas?

Una breve sonrisa apareció en mis labios. Le conté lo que me había explicado Ren y por qué se encontraba en la ciudad. La cara de Val adoptó una expresión de perplejidad lógica, la misma que seguramente había puesto yo cuando él me lo contó todo.

Val necesitaba unos momentos para asimilar todo aquello. Mientras caminaba ante la tumba del miembro caído, me quedé mirando las tumbas prístinas en otro tiempo y ahora de un gris apagado, y las seguí con la mirada deteniéndome en una

que tenía toda la parte superior abierta, con los ladrillos gastados al descubierto. El lugar era hermoso de verdad a su manera triste y misteriosa, pero mi corazón latía inestable en el pecho mientras esperaba a que mi amiga procesara toda la información.

¿Había tomado la decisión adecuada?

La inquietud afloró en mi vientre mientras esperaba, desplazando mi peso de un pie al otro. Tal vez no debería haberle hablado de Ren y la Elite.

Al final se detuvo y se puso en jarras.

—¿Le crees?

—Sí.

—Vale —respondió exhalando con aspereza mientras arrugaba la nariz—. Si tú le crees, yo también. Seguramente he cometido más locuras de las que te podrías imaginar.

Aliviada, destilé la tensión que me agarrotaba. Aún me quedaba un hilillo de inquietud, pero era comprensible. Acababa de contar un gran secreto.

—Y entonces, ¿cuál es el plan ahora? —preguntó.

Pestañeé.

—Oh, en realidad no tengo ningún plan. David no va a soltar prenda aunque esté enterado de algo. Estaba pensando en ir a ver a Merle hoy. Si alguien sabe algo sobre los portales, es ella... dependiendo de su estado de ánimo.

Los rasgos de Val cobraron vida.

—Iré contigo.

Se me escapó una sonora risa.

—La última vez que visitaste a Merle y a Brighton conmigo, te llamó bruja.

—Oh, sí, me acuerdo. —Hizo una mueca divertida—. Seguro que lo ha olvidado.

—Ah, no. Cada vez que hablo con ella me pregunta si todavía salgo con esa «putilla de Satán» y vuelve con la misma murga. No se ha olvidado.

—¿Putilla de Satán? Guau. Vaya título más impresionante.

—Cierto. —Sonreí—. En fin, creo que es mejor que vaya sola.

Val apretó los labios.

—¿Y tu Renny va a ir contigo?

Me reí mientras me apartaba de la tumba.

—No, le he dicho que tal vez conociera a alguien, pero no le he dicho a quién.

—Chica lista.

Enlazó de nuevo mi brazo y apoyó la barbilla en mi hombro haciéndome cosquillas en la mejilla con los rizos.

—Gracias por confiar en mí. Estaba preocupada. Y bien, ahora estoy preocupada de verdad, pero por motivos diferentes.

—Lo noto.

Mientras nos poníamos en marcha, le pregunté:

—¿Qué crees tú que intentan hacer los antiguos?

Su frente se arrugó al juntar las cejas.

—Si quieren abrir los portales es para que salgan más antiguos. Mi bisabuela solía hablar mucho de los antiguos —explicó. Eso era algo que yo desconocía—. Ya sabes, los encargados de las cortes en el Otro Mundo. Decía que cuando unieron las cortes de Verano y de Invierno, solo había un príncipe, una princesa y el rey y la reina. Eran los más poderosos y controlaban a los caballeros, controlaban a todos los faes. No sé si esa parte es cierta, pero ¿importa? ¿Y si los antiguos que han llegado quieren liberarles?

Un estremecimiento me recorrió la columna a pesar del intenso sol.

—Sería terrible.

En una ocasión pregunté a Tink por qué los faes no se quedaban en su mundo, y por qué él tampoco. No le había hecho mucha gracia responder, pero explicó cómo los faes habían gobernado a todas las criaturas del Otro Mundo y las habían esclavizado, extinguiendo a las demás especies casi por completo. Dijo también que esas acciones tuvieron consecuencias graves, pero no llegó a darme más detalles. Para mí, la razón de que los faes se encontraran aquí era sencilla. Dominaban su reino y ahora querían subyugar el nuestro.

Con los accesos al Otro Mundo cerrados, no podían llevar más mortales a su reino con quienes alimentarse y entretenerse.

Pero hicieran lo que hiciesen, no iban a conseguir abrir esos portales. No.

—Infórmame de lo que descubras.

Val estiró el brazo para quitarme las gafas con suavidad y probárselas. Tuve que reconocer que le quedaban bien.

—Ayudaré en lo que pueda —añadió.

Salimos de Lafayette para ir a la librería.

—De acuerdo, hablemos de cosas más normales —dijo—. ¿Estás lista?

—Por supuesto —respondí sintiéndome mil veces mejor después de habérselo contado. La verdad iluminaba el alma.

—Así, ¿qué piensas de este tío nuevo? —preguntó mientras entrábamos en el pequeño centro comercial situado al otro lado del cementerio.

—¿Ren?

Aparté de prisa la mirada para que no notara el calor en mis mejillas. Pensé en lo que había hecho por la mañana y en cómo su cara había aparecido justo en el primer plano de mis pensamientos.

—¿Qué quieres decir? Ya te he dicho que le creí.

—No me refiero a eso. Está bueno. Digamos que está para untar pan. Y pertenece a una organización secreta dentro de una organización secreta, o sea, que como tío bueno alcanza proporciones descomunales. Cuando apareció en la reunión el viernes por la noche, sonrió, y noté un incendio en mis bragas.

En cuanto pasamos las oficinas centrales, Val abrió la puerta de la librería del Garden District.

—¿Es tu tipo? Porque me gustaría catar ese bocado, pero solo si tú no estás interesada.

Abrí la boca para decir que no, pero no surgió palabra alguna. Nada. Ni un sí ni un no. Nada.

Val se giró en redondo con los ojos muy abiertos para cogerme por los hombros.

—Oh, Dios mío, ¿te interesa? Quieres que provoque un incendio en tus braguitas.

—En realidad no quiero que se queme mi ropa interior. —Dios mío, ¿por qué todo el mundo quería hablar de sexo ahora?—. En absoluto.

Ella hizo un ademán con la mano descartando mi comentario.

—Le deseas. Puedes quedártelo. Necesitas romper esa racha de sequía épica tuya y, vaya, esa sería una manera acojonante de hacerlo.

Soltándome, se balanceó sobre los tacones y se puso a dar palmadas.

—¡Mi niña va a echar un polvo! —Acompañando con las caderas su bailecito, chilló—: ¡Por fin!

Ejem.

Miré a la derecha y vi que una mujer nos observaba desde detrás del mostrador. A mi izquierda había un hombre con un niño, de unos seis años tal vez.

—¿Cómo se echa un polvo? —preguntó el pequeño enseguida.

Suspiré.

Totalmente ajena, Val se dio media vuelta y se fue directa hacia la sección de novela romántica. Me fui tras ella, casi deseando haber seguido hablando de los antiguos.

—Ya sabes —dijo sin parar de girar por un pequeño pasillo, con la falda ondeando a su alrededor—, no bromeaba cuando me ofrecí a poner fin a tu racha de sequía. Soy una oportunidad también.

Entre risas, me detuve a mitad del pasillo e inspeccioné el estante siguiendo los apellidos de los autores.

—Lo sé.

Se me acercó bailando y me echó un brazo sobre el hombro.

—Con las chicas te diviertes mucho más que con los chicos.

—Ni siquiera necesito probarlo para saber que es cierto. Espera. —Le di con la cadera—. ¿Qué sucedió anoche con tu cita ardiente? Era un tío, ¿verdad?

—Oh, sí.

Escabulléndose, canturreó en voz baja mientras examinaba las baldas.

—Él... es punto y aparte. —Me estudió a través de sus densas pestañas—. Me sorprende que hoy pueda andar.

—Pensaba que con las chicas te divertías más —contesté con sequedad, encontrando por fin el apellido Crownover.

—Por regla general, sí. —Cogió un libro—. Pero luego hay ciertos tíos, como Ren, con quienes te lo pasas mejor. Así que ¿cuándo vas a dejar...?

—Ni se te ocurra acabar la frase.

Descubriendo el libro que buscaba, lo saqué. Lo sostuve cerca del pecho mientras me volvía hacia Val.

—Mira, estoy... sí vale, él me atrae. ¿Y a quién no? Pero hace solo unos días que le conozco.

—Ay, criatura. —Se pegó a mí de un salto—. Criatura.

—¿Qué?

Le eché una miradita antes de dirigirme hacia la parte delantera de la tienda.

—No hace falta conocerle, conocerle demasiado quiero decir, para pasarlo bien. Solo necesitas bajarte esas braguitas.

Entonces se detuvo con ojos vidriosos, como si estuviera recordando algo bastante tórrido.

—De hecho, no necesitas ni bajártelas, él podría apartarlas, y eso es de lo más excitante.

—Oh, Dios mío —murmuré, y luego acabé en voz más alta—: ¿Podemos dejar de hablar de esto?

—Como quieras, mojigata.

Y sonreí:

—¡Vale ya!

Después de pagar los libros, estaba segura de que los empleados se sintieron aliviados de vernos salir por la puerta. Mientras andábamos juntas por la calle sabía que había tomado la decisión adecuada al confiar en ella. Val debía saber los peligros que merodeaban por ahí fuera para protegerse a sí misma. No sé qué haría si la perdiera.

Acabamos en el café de al lado y nos sentamos en las sillas de la entrada. Ella no dejó de insistir en su tema favorito: la falta que me hacía tirarme a Ren en una cama o contra una pared o sobre un mostrador de cocina antes de acabar la semana... hasta que de repente se enderezó en la silla mirándome fijamente.

—¿Estás bien? —pregunté inclinándome hacia ella.

—Mierda, la hora. —Se puso en pie de un brinco—. Tengo que irme.

Levanté las cejas.

—¿La segunda cita ardiente del día?

—De hecho, sí. —Cogió el café—. ¿Qué tal estoy? ¿Exquisita?

—Excitante como siempre. —Le tendí la mano—. Pero ¿puedes devolverme las gafas de sol?

—Oh.

Levantó la mano riéndose y se las retiró de la cabeza. Tras tendérmelas se agachó para besarme en la mejilla.

—Luego te mando un SMS —añadió.

—Tengo la sensación de que vas a estar de lo más ocupada.

Soltó una risita.

—Si tengo suerte...

Me levanté, cogí el té dulce y la bolsa de la librería.

—¿Así que en algún momento podré conocer a este tío bueno que va a hacerte andar tan raro por la mañana?

Val retrocedió un paso con la falda oscilando en torno a sus piernas mientras sonreía.

—Le conocerás. —Mordiéndose el labio, guiñó un ojo—. Ten cuidado, ¿vale?

Estiré el brazo para darle un apretón en la mano.

—Tú también.

Mientras iba de regreso a mi apartamento, decidí hacer una visita relámpago a casa de Brighton y Merle, en pleno corazón del Garden District, no demasiado lejos de la mía. Vivían en una auténtica casa de antes de la guerra, una preciosa vivienda de dos plantas con cuatro grandes columnas blancas que aguantaban el descomunal porche y el balcón superior. Las contraventanas estaban pintadas del tradicional color negro, pero apenas hacía un mes a Merle le había cogido el pronto y había contratado a alguien para que le pintara la entrada principal de azul claro. La idea me pareció rara, sobre todo porque el color elegido era demasiado descolorido: el tono exacto de los ojos de los faes.

La propiedad estaba rodeada por una verja de hierro forjado, que chirrió como unos huesos viejos restregándose cuando yo la abrí. La acera solía estar agrietada, como yeso viejo, pero finalmente la habían reparado hacía un año más o menos. Entré en el porche y di un respingo al oír el crujido de las maderas.

Unos helechos enormes colgados del techo oscilaban con la brisa ligera, mientras yo me dirigía hacia la enorme puerta azul. Vacilé un segundo y luego di un toque. Merle detestaba el sonido del timbre, así que me resistí al impulso de hacerlo sonar. Al no oír respuesta, volví a golpear con los nudillos. Tuve que llamar al timbre finalmente, pero de todos modos no hubo respuesta.

Apartándome de la puerta, miré por el porche. El hermoso mobiliario de mimbre estaba dispuesto un poco al azar, y sabía que Merle a veces lo movía para consternación de Brighton. Pensando que tal vez se encontraran en la parte trasera, seguí el porche por el lado y descendí una serie de tres escalones hasta el interior de un glorioso patio.

Las flores y los frutales florecían perfumando el aire. Sentía celos del jardín de Merle. Era absolutamente maravilloso, como algo salido directamente de un programa del canal HGTV. Sabía que tanto ella como su hija dedicaban mucho tiempo a cuidarlo.

Pero no la encontré de rodillas arrancando malas hierbas o cortando los coralillos tropicales. Brighton no estaba sentada sobre una de las mullidas sillas de jardín ni en ninguno de los bancos con un libro en el regazo. No salía una sensual música de jazz flotando desde la casa. Y el jardín también estaba vacío.

Caray, el único domingo por la tarde que no están en casa y yo me presento de visita.

Quizá debería haber llamado a Brighton, pero era terrible para contestar el teléfono. Aun así, no tenía otra opción, por lo que metí la mano en el bolsillo, saqué

el móvil y marqué el número.

Tal y como esperaba, no hubo respuesta. Al oír el pitido, dejé un mensaje.

—Ey, Brighton. Soy Ivy. ¿Puedes llamarme cuando oigas esto? Gracias.

Tras acabar la llamada me di media vuelta para volver hasta el porche, y por el rabillo del ojo detecté un movimiento repentino que llamó mi atención. Me detuve con la bolsa de la librería colgando de los dedos.

¿Había visto... alas?

Juraría haber apreciado un revoloteo de alas junto a uno de los arbustos con brillantes capullos rosas. No eran alas de mariposa, y también eran demasiado grandes y transparentes para un pájaro. Girándome en redondo, me observé el arbusto, avanzando sin hacer ruido hacia él. Me quedé quieta, casi sin respirar durante varios segundos... ¡ahí estaba!

A través de uno de los arbustos, detecté de nuevo el movimiento, el revoloteo de unas alas transparentes, color habano, aproximadamente del tamaño de mi mano. ¿Había un duende en su jardín? Eso sería sumamente raro, pero sabía que no era imposible. Al fin y al cabo yo había encontrado a Tink en un cementerio. Podía haber más como él rondado por la zona. Tal vez una hembra. Tink podría tener una novia.

Arrugué la nariz. ¿En qué demonios pensaba? Aunque se tratara de una joven duende, no iba a intentar capturarla, llevármela a casa y ofrecerla a Tink como si yo fuera una especie de traficante de duendes.

—¿Hola? —llamé bajito—. No voy a hacerte daño.

Pasé un momento ahí de pie hablando a un arbusto en medio del patio. Arrodillándome, estiré la mano y agarré con cuidado las ramas. Aparté los tallos a un lado e inspeccioné el interior de la planta.

No había nada.

Soltando el arbusto, suspiré mientras me levantaba. O bien imaginaba cosas o, fuera lo que fuese, duende o no, se había largado de ahí. Me entretuve un par de minutos, pero no volví a atisbar nada raro. Salí del jardín cerrando la verja tras de mí.

Daba gusto caminar bajo los densos robles, así que no me di prisa. Demasiado a menudo me encontraba dirigiéndome a toda pastilla hacia ningún sitio en particular. No tenía nada planeado para el día, a excepción de llamar a Jo Ann y tal vez ir a cenar algo con ella.

A mitad de camino a casa, un extraño escalofrío me recorrió la columna, poniéndome el vello de la nuca de punta. Me detuve estremecida en la esquina mientras aumentaba la sensación de estar siendo observada. Era tan intensa que tuve la impresión de que una persona se hallaba de pie justo detrás de mí. El corazón me latía con fuerza mientras miraba por encima del hombro sin encontrar a nadie detrás.

La estaca que llevaba dentro de la bota me dio cierta tranquilidad, ahí en medio de la calle. Aunque la mayoría de faes preferían el atardecer y las horas nocturnas, nada les impedía salir de día. Y la sensación de ser observada no significaba necesariamente que se tratara de un fae; no eran los únicos seres peligrosos de la

ciudad.

Inspeccionando la calle arriba y abajo, me giré lentamente sobre mí misma. Había gente en los patios, y al otro lado de la calle, un pequeño grupo de turistas observaba estas casas tan típicas, pero nadie me prestaba atención.

De todos modos, la sensación de ser observada no se había desvanecido, ni siquiera cuando empecé a andar de nuevo, mucho más alerta y a un ritmo más vivo. La sensación no se desvaneció hasta que me encontré a media manzana de la casa. Entonces se esfumó como el humo en el viento, pero la inquietud siguió ahí.

Al igual que el sábado, Ren estaba esperándome en el exterior de Mama Lousy, apoyado en la pared como si no tuviera nada mejor que hacer. Me acerqué con cautela, pasándome nerviosa una mano por el pelo, alisando los rizos sueltos hacia atrás para meterlos en el recogido donde intentaba retenerlos. La humedad había regresado vengativa, y lo único que yo quería en realidad era sacarme los vaqueros y la camisa, y andar medio desnuda como el resto de la gente.

Durante todo el día había notado un nudo extraño de nerviosismo, excitación y temor rebotando en mi interior como un bola de goma arrojada contra un muro. No quería analizar con demasiada atención la razón de todo esto, pero en el momento en que lo vi, pensé en lo que me había dicho Val y en lo que yo había hecho por la mañana.

El calor ascendió por mis mejillas y casi me doy media vuelta. Pero ¿dónde me metía? ¿Oculta en un cubo de basura a rebosar? Huir corriendo de Ren era estúpido en alguien como yo, que pelearía de buena gana con un fae. No tenía razones para sentirme incomodada o rara ni nada parecido. Lo que necesitaba era tranquilizarme. Enderezando los hombros, levanté un poco la barbilla mientras caminaba hasta la entrada de la tienda de regalos.

Ren ladeó la cabeza en mi dirección y sonrió. Aparecieron dos hoyuelos mientras extendía el brazo en mi dirección. Entre los largos dedos había una rosa de un azul intenso, casi violeta, en un solo tallo.

Desplacé la vista de la rosa a él y luego una vez más a la flor.

—No... no entiendo.

—Para ti —dijo separándose de la pared y enderezándose del todo.

Trasladé la mirada de nuevo hacia él.

—¿Para mí?

Sus ojos relumbraron.

—Sí.

—¿Por qué?

—Tesoro, si no quieres la rosa, la cogeré yo —oí decir a una mujer, una mujer cualquiera que pasaba por allí. Observaba a Ren con sonrisa insolente—. Y también

me lo llevaré a él.

El rubor en mis mejillas iba en aumento, y la mujer se rio mientras continuaba dando traspiés por la calle hasta perderse finalmente entre el estruendo de sirenas de policía en algún lugar próximo.

—La he visto de camino hacia aquí y he pensado en ti.

Tomando la rosa, me dio unos toques con la flor en la punta de la nariz. Los pétalos olían a frescor.

—Casi van a juego con tus ojos.

Separé los labios mientras le observaba.

Bajó la rosa y se inclinó agachando la cabeza. Me rozó la mejilla con la nariz para hablarme al oído:

—Ahora es cuando me aceptas la rosa.

Una serie de estremecimientos difíciles de ignorar me recorrieron la piel mientras mi pulso explotaba tras ese chispazo de contacto leve e inocente. Observé a Ren incorporarse y entonces sus ojos me abasaron. Con la boca seca, cogí la rosa.

—Gracias.

Ladeó la cabeza.

—Ahora sí que estoy sorprendido.

—¿De qué?

—De que me des las gracias. Pensaba que no lo harías. —Encogió uno de sus amplios hombros—. De hecho, pensaba que tenía muchas posibilidades de que me tiraras la rosa a la cara.

Sosteniendo la flor contra el pecho, tras oír su comentario, me pregunté qué pensaría en realidad de mí:

—Por lo visto he creado una gran primera impresión.

—Un par de primeras impresiones —corrigió animoso—. Pero claro, no te culpo, teniendo en cuenta cómo se iniciaron esos encuentros.

Increíblemente cohibida, asentí mientras me retorció y me sacaba una de las correas de la mochila. Abrí la cremallera y coloqué la flor con cuidado en el bolsillo delantero.

—¿Qué llevas en esa mochila? —preguntó—. No parece demasiado ligera.

—Libros de texto, libretas. —Cerré de nuevo la cremallera—. No pesa tanto.

Se acercó más a mí, dejando pasar a alguien que caminaba por la acera.

—¿Libros de texto? Vas a...

—¡Ivy! —gritó Jerome desde el interior de la tienda de regalos. Su rugido fue tan sonoro que pensé que vibrarían las ventanas—. ¡Mueve tu maldito culo y entra de una vez!

Ren se volvió con cierta tensión, entrecerrando los ojos, pero suspiró mientras yo volvía a colocarme la correa de la mochila en el hombro.

—Vuelvo enseguida —dije a punto de abrir la puerta.

Pero esta no se cerró después de que yo entrara, pues Ren la sujetó dos pasos por

detrás de mí. Miré por encima del hombro y le descubrí observando directamente al cascarrabias que se encontraba tras el mostrador. La sonrisa juguetona ya no era visible en su rostro, y sus ojos verdes se habían enfriado.

Abrí la boca, pero él me impidió hablar. Adelantándose, se plantó ofendido junto al mostrador y apoyó ambas manos en la vitrina de vidrio.

—¿Es así como le habla a una dama?

Toma ya.

Las cejas negras de Jerome se elevaron por su frente mientras encontraba la mirada fija de Ren.

—¿Quién demonios te crees que eres?

—Alguien que piensa que podría aprender a ser más respetuoso —replicó él con furia.

Me moví un poco entre Ren y un expositor de plumas vudú que olían a pachuli.

—Ren, no pasa nada.

No apartó la mirada de Jerome.

—Yo creo que sí.

Jerome se cruzó de brazos y se enderezó con expresión de resentimiento perpetuo. Me sorprendió que los surcos profundos de su rostro no se le congelaran para siempre con aquel ceño.

—Nadie te ha preguntado, chico.

—Mejor dejarlo —intervine yo alzando una mano pues parecía que Ren estuviera a punto de agarrar al viejo y asfixiarle—. En serio, no pasa nada. No está faltándome al respeto. —Eché un vistazo a Jerome—. Bien, digamos que no es nada personal, es así de idiota con todo el mundo.

—No con todo el mundo —replicó él en tono hosco.

Intenté quitarle importancia:

—Tu perro no cuenta.

Transcurrido un momento de tensión, Ren por fin me miró. Había desaparecido parte de la dureza de su mirada, pero no se le veía contento.

—Sigue sin parecerme bien.

—Ren —murmuré.

—Ivy —repitió él.

Jerome entornó los ojos y luego alzó la barbilla.

—¡Eh, vosotros! ¡Sí, vosotros los de la salsa picante! —gritó.

Ren y yo nos volvimos. Un hombre blanco de mediana edad se detuvo en seco. Tenía dos botellas gigantes de salsa picante Voodoo Queen en las manos.

—Esas botellas se compran, no se toquetean. O las pagas o las dejas.

—¡Jo! —dije volviéndome otra vez a Jerome—. Me sorprende que este sitio haga dinero.

Soltó un resoplido.

—A mí eso me la suda.

En realidad nunca había pensado que le importara.

—¿Hay algún motivo para que la hiciera entrar de ese modo antes? —preguntó Ren, doblando los brazos mientras el otro cliente salía a toda prisa de la tienda—. Porque de hecho tenemos cosas que hacer.

Desplazó la mirada a Ren.

—Me caes bien, chico.

—Qué honor —murmuró él—. Y qué halago.

Me mordí el labio para no sonreír.

—Tenemos cuentas pendientes.

Jerome me señaló con su dedo nudoso.

Al principio, ni me imaginé por dónde iban los tiros, pero luego recordé qué día era hoy.

—Oh, mierda. —Puse las manos en el mostrador—. Lo siento. Ha sido un agobio de semana. Lo he olvidado.

—¿Olvidar el qué? —dijo Ren mirándonos a ambos.

—Lunes —rezongó Jerome—. Cada lunes desde hace unos dos años, y es la primera vez que lo olvidas.

—Tarta —dije a Ren, permitiéndome por fin esbozar una sonrisa.

Él alzó una ceja marrón.

—¿Tarta?

—¡No una tarta cualquiera!

Jerome dio con ambas manos en el mostrador, obligándome a dar un brinco, y siguió con sus explicaciones.

—La mejor tarta que he tomado nunca, qué diablos. Esta chica la trae todos los lunes. Reorganizo mis puntos para poder tomar esa tarta.

Ren parecía cada vez más confundido.

—¿Puntos?

—Está a dieta. —Entonces sonreí ampliamente—. Lo siento. Mañana la traeré. ¿Vale?

Jerome refunfuñó algo en voz baja.

—Mejor que no te olvides. Y ahora largaos de aquí para que pueda pedir una pizza.

Pero nadie sabía que yo no era la única que se había olvidado, alguien más era responsable.

Una vez que salimos de la tienda, nos pusimos a andar hacia la plaza Jackson. Llevábamos casi media manzana cuando Ren empezó a reírse.

—¿Qué? —pregunté y alcé la vista hacia él.

—Entonces, ¿haces postres? —preguntó, dándome un codazo en el brazo—. ¿Haces una tarta de chocolate, por lo visto la mejor del mundo entero, para un viejo medio senil?

Se me escapó una risita estridente.

—Mmm, sí, claro. Hago postres... en plan *hobby*.

Vale. Era una mentira total. Las únicas tartas que hacía salían de una caja del supermercado. Era Tink quien hacía tartas del todo caseras.

—¿Y por qué a mí nadie me ofrece tarta?

Me pregunté qué pensaría si supiera que la tarta la hacía un duende, aunque hoy él también se hubiera olvidado. Dirigiéndole una ojeada, me pasé las manos por los muslos.

—Tendrás que conocerme un poco mejor antes de saborear mi tarta.

Ren abrió la boca y la cerró un segundo después, plantándose justo delante de mí. Me paré en seco para no chocar contra él, y el tío que venía detrás maldijo y nos dirigió una mirada asesina mientras nos esquivaba. Ren no le hizo ni caso.

—¿Ha sido eso una invitación? Porque estoy deseoso de conocerte de la manera que sea si eso significa saborear tu tarta.

—¿Invitación...?

Oh, Dios mío. Rebobiné mis palabras y me puse como la grana.

—¡Qué depravado! —Le di un fuerte cachete en el pecho—. No me refería a eso.

—Pues es una auténtica pena —dijo con solemnidad.

Volví a pegarle, en el brazo esta vez, luego me aparte y bramé:

—Menudo burro.

Echando hacia atrás la cabeza, se rio en voz alta y profunda, y a pesar de sentirme tan cohibida, mis labios formaron una sonrisa irónica. No pude evitarlo. La risa... era contagiosa. Se situó a mi lado en un instante.

—En serio, quiero probar la tarta... la verdadera tarta. Bueno, y además me encantaría probar tu tarta, también.

—Si dejas de hablar de tarta en general, prometo darte un trozo —repliqué— sin apuñalarte.

—¿Me apuñalarías?

La diversión iluminaba su tono de voz.

Asentí:

—Pese a la rosa que me has traído.

—Vale. Trato hecho. No más tartas.

Permaneció callado mientras cruzábamos para meternos por Chartres.

—¿Aprovechaste ayer para hacer algo en tu día libre?

Casi me tropiezo al volver la mirada para observarle con atención. Brighton no me había devuelto la llamada, aunque eso no era ninguna sorpresa; planeaba hacerles otra visita. Pero era imposible que él lo supiera.

Una media sonrisa curvó un lado de su boca.

—Es una pregunta bien sencilla. Te contaré lo que hice yo. Dormí hasta las diez más o menos. Luego salí a dar una vuelta, sin rumbo fijo para ser francos, y me encontré comprando buñuelos. Luego, por la noche, mantuve vigilado el hotel donde vimos al fae antiguo. Eso es lo que hice.

Las palabras salieron por mis labios a mi pesar.

—Yo no hice gran cosa —expliqué tras un momento—. Quedé con Val y fuimos a una librería. Luego volví a casa y fingí ordenar un poco. Tenía una cena por la noche, eso es todo.

Nuestras miradas se encontraron, y recordé la pena que había visto con tal claridad en su rostro tras la muerte de aquel hombre.

—¿Ves qué fácil ha sido?

Asentí, pero no era fácil. En absoluto. A medida que nos acercábamos a la plaza Jackson, la brisa del Mississippi refrescó un poco el ambiente, agitando los rizos sueltos en mi nuca.

—¿Y esos libros de texto? —preguntó cambiando de tema—. ¿Para qué son?

Aminoramos la marcha mientras yo consideraba qué podía contarle. Mis estudios en la uni no eran ningún secreto. Pasé los dedos por encima de la verja.

—Estoy estudiando, en Loyola. Especializándome en sociología.

Percibía sus ojos sobre mí sin necesidad de mirar.

—¿Así que vas a clase? —preguntó—. ¿Haces eso y esto?

Asintiendo, miré los campanarios gris oscuro que rompían los cielos azules.

—¿Planeas dejar la Orden?

Me reí.

—Creo que la única manera de dejar la Orden es en una bolsa para fiambres.

—Eso no es verdad.

Plantándose otra vez ante mí, me miró sin dejar de andar: de espaldas y deslizando la mano por la verja delante de la mía. Tenía suerte de que estuviéramos pasando por una zona amplia sin vendedores.

—Hay gente que ha dejado la Orden, Ivy.

—No quiero marcharme. Solo quiero... quiero hacer más cosas.

Noté el vacío en el estómago y de pronto deseé no haber hablado tanto.

Ren dejó de andar y nuestras manos se chocaron sobre la valla.

Desplacé la mía hacia atrás, pero no cedí terreno ante él.

—Sé que es raro, pero sí, es lo que hago.

Sus ojos buscaron los míos.

—No. No es raro. Solo es diferente.

Nos aguantamos la mirada durante un momento, luego yo aparté la vista mordisqueándome el labio inferior. Cuando le miré de nuevo, él seguía observándome de esa manera: no como si pudiera ver a través de mí, más bien como si viera dentro de mí.

—¿Qué? —quise saber.

—Solo estaba pensando algo.

Había encontrado la manera de pegar su dedo al mío. Observé nuestras manos, conteniendo la respiración mientras deslizaba el dedo sobre el mío.

—No creo que haya conocido a nadie como tú.

—Suenas como si fuera algo malo.

Aparté la mirada de las manos. Él sonrió.

—Es bueno, creo.

Eso no era una afirmación categórica.

Separando la mano de la mía, echó a caminar de nuevo, pero esta vez hacia delante, regresando por donde habíamos venido.

—Vamos, tenemos trabajo que hacer.

—¿No es lo que estamos haciendo?

Me dirigió un vistazo por encima del hombro.

—Lo que busco no está aquí.

—¿Ah, no? —Me adapté a sus zancadas—. ¿Adónde vamos?

—Aquí al lado.

Alcé las cejas.

—¿Al callejón de los Piratas?

Ren se limitó a guiñarme el ojo y continuó andando. Sin idea de lo que tramaba, le seguí mientras rebasábamos la entrada al callejón. No íbamos a entrar allí, lo cual era una pena, porque el lugar en sí era bonito, con todos sus coloridos edificios y puertas.

Acabamos en la calle Madison, y yo me resistí a la necesidad imperiosa de comentar que podíamos haber ido sin dar tantos rodeos por la plaza, pero, claro, nuestro trabajo requería en buena medida vagar por las mismas calles una y otra vez toda la noche.

Siguió andando hasta alcanzar a un crío de la calle que se hallaba de pie junto a una motocicleta. Yo no sabía el modelo, pero sus líneas elegantes eran negras y parecía lo bastante rápida como para romperte todos los huesos si te estrellabas con ella.

—Gracias, tío.

Entonces le tendió al chaval algo de pasta.

Me quedé mirando mientras el crío ponía pies en polvorosa.

—¿La moto es tuya?

Asintió.

—¿Qué es?

La observé como si fuera un insecto gigante de dos patas.

—Algunos la llaman Ducati.

Cogiendo dos cascos, arqueó una ceja en mi dirección:

—Esta noche vengo preparado. Uno para mí —levantó un casco— y otro para ti.

Le lancé una mirada asesina.

—¿Y esperas que me suba a eso?

—Sí.

Me tendió el casco negro y lo sostuve como si fuera una granada, apartándolo de mi cuerpo.

—Mira, Ivy, como he dicho, tengo que hacer un trabajo y no consiste en seguir a faes normales. Estoy aquí para adivinar qué traman los antiguos e impedirlo, sea lo que sea. Puedes venir conmigo o no. Preferiría que me acompañaras.

Ladeó la cabeza y el sol del atardecer rebotó en su mejilla.

—Si te mantengo cerca, al menos sabré que no estás tirada muerta en algún lado.

Agarré el casco con más fuerza.

—Sé cuidar de mí misma.

—No he dicho que no sepas, pero... hace poco que te conozco y ya sé que no rehúyes una pelea, más bien te metes de cabeza en ella.

La media sonrisa juguetona volvió a aparecer mientras levantaba una larga pierna sobre la moto y se sentaba.

—Esa actitud tuya es increíblemente excitante, pero ahora mismo también es increíblemente peligrosa. Y se supone que eres mi sombra, al menos hasta el miércoles. Por lo tanto, haz de sombra en mi moto. Será divertido.

Sin dejar de observarle fijamente, quise exigir que dejara de ser tan acojonantemente guapo y encantador. Era difícil contradecir su lógica cuando la exponía así, con esa sonrisa tan sexy y palabras agradables.

—¿Vienes o no?

Suspirando, eché una ojeada al casco y luego otra a él. Una sonrisa lenta se extendió por sus labios.

—De acuerdo —repliqué.

El tono de sus ojos se oscureció con un matiz verde bosque.

—¡Pues venga!

Irritada por su tono autoritario, sostuve el casco con un brazo y le di un cachete de amonestación con la mano libre.

Ren se rio arrugando la piel en torno a los ojos.

—No me gustas —le dije.

Con una sonrisa, echó la cabeza hacia atrás para observarme como si yo no pudiera engañarle.

—No mientas. Lo sé bien. Tal vez tú no lo quieras, pero te gusto.

Sonreí para disimular el hecho de que su comentario era demasiado certero:

—Cometes un grave error.

—Ajaja.

Bajó las densas pestañas, ocultando los ojos, y luego sus brazos pasaron a la acción. Me enganchó la cinturilla de los vaqueros con los dedos y tiró de mí hacia delante. Aguantando la moto en equilibrio con tan solo las piernas, adelantó el otro brazo para rodearme la nuca con los dedos.

Se me cortó la respiración y abrí mucho los ojos. Casi dejo caer el casco mientras él me obligaba a acercar la cabeza a la suya. Demasiado impresionada como para resistirme, me encontré mirándole fijamente, con nuestras bocas tan próximas que sentí su cálida respiración bailando sobre mis labios. No apartó sus ojos de mí

mientras movía la cabeza hasta rozarme con los suyos la curva de la mejilla. El pulso me latió con fuerza a causa de la excitación y la consternación. No quería que me besara. ¿O sí? Su aliento me provocó un cosquilleo en el punto situado justo debajo de la oreja y se me contrajeron los músculos bajo el vientre. Me estremecí. Vale, tal vez sí quería que me besara.

Ren desplazó los labios sobre la línea de mi mejilla, rozando con su nariz la mía.

—Apuesto a que tienes los labios más suaves de toda la ciudad. Y apuesto a que tu sabor es dulce como uno de esos buñuelos a los que me has hecho adicto. —Me estrujó un poco más la nuca—. Pero eres dura de pelar... lo cual intensifica tu dulzura. Costará llegar, porque tú vas a contraatacar cada avance que yo haga, pero una vez que lo consiga seré un encanto.

Abrí los ojos como platos. Me había dejado del todo sin palabras.

—Te gusto.

Se separó y me sonrió con aquella cara angelical que era el mismo retrato de la inocencia.

—Solo que aún no estás lista para admitirlo —matizó.

Lo único que conseguí pensar mientras le miraba embobada fue: «Qué hijo de puta tan observador».

Tras decidir ignorar lo que Ren acababa de decir y hacer, lo primero que descubrí fue que no había forma elegante de montar en una moto. Al menos no tal como lo hizo Ren. Casi le doy un rodillazo en la espalda al subirme tras él. Lo segundo que aprendí sucedió una vez que me puse el casco y Ren hizo lo mismo. Los cascos estaban conectados mediante micrófonos. Alta tecnología ahí metida. Pero la última lección se produjo cuando me senté rígida tras él con los muslos apoyados en sus extremidades: no sabía dónde poner las manos.

—Ivy —dijo claramente divertido—. Vas a tener que agarrarme fuerte y acercarte más o saldrás volando de la moto, tesoro.

—No me llames así.

Pasé por alto su risita de respuesta mientras apoyaba ligeramente las manos en los costados de su cintura, extremadamente dura. Bajo los dedos podía apreciar el contorno de las dagas, pero también distinguía que ahí no había un gramo de grasa.

Ren me agarró las muñecas y tiró de mis brazos hacia delante, obligándome a acomodarme sobre su espalda hasta que mis músculos quedaron contra su trasero. Continué mirando con incredulidad mientras él me sujetaba los brazos justo bajo su ombligo.

—Ahí —dijo—. Así se va de paquete.

Con mis pechos comprimidos contra su espalda, agradecí que el casco ocultara el rubor de mis mejillas.

—Estoy bastante segura de que no hay que ir tan pegados.

De nuevo soltó una risita y entonces la moto zumbó cobrando vida bajo nosotros. El corazón me dio un brinco. Entre tantas chifladuras que hacía por mi trabajo, nunca me había subido a una moto y no estaba segura en absoluto de lo que podía esperar.

—Te estoy desvirgando, ¿verdad? —preguntó.

Entorné los ojos:

—Cuánta clase.

Otra risa sonora surgió a través del altavoz, y entonces arrancamos. Como primera experiencia, Ren no me lo puso fácil. Pasó de concesiones para aprendices y me lanzó de cabeza a la aventura. Mis brazos se sujetaron a él por iniciativa propia, y cerré los ojos con fuerza mientras nos lanzábamos por las calles más concurridas del Barrio. No quería ver toda la gente que sabía que no atropellábamos por los pelos, pero finalmente el viento..., y las ráfagas de aire sobre mis dedos y brazos desnudos fueron demasiado tentadoras. Tras un minuto más o menos, abrí los ojos del todo.

Las tiendas y la gente pasaban como una mancha borrosa en un flujo vertiginoso.

Daba miedo lo rápido que íbamos, era una locura, pero también era... fantástico. Volví la cabeza, abriendo ahora mucho los ojos mientras lo absorbía todo. Había algo liberador en todo aquello. ¿Por eso a tanta gente le gustaba ir en moto? Quise saber qué se sentiría con el viento azotándome el cabello, pero no era tan valiente ni estúpida como para quitarme el casco. La tensión fue desapareciendo de los muslos y de los hombros, y supe que podría reclinar me en el asiento sin volcar, pero no lo hice.

Podía sentir el poder en los músculos nervudos de su espalda, oscilando con la tensión. Bajo mis manos entrelazadas noté su estómago apretado brincando cada par de minutos, como si su cuerpo reaccionara inconscientemente a algo.

—¿Lo llevas bien? —preguntó Ren.

Asentí como una idiota al principio.

—Sí. De hecho... mola mucho.

—Deberías venir de paquete cuando saco esta cosa de la ciudad y le meto de verdad al acelerador.

Mientras se deslizaba más suavemente para detenernos en un semáforo, acercó la mano para darme un apretón en los dedos entrelazados.

—Es como volar —dijo.

Mi corazón dio un vuelco. No encontraba las palabras para responder mientras empezábamos a movernos de nuevo para cruzar la calle Canal. Nos dirigíamos seguramente hacia el distrito comercial, allí donde vimos al fae antiguo disfrazado de promotor.

—He estado vigilando a nuestro amigo —explicó Ren mientras marchábamos a baja velocidad entre el tráfico—. Cada anochecer hacia las siete o a veces más tarde, ya de noche, sale del hotel y se dirige a un club llamado Flux, un par de calles más abajo. ¿Has oído hablar de ese sitio?

Sonaba a uno de esos lugares que frecuentaba Val.

—No. Igual es nuevo, pero yo no voy a muchos clubes.

—Y yo que pensaba que eras un animal festero —contestó en tono alegre y bromista.

—¿Y tú qué?

—Me entregué a las fiestas y al alcohol antes de cumplir los veintiuno. —Bajó la mano, dándome una palmadita en la rodilla doblada—. Volví locos a mis padres. Echando la vista atrás, era un niño de mierda. Ellos salían a jugarse la vida y tenían que lidiar conmigo, que llegaba a casa como una cuba. Me sorprende que no me asesinaran mientras dormía. —Se rio, más bien para sus adentros—. Pero ya sabes cómo fue nuestra adolescencia: íbamos a la escuela pública, pero siempre debíamos volver directos a casa después de clase.

—Para entrenarnos —me lamenté recordando los años de instituto.

Los demás me tenían por la rara porque nunca participaba en ninguna actividad extraescolar, no iba a partidos y solo salía con otros chavales cuyos padres estaban en la Orden; otros chavales como yo. De hecho, tampoco estuvo tan mal.

—En realidad no teníamos vida propia. O sea, que me desquité. —Alzó los hombros—. Al menos sirvió para sacarme aquella frustración del cuerpo. Aún disfruto bebiendo una cerveza o tomando algo, pero acabar babeando no es mi prioridad. ¿Y tú qué me dices?

—Hubo momentos duros, pero nada tan serio. Sí que en algún momento...

No quise acabar la frase. Había tenido suerte de contar con Shaun a mi lado, al principio como amigo y luego como algo más.

—Ahora no bebo demasiado, en realidad no me gusta el sabor.

Permaneció callado, solo se oía el sonido del motor.

—¿Tus padres viven aún? —le pregunté.

—Sí. Y, en efecto, todavía forman parte de la Elite. —Hizo una pausa—. ¿Y los tuyos?

Me mordí el labio.

—No. Ninguno de los dos. Mis verdaderos padres murieron cuando aún era un bebé, y luego Holly y Adrian me adoptaron. No podían tener hijos, así que me criaron.

—¿Y también han fallecido?

Una punzada familiar se clavó en mi pecho.

—También han fallecido.

—Qué palo —respondió—. Siento oír que hayas sufrido tantas pérdidas.

En realidad no sabía qué responder a eso, pero murmuré un gracias y deseé no haber llevado la conversación tan lejos. Compartir cosas así vinculaba a la gente, y solo servía para complicar aún más las cosas cuando... cuando perdías a alguien. Por más veces que me repitiera a mí misma que no estrechara lazos con nadie, no había seguido tal advertencia con Val. Ni siquiera con el viejo cascarrabias de Jerome ni con el propio David.

Y ahora hacía lo mismo con Ren.

Parte de la diversión del paseo en moto se desvaneció después de esto, pero vino bien: necesitaba centrarme. Esto no era un pasatiempo. No estaba allí para conocer mejor a Ren y hacernos amigos. Él podía pensar lo que quisiera, pero mi actitud no respondía a que yo no estuviera dispuesta a admitir que me gustaba.

No estaba dispuesta a seguir por ese camino con nadie.

Ren pareció captar que había puesto fin a la charla porque permaneció callado de un modo poco característico en él. Pasamos junto al hotel dos veces antes de encontrar un sitio calle abajo para aparcar. No tendríamos que esperar mucho. Como mínimo, no deberíamos preocuparnos al respecto. Desde nuestra posición estratégica, vimos un sedán negro aparcando delante del hotel. Apenas tres minutos después, el antiguo salió vestido igual que la semana pasada. Se subió a la parte posterior del coche, y luego partieron, pasando a nuestro lado.

—Agárrate —ordenó Ren.

Estrechando los brazos en torno a su cintura, aguanté bien sujeta mientras él hacía

un marcado viraje para adelantar con gran dominio entre un monovolumen y un descapotable. El corazón se me subió a la garganta. Aunque el monovolumen dio un bocinazo, Ren giró a la derecha y pasó al descapotable. Me asomé por encima de su hombro para inspeccionar el sedán que iba cuatro coches por delante. Entonces deslizó la moto de nuevo siguiendo el flujo del tráfico, manteniendo el sedán a una distancia prudente.

Las farolas se encendían a medida que el sol se desvanecía por el horizonte, cada vez menos deslumbrante según caía la noche a nuestro alrededor. El sedán se detuvo delante de un club en el que yo nunca había estado: el Flux. Instalado en uno de los viejos almacenes remodelados, obviamente era un local de reciente inauguración y nivel aparentemente alto, con sus grandes ventanales frontales tintados, el letrero superior en elegante cursiva y un mayordomo esperando a la selecta clientela junto a la entrada de bronce. El edificio en sí tenía varias plantas, y al alzar la vista pude ver los doseles blancos agitados por la brisa. Había un gentío reunido en el exterior, los hombres con atuendos vistosos y las mujeres con vestidos cortos y ajustados.

Ren continuó calle abajo, aparcando a manzana y media mientras yo me volvía en el asiento para controlar el sedán. El fae antiguo, Marlon, salió del coche, y yo me puse nerviosa al ver que otro antiguo aparecía debajo del toldo negro.

—Es él —dije dentro del casco—. El que me disparó. Ha venido aquí para reunirse con Marlon.

Mientras Ren apagaba el motor de la moto, observé al fae antiguo estrechar la mano de Marlon. Luego se abrazaron con un solo brazo mientras parecía que Marlon le hablaba a mi atacante. Viéndolos a los dos juntos me sentí incómoda. Parte de mí quería saltar de la moto, salir corriendo por la calle y pillarles con la guardia baja. Pero no disponía de las armas necesarias para destruirlos, así que los dos antiguos entraron en el club, con las cabezas inclinadas el uno hacia el otro. Tras ellos iban varios mortales.

Al otro lado de la moto, Ren bajó el pie de apoyo. Yo empecé a quitarme el casco, pero él me cogió la mano.

—Espera un segundo.

Indicó calle abajo. El sedán se estaba apartando de la acera y avanzó, pasando a poca velocidad por donde estábamos nosotros.

—Tiene un chófer mortal. Le vi ayer. No parece que Marlon se alimente de él, y es posible que el tipo no sepa siquiera para quién trabaja, pero no corramos riesgos.

Una vez que el sedán dobló la esquina una manzana más abajo, me soltó la mano y nos quitamos los cascos. Se alisó el pelo con los dedos, las ondas iban en todas direcciones.

—Es la primera vez que le he visto reunirse con otro antiguo. Imaginaba que lo harían. Esto lo confirma.

No era tan sorprendente que los antiguos anduvieran juntos. Todos los faes se mantenían próximos entre sí. Según los rumores, hasta establecían comunidades en

algunas ciudades, pero ninguna de nuestras sectas había sido capaz de dar con la ubicación exacta de estos lugares.

—Hay mucha gente entrando y saliendo del club. —Observé la entrada y luego le miré—. Me recuerda a un bar del Barrio; pensábamos que un camarero fae trabajaba ahí porque algunos de los faes salían medio borrachos.

—Seguramente les sirve belladona. Interesante. Echemos un vistazo.

Contenta de haber bajado de la moto y disponer de cierto espacio entre nosotros, me puse el casco bajo el brazo y empecé a andar hacia el local.

—Espera —dijo Ren moviéndose hasta ponerse a mi lado.

Me sorprendió al alisarme con la mano un lado de la cabeza para recogerme los rizos que se habían soltado de mi recogido.

—Ya está. Me distraían. Siento ganas de estirar cada uno de tus rizos, y la verdad es que no me puedo permitir que mi TDA se vea tentado por ellos ahora mismo.

Se me escapó una carcajada.

—¿Tu TDA?

—Sí, creo que mi TDA tiene TDAH^[3].

—Oh, cielos. —Con una risa, me apresuré a correr a su lado por la bulliciosa calle—. Suena problemático.

—Puede serlo.

Se detuvo en el bordillo con el casco colgando de sus dedos.

—¿Ves ese callejón de ahí? ¿Crees que continuará por detrás del club?

—Es probable. La mayoría de callejones de la ciudad conectan con otra calzada por el otro extremo. Puede que haya una zona de carga y descarga ahí atrás. ¿Quieres que echemos un vistazo?

Asintió. Manteniéndonos alerta, caminamos por el estrecho callejón. Con el sol ya casi puesto del todo, la falta de luz artificial le añadía una vibración escalofriante. Había plantas en macetas, grandes y tupidas, colocadas cada dos metros. También había bancos, pero no se veía ni un alma. Extraño. Era un lugar bonito, bastante relajante para encontrarse en una parte tan industrial de la ciudad. Nuestros pasos reverberaban, y cuanto más avanzábamos, más se desvanecían los sonidos de la calle hasta que quedaron como un ruido sordo. Al fondo del callejón, vi una puerta pintada del mismo color azul claro que la de Merle, pero antes de poder pensar demasiado en ello, Ren ya había llegado al final de los edificios y se paró en seco.

—Caramba —musitó en voz baja.

Miré desde detrás y vi que dos faes estaban de pie cerca de un coche elegante: un Mercedes Benz blanco. Por el aspecto de su piel, plateada, y las orejas puntiagudas, eran faes normales. Retenían a un humano varón entre ellos, con pinta de no poder aguantarse en pie si no fuera por el brazo que le sostenía por el pecho. Una adrenalina familiar se precipitó por mi cuerpo nada más verles.

Pero esto no era lo más sorprendente. De pie, al lado de los faes, se encontraban dos oficiales de policía con aspecto de humanos. Uno era demasiado bajo y tenía la

tripa demasiado voluminosa para ser un fae antiguo. El otro, de unos cuarenta y pico o cincuenta años, se reía de algo que había dicho uno de los faes, el de pelo castaño.

El poli rollizo se adelantó arrastrando los pies y agarró por la papada al humano que sostenía el fae, volviéndole la cabeza de un lado a otro. Pronunció unas palabras demasiado bajo como para alcanzar a oír lo que decía, y luego se largó con su compañero, andando hasta la tercera puerta por detrás del coche. Se metieron por la entrada posterior del club.

Mierda.

Ren y yo intercambiamos unas miradas. No parecía que estos polis ignoraran lo que los faes estaban haciendo. No les servían de alimento, pero yo tenía la desalentadora sospecha de que sabían con exactitud qué eran los faes. El asunto no tenía buena pinta.

—Quédate aquí —ordenó Ren.

Se adelantó sin darme tiempo a responder, y el fae le observó con curiosidad. Estaba a medio camino, cuando los saludó alegre:

—¡Ey!

Y entonces arrojó el casco al fae de pelo castaño.

Este lo cogió, con el desconcierto marcando su expresión, para cambiar a una furia fría y mortífera mientras se acercaba Ren.

—La Orden —se burló desdeñoso— debe de estar desesperada.

Ren se rio.

El fae lanzó el casco a su vez, convirtiéndolo en un misil, pero Ren lo atrapó en el aire con facilidad. Luego, con cuidado, casi con indiferencia, lo dejó en el suelo. Tras enderezarse se llevó el brazo a un costado para sacar la daga.

—Liquídalo —dijo el otro fae, arrastrando al humano hacia la parte posterior del coche—. No tenemos tiempo para esto.

Nosotros tampoco lo teníamos.

En vez de quedarme donde me había ordenado, dejé el casco en el muro de contención que rodeaba una jardinera y saqué la daga de mi bota, saliendo a la zona abierta. En cuanto el otro fae se percató de que me había sumado a la fiesta, soltó al humano dejándolo caer al suelo, sin que este se enterase de nada.

El fae de pelo castaño soltó un puñetazo y Ren se agachó, dando un bote para colocarse tras el atacante. Girándose en redondo, plantó la bota en la espalda del fae. La criatura se tambaleó hacia delante y luego se volvió. Ren logró zafarse de él con un rápido movimiento.

¡Joder, cómo se movía!

Mi mirada se concentró en el fae que venía hacia mí. Era alto, con el pelo rubio platino. A veces a los faes les gustaba pelear con los puños. Otras, empleaban sus destrezas. Mi atacante se incluía en el último grupo.

En cuanto levantó la mano, noté la descarga: una especie de sacudida eléctrica que me erizó el vello de los brazos. Oí el chirrido del metal rayando el cemento. El

banco a mi derecha tembló y salió volando por los aires.

—Vaya —farfullé.

Lanzándome a un lado, delante del Mercedes, evité que el banco me alcanzara la cabeza. Al estrellarse contra el tronco de una palmera próxima, sus patas se rompieron. Entonces el fae alzó de nuevo la mano entrecerrando los ojos, y las patas del banco se elevaron dando vueltas. Por el rabillo del ojo vi un destello de luz. Ren se había cargado al otro fae, pero, a su espalda, las patas volaban directas hacia él.

Tuve que actuar deprisa. Echando hacia atrás el brazo, arrojé la daga, que atravesó el aire girando y alcanzó al fae en el pecho, clavándose a fondo. Una mirada de asombro atravesó el rostro de aquel bicho, y luego él también desapareció con un destello de luz. Las patas cayeron al suelo, y no hirieron a Ren por centímetros.

Se las quedó mirando un momento y luego se volvió hacia mí, ladeando la cabeza. Un estallido repentino de luz amarilla iluminó la oscura callejuela.

—¡El coche! —gritó Ren.

Oh, mierda. Dos faros me deslumbraron por un instante. El motor cobró vida con un estruendo y el Mercedes se precipitó hacia delante. Noté el corazón en mi garganta mientras me lanzaba a un lado. Me di contra el suelo y rodé con un movimiento irregular a causa de la mochila. Pedí a Dios que mi pobre rosa continuara entera. Por algún motivo, quería conservarla.

El vehículo se me acercó tanto, que noté el calor que desprendía. Los frenos chirriaron y el olor a goma quemada inundó el aire. Me levanté de un brinco y eché la cabeza hacia atrás mientras Ren corría tras él. Saltó y aterrizó en el maletero, pero entonces dio una sacudida y la puerta del conductor se abrió de par en par. El fae salió levantando una mano.

A mi izquierda oí el traqueteo de un cubo de basura levantándose del suelo y volando directo hacia mí. Me lancé cuerpo a tierra, pero el cubo cambió de dirección y me alcanzó en el costado. Me dio justo en el punto donde me habían disparado y un repentino dolor estalló ahí. Apretando los dientes, le arreé una patada al cubo para apartarlo y me levanté.

Ren se deslizó por encima del techo del Mercedes y agarró al fae. Estirándole de la cabeza por la melena de pelo negro, le metió la estaca por la espalda, justo entre los omoplatos.

La luz parpadeó y entonces él no tuvo nada a lo que agarrarse a excepción de la estaca, que parecía haberse hundido en tinta azul.

Balanceándome sobre los talones, tomé aliento mientras Ren se enderezaba en lo alto del coche.

—Eso ha sido divertido.

Se limpió la estaca en los vaqueros oscuros y se la metió bajo la camisa. Luego me lanzó una mirada intensa y furiosa.

—Creía haberte dicho que tenía esto controlado.

—¿Puedes liquidar dos faes con un tercero oculto en el coche? ¿Tú solo? —Solté

un resoplido—. Serás muy especial en muchos sentidos, pero... venga ya.

Saltó del Benz y aterrizó en cuclillas con agilidad, levantándose de inmediato.

—Lo tenía controlado. Planeaba mantener al menos uno con vida para, ya sabes, interrogarlo.

—Entonces no tendrías que haber liquidado al del coche, ¿a que no? —solté.

—Se suponía que debías permanecer al margen. Por lo que yo sé, no puedes participar hasta que David te dé permiso.

Entorné los ojos.

—Me ha dado permiso para reincorporarme el miércoles. Faltan menos de dos días. Estoy bien.

—No me importa, como si es mañana. Si te dicen que no te la juegues, pues...

—Oh, calla ya. Venga. Estoy bien. —Me levanté y el dolor se propagó por mi costado—. Vamos a... uy.

Ren se situó de pronto justo ante mí.

—He visto eso.

—¿Has visto el qué?

—Has hecho un gesto de dolor al levantarte. Te has hecho daño.

Cogió el borde de mi camisa y empezó a levantarla.

—Déjame que...

—Estoy bien —dije, sujetándole la mano.

Ren tenía un gesto firme en la mandíbula mientras me lanzaba una mirada.

—Déjame ver, Ivy.

—¡Jesús! —Finalmente chillé mientras forcejeaba también con la camisa—. ¿Acaso te gustaría que yo te levantara a ti la camisa?

Se detuvo alzando ambas cejas.

—Joder, me encantaría.

—¡Aj!

Quería patear el suelo.

Con un ligera risita, consiguió levantarme la camisa a la altura de la herida cuando sus cejas se juntaron en un gesto de concentración. Sin decir palabra, estiró el brazo y deslizó la punta de los dedos sobre la parte inferior de mi estómago. Con un jadeo, di una sacudida hacia atrás, pero sin alejarme demasiado porque él aún me sujetaba por la camisa.

—Tu marca —susurró, y yo me estremecí al notar otra pasada de sus dedos.

Se me habían escurrido los vaqueros durante la pelea dejando al descubierto justo la parte superior de los círculos entrelazados. Los músculos de mi vientre entraron en tensión —también una zona un poco más abajo—, y una sensación embriagadora de anhelo me aceleró el pulso. El aire a nuestro alrededor se cargó como si estuviera a punto de estallar una tormenta.

—Para —dije.

Cuando apartó la mano no entendí la extraña sensación de decepción que me

invadió. Mantenía su mirada fija en la mía, y lo que pareció una eternidad, pasó sin que ninguno de los dos hablara. No sabía qué estaba pensando. Ni siquiera sabía qué pensaba yo misma, pero una dulce pesadez se coló en mi pecho e inició un descenso imparable.

El teléfono emitió una señal, rompiendo nuestra mirada épica, y el sonido se oyó también en el móvil de Ren. Se me contrajo el estómago por un motivo diferente, al intuir un mal presentimiento. Soltó mi camisa y yo retrocedí para sacar el móvil del bolsillo trasero. Di a la pantalla y se me cortó la respiración al ver el mensaje.

Código rojo.

—Oh, no —susurré alzando la vista hacia Ren.

Una expresión aciaga se había colado en sus rasgos.

Código rojo solo significaba una cosa. Habían matado a un miembro de la Orden.

El viaje de regreso a St. Phillip fue tenso. En cuanto recibí el mensaje, intenté llamar a Val. Al no recibir respuesta se me contrajo el estómago con un nudo desagradable. Por terrible que sonara, lo único en lo que podía pensar de camino al cuartel general era que ojalá no se tratara de Val. No quería que fuera otra persona, pero si era ella no podría soportarlo.

Ren y yo no hablamos mientras subíamos las escaleras y esperábamos a entrar. Fue Harris quien abrió la puerta y aunque, para ser sincera, tenía ganas de darle un puñetazo en la cara desde que descubrí que se había ido de la lengua, en ese preciso momento no me importaba.

—Están en la habitación posterior —dijo haciéndose a un lado.

Estuve a punto de preguntar de quién se trataba, pero todavía no estaba preparada. Con un ademán de cabeza en dirección a Harris, crucé el vestíbulo. Había varias puertas y la mayoría daban a salas de entrenamiento, pero las situadas más a la izquierda llevaban al despacho de David. Nos fuimos hacia esas puertas dobles.

En la habitación se hallaban unos veinte de los veintipico miembros destinados en la actualidad a Nueva Orleans. Inspeccioné con la mirada la habitación, buscando desesperadamente un poco de color llamativo. Al no verla, noté la opresión en el pecho. El pánico amenazaba con arraigar y saqué el móvil para comprobar una vez más y ver que no había respuesta. Intenté mentalizarme por si era ella. Había pasado por eso con anterioridad, pero ya percibía la arcada amarga del dolor en el fondo de la garganta. Abrí y cerré los dedos varias veces, y quise estar en cualquier otro lugar menos allí en aquel momento. Sabía que era patético, pero no quería estar allí si Val no entraba por la puerta.

Ren me puso una mano en la espalda por debajo de la cintura, y mis ojos abiertos se volvieron a él.

—Aún no ha llegado todo el mundo —dijo.

Mantuvo ahí la mano mientras yo desplazaba la vista hacia las puertas, estrujándome las manos con tal fuerza que noté las uñas clavadas en la piel. Apenas fui consciente de que otros miembros hacían lo mismo, excepto Jackie Jordan, una mujer alta y flaca de treinta y pocos años. Miraba a Ren con un sentido de cautela que en cierto modo yo podía entender. Cuando las puertas se abrieron de golpe y David entró andando, casi caigo de rodillas a causa del alivio. Val venía tras él, escudriñando con la mirada la habitación. Precisé de todo mi control para no acercarme corriendo y matarla a abrazos. Sabía que si lo hacía, muchos de los miembros lo verían como otra señal de debilidad, pese a que ellos también estaban

preocupados por si era un amigo el que no volvía a entrar de nuevo por esas puertas. Pero para ellos, yo era joven, y eso era el primer punto de desventaja. El segundo era que pensaban que yo estaba loca.

No me hacía falta un tercero.

Val me vio al lado de Ren, y su expresión se relajó. Rodeando a David, se apresuró a venir hasta donde yo me encontraba. Sin decir palabra, miró mi mano y me dio un apretón. Yo le devolví el gesto.

Consciente de que Ren nos escrutaba, volví mi atención a David. Cada uno de sus gestos denotaba cautela cuando se situó en el centro de la habitación con las manos en jarras. En una exhibición de emoción poco característica en él, inclinó la cabeza.

—Esta noche hemos perdido a Trent —anunció, y me quedé boquiabierta de la impresión.

David levantó la cabeza con los hombros tensos mientras inspeccionaba a la concurrencia.

—Le han encontrado justo en el exterior del Cementerio número uno de St. Louis.

Era el último nombre que esperaba oír. Era obvio que Trent y yo no manteníamos una relación amistosa, pero era un tío fuerte como nadie, con toneladas de experiencia. No me imaginaba a un fae normal levantándole la mano.

—¿Cómo? —preguntó Rachel Adams.

A punto de cumplir los cuarenta, era una mujer alta y delgada que ya llevaba un año en la ciudad.

—Le han partido el cuello.

La mirada de David se desplazó por el grupo, deteniéndose y demorándose en mí durante lo que pareció un segundo demasiado largo antes de continuar:

—Pero eso no es todo. También tenía los brazos y las piernas rotos, igual que las costillas.

—Le han torturado —dijo Ren, adoptando una postura más tensa, y de inmediato pensé en los portales.

Averiguar su ubicación era algo por lo que los faes estaban dispuestos a torturar, no cabía duda. Val y yo intercambiamos una mirada.

David asintió.

—Parece que ha sido así.

—Es el cuarto que muere en, ¿cinco meses? —dijo Dylan.

Desconocía su apellido, aunque estaba segura de que sonaría en francés. Había nacido y crecido en Nueva Orleans y, como Val, su ascendencia era fácil de rastrear en la ciudad.

—Sufrimos pérdidas cada año, pero ¿tan seguidas? —insistió Dylan.

Se me ocurrió algo mientras observaba a David.

—¿Sucedió lo mismo con los otros? ¿También les torturaron?

Nunca me habían explicado nada de eso.

Cuando David se volvió hacia mí, alguien en la parte posterior del grupo rezongó

«loca» en voz baja y noté que Ren buscaba quién había emitido esas palabras, pero yo lo pasé por alto.

—No —respondió David.

De pie junto a la puerta, Harris se frotó la cara con la mano y, al instante, fui incapaz de creer a David. No sabía explicar bien por qué, pero no le creía.

—Voy a aplicar algunos cambios que se harán efectivos de inmediato —continuó David paseándose por la estancia—. A partir de ahora, y hasta nuevo aviso, trabajaréis en grupos de dos. Nadie saldrá de caza solo.

Se oyeron los gruñidos de los solitarios, aquellos que no se desenvolvían bien con otra gente, pero David los acalló áridamente. Empezó a emparejarnos a todos. Val se quedó con Dylan y yo con Ren, algo que más bien esperaba. La reunión quedó dominada en su parte final por una pesada gravedad que, por experiencias pasadas —demasiadas—, yo sabía que perduraría unos días. Poco importaba si nuestros lazos eran estrechos o no. Éramos una familia de todos modos, y cualquier pérdida constituía un golpe demoledor, un recordatorio doloroso de que no teníamos garantizado el día de mañana.

Me dirigí hacia la salida con Val, seguidas por Ren y Dylan, cuando David me llamó por mi nombre.

—Os veo fuera, ¿vale?

David se encontraba de pie con otro miembro de la Orden, Miles Daily, y me acerqué a ellos. Miles era prácticamente el segundo al mando. Aunque no fuera oficial, si le sucedía algo a David, Miles le sustituiría hasta que se celebraran reuniones y se eligiera por votación un nuevo líder para la secta.

No conocía demasiado bien a Miles. Era mayor que yo, posiblemente tuviera unos treinta y cinco, tranquilo, y un poco distante. Mientras David parecía estar siempre enfadado, las expresiones de Miles nunca eran fáciles de interpretar. Al acercarme, vi que su aspecto podría parecer aburrido para una mirada poco experta, pero sus ojos abiertos delataban que no se le escapaba nada.

Pensé en lo que habíamos visto detrás del club Flux. Sabía que mi obligación era informar a David, pero algo me frenaba. Era algo más que su simple rechazo a mi experiencia de la semana pasada. Ren no me había pedido que le ocultara nuestras actividades de esa noche, por lo tanto era decisión mía. No pensaba contar nada hasta tener pruebas que me respaldaran.

—¿Querías verme? —pregunté mientras los dos me observaban como si no me hubieran llamado.

David tendió a Miles el móvil que sostenía.

—¿Dónde has estado esta noche?

La pregunta fue inesperada.

—Salí de caza con Ren.

—¿Por dónde? —preguntó Miles.

Fruncí el ceño mientras sacudía la cabeza.

—Empezamos por Jackson Square y, luego, al no ver ningún fae, nos fuimos para el distrito comercial. —No era del todo mentira—. Nos topamos con tres faes. Tenían a un humano con ellos. Ren pidió una ambulancia para él cuando...

—¿Así que esta noche no estabas en el Barrio, excepto al inicio del turno? —interrumpió David.

—No. —Mi mirada saltó de uno a otro. No quedaba casi nadie en la habitación a excepción de Rachel, que se encontraba junto al televisor de la pared en la que pasaban la filmación al azar de las cámaras de seguridad colocadas por todo el Barrio. Había dos miembros más hablando entre sí junto a la puerta. No tenía ni idea de si prestaban atención a la conversación.

—¿Por qué me lo preguntas?

Una buena pregunta, qué caray, sobre todo teniendo en cuenta que no había visto que se la hiciera a nadie más.

—Solo comprobaciones.

Miles alzó la vista del teléfono. Vi que la pantalla estaba resquebrajada.

—Eso es todo —dijo David autorizándome a marcharme.

Cuando me volví, ofuscada por la manera en que mi mente daba vueltas sin cesar a su pregunta, me detuvo una vez más.

—Espera. ¿Cómo va tu herida?

Pestañeeé.

—Bien, casi no la noto.

No era cierto del todo. Sentía una palpitación constante desde que me las había visto con un cubo de basura y había quedado maltrecha.

David aguantó un momento mi mirada y luego asintió. Un cosquilleo de inquietud me recorrió, lento e inquebrantable, mientras salía de la habitación y bajaba las escaleras. No podía ser que pensarán que...

No. La idea de que pudieran pensar que alguien de la Orden tuviera relación con la muerte de un miembro era absolutamente demencial. Estaba nerviosa, y eso me ponía paranoica.

—¿Todo bien? —preguntó Ren cuando me los encontré de pie junto a la entrada de Mama Lousy.

A su lado estaba Dylan. También era alto, pero Ren le superaba.

Con una débil sonrisa, asentí y entonces me volví hacia Val. Ella dio un bote en mi dirección y me echó los brazos al cuello.

—Acabo de leer tu mensaje, no lo había visto.

—Tranquila. —Le devolví el abrazo—. Me alegro... —Sacudí la cabeza mientras ella me soltaba—. No me alegra que Trent haya fallecido, pero...

—Lo sé —dijo, rodeándose la cintura con los brazos.

Dylan metió las manos en los bolsillos.

—Trent era un imbécil, pero ¿que alguien se haya pasado con él?, ¿que le torturara? Tío, esto pinta mal.

—Sin duda.

Ren se pasó una mano por el pelo, retirándose los rizos rebeldes de la frente. Encontró mis ojos y luego apartó la mirada.

—Mejor nos ponemos en marcha antes de que David salga y nos vea a todos rondando juntos por aquí —dijo Dylan sacando las manos de los bolsillos—. Tened cuidado.

—Tú también.

Prometí a Val que la llamaría al día siguiente, y nos separamos, partiendo en direcciones opuestas.

—Os lleváis bien vosotras dos —comentó Ren mientras nos encaminábamos hacia Royal—. Tú y Val.

Los lunes por la noche el Barrio Francés no estaba demasiado concurrido. Salía igualmente mucha gente, pero se podía andar sin demasiadas intromisiones.

—Es verdad. Fue la primera persona que conocí cuando me trasladé aquí. Y ella es muy amable con todo el mundo, no cuesta demasiado ser su amiga.

Ren asintió.

—Eso se nota, parece una chica muy simpática.

Le dirigí una mirada por la manera en que dijo la última parte de la frase. Esbozó una rápida sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—No voy a negar que me ha importunado visualmente de vez en cuando desde que llegué.

Me reí en voz baja.

—Así es Valerie.

Me sujeté un mechón suelto mientras soltaba un suspiro.

—Trent... ni siquiera sé qué pensar del caso —dije.

—Yo sí.

En lo más hondo de mí, yo también.

—¿Crees que lo que le ha pasado a Trent tiene relación con tu presencia aquí... con los antiguos?

—Piensa en ello. Las identidades de quienes protegen los portales se mantienen en secreto para evitar que si alguien es torturado desvele las ubicaciones. Vosotros ya habéis perdido cuatro miembros, y no sé tú, pero a mí no me sorprendería que los otros tres tuvieran heridas similares —añadió Ren expresando mis recelos anteriores—. Sea por el motivo que sea, David no quiere hablar de eso.

—Lo sé.

Me quedé mirando a la gente que contemplaba el Chateau Motel que se alzaba imponente más adelante, en la esquina de Phillip y Chartres.

—¿Sabes? —continuó—. Cada uno de los miembros asesinados bien podría ser un guardián. Todos ellos eran sumamente diestros. Y a excepción de Cora, todos llevaban muchos años en Nueva Orleans.

—Pero ¿qué probabilidades hay de que los faes o los antiguos se topen con los

guardianes de los portales? —preguntó él.

El corazón me dio un vuelco mientras ambos nos mirábamos. Un sabor amargo me llenó el fondo de la garganta. Las sospechas afloraron.

—A menos que supieran contra quién dirigir el ataque.

Un músculo se agitó en su mentón.

—Solo hay una manera de que tengan una idea general sobre quién puede vigilar los portales.

Lo cual significaba que alguien dentro de la Orden tendría que estar ayudando a los faes y, Dios, esa era una idea horrible de considerar. Pero Ren podía estar en lo cierto si quienes habían sido asesinados eran guardianes. Era una posibilidad remota, pero no imposible.

—¿Podemos parar un segundo? —preguntó Ren, y entonces me cogió de la mano para llevarme bajo los balcones del Chateau. Sus ondas castañas le cayeron sobre la frente cuando bajó la barbilla.

—¿Cómo tienes el estómago? Y déjate de cuentos, ¿vale?

—Está... un poco sensible, pero nada serio. No sangro ni nada parecido. Está bien.

Me resistí a la tentación de apartar esos rizos con los dedos, porque hubiera resultado de lo más inapropiado. No porque Ren pareciera la clase de tío al que le importara eso.

—¿Y tú cómo estás?

Dado que yo no contestaba, Ren levantó la mano para palpar mi sien con la punta de dos dedos.

—¿Cómo estás aquí arriba?

—Estoy...

Era otra cuestión que tampoco sabía bien cómo responder. En realidad nadie nos hacía nunca ese tipo de preguntas. Nos habían educado en este mundo, por lo tanto la gente suponía que lo llevábamos lo mejor que podíamos.

—No siempre era fácil llevarse bien con Trent. Las cosas que contó de mí tienen ahora a la mitad de la Orden pensando que estoy loca, pero nunca deseé su muerte.

—Ni se me ocurriría pensarlo —contestó en voz baja.

Tragué saliva con dificultad y retrocedí un paso para apoyarme en la pared, de repente dominada por un cansancio absoluto.

Sus hombros se elevaron mientras inspiraba profundamente y alzaba la vista. No habló durante un buen rato, y la sensación de inquietud se hizo más profunda. Encontró mis ojos con su mirada.

—No sé. Cualquier cosa es posible, pero pienso que todo tiene que estar conectado. Que los faes se hayan trasladado aquí, que los antiguos empiecen a enfrentarse a la Orden, que los miembros experimentados mueran y sean torturados, y que ese club lo frecuenten faes antiguos y polis humanos... Ahí pasa algo. Tendremos que entrar y averiguarlo.

Yo asentí:
—Lo haremos.

No se iba a celebrar un funeral por Trent.

Por lo que yo recordaba, la Orden no honraba a sus muertos con velatorios ni funerales. Durante años, los cuerpos de los caídos se enterraron sin alardes, y desde hacía unos treinta años, más o menos, se empezó a incinerar los restos.

Recuerdo haber preguntado a Holly en una ocasión, cuando todavía era pequeña, por qué no teníamos funerales. Su respuesta había quedado para siempre en mi mente. *«La Orden quiere recordar a los caídos tal como eran, todo lo que dieron, y no lo que queda una vez que han hecho el mayor sacrificio por la libertad».*

A día de hoy no entendía aún cómo eso podía ser una muestra de respeto.

Mi lado más pesimista pensaba que la razón tenía más que ver con el hecho de que los miembros de la Orden fallecidos cada año eran tantos en todas las sectas del mundo, que si celebráramos funerales no haríamos otra cosa que asistir constantemente a esos actos.

Si te parabas a pensar, era una cuestión bastante deprimente. El mundo no tenía ni idea de cuánto sacrificábamos para protegerlo, y cuando hacíamos el sacrificio final, tal y como había dicho Holly, ni siquiera la Orden se tomaba un momento para recordarnos. Estabas ahí, y desaparecías al instante siguiente sin ni siquiera unas pocas palabras pronunciadas sobre nuestras urnas.

Brighton me devolvió la llamada el miércoles mientras yo me duchaba, y tardé varias horas en volver a pillarla por teléfono. Resultó que ella y su madre estaban en Texas visitando a la familia. No regresarían hasta la siguiente semana, de modo que quedamos en que iría a verlas en cuanto volvieran. Cuando le conté lo de Trent, pareció sorprendida y triste. En realidad no podía decirse que tuviera mucho trato con él, pero, al igual que los demás, a ella le costaba creer que hubiera caído a manos de los faes.

—Ten cuidado —fue lo último que me dijo antes de colgar.

Esas palabras me obsesionaron durante el resto del día, porque, por algún motivo, no me sentía prudente, sino más bien temeraria. Una semana antes, sabía lo que estaba haciendo y qué podía esperar cada día. Por muy alocada que fuera mi vida, en ciertos aspectos había pocas variaciones. Me levantaba, iba a la uni cuando tenía clase, y cazaba faes si me tocaba trabajar por la noche. Mi trabajo siempre había sido peligroso, pero conocía mis limitaciones y las de los faes. No tenía secretos, y no le ocultaba nada a David. No me encomendaban misiones clandestinas, y desde luego no sospechaba que ningún miembro de la Orden estuviera aliado con los faes; eso lo tenía muy claro. No había ningún Ren en mi vida. Sin embargo, todo había cambiado

en muy poco tiempo.

El mundo, tal y como yo lo conocía, había cambiado.

El martes, Ren se reunió conmigo en el exterior del café de la calle Canal antes de nuestra ronda. Yo estaba sorbiendo un café helado mientras echaba un vistazo a los apuntes de clase. Igual que hacía Val tantas veces, se dejó caer en una silla; pero a mi lado, no enfrente.

—¿Qué estás leyendo?

Tras dejar el café a un lado, consideré si convenía responderle o no, pero decidí que quedarme callada parecería una idiotez.

—Apuntes de clase sobre delincuencia juvenil.

—Es verdad, eres una universitaria sexy —dijo, aunque yo tuve la sensación de que no lo había olvidado en absoluto—. Mola un montón lo que haces, es lo que pienso.

Cogí el café y sorbí un poco más con la pajita mientras le observaba a través de las gafas de sol.

—¿De verdad?

—Sí. Yo nunca tuve verdaderas ganas de apuntarme a la universidad. Quiero decir que sé que si quisiera podría estudiar, pero nunca lo he hecho. O sea, que me parece un puntazo que estudies. —Hizo una pausa mientras observaba a un grupo que pasaba. Luego volvió a mí esos ojos ultra brillantes—. Se necesita mucha energía para hacer esto y además salir de caza de lunes a viernes.

Me encogí de hombros.

—No tengo clases ni el martes ni el jueves, así que no es para tanto, y quiero...

—Me sonrojé por algún motivo tonto, cerrando la boca de golpe.

—Quieres ser algo más. Lo pillo.

Estiró el brazo, encontró un rizo mío y lo estiró.

—¿Y qué quieres ser? —preguntó.

Mirándole fijamente, me pregunté si era capaz de leer la mente, porque era asombrosa la facilidad con que adivinaba mis pensamientos. Daba un poco de miedo.

—Trabajadora social —admití.

—Eso está bien —respondió con calma, y me soltó el pelo.

Tensa por la conversación, cerré la libreta y la metí en la mochila. Iba a levantarme cuando él me dijo:

—No dejas que la gente se acerque demasiado a ti, ¿verdad?

Una vez más, su manera de leerme el pensamiento era tan asombrosa que asustaba. Deslizándolo la mochila sobre el hombro, me obligué a no levantar la voz.

—Cuando te acercas a la gente luego la acabas perdiendo. No me interesa demasiado eso.

Ren se levantó.

—No vas a perder a todo el mundo.

—Todo el mundo muere, Ren.

Sonrió con complicidad.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

Lo sabía, pero qué más daba. Rodeé la mesa y apenas di unos pasos antes de que él me alcanzara. Esperaba que siguiera hablando del tema, pero no fue así. Acabamos haciendo planes para hacer una visita al Flux el sábado, la noche en la que ambos librábamos. Imaginamos que era menos arriesgado dejar pasar cierto tiempo entre la noche del lunes y nuestra próxima aparición por el club por el hecho de que probablemente se habrían percatado de que la Orden había liquidado a tres faes justo ante sus puertas. Además, ya que no cumplíamos un horario, no teníamos que preocuparnos por si alguien se preguntaba dónde estábamos y en qué andábamos metidos.

Cada noche que Ren y yo salimos de ronda aquella semana, mantuvimos el Flux bajo vigilancia. En dos ocasiones vimos a Marlon, pero no acompañado por el fae antiguo que me disparó. No obstante, la última noche, el viernes, vimos llegar al club a otro antiguo diferente junto con Marlon. Ambos tenían una apariencia demasiado perfecta, con rostros de estructura extraordinaria que volvían su belleza fría y artificial. No teníamos la menor duda de que él también era un antiguo. Su manera de entrar en el club parecía inhumana, igual que la de Marlon, como si el viento moviera sus miembros. En este mundo no había nada tan grácil como un fae.

Eso significaba que como mínimo había tres antiguos en la ciudad. Tres faes que incluso los miembros de la Orden podían confundir con mortales. Tres faes que ostentaban un poder fabuloso, a quienes no se podía abatir con una estaca de hierro.

No le hablé a Val de nuestros planes, pues no tenía ni idea de a qué nos enfrentábamos en realidad, y sabía que si se lo contaba exigiría involucrarse. Por lo tanto, era otro secreto más que ocultar. Sin embargo, a medida que se acercaba el sábado, supe que no explicarle nada había sido la mejor decisión, pese al cabreo que cogería en cuanto se enterara.

Además, tenía preocupaciones más apremiantes en aquel momento.

De pie ante el espejo de cuerpo entero que colgaba en la parte interior de la puerta del armario, estudié mi reflejo con ojo crítico. Detestaba ponerme vestidos, pero me había fijado en cómo se arreglaban las chicas que iban al club, vestidas para estar seguras de que cualquier hombre se arrodillara gustoso ante ellas. Su aspecto era fantástico, sexy y con mucha clase. Dos cosas que no estaba segura de conjugar bien sin parecer una niñita disfrazada. Una enorme parte de mí quería ponerse un par de vaqueros, pero era consciente de que debía pasar desapercibida.

Contaba con tres vestidos. Uno era largo, de color marrón y blanco. El segundo era más corto, de estilo étnico, y estaba claro que no era lo bastante elegante. El que llevaba puesto era la última opción, la única que se aproximaba remotamente a lo que buscaba, y era un vestido que detestaba.

Lo había comprado hacía dos años por capricho, un día que salí de compras con Val. Ni siquiera sé por qué, pero supongo que fue cierto destino fatal lo que me llevó

a hacerlo. El vestido era negro y el tejido superfino, a un paso de transparentar. Suelto por arriba, dejaba los hombros al descubierto y tenía unas coquetas magas cortas. Mi sensación era que si me inclinaba, todo el mundo podría ver mis pechos comprimidos dentro del sujetador sin tirantes más incómodo del mundo. El suave tejido quedaba recogido en la cintura y tenía la falda floja. Corta. Increíblemente corta. No llegaba ni a medio muslo, y sabía que al inclinarme ofrecería un espectáculo al público en general, superior incluso a la exhibición de mis pechos.

Me sentía desnuda.

Además, así vestida, resultaba peliagudo ocultar armas, por lo que acabé recurriendo a sujetarme una estaca con cinta adhesiva en la cara exterior del muslo, lo cual implicaba rezar a Dios todo el rato para que ninguna ventolera repentina me levantara la falda, pues el fino tejido a duras penas ocultaba lo que yo escondía. La otra opción sería llevar botas, y tenía un par bastante elegantes, que me llegaban hasta la rodilla, pero combinarlas con el diminuto vestido me habría hecho parecer una fulana. De hecho, aun así, tenía cierto aspecto de fulana.

Con suerte, una fulana cara.

Por lo tanto, opté por unos zapatos negros de tacón alto que compré hacía un par de años y solo había usado en una ocasión. Aún no había salido y ya me apretaban las puntas de los pies.

—Parece que vayas a hacer la calle. Como esas mujerzuelas guarras y desagradables que acaban con toda una colección de enfermedades de transmisión sexual.

Eché una ojeada por encima del hombro. Tink estaba sentado en el tocador, mordisqueando una zanahoria.

—Gracias por el comentario.

Me di media vuelta para dirigirme al baño, cogiendo una barra de labios del cesto.

—¿Estás segura de que esto no es en realidad una cita? —gritó Tink—. Porque parece una cita.

—No es una cita —respondí mientras me pintaba los labios.

Luego comprobé que el rímel y el perfilador no se hubieran corrido, y al final solté los rizos del pasador que los recogía. Los tirabuzones rojos me cayeron sobre los hombros, con sus extremos rizándose hasta la altura de los senos. Mientras me los ahuecaba me quedé parada, con los brazos torcidos y los dedos enredados en ellos.

De acuerdo, parecía que me preparaba más bien para una cita. En serio, lo parecía, porque recordé haber hecho estos mismos movimientos cuando sabía que Shaun estaba a punto de llegar. Advertí aquella punzada demasiado conocida en mi pecho, aunque un poco más débil esta vez.

Suspirando, dejé caer los brazos. Esos ojos azules maquillados parecían demasiado grandes para mi cara, y la boca más amplia y carnosa con todo ese carmín rojo.

No era una cita.

Salí del baño y Tink soltó un silbido.

—Si midieras treinta centímetros, me echaría encima.

Con un risita por lo absurdo de la frase, le hice una torpe inclinación.

—Entonces, ¿no tengo aspecto de acabar con una enfermedad de transmisión sexual?

—Digamos que todavía un poco, pero una de esas que pueden superarse con un tratamiento. No pareces de esas putas que continúan transmitiendo las enfermedades —aclaró.

—Vaya, gracias.

Se levantó volando del tocador y me siguió cuando me fui a la cocina.

—¿De verdad crees que es buena idea? —preguntó.

No. Entrar en el club era una locura muy peligrosa.

—Irá bien.

—Si hay faes antiguos ahí dentro, Ivy... —Tink aterrizó sobre el mostrador y alzó la vista para mirarme con expresión seria—. No deberías acercarte a ellos.

Confiar en Tink nuestros planes de infiltrarnos en el club no había sido una decisión fácil, pero él detestaba a los faes tanto como yo. De todos modos, teniendo en cuenta que era una criatura del Otro Mundo, siempre existía ese leve temor a que no fuera lo que parecía ser.

—Debemos entrar ahí, Tink, es la mejor oportunidad que tenemos de descubrir qué traman.

Rodeé el mostrador para coger de nuevo el refresco que estaba bebiendo.

Tink ladeó la cabeza con los ojos entrecerrados.

—No me gusta ese Ren.

Arquee una ceja al contestarle:

—Solo le has visto una vez.

—Hay mucha gente que no me gusta a la que no necesito conocer —soltó marchando por el mostrador—. Él es uno más.

—Tink... —suspiré.

—Qué más da. Creo que deberías pasar un buen rato con él y luego darle la patada y dejarlo tirado en la cuneta.

Me quedé boquiabierta.

—De acuerdo, pero es el consejo más extraño que me han dado nunca. No te cae bien, pero ¿crees que debería enrollarme con él y luego dejarle tirado? Es obvio que no puedo hacer eso porque es miembro de la Orden. —Le ocultaba lo que era Ren en realidad—. No tiene sentido lo que propones.

—Tiene mucho sentido. En mi mundo, no tiene que gustarte siquiera tu acompañante para mantener relaciones. Solo es cuestión de necesidades naturales, así que pasas a la acción y...

Mientras Tink seguía parloteando sobre las preferencias de apareamiento en su especie, cogí el bote de azúcar y lo vacié formando una pequeña pila sobre el

mostrador.

—Hay que dejar que la animalidad... ¡Por los santos cojones de duende!

Tink se dejó caer de rodillas ante la pila de azúcar y empezó a mover los pequeños granos formando otra pila mientras contaba en voz baja.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... —Hizo una pausa alzando la vista con un ceño—. ¿Dónde has aprendido este truco?

Encogí un poco los hombros mientras me mordía el labio inferior.

—Lo vi en un episodio de *Supernatural*.

Tink se quedó boquiabierto.

—¿Qué pasa? —pregunté con una risita indicando las dos pilas de azúcar sobre el mostrador—. No pensaba que fuera a funcionar tan fácilmente.

—Me ha engañado una aspirante a miembro de la familia Winchester. —Se agarró las manos sobre el pecho, balanceándose antes de desplomarse a un lado—. Qué desprestigio, ahora tendré que retirarme.

Riéndome al verle, me incliné y le estiré una pata. Levantó un brazo, me hizo un gesto obsceno y luego se levantó para empezar a contar otra vez.

—Mírame. Parezco enganchado al crack. Solo me hace falta saber cuántos hay aquí. Podría haber cientos o incluso miles, y tengo que saber con exactitud...

Llamaron al timbre y noté una punzada en el estómago mientras echaba una ojeada al reloj del horno. Pasaban unos minutos de las nueve, o sea, que tenía que ser Ren. Mi mirada se fue al pasillo y luego a Tink, que estaba contando meticulosamente el azúcar.

—Tienes que irte ahora a tu habitación.

Alzó la vista, con los ojos muy abiertos.

—Pero...

—Olvídate del azúcar. Ren ha llegado y no puede verte.

Frunció el ceño.

—No le tengo miedo.

—No he dicho que le tengas miedo.

Exasperada. Me puse en jarras:

—Sabes que no puede verte.

Llamaron otra vez y cogí a Tink por la cintura.

—¡Eh! —gritó agarrándome los dedos con ambas manos—. Cuidado, Mujer Godzilla, me estás estrujando las entrañas.

—No te estrujo nada, y para de darme en la mano con las malditas alas. Es una sensación muy rara.

Después de rodear el mostrador, lo llevé hasta su dormitorio mientras me fulminaba con la mirada.

—Quédate ahí.

Entrecerró los ojos y replicó:

—No soy de tu propiedad.

Entorné los ojos.

—Compórtate, Tink.

Tras abrir la puerta, lo eché dentro. Extendió las alas formando un arco mientras se volvía para agarrarse al extremo de la puerta.

—Tink. —Me estaba enfadando—. Métete ahí.

—¿Vas a enrollarte esta noche con él? —preguntó.

—Oh, Dios mío, Tink.

—Llamaron por tercera vez y empecé a cerrar la puerta.

Con una fuerza sorprendente, consiguió aguantar, agitándose entre el marco y la puerta. Yo podía seguir empujando, pero lo más probable era que acabara aplastándolo.

—Puedo ir contigo si hace falta.

Perdiendo la paciencia, conté hasta diez. Llegué hasta cinco:

—Tink, sabes que no puedes venir conmigo.

El duende suspiró sonoramente con dramatismo.

—Eres un muermo de tía.

Le dirigí una mirada iracunda hasta que soltó la puerta, luego exhalé un suspiro de alivio.

—Por favor, pórtate bien, ¿vale?

Su rostro irradió una mirada de pura inocencia.

—¿No lo hago siempre?

Esto no iba demasiado bien, pero por fin fui capaz de cerrar y apresurarme hasta la entrada. Abrí de par en par, lista para disculparme por la larga espera.

Todas las palabras del mundo se desvanecieron en el momento en que puse los ojos en Ren.

No es que estuviera bueno y su toque sexy resultara demasiado excitante; cuando Ren decidía ponerse guapo lo llevaba a una estratosfera del todo diferente.

Llevaba las ondas y los rizos domados y retirados de la cara, realzando el ángulo de sus pómulos y sus labios carnosos. Se había puesto una camisa blanca de vestir que acentuaba las líneas duras de sus amplios hombros y que dejaba entrever la piel morena del cuello. Entonces advertí, pues no lo había visto antes en realidad, un cordón de cuero colgado del cuello que desaparecía bajo la camisa. Estaba segura de que lo que colgaba de ahí era el trébol, pero mientras le recorría con la mirada, me olvidé enseguida del colgante. Los extremos del tatuaje le asomaban por el cuello de la camisa, y las mangas enrolladas a la altura del codo mostraban sus poderosos antebrazos. Los pantalones oscuros completaban el atuendo. Tenía clase sin esforzarse.

Cuando arrastré la mirada de vuelta a sus ojos, me percaté de que no era yo la única que observaba; él me estaba mirando del mismo modo intenso y devorador. Retrocedí de la puerta sintiéndome de pronto muy... vulnerable. Como si me encontrara expuesta.

El rubor ascendió por mis mejillas y pegué los brazos a los costados.

—Siento haber... tardado tanto. Estaba... —Se me apagó la voz mientras él continuaba mirándome fijamente—. ¿Qué?

Ren entró en casa y cogió la puerta, cerrándola tras él. Su presencia llenó la sala de tal manera que apenas pude tomar suficiente aire.

—No va a funcionar —dijo con voz pastosa.

Sorprendida por la afirmación, bajé la vista para mirarme. Sabía que parecía una niña tonta jugando a los disfraces.

—Era el único vestido que me podía poner —dije percibiendo la carga de vergüenza sobre mis hombros.

Él sacudió un poco la cabeza buscando mi mirada con sus brillantes ojos verdes.

—Oh, cielos, no va a funcionar porque resulta demasiado perfecto.

No le seguía.

—¿Cómo demonios voy a prestar atención si vas así? —me reprendió en voz baja.

Yo abrí mucho los ojos mientras él se aproximaba, tanto que tuve que alzar la barbilla para encontrar su mirada. Estiró la mano para pasar el dedo por la manga caída del vestido.

—Eres una distracción total.

—¿Yo?

Una media sonrisa apareció en su rostro mientras los dedos saltaban del tejido a la línea de mi hombro, provocando un escalofrío en mi columna. Luego el dedo rodeó un rizo, rozando con el dorso de la mano la prominencia de mis senos. Estiró el tirabuzón como ya había hecho otras veces.

—Estás absolutamente preciosa, Ivy.

El aire que quedaba en mis pulmones surgió en una ráfaga agitada. ¿Pensaba que... estaba guapa? El calor en mis mejillas se intensificó. Desde Shaun ningún tío me había dicho eso. Bueno, algunos sintecho me decían guapa por la calle, pero no contaban en realidad.

Ren hundió la cabeza y me acercó la boca a la oreja como una tentación.

—Merida no te supera en nada, encanto.

Mis labios formaron una sonrisa al oír mencionar a la chica Disney.

—Gracias.

Se enderezó.

—Es la pura verdad.

Un fuerte golpetazo llegó desde la parte posterior de la casa. Me espanté al ver a Ren mirando por el pasillo, con otro gesto en los labios.

—¿Qué ha sido eso?

Íbamos a tener un duende muerto si Tink no lo dejaba ya.

—Tengo... tengo un gato. Seguro que ha volcado algo.

Ren alzó una ceja.

—¿Tienes un gato?

—Sí, y de los antipáticos. Es viejo. Pronto se morirá —dije en voz alta—. He estado considerando la eutanasia, ya sabes, para aliviar su sufrimiento.

—El golpeteo sonó otra vez, y fruncí los labios inspirando hondo por la nariz.

—Bien, ah... lamento oír eso —dijo Ren—. ¿Cómo se llama?

—Tink —solté.

—No es el típico nombre de gato. ¿Quiere decir algo?

—Nada en absoluto. Bien, deberíamos ponernos en marcha —me apresuré a añadir—. Permíteme que vaya a por el bolso.

Por supuesto, Ren me siguió hasta la cocina, y solo pude rezar para que Tink dejara de dar la tabarra en su habitación. Me vino a la cabeza una imagen suya arrojando muñecos-gnomo contra la pared, y tuve que mordirme el interior de la mejilla para detener la risa que me asaltaba.

—¿Algún problema con el azúcar? —preguntó Ren sonriendo en dirección al mostrador.

Mi mirada reparó en las dos pilas de azúcar mientras cogía el bolso negro bordado con cuentas que había encontrado en una tienda del Barrio. Me rodeé la muñeca con la fina correa.

—Soy desordenada.

Sacudió un poco la cabeza alzando las pestañas.

—Nadie lo diría viendo el resto del piso.

Me obligué a encoger los hombros restándole importancia.

—Ya estoy lista.

Por suerte, Ren no insistió y me siguió al exterior. Me quedé totalmente sorprendida al salir del patio y ver un camión negro aparcado junto al bordillo.

—¿Es tuyo?

—Sí. —Se me adelantó para abrir la puerta del asiento del pasajero—. Es mi criatura desde los dieciséis. Es en lo que vinimos la moto y yo a Nueva Orleans.

Mordiéndome el labio, subí al camión y me alisé la falda del vestido. Por algún motivo, le pegaba aquel vehículo. No sé por qué esperaba que tuviera un coche rápido y elegante, pero en realidad esto le iba mejor a su personalidad.

—¿Puedo preguntar algo? —dijo en tono alegre antes de cerrar, apoyándose en la puerta con un brazo—. Vas armada, ¿verdad?

—Sí. Por supuesto.

Sonrió mientras me estudiaba a través de sus densas pestañas.

—¿Y dónde demonios escondes un arma, Ivy? Me muero por saberlo.

Me reí en voz baja y acerqué la mano al extremo de la falda. Vacilando un momento, rodeé el dobladillo con los dedos y lo levanté un poco para permitirle que vislumbrara la barra de hierro que llevaba sujeta al muslo.

—Jo, chica. —Se enderezó agarrando la puerta—. Eso que tienes ahí es la fantasía perfecta.

La sangre me subió a las mejillas y me sentí agradecida de que ya hubiera oscurecido. Él cerró mi puerta mascullando una maldición en voz baja y dio la vuelta hasta el otro lado corriendo por la parte delantera del camión. Una vez dentro, puso en marcha el motor y por los altavoces surgió una música suave. Mientras nos apartábamos del bordillo, me percaté de que sonaba una canción de Hank Williams.

Me volví poco a poco hacia él.

Sonrió torciendo la boca:

—No critiques la música, preciosa. Hay que empezar bien la noche. Detestaría tener que sacarte del camión a patadas.

Refunfuñé, pero no dije nada mientras hacíamos el recorrido hacia el distrito comercial. Dado que era sábado por la noche, las calles estaban llenas, y acabamos estacionando en un parking a dos manzanas del Flux.

Ren me detuvo un momento antes de salir de entre las sombras del garaje.

—¿Estás lista para esto?

Le seguí la corriente.

—¿Lo estás tú?

Sonrió.

—Estoy listo para esto y para mucho más.

Lo que dijo expresó algo mucho más allá de lo que estábamos haciendo, y volvió a traer hasta la superficie esa sensación temeraria en mí, como si me hallara al borde del precipicio con un pie colgando del abismo.

No había mucho tiempo para pensar en eso en realidad. Ya estábamos en el club, y yo necesitaba concentrarme en lo que estábamos haciendo. Un humano trabajaba en la entrada principal, verificando carnets, pero parecía más interesado en nuestro aspecto que en nuestra edad o identidad.

Nos repasó como si fuéramos ganado para una subasta.

—Divertíos —dijo al devolvernos los carnets, con una voz que sonaba como si se hubiera tragado unos clavos.

Mientras entrábamos, Ren me apoyó la mano en la espalda, a la altura de la cintura. No estaba asustada, y probablemente debería haberlo estado, pero la curiosidad era la emoción dominante en el momento en que le eché la primera ojeada al club frecuentado por los faes antiguos.

Parecía tan increíblemente normal, como cualquier club caro en cualquier gran ciudad. Iluminado con luces bajas y favorecedoras, incluía muchas zonas oscuras llenas de formas ensombrecidas de gente, bordeando una pista de baile grande y ligeramente elevada. Al otro lado había una larga barra más iluminada, con luces destacando la hilera de bebidas alcohólicas de precio elevado. Una escalera de caracol próxima a la barra llevaba a un segundo piso. Desde nuestra posición, alcancé a ver zonas con sofás y cortinas.

Pero a medida que nos adentrábamos en el local, empecé a distinguir más detalles de lo que había en la penumbra, alrededor de las mesas altas y la pista de baile.

Allí de pie me quedé boquiabierta sobre el suelo reluciente.

Entre las sombras, aprecié a mortales con los cuerpos entrelazados sobre los mullidos sofás, sus manos moviéndose fugaces piel con piel. Pero no se trataba solo de mortales. Había faes entre ellos. Sus ojos azules claros relumbraban con un destello irreal bajo aquella escasa iluminación, y su piel exhibía el hermoso matiz plateado. Sus cuerpos y manos se movían entre los humanos.

Ren bajó la boca hasta mi oído.

—¿Ves lo que yo estoy viendo?

Asentí, incapaz de hablar. Noté mi piel caliente mientras miraba las sombras. Algunos de ellos... no solo se besaban o tocaban. Oh, no, hacían algo más, mucho más.

—Están por todas partes —dijo manteniendo la mano en mi espalda—. Jesús.

Apartando la mirada del inesperado espectáculo porno, mis ojos pasaron sobre la pista de baile y llegaron hasta la barra más alejada. Ren tenía razón. Había unos cuantos faes bebiendo en el bar. Otros en la pista de baile. Algunos se demoraban en la escalera que llevaba a la segunda pista de baile.

Los faes estaban por todas partes; al menos treinta.

Por instinto, supe que Ren había dado con algo importante al seguir a Marlon hasta aquel club.

—Nunca he visto tantos juntos.

—Yo tampoco —dijo con gesto serio.

Se enderezó, retirándome la mano de la espalda y buscando mis dedos. Los entrelazó.

Entonces abrió la marcha alrededor de la pista de baile, y yo hice todo lo que pude para no mirar entre las sombras. Bordeamos un grupo de chicas en edad escolar que ocupaba toda una mesa, y un fae salió de las sombras, directamente delante de nosotros.

Se me cortó la respiración y noté un hormigueo en mi mano libre, por la necesidad de coger la estaca. La mano de Ren estrechó la mía mientras el fae nos miraba con ojos pálidos antes de seguir hasta el grupo de chicas.

Ren y yo intercambiamos una larga mirada mientras continuábamos hacia el bar. Si conseguíamos oír algo, sería ahí, pero cuando miré hacia la escalera, mi corazón dio una sacudida en el pecho.

—Mierda —dije entre dientes, dejando de andar.

—¿Qué? —preguntó Ren mirándome.

Volviéndome de lado, dejé que el pelo me cayera hacia delante para ocultar la cara.

—Es él. El fae que me disparó. Está bajando por la escalera.

Ren miró por encima del hombro y soltó una maldición entre dientes. Ocultar el rostro no iba a protegerme demasiado, considerando que mi pelo era seguramente lo que me delataba.

—No ha venido por aquí en toda la semana —gruñó—. Maldita sea.

Vaya faena. En cuanto me viera el antiguo, nuestra tapadera se vendría abajo y, con tantos faes en el interior del club, supe que no conseguiríamos salir con vida. Moví la mano para buscar la estaca justo cuando Ren se puso a andar hacia los compartimentos en sombra que rodeaban la pista de baile sin soltarme la mano. Mi cerebro era reacio a la idea, considerando lo que sucedía en esas sombras, pero o hacíamos eso o nos desenmascararían en medio de un club infestado de faes.

Mirando hacia delante, no me atreví a dirigir ni una ojeada en dirección a los sofás junto a los que pasábamos, aunque lo oía todo: los suaves gemidos y quejidos guturales, los jadeos e inspiraciones bruscas, los ecos de carne contra carne mezclándose con el repiqueteo machacón de la música.

Oh, Dios misericordioso que estás en los cielos...

Algunas parejas bailaban cerca de los sofás... O, pensándolo mejor, no estaba segura de que lo que hacían fuera bailar. Cuando Ren se detuvo de pronto, me tropecé con él. Se volvió hacia mí, y estrechándome aún la mano, tiró de mí contra su pecho. Me estabilicé agarrándome a su hombro, justo cuando él me soltaba la mano para rodearme la cintura y pegar nuestros cuerpos sin dejar resquicios.

Consciente de inmediato de la respiración entrecortada que agitaba su pecho, me puse tensa.

—¿Qué diablos...?

Entonces me echó el pelo a un lado, rizándolo con la otra mano mientras bajaba la boca a mi oído una vez más.

—Está en la pista de baile con otro fae.

Tragué saliva preguntándome si el antiguo podría ver entre las sombras.

—Mierda.

—Sí.

Agarré con los dedos el tejido de su fina camisa.

—Y ya que esto ha sido una genial idea tuya, ¿qué hacemos ahora?

—A ti te pareció bien.

—Ren... —repliqué furiosa.

—Imitemos a los demás. —Me sorprendió al pegar su mejilla a la mía—. Es lo único que podemos hacer: imitarlos.

—Imitarles significa tener sexo —contesté—, ¿o aún no te has dado cuenta de lo que sucede a nuestro alrededor?

—Oh, sí, me he dado cuenta.

Me sujetó el pelo con más fuerza, y yo solté un jadeo cuando me rozó la piel del cuello con los labios.

—Baila, Ivy.

¿Bailar? ¿Acaso era este el momento apropiado para ponerse a bailar? Quise darle un empujón y una patada en el costado, pero cuando me atreví a echar un vistazo a la gente que teníamos cerca, tuve que admitir que bailar era mejor que quedarse parado

ahí de pie. Si no te fijabas mucho, las parejas parecían estar bailando; tal vez algunas incluso lo hicieran.

Cerrando los ojos me agarré a los hombros de Ren hasta que él soltó un grave gruñido que en parte era una advertencia, y en parte algo por completo diferente. Lo último que necesitaba era bailar con él. ¿O no? Un grave zumbido de excitación vibraba en mis venas, pero lo achaqué a la adrenalina. Abrí los ojos concentrada en la extensión de piel bronceada que quedaba expuesta a través del cuello de su camisa.

Me puse a bailar.

El pulso se me disparó al empezar a balancear las caderas, pues me sentía tan incómoda como un gato con tres patas caminando por la cuerda floja. Bajando la barbilla, oculté mi rostro ruborizado. Entre mis botes y los suspiros indecentemente sonoros a nuestro alrededor, sentí ganas de arrojarme bajo un autobús.

—Sigue hablando con el fae.

La voz de Ren en mi oído sonaba baja y sorprendentemente tranquilizadora:

—No ha reparado en nosotros. Lo haces bien, pero sé que podrías hacerlo mejor.

Me paré.

—¿Qué?

—Bailar —contestó. Y cuando yo le lancé una mirada, me guiñó el ojo—: Si tienes un vestido así en tu guardarropa, entiendo que sabes mover el cuerpo.

—Estoy moviendo el cuerpo.

Miró por detrás de mí.

—Solo lo mueves de un lado a otro.

—Que te den.

Soltó una risita.

—Vale.

—Pervertido —solté, pero sin demasiada convicción.

Tenía razón. Me estaba moviendo hacia los lados, como si se tratara del baile del instituto. De hecho, incluso allí bailaban mejor de lo que yo lo estaba haciendo ahora. Echando valor, le rodeé el cuello con un brazo.

—Recuerda, tú lo has pedido —añadí.

Él arqueó una ceja.

—Intenta no perder de vista al antiguo.

La mirada de Ren se volvió perezosa y muy arrogante.

—Oh, todavía no he olvidado por qué estamos aquí.

Aguantando su mirada de suficiencia, empecé a moverme contra él, pero no como antes. Capté el ritmo de la música y dejé que resonara en mis venas, por mi cuerpo, a través de mis extremidades. Encontré con los dedos el pelo de su nuca y tiré con fuerza suficiente como para que tuviera que abrir los ojos.

Le sonreí inocentemente, pero lo lamenté de inmediato cuando él hundió la boca en mi cuello.

—Eso ha sido una travesura —comentó, rozando con los labios la piel sensible

bajo mi oído—. Y me gusta.

—No me extraña —farfullé.

Aunque quería tirarle del pelo otra vez, decidí que no era una buena idea, ni iba a ayudar a nuestra actuación.

—¿Qué está haciendo ahora? —pregunté.

—Continúa hablando. Ahora están en una mesa, en el otro extremo.

Me resistí a la necesidad imperiosa de pisar fuerte, porque cuanto más me movía contra el cuerpo de Ren, más consciente era de él. Del contacto de su duro pecho contra el mío, tan blando. De la manera en que pegaba la palma a mi cadera izquierda y cómo había bajado la otra por la espalda. El corazón me latía cada vez más deprisa, y no tenía nada que ver con el baile.

Deslicé la otra mano desde el hombro por su torso, y noté las inspiraciones profundas y bruscas. Alcé la vista deprisa, y nuestras miradas se encontraron, las aguantamos así. Quedé atrapada. El matiz verde giraba sin cesar. Deslizó la mano por mi espalda hasta la parte inferior de la columna y luego volvió a subirla, dejando una estela de estremecimientos. Con la mano en mi pelvis, tiró de mí para acercarme aún más a él, encajando nuestras caderas. El acto me hizo entrar en calor, lo propagó, y me dejó el cuerpo relajado y tenso al mismo tiempo.

La arrogancia de antes había desaparecido de su mirada, sustituida por una emoción descarnada y poderosa. Deseo. Necesidad. Anhelo. Todo estaba ahí, y no hacía nada por ocultarlo. No le avergonzaba mostrarlo, pero yo no estaba preparada para verlo, ni para aceptarlo aún. Meneándome hacia los lados, desplazé nuestros cuerpos de manera que pude darle la espalda sin quedarme directamente de cara a la pista. Alcancé a ver al antiguo, y ya no hablaba solo con un fae. Se les había unido otro.

Balanceándome con la música, me mordí el labio cuando Ren me rodeó con el brazo tirando de mí hacia atrás, contra él.

—Cuidado —dijo rozándome la mejilla con la nariz—. Sé muy bien que no ha olvidado tu bonita cara.

No tenía ni idea de si era una afirmación, un cumplido o un insulto, pero luego deslizó la mano por mi vientre, separando los dedos, y mientras bailaba, comprendí que esta postura era una mala idea. Cada leve movimiento de mis caderas me hacía notar su cuerpo de un modo estremecedor. Él apoyó la mano otra vez en mi cadera, y cuando finalmente empezó a moverse detrás de mí, encontrando el ritmo que yo había marcado, me esforcé en no olvidarme de respirar.

Aquello... era demasiado, y aun así no me apartaba. No puse distancia entre ambos.

Nuestros cuerpos prácticamente eran uno, y sentirle contra mi espalda convirtió mis entrañas en una lava fundida que bullía, removiéndose con ardor en el momento en que noté su boca, húmeda y caliente, contra el cuello, justo debajo de la oreja. Ren no movió esos labios pecaminosos. Esperó a mi reacción, y cada segundo que pasaba

yo me perdía en las sombras, en la manera en que nos movíamos uno contra el otro, y en el acto que simulaba.

Me dio un beso en el pulso palpitante, provocando otro jadeo. Cerré los ojos poco a poco mientras él me depositaba una lluvia diminuta de besos breves y dulces a lo largo de la garganta. Solo estábamos fingiendo. Eso era todo. Pero mi cuerpo no lo reconocía así. Me dolían los pechos, y la excitación me zumbaba por el cuerpo provocándome palpitaciones entre los muslos.

Cuando abrí los ojos, vi una pareja de pie frente a nosotros. Ambos eran humanos, y estaban tan pegados que no se distinguía dónde acaba un cuerpo y empezaba el otro. Sus bocas estaban fundidas mientras él metía la mano bajo la falda del vestido de ella.

Dios, quería que Ren me tocara así, pese a lo perverso que era, y completamente equivocado. Solo pensar en él haciéndome eso me hizo arquear la espalda y apretar el trasero contra su cuerpo.

Se me escapó el aire de los pulmones con un jadeo inestable. Le sentí, supe de inmediato que lo que había visto en su mirada era real. No era ajeno a todo eso, pues estaba empalmado contra mi espalda mientras yo balanceaba las caderas pegada a él.

Aquello empezaba a descontrolarse.

Desplazó la mano sobre mi cadera bajándola un poco por el muslo. Rozó con la punta de los dedos la piel desnuda de la pierna izquierda, y me estremecí. Sin disimulos; aquí no había malentendidos. Ren volvió a deslizar los labios hacia arriba por mi garganta.

—Sigue en la mesa —dijo en un susurro apenas audible sobre la música y los gemidos que reverberaban a nuestro alrededor, cubriendo el sonido de mis palpitaciones.

Abrí la boca, pero él me atrapó el lóbulo de la oreja entre sus dientes, y mis palabras se perdieron en un gemido. Soltó una risita y yo quise odiarle por eso, pero mis sentidos estimulados propagaron el calor por mis venas.

Ren volvía a mover las manos. Desplazó poco a poco hacia arriba la que tenía en mi vientre hasta que un dedo alcanzó la zona inferior en la parte hinchada de mi pecho. Maldito sujetador, resultaba una barrera formidable, pero yo notaba los pezones endureciéndose y el ansia cada vez más potente. Entre breves jadeos, ya no estaba segura de si seguíamos bailando o más bien solo nos dábamos el lote.

Mi mirada excitada se desplazó un momento hasta donde se encontraba el antiguo y vi que Ren no había mentido. Unos nudos diminutos y deliciosos se formaron en la parte inferior de mi vientre cuando deslizó la mano bajo la falda, provocándome una sacudida que casi me hizo perder el ritmo. Le agarré el brazo clavándole las uñas en la piel.

Ren esperó.

Era obvio que yo estaba perdiendo la cabeza. No le aparté la mano, y eso era el permiso que necesitaba. Deslizó los dedos muslo arriba. Había fuego en mi sangre,

enardecida por el sonido profundo que retumbaba en él detrás de mí.

Su respiración danzaba sobre la inclinación de mi cuello y luego por la barbilla. Me dio un beso en la comisura de los labios, y noté su pecho agitado contra mi espalda.

—Un honor —susurró.

Mi corazón iba a trompicones, a ciegas. Casi como si yo estuviera en otro lugar. Observé a través de una neblina al antiguo que podía desenmascararme cruzando a buen paso el club en dirección a la salida. Se marchaba. Estábamos seguros, y era el momento de detener aquello, pero los dedos de Ren estaban ya tan cerca, aproximándose al pliegue entre los muslos... Yo no recordaba haberme sentido así nunca, como si no pudiera respirar. Entonces me tomó con su mano, y todo mi cuerpo reaccionó a aquel contacto íntimo.

El finísimo encaje no era protección suficiente. Cuando apretó su palma caliente contra el punto que parecía conocer, contra el nudo de nervios, pensé que iba a ver las estrellas.

Era una locura.

Pero me moría por su contacto, por él. Los pensamientos sobre faes antiguos se esfumaron. Esa distracción era tan peligrosa que no resultaba creíble, era estúpida hasta lo ridículo, pero mientras yo me agarraba a su antebrazo, para retener ahí su mano, una necesidad que ni siquiera entendía convulsionó todo mi cuerpo.

—Joder —maldijo él—. Quiero que te corras. Aquí mismo. Ahora.

Las palabras me devolvieron a la realidad, pero sus dedos habían encontrado el punto, rozando el tejido húmedo de las bragas y provocando una descarga de súbito placer. El nudo en mi vientre se contrajo mientras él movía el dedo hacia delante y hacia atrás. El deseo empañó todo sentido de la lógica.

—Dime que sí —ordenó con voz ronca—. Dime que sí y haré lo que quieras. Todo lo que quieras. Déjame hacerlo.

Conmocionada por sus palabras, conmocionada por la manera en que me apretaba contra su mano y por la tremenda necesidad de él, supe que tenía que poner fin a eso por... por muchas razones. Pero en realidad le estaba provocando apretándome así contra él, pues en el fondo deseaba que deslizara uno de esos largos dedos bajo las bragas. Mi mirada saltó por el club.

—Ivy.

—Pronunció mi nombre en voz baja como si fuera una maldición.

Yo estaba a punto de responderle cuando le vi aparecer sobre la pista de baile. La realidad me sobresaltó y me adelanté con una sacudida, soltándome de Ren. Su mano rozó mi muslo cuando me volví de cara a él. Me moría de anhelo, palpitaba... Mi cuerpo me aullaba protestando, incluso mi cerebro estaba confundido. Todo mi ser ansiaba que sus manos me dieran placer.

Ren se mostró aturdido cuando bajó la vista para mirarme. Dio un paso adelante, y sentí un sobresalto. El potente deseo estaba grabado en sus rasgos asombrosos. Ya

no parecía angelical, sino más bien un ángel caído decidido a poseerme. Mis palabras le detuvieron en seco:

—Está aquí —jadeé. Se quedó tieso, sin dejar de mirarme—. Marlon está aquí.

Por un momento, la expresión en los rasgos de Ren dijo que en realidad le importaba un bledo el antiguo, y mientras mi corazón se aceleraba pensé en serio que iba a cubrir esa repentina distancia que nos separaba y que íbamos a acabar como una de esas parejas de los sofás.

Pero recuperó el control, y yo hice el esfuerzo de pasar por alto la repentina decepción que inundó mi pecho. ¿Qué estaba pasando? No necesitaba algo así con Ren —fuera lo que fuese—, y menos ahora.

Respirando hondo, finalmente apartó la mirada y estudió la pista de baile. Un poco aturdida, vi al antiguo llamado Marlon subir las escaleras a grandes zancadas. En el segundo piso, de inmediato fueron a su encuentro hombres y mujeres, rodeándole cerca de los sofás. Dos faes se unieron a ellos, con la piel luminosa bajo unas luces más brillantes. Mientras Marlon se sentaba en el sofá, uno de los faes, un rubio alto y elegante, se instaló a su lado y le habló con aire serio.

Me dejé dominar por el instinto.

—Necesito subir ahí.

—¿Qué?

—Su tono era de incredulidad.

—Está ahí arriba y él es el motivo por el que nos encontramos aquí, ¿cierto? Hemos venido a enterarnos de algo. Y él acaba de llegar. No sabe quién soy.

Las luces de la pista de baile cambiaron de color, pasando de un blanco suave a un azul vibrante.

—Voy a subir.

—Ivy... —Me agarró del brazo, inclinándose de nuevo sobre la longitud dura de su cuerpo—. ¿Estás loca?

Le fulminé con la mirada.

—No, no estoy loca, idiota. Puedo subir ahí.

Entrecerró los ojos.

—No dudo en absoluto que puedas hacerlo. En realidad no es tan difícil. Joder, solo tienes que subir los escalones. Pero si se da cuenta de que formas parte de la Orden, no seré capaz de llegar a tiempo a tu lado.

—No te necesito para salvarme, Ren.

Solté mi brazo de un tirón.

Una vena palpitó a lo largo de su sien mientras bajaba la cabeza hacia mí.

—Es demasiado peligroso.

Le aguanté la mirada.

—La gente empieza a prestarnos atención.

Y no era mentira. Nos estaba mirando una pareja que bailaba cerca.

—Si seguimos así, los faes van a adivinarlo todo ellos solitos. O sea que suéltame. Iré ahí arriba y tú irás al bar.

Pasaron varios segundos y luego él hizo un gesto cortante de asentimiento.

—Sube.

—No necesitaba tu permiso —escupí como respuesta.

Ren sonrió.

—Encanto, sé lo que necesitas, y lo conseguirás.

Un sofoco me dominó todo el cuerpo con aquella mezcla de enojo y deseo abrasador. Alzando el brazo, le enseñé el dedo.

Se rio.

Tras dar media vuelta, crucé airada la pista, esquivando con facilidad los cuerpos que giraban. No podía creer lo que había hecho Ren: lo que yo le había dejado hacer. No había excusa alguna. Ahora no conseguía entenderlo; no podía permitirme una distracción así. Sacudiéndome de encima la excitación y la confusión persistentes, me concentré en mi trabajo.

Al pie de la escalera de caracol se hallaba un fae parado, pero no me detuvo cuando empecé a subir los peldaños. Medio esperaba que saliera a exigirme algún tipo de contraseña, pero por lo visto no se les pasaba por la imaginación que un miembro de la Orden se hubiera colado allí, y los humanos no eran una amenaza para ellos.

Pero yo sí lo era.

Cuando llegué a la segunda planta el pulso se me había estabilizado, y aminoré el paso al aproximarme hasta el grupo que rodeaba al antiguo. Todos ellos parecían idos, con los ojos vidriosos como si hubieran fumado una tonelada de hierba. Era evidente que se encontraban bajo el efecto de su seducción; también era posible que el antiguo se alimentara de ellos. Quería cogerlos a todos y mandarlos escaleras abajo, y sí, eso acabaría mal.

Acercándome un poco más al grupo, me detuve sujeta a la barandilla, observando el primer nivel. Busqué a Ren y le localicé sentado en el bar junto a un fae. De hecho, estaban hablando. Solté un resoplido y me volví de nuevo hacia el grupo. Apoyada en la baranda, consideré el siguiente movimiento.

Marlon se hallaba sentado en el centro del sofá, con sus amplios muslos extendidos y la elegante camisa negra medio desabotonada. El fae rubio se encontraba a un lado mirando a una humana cuyas uñas pintadas de rojo cereza se deslizaban tomándose demasiada confianza.

—Tenemos el control de otro —estaba diciendo el fae rubio.

Marlon sonrió a la mujer, pero la curva de sus labios perfectos carecían de todo calor, lo cual me obligó a preocuparme mucho por el bienestar de ella.

—Eso está bien. ¿Con este cuántos van, Roman?

—Serán cinco, una vez que se lleve a cabo.

Los ojos claros de Roman relucieron. Dijo algo más, pero no conseguí oírlo entre los potentes bajos de la música.

—Pero lo sabemos —añadió.

Volviéndome de lado, me aproximé muy poco a poco mientras intentaba mezclarme entre los que abarrotaban la zona privada. ¿Hablaban de cuántos miembros de la Orden habían matado? Eso parecía. Trent era el cuarto.

Marlon estiró el brazo para rodear con la mano la nuca de la mujer. Dijo algo demasiado bajo como para que yo lo oyera, sin apartar la mirada de sus ojos. La mujer deslizó la mano entre los muslos del antiguo. Jesús. Me apresuré a girarme.

—No disponemos de mucho más tiempo —oí decir a Marlon—. No podemos defraudarle. Esta vez, no.

¿A quién? Afiné el oído.

—Conocemos la ubicación —dijo Roman torciendo el labio superior.

Noté una opresión en el pecho. ¿Podrían estar hablando de la ubicación del portal?

—Te lo dije, ese hijo de puta se vino abajo, y esta vez no fallaremos.

—Y no somos los únicos que lo sabemos, además.

Marlon apretó más el cuello de la mujer, provocando unos gemidos entre sus labios.

La respuesta de Roman se perdió entre la risa etílica del sofá próximo, pero una noción horrorosa tomaba forma en la boca de mi estómago. ¿Que el hijo de puta se había venido abajo? A Trent lo habían torturado. Si lo que sospechábamos Ren y yo era cierto, que los faes perseguían a quienes pudieran conocer la ubicación de los portales, ¿la conocía Trent y se la había facilitado a los faes antes de matarlo? Dios, no sonaba nada bien, sobre todo si conocían la ubicación del portal.

Una camarera humana apareció en lo alto de las escaleras con una bandeja de chupitos; tres de las bebidas eran de un color púrpura extraño y vibrante. ¿Sería belladona? Mis sospechas se confirmaron cuando sirvió esos tres tragos, uno al antiguo y los otros a los faes, mientras repartía el resto de copas a los demás. Alzó la vista. Sus ojos eran marrón claro y no se veían vidriosos ni turbios como los de los demás. No se encontraba bajo los efectos de la seducción fae. Pero cuando se incorporó, el fae rubio sentado a la izquierda de Marlon arrastró un brazo en torno a su cintura para tirar de ella.

Perdiendo el equilibrio, dejó caer la bandeja vacía y aterrizó sobre el regazo del fae. Un estremecimiento de miedo cruzó su bonito rostro mientras el rubio le cogía la barbilla, torciendo su cabeza hacia él. Ella le agarró el brazo y sus nudillos se volvieron blancos.

Sabía lo que eran.

Sin soltar la cara de la camarera, el fae movió la boca sobre sus labios. Parecía un beso, era un beso, pero el beso de un fae era venenoso. Así se alimentaban de los

mortales, así les tenían enganchados.

Las manos de la camarera se escurrieron del brazo del fae poco a poco, hasta quedar apoyados inertes a los lados. Yo me adelanté, pero me detuve al instante antes de hacer algo estúpido. No intervenir era una de las cosas más duras a las que nos enfrentábamos. Una parte de mí se rompió, y mi alma se volvió más negra y dura, al observar ese brazo inerte y cómo las venas se oscurecían bajo la piel pálida antes de adquirir un tono azul más débil. Finalmente, el fae la soltó. Ella se levantó tambaleante, aguantándose a duras penas y buscando la bandeja. Esos ojos marrones ya no eran tan claros.

Apretó las manos en dos puños pero un movimiento atrajo mi atención. De pronto el fae moreno rodeó el sofá, y se dirigió hacia mí. La mirada en su rostro anguloso era como la de un león al detectar una gacela. Mi corazón empezó a latir con fuerza, pero mantuve una expresión cándida; lo cual significaba parecer medio estúpida mientras él avanzaba hacia mí, apoyándose contra mi espalda como un total asqueroso.

—Pequeña... —Una voz profunda y refinada me habló directamente al oído—. Pareces un poco perdida.

Enredando un rizo en mi dedo, me obligué a esbozar lo que confiaba que pareciera una sonrisa ingenua e inofensiva.

—Buscaba el baño. ¿Sabes dónde está?

—Añadí un risita para dar más efecto.

El fae de pelo oscuro era asombroso, el contraste de la piel plateada y el cabello resultaba seductor. Se acercó más y me rozó con la cadera. Me obligué a no moverme, a no reaccionar siquiera cuando me rodeó la muñeca con sus dedos fríos, apartándome la mano del pelo.

—El baño no está aquí.

No, mierda, tipo listo.

—Ahora me doy cuenta.

Indicó a un lado con la cabeza, un movimiento de serpiente.

—¿Cómo te llamas?

Tras un momento razonable para responder, que pareció un segundo, me tomó la barbilla con la otra mano, obligándome sin delicadeza a alzarla. Sentí un dolor en el cuello. Pegó su mirada a la mía, esos ojos azules de claridad poco natural.

—¿Cómo te llamas?

—Ana —mentí, manteniendo el contacto visual.

Dejó caer mi muñeca, pero entonces me rodeó la cintura con el brazo. No pestañeó, ni una vez, y supe que intentaba encandilarme con su seducción de fae. Me obligué a relajar el cuerpo, a mantener los brazos colgados a los lados cuando lo que en realidad deseaba era arrancarle los ojos y obligarle a tragárselos. Se acercó para pegarse más a mí, con su mirada perspicaz fija en la mía.

—¿Ana? Vaya nombrecito más tonto.

Bajó la cabeza con aliento gélido sobre mi mejilla. Era una buena oportunidad

para arrojarme sobre su cara.

—Perfecto para una tontita humana —añadió.

Se me detuvo el corazón mientras su frío aliento se acercaba más a mi boca. Ningún conjuro ni trébol de cuatro hojas impedía a un fae chuparte la vida. Si se acercaba más, lo haría, y yo tenía la impresión de que eso era justo lo que tramaba. Mi mente se aceleró. No podía permitirlo. Si me besaba, acabaría dando tumbos igual que la camarera, aturdida durante unos minutos o tal vez horas. Y si tenía suerte podría salir intacta, pero también podría llevárselo todo. De ninguna manera iba a permitir que eso sucediera, pero si actuaba, él sabría que no me había seducido, sabría lo que soy.

Mierda.

Deslicé un poco la mano derecha por el muslo. De ninguna manera iba a permitir que esa cosa se alimentara de mí. Si tenía que salir luchando de...

De pronto se oyó el sonoro gemido agudo de una sirena, resonando incluso más alta que la música. El fae me soltó y retrocedió con rostro crispado para echar una ojeada al techo.

—¿Qué diablos? —ladró tapándose los oídos con las manos.

Me vi empujada a un lado mientras uno de los humanos que se ponía en pie tambaleante chocaba conmigo. Como si el techo se abriera y entrara el sol, las luces superiores del local se encendieron iluminando el club con una luz agresiva.

La alarma contra incendios continuaba rugiendo, y mientras el fae se apartaba, me escabullí. Apresurándome hacia las escaleras, las bajé como una flecha, deslizándome entre otras personas que se movían mucho más despacio por los efectos de la seducción, la debilidad y el exceso de alcohol.

Al pie de las escaleras me esperaba Ren. Sin mediar palabra, me agarró de la mano y nos unimos al gentío en desbandada buscando la salida. Nos arrojaban a un lado y a otro, y yo no estaba segura de que hubiéramos seguido juntos de no habernos dado la mano. El olor a sudor y a alcohol era abrumador en medio de semejante manada.

Se oyeron gritos a nuestra espalda, un estremecimiento me recorrió la columna cuando el pánico cundió en serio, como una entidad tangible en el club. Alguien me golpeó en la espalda, lanzándome hacia delante. Trastabillé, pero recuperé el equilibrio y no caí. Al dirigir una mirada en dirección a Ren, vi el gesto duro en su mentón y la mirada al frente. Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, salimos en tromba a la calle, al aire nocturno. No nos quedamos a esperar con el resto de la gente que vagaba por la acera delante del club o con quienes se habían parado formando pequeños corros. Las sirenas resonaban en la distancia. Tomando de prisa una calle a la izquierda, avanzamos hacia el parking donde estaba el camión.

Esperé a cruzar la calle antes de hablar.

—Has disparado la alarma, ¿verdad?

—¿De qué otro modo iba a sacar tu bonito culo de ahí? —respondió sin mirarme.

—Lo tenía todo controlado.

Dio un resoplido.

—No daba esa impresión desde donde yo me hallaba. Parecías a punto de convertirte en un pastelito relleno.

La irritación me carcomió de dentro hacia fuera, sobre todo porque tenía razón, y porque reparé en que todavía me cogía de la mano. ¿Qué pretendía con eso? Meneé los dedos para soltarme y me resistí a la necesidad imperiosa de borrarle esa sonrisita de los labios de un tortazo.

—Creo que saben dónde está el portal.

Eso captó su atención. Me dirigió una mirada mientras seguíamos hacia delante.

—¿Qué te hace pensar eso?

Le expliqué lo que había oído, y soltó una maldición en voz baja.

—Si saben dónde está el portal y nosotros lo desconocemos, ya nos podemos dar por jodidos.

—Bien, no seas tan negativo —farfullé entrecerrando los ojos al ver pasar un coche de policía a toda velocidad—. Vayamos a avituallarnos de agua y latas de alubias.

Me miró de soslayo.

—Pongamos que esos miembros de la Orden que mataron eran guardianes del portal. Eso significa que ahora son bajas y que los sustitutos que nombra la Orden no van a ser tan diestros ni van a estar tan preparados cuando los faes lancen su ataque... porque lo harán. Y si abren el portal...

Entramos en el garaje apenas iluminado.

—Entiendo, pero... ¿no podemos acudir a David? Quiero decir, pienso que tenemos pruebas suficientes a estas alturas. Juntos podemos conseguir que lo entienda. Es el líder de la secta. Él debe saber dónde está el portal.

Ren no contestó durante un momento.

—¿Y si David es quien colabora con ellos?

Solté un jadeo al detenerme cerca de una viga de cemento.

—¿Hablas en serio?

Se volvió hacia mí, con los rasgos ensombrecidos.

—No lo sabemos, Ivy. Podría ser cualquiera.

—Podría ser yo —le desafié.

—Te pegaron un tiro. Por algún motivo creo que no dispararían a la persona que les ayuda. Al menos aún no —contestó con sequedad—. Además, eres... demasiado fuerte para eso.

Ahora le miraba boquiabierto por otros motivos.

—Y no me preguntes cómo sé que eres demasiado fuerte. Se me da de coña juzgar el carácter —siguió, y mis cejas volaron hacia arriba—. No eres tú, y no confío en ningún otro miembro de la Orden, excepto tal vez en Jerome.

—¿Jerome se ha ganado tu confianza? Cuéntame, por favor, cómo ha logrado ese

honor.

Me sentí ofendida al pensar en los demás miembros de la Orden.

—Es demasiado mezquino como para que un fae realmente le seduzca —fue su razonamiento, y sí, digamos que tuve que reconocerle un tanto—. De los demás no me fío. Y tú tampoco deberías fiarte.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—Estoy segura de que ellos piensan lo mismo de ti.

—¿Crees que me importa una mierda lo que piensen? Eso no cambia el hecho de por qué estoy aquí y qué debo hacer.

Volviéndose de lado, se pasó la mano por el pelo.

—Esta noche no ha sido un total descalabro.

—Tienes razón, no lo ha sido. Gracias a mí.

Bajando el brazo me miró con expresión anodina.

—Oh, ¿de verdad?

Sonreí abiertamente.

—Ajá. Soy asombrosa. Esa palabra la inventaron para mí. Admítelo. Conseguí todos los detalles mientras tú hacías de muñeca parlante con un fae en el bar.

Entrecerró los ojos.

—Sabemos que van a por miembros escogidos de la Orden, seguramente los que conocen la ubicación del portal. Trabajan juntos. Es más de lo que sabíamos ayer —añadí.

Ren me miró de frente.

—¿Sabes qué estoy dispuesto a admitir?

Ladeé la cadera:

—Estoy esperando.

—Voy a admitir que te encontré exquisita como la seda cuando metí mis dedos entre esos bonitos muslos tan acojonantes.

Jo. Eso sí que no lo esperaba. Abrí los ojos mientras me invadía el calor.

—No... no sé de qué hablas.

Se rio:

—Eso es una chorrada.

—¡No, no lo es!

Desdoblando los brazos, la rabia provocó mis siguientes palabras. Mi rabia iba dirigida sobre todo contra mí.

—¿Qué sucedió dentro del club? ¿Qué crees que fue?

Ren se adelantó un paso bajando la voz.

—Eras tú a cinco segundos de tener el mejor orgasmo de tu vida.

Oh, Dios, no podía haber oído eso.

—Serás... —Y yo, ¿por qué cuernos le había preguntado?—. Era una actuación —escupí al final—. Estaba fingiendo.

Se encontraba a tan solo un centímetro de mí, y cuando se rio sentí ganas de

pegarle.

—¿Fingiendo? ¿Por dentro también finges?

—¿Eres un puto loro o qué?

—Oh, Ivy, encanto... —Se rio en voz baja—. Qué mal mientes, ¿lo sabes?

Cerré los puños.

—No estoy mintiendo.

—Pues vale. Entonces, ¿cómo explicas que se mojaran tanto tus bragas? Estaban empapadas.

Abrí muchos los ojos. Me sentí humillada, pero por lo visto él no había acabado todavía.

—Apuesto a que aún puedo notarlo en mis dedos. ¿Dices que fingías? ¡Ya! Entonces eso tan dulce que tienes entre los muslos es tan buena actriz como tú.

Yo ya no podía ni pensar.

Dando un paso adelante, me abalancé para pegarle. No un tortazo de fulana, no. Apunté con mi puño cerrado a su mandíbula. Por desgracia, él era demasiado rápido para eso. Me cogió por la muñeca antes de alcanzarle con el puño.

—Esto no mola —dijo—. No tienes motivos para ponerte tan violenta, y encima mentir.

Mi cólera no conocía límite.

—Oh, Dios mío, serás arrogante, presumido hijo de...

—No actuabas ni fingías. —Su voz se volvió más severa, el tono bromista había desaparecido—. Estabas montada sobre mi mano y, Ivy, no hay nada malo en eso, qué caray. Lo malo es que actúas como si no sucediera nada entre nosotros. Eso sí que es una mierda. Estallaste como los fuegos artificiales y yo apenas te toqué.

—Yo...

Me di contra la viga, y antes de volver a respirar, tenía todo el cuerpo duro de Ren apretado contra mí. Bajó la cabeza con su rostro pegado al mío.

—No vuelvas a decirme que fingías. Tú y yo sabemos la verdad. Te deseo. Creo que lo he dejado perfectamente claro.

—Tan claro como el vidrio de una maldita ventana —repliqué frustrada por mil y una razones igual de importantes.

Torció los labios.

—¿Y qué pasa ahora?

Dejó caer una de sus manos sobre mi cadera y me estrujó un poco mientras sacudía la cabeza:

—¿Aún le quieres?

Me quedé tiesa como si me hubiera caído un chaparrón helado.

—¿Qué?

—¿Aún amas al novio que perdiste? —preguntó—. ¿Es eso?

Una parte importante de mí no podía creer que se atreviera a plantear esa pregunta, que mencionara a Shaun mientras nos encontrábamos ahí los dos, tan

próximos. Por algún motivo, no me parecía bien, como si escupiéramos sobre su recuerdo. Pero aun así las palabras salieron de mi boca:

—Una... una parte de mí siempre le amaré.

—Lo cual significa que sigues enamorada de él.

Bajando la vista, no pude responder a eso. Perder a Shaun había tenido un efecto devastador, y el papel que yo desempeñé en su muerte casi acaba conmigo. Pero no seguía colgada de él. No de ese modo, y no podía mentir usándolo como excusa.

—Entonces no lo entiendo.

—¿Por qué me deseas, para empezar? —Me temblaba la voz—. Apenas me conoces.

Se quedó mirándome un momento con los rasgos marcados por la incredulidad.

—Lo que sé es que no hay garantía de que mañana vaya a existir. No hay promesa de que haya otro día o semana para nosotros. Cuando quieres algo, vas a por ello. No necesito saber la historia de tu vida para desearte. Y no me contestes dando la vuelta a lo que te digo. Ya veo cómo se forma la respuesta en tus bonitos ojos azules. Quiero conocer tu historia. Quiero conocerte, quiero... oh, qué demonios.

Ren me tomó de la mejilla, y me echó la cabeza hacia atrás con delicadeza y, sin darme tiempo a respirar, me besó.

No fue un beso lento o seductor.

Poseyó mis labios como si intentara declarar mi cuerpo propiedad suya, y mi alma, y cada parte de mí. Su boca era exigente, con la cabeza inclinada sobre mí moviendo los labios, siguiendo con la lengua las comisuras, deseando separarlas, y yo... me abrí a él. Mis labios se apartaron, y él profirió ese sonido, aquel gemido animal que lanzó llamaradas sobre mi piel. Ahondó en el beso, y deslizó la lengua sobre la mía, hasta el paladar. Me poseyó con su boca, me saboreó y me reclamó.

Cuando alzó la cabeza, respiraba hondo mirándome a los ojos. Yo solo veía remolinos verdes mientras él pasaba el pulgar por mi labio inferior.

—Nunca... nunca me han besado así —susurré, asombrada por el hormigueo en los labios.

—Oh, joder, Ivy —gimió, y entonces su boca volvió sobre la mía.

Esta vez exploró con pausa, como si elaborara un mapa de los contornos de mis labios, y yo... le devolví el beso.

Me apretó la cadera con la mano cuando yo moví la lengua por su labio, y gimió dentro de mi boca. Deslizó la mano hasta el muslo y luego la metió bajo el dobladillo del vestido. Esos dedos diestros pasaron sobre la daga, y me invadió un intenso calor, eclipsando todo pensamiento. No entendí por qué. No me importaba. Rodeándome el trasero con una mano, me puso de puntillas y ajustó sus caderas a las mías, y yo le noté contra mi núcleo. Me atravesaron unos afilados vértices de placer. Rodeé su cuello con mis brazos, y ese beso... Oh, Dios, alcanzó un nivel nuevo por completo, y lo que dije momentos antes era cierto. Nadie me había besado con una pasión tan enérgica.

Movió la mano bajo la falda, masajeando la carne, instándome a continuar, y eso hice. Arquee la espalda empujando las caderas contra las suyas mientras me aferraba a él. Dijo algo contra mi boca, entre besos; no conseguí entenderlo, pero noté un temblor agitando su duro cuerpo. Me perdí en él, rindiéndome a las sensaciones que creaba en mi interior.

Separándose del beso, apoyó la frente en la mía, pero aún movía la mano a lo largo de la curva de mi trasero. Su voz sonó pastosa:

—Voy a intentar ser un buen chico contigo.

Estallé en una risa temblorosa.

—Creo... que no lo estás consiguiendo.

—Pues si no me esforzara, a estas alturas, esas diminutas bragas ya estarían... —mover la mano hacia arriba y la coló bajo la tira alrededor del trasero, obligándome a jadear— en tus tobillos, y yo dentro de ti, aquí mismo, pegados a esta viga de cemento.

Me estremecí. Una parte de mí estaba dispuesta a todo lo que decía. Muchas partes de mí lo estaban.

—Pero me educaron un poco mejor que eso —añadió bajito.

La afirmación me sorprendió, pero volvió a besarme y esta vez fue diferente. Nuestros labios se rozaron una, dos veces, un acto infinitamente más suave, y no obstante tan demoledor como los besos más profundos y ardientes. Una serie de escalofríos me recorrió la columna de arriba abajo. Ren me besaba con delicadeza siguiendo el dibujo de mis labios, la presión de su boca me consumía, me despertaba, y no me dejaba pensar en otra cosa. Un calor deliciosamente perverso se deslizó por mi cuello, propagándose por mi pecho y luego más abajo.

De pronto unas risas reverberaron a nuestro alrededor, desde la entrada del garaje, advirtiéndonos que ya no estábamos solos. Con un último beso prolongado, levantó su boca de la mía y me dio una palmada en una nalga antes de retirar la mano. Dejándome en el suelo, me puso bien la falda del vestido. Luego tomó mis mejillas entre ambas manos.

—No nos apresuremos, pero no retrocedamos tampoco. ¿Vale? —Su voz sonaba suave y, Dios, quise rendirme a ella—. Veamos adónde nos lleva esto. Es lo único que tenemos. Es lo único que podemos prometernos.

Mirando esos ojos verde bosque, me encontré asintiendo. No podía creerlo.

Un lado de su boca formó una medio sonrisa y me besó en el centro de la frente, luego en la punta de la nariz.

—Salgamos de aquí.

Igual que los humanos del club a los que habían chupado la sangre, me moví como aturdida, andando a través del agua. Y mientras le seguía hasta el camión, ya no sabía qué era más peligroso para mí, si los faes o Ren, porque ambos tenían el poder de debilitarme.

El domingo por la mañana todo me resultó un poco raro. Bien, más raro de lo habitual. Ni siquiera estaba segura de lo que podía calificar como normal tras volver del club a casa la noche anterior y descubrir que Tink había abierto su propia cuenta de Twitter y estaba enredado en una acalorada discusión sobre qué actor era el mejor Doctor Who. Yo no había visto un solo capítulo en mi vida —francamente no podía importarme menos—, por lo que preferí evitar a toda costa esa conversación.

Cuando desperté, lo único en lo que conseguí pensar fue en el contacto con Ren, sus besos..., pero me negué a ceder al deseo anhelante. Me levanté y al instante salí a correr. Corrí más que nunca, pero la agitación que me retorció el estómago no acabó de desaparecer. No era una sensación desagradable, sino una mezcla de excitación y confusión que de hecho me hacía sentir... normal, vaya estupidez. Estaba perdiendo de vista mis prioridades, debería mantener la concentración en dar con la ubicación del portal y en cómo íbamos a detener a los faes a tan solo unos días del equinoccio. Seguía queriendo ir a hablar con David, intentar explicarle lo que habíamos descubierto, pero Ren había sido inflexible mientras conducía de vuelta a casa, pues consideraba que aquello era demasiado arriesgado. Fue entonces cuando tomé la decisión: si no podía hablar con Merle el domingo, iría a ver a David, con o sin su aprobación.

Y luego mis pensamientos regresaron a Ren.

Sabía cuál era el problema. No había hablado con nadie de él, y eso era lo que necesitaba, sacármelo de la cabeza para poder seguir adelante y concentrarme en cosas más importantes, como detener el asesinato en masa que iba a producirse si se abría un solo portal.

Pero Val canceló nuestro café dominical y la tradición de comprar un libro. Había enviado un SMS explicando que lo tenía complicado, y yo habría apostado de buen grado que tenía que ver con el tío con el que iba rompiendo camas por toda la ciudad. Llamé a Jo Ann, y acabamos en el café próximo al cementerio.

Vestida con una sudadera floja y una camiseta, y el pelo recogido en un moño descuidado, sabía que mi aspecto era desastroso en comparación con el cabello alisado y reluciente de Jo Ann, sus pitillos y su blusa. Mirándola, no conseguí entender por qué era tan tímida en lo que a tíos se refería. Era muy guapa, cariñosa, lista y amable.

Mientras ella sorbía su *latte* y yo tragaba mi té dulce como si participara en una competición de instituto, charlamos sobre nuestras clases, y luego me decidí a hacerlo. No sabía por qué resultaba tan duro o lo sonrojada que tenía la cara, pero lo

dije:

—He conocido a un tío —solté en torno a la pajita.

Jo Ann alzó las cejas.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—Hace unas semanas. Es... mmm, trabaja conmigo. Viene de Colorado —le dije, pasándolo mal porque era mucho lo que tenía que mantener en secreto.

Sonrió mientras nos recostábamos en la silla de mimbre, con los ojos relucientes de felicidad.

—¿Es majo?

—¿Majo? —repetí, con ganas de echarme a reír mientras jugaba con el vaso de plástico—. No creo que sea una palabra lo bastante fuerte para describirle.

—¡Oh, vale! ¿Es un tío bueno entonces?

Asentí mientras se dibujaba una sonrisita en mis labios:

—Digamos que está muy bueno.

—Vale. —Cogió su *latte* antes de seguir—: Tengo la sensación de que hay algo más. ¿Tal vez es un idiota?

—No —admití, alzando la vista—. De hecho, es simpático... y más bien encantador. Es agresivo, no en el mal sentido, no es un tío despreciable —me apresuré a añadir cuando Jo Ann empezó a fruncir el ceño—, quiero decir, es la clase de tío que si quiere algo no se corta en decirlo. No es tímido al respecto, en absoluto.

—De acuerdo. —Dando un sorbo, me estudió—. O sea, que está bueno y es simpático. Es un tío de los que toma el mando, pero no de mal rollo. —Cuando asentí, preguntó—: ¿Te gusta?

Abrí la boca pero, una vez más, me resultó difícil encontrar las palabras correctas. Estaban ahí, pero había un tapón en el fondo de mi garganta.

—Te gusta —bromeó.

Di un resoplido.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Bien, nunca antes me habías hablado de un tío, por lo tanto eso te delata —explicó. Colocó el codo en la mesa y apoyó la barbilla en la palma—. O sea, que te gusta y mucho. Admítelo. Dilo. Dilo, hazme ese favor, Ivy.

Me reí sacudiendo la cabeza.

—Vale. Dios. —Dejando que la cabeza cayera hacia atrás, gemí—: Me gusta. Ni siquiera sé por qué, pero me gusta.

—Te gusta porque por lo visto está bueno, es simpático y encantador.

—Y listo —rezongué, entornando los ojos.

Jo Ann soltó una risita.

—Suenas como si eso fuera malo.

—Lo es. —Alzando la cabeza solté una fuerte exhalación—. En realidad no le conozco.

Me observó con expresión desconcertada.

—Le conozco solo de un par de semanas, y sí, he sufrido un caso flagrante de deseo instantáneo, pero en cierto modo, digamos que somos unos completos desconocidos. —Me encogí de hombros—. O sea, que es una sensación extraña.

Abrió la boca, la cerró y luego volvió a abrirla:

—Ya sabes, seguramente soy la menos indicada para que me pidas consejo sobre relaciones.

—Muy cierto —me reí.

Jo Ann entrecerró los ojos.

—Pero sabes bien que por regla general toda la gente somos desconocidos al conocernos y luego vamos descubriéndonos, no sé, con citas, por ejemplo.

—La palabra «cita» no ha salido en realidad en las conversaciones.

—Oh —dijo y arrugó la nariz.

—Con franqueza, no le he dado ocasión de llegar siquiera a ese punto, por lo tanto no sé si está interesado en... tener una cita o solo busca rollo. No sé siquiera si me interesa una cita con él —admití.

La idea me aterrizaba porque sabía a lo que llevaría salir con él. A un desengaño como un templo y un corazón destrozado.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Si los dos lo queréis, a por ello. ¿Quién sabe? Tal vez él quiera una cita, tal vez tú también, y luego vayáis en serio. —Suspiró mirando hacia la puerta del café—. Tendría que aplicarme el cuento.

—Cierto.

Me sonrió.

Enredando con la pajita en mi té, respiré hondo mientras notaba un brusco vuelco en el corazón.

—El último... el último tío con el que salí, el único tío con el que he estado... murió.

Abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

Dado que Jo Ann estaba enterada de la muerte de mis padres, decidí que era mejor seguir con aquella media verdad. Los tres habían muerto a la vez.

—Murió con mis padres en el accidente de coche. —Di un respingo al decirlo, sobre todo porque no habían muerto así—. Le quería como se quiere al primer chico del que te enamoras, y le perdí.

La comprensión parpadeó en el rostro de Jo Ann mientras yo notaba el calor en mis mejillas. Hablar de Shaun nunca era fácil.

—Lo entiendo —dijo en voz baja—. No estás lista del todo para seguir adelante.

Le dirigí un vistazo y luego miré a la hilera de gente formada ante el mostrador. En realidad no les veía.

—Han pasado tres años y yo... creo que estoy lista para pasar página, pero... —Con dolor en el pecho volví la mirada hacia ella—. ¿Es eso malo? ¿Le traiciono de algún modo? Porque en parte es eso lo que siento, ¿me entiendes? Me pregunto por

qué yo consigo tirar adelante y él ha desaparecido.

—Oh, tesoro, eso no es traicionarle. No le conocí, como es obvio, pero si te tenía aprecio, no querría que dejaras de salir con otro chico o que no volvieras a enamorarte. —Estiró la mano sobre la mesa y me apretó los dedos—. Seguir adelante es lo que tienes que hacer. Eso lo sabes en lo más hondo de ti.

—Sí —susurré.

El tapón se había convertido en un nudo más deshecho, porque en ese momento, cuando intenté visualizar el rostro de Shaun, los detalles se habían empañado. Aparecía borroso y alejado, y eso dolía. Pero ella tenía razón, y yo lo comprendía en lo más hondo.

—A veces es abrumador —añadí.

—Permíteme que te haga una pregunta —dijo inclinándose hacia delante—. ¿Confías en él?

La pregunta rebotó en mi cerebro. Sé que ella lo decía en otro sentido, ya que no tenía ni idea de cómo nos ganábamos la vida Ren y yo, pero el significado era igual de importante. ¿Confiaba en él como para entregarle mi cuerpo? ¿Mi corazón y todos mis secretos? Una pregunta difícil de responder, no porque no supiera qué contestar, sino por lo que simbolizaba mi respuesta.

Encontré la mirada de Jo Ann, mientras se formaban pequeños nudos en mi estómago.

—Sí, confío en él.

Un poco después de las doce, nos despedimos y, mientras Jo Ann se subía a la parte posterior de un taxi, yo saqué el móvil y llamé a Brighton. Cuando me respondió y me dijo que estaba en casa, que Merle tenía buen día y que podía recibir visitas, casi bajé saltando los peldaños y realicé un pequeño baile en medio de la acera.

Conseguí controlarme de todos modos.

Mirando la pantalla del móvil con los ojos entrecerrados tras las gafas de sol, me apoyé en la pared que rodeaba el centro comercial. Le dije a Brighton que llegaría enseguida, pero no era lo único que le había dicho.

Le dije que tal vez no viniera sola.

Coloqué el pulgar sobre el número de Ren. Confiaba en él, pero eso era un paso muy serio. Nerviosa, alcé la vista y observé acercarse un tranvía. Luego, sin mirar, di al móvil.

Ren contestó al segundo tono.

—¿Ivy?

Hice una mueca.

—Sí, soy yo.

Su risita de respuesta sonó afectuosa.

—Lo siento. Es que me sorprende que me llames. Me imaginaba que debería esperar a mañana para verte si no salía de caza tras de ti.

Haciendo un esfuerzo para contener una sonrisa, anduve de un lado para otro bajo los robles junto a la pared de ladrillo.

—¿Estás ocupado?

—Para ti nunca.

Después de esto ya no pude reprimir la sonrisa atolondrada y agradecí que solo pasaran desconocidos a mi lado en aquel momento.

—¿Podemos quedar en el centro comercial de la calle Prytania? Me gustaría que vinieras conmigo a hacer algo.

Pasó un momento.

—Si te cuento las imágenes y pensamientos que me están viniendo fugazmente a la cabeza, seguro que me cuelgas.

—Seguro —contesté riéndome.

—Puedo estar ahí en veinte minutos. ¿Va bien?

Hice un gesto de asentimiento, y enseguida me sentí como una idiota porque estaba hablando por teléfono.

—Perfecto.

La moto negra de líneas elegantes paró junto al bordillo con un estruendo unos quince minutos después. Ni siquiera quise pensar en la velocidad a la que había conducido para llegar al Garden District así de rápido un domingo por la tarde.

Cuando me acerqué al asiento posterior de la moto, me tendió un casco y se quitó el suyo. Sonrió torciendo la boca y haciendo ostentación de uno de los hoyuelos.

—¿Adónde vamos, *milady*?

Sacudí la cabeza sosteniendo el casco.

—Está a tan solo un par de manzanas de aquí.

—Y tras darle indicaciones, me subí detrás suyo.

—Por cierto, estás genial hoy. Pareces una Ivy relajada. Nunca antes la había visto.

Me sonrojé. Quise darme un patada a mí misma.

—Cuidado con la mochila —continuó—. Habrá cosas afiladas y puntiagudas ahí con las que podemos jugar después.

Eso captó mi interés de varias maneras, todas extrañas. Me puse el casco y luego le rodeé la cintura con las manos, procurando no apretar la mochila. Tardamos solo unos minutos en aparcar delante de la casa prebélica de Merle y Brighton. Mientras lo hacía y se quitaba el casco, yo me saqué el mío. Me encontraba a punto de bajar de la moto cuando él se volvió.

Cogiéndome las mejillas con sus grandes manos callosas, descendió e inclinó la cabeza. Me besó, justo ahí en la acera, delante de la casa. Y no fue un beso casto o rápido. No pensaba que Ren supiera dar besos castos.

Su boca cálida se movió insistente y seductora sobre la mía. Lo único que pude

hacer mientras agarraba el casco entre nosotros, fue dejarme llevar por esa sensación.

Y era una delicia.

La moto aún zumbaba bajo nosotros, y mientras deslizaba la lengua sobre mi boca, yo jadeé dentro de la suya. Noté la sonrisa que formaban sus labios y quise arrojar el casco al suelo y echarme sobre él.

Pero sus labios rozaron los míos mientras murmuraba:

—Mmm.

—¿Y... y eso por qué? —pregunté parpadeante.

Se rio mientras se volvía para apagar el motor.

—Ha sido solo un beso porque sí. Acostúmbrate. Vas a recibir muchos de estos.

Me quedé observando su espalda.

—¿Y si no los quiero?

Miró por encima del hombro, arqueando una ceja.

—Los quieres.

Suspiré. Los quería.

—Y bien, ¿por qué estamos aquí? —Miró la casa con expresión curiosa—. ¿Ya estamos en la fase de irnos a vivir juntos?

—¿Qué? —Me mofé de él mientras bajaba de un salto de la moto—. No.

Con una sonrisa él se apeó también, quedándose de pie a mi lado con el casco colgando de sus dedos mientras observaba la verja.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Aquí vive una amiga mía. Se llama Brighton, y su madre solía trabajar para la Orden. En una ocasión la atraparon los faes y le chuparon la sangre, y desde entonces nunca ha vuelto a ser la misma. —Tras dirigir un vistazo a la casa, inspiré con cierta agitación—. Merle lo sabía todo... lo sabe todavía. Ocupaba un cargo bastante elevado. Tal vez sepa dónde se encuentra el portal.

Ren se quedó tieso mientras encontraba mi mirada con sus ojos verdes.

—¿Hablas en serio?

Asentí.

—Depende solo del... del ánimo que tenga. Intenté ponerme en contacto con ella antes, pero han estado unos días fuera.

Ladeó la cabeza y el sol rebotó en su mejilla.

—¿Has sabido que esta mujer podría decirnos la ubicación desde el principio?

—Sí. —Su mirada de acero no me intimidó lo más mínimo—. Vine a hablar con ella y no la encontré, pero entonces aún no confiaba en ti exactamente.

Bajó la barbilla.

—Así que estás diciendo que ahora confías en mí.

—Es obvio. —Levanté los brazos, con casco y todo—. O no te habría traído aquí.

—Habrías obtenido la información tú sola y...

—Lo más probable es que te hubiera contado que debíamos ir a comprobar un lugar. Simplemente no te habría dicho de dónde procedía la información.

—Chica lista —murmuró relajando los hombros—. Bien, vamos por faena entonces.

Fruncí el ceño.

—¿No estás enfadado?

Se retiró un rizo rebelde de la frente.

—Entiendo por qué no confiaste en mí de entrada, pero ahora sí confías. Eso es lo que importa.

Cuando se encaminó hacia la verja, yo me adelanté y le cogí del brazo.

—Por favor, recuerda que Merle a veces no actúa con normalidad, ¿vale? Puede tener un día perfectamente normal o puede que no.

Sus rasgos se suavizaron.

—Lo entiendo, Ivy.

Aliviada, le solté la mano y nos pusimos a andar por la acera. Cuando llegamos al porche de entrada, la puerta se abrió y salió Brighton con su cabello dorado recogido hacia atrás en una alta cola de caballo.

Brighton tenía veintitantos, y por lo que yo sabía, nunca se había casado... ni nada parecido. Había estado activa dentro de la Orden, pero desde el incidente con su madre, su vida giraba en torno al cuidado de Merle. No era fácil, desde luego, y podía resultar solitario.

Con sus vaqueros cortos y una camiseta de deporte, bajó los escalones con las chancletas dando en los listones de madera. De los vaqueros colgaban trocitos de tierra. Era encantadora a su estilo sureño. Si viajáramos cien años atrás, ella quedaría bien entre las bellezas sureñas del baile; tenía ese tipo de hermosura delicada.

Su mirada marrón seria y melancólica pasó de Ren a mí mientras se nos acercaba. Me adelanté un paso:

—Brighton, este es Ren. Forma parte de la Orden.

Le dedicó una sonrisa breve y reservada que no alcanzó del todo sus ojos.

—Eres nuevo.

—Sí, así es —respondió arrastrando las palabras, irradiando encanto—. Soy de Colorado. Me acaban de trasladar aquí, a principios de mes.

Ella se pasó las manos por los vaqueros.

—Vaya, estás lejos de casa.

Ren sonrió, curvando los labios sin esfuerzo.

—Eso es verdad. Qué casa tan bonita. No tenemos casas así en mi tierra.

—Gracias.

Brighton se volvió un poco para echar una ojeada a la casa antes de dirigirse a mí:

—¿Puedo preguntar el motivo por el que te gustaría ver a mi madre?

No sabía si a Ren iba a gustarle la información que yo estaba a punto de desvelar, pero tendría que hacerse cargo.

—Están pasando cosas raras en la ciudad. Como sabes hemos perdido cuatro miembros en muy poco tiempo, y pensamos... pensamos que eran guardianes del

portal.

Brighton abrió los ojos con inquietud.

—¿Qué?

—Pensamos que los faes intentan abrir el portal de Nueva Orleans —explicó Ren—. Y ya sabrás que los portales ceden durante el equinoccio...

—Solamente pueden abrirse durante el equinoccio y el solsticio —corrigió, doblando los brazos sobre el pecho—. ¿Qué opina David al respecto?

—No se lo hemos contado aún. —Aquí llegaba la parte peliaguda—. Brighton, si los miembros asesinados eran guardianes, y hay indicios de que lo fueran, entonces alguien dentro de la Orden tiene que estar pasando nombres a los faes. No podemos...

—No podéis confiar en mucha gente en tal caso. —Apretó los labios mientras sacudía la cabeza—. ¿Quieres hablar con mi madre sobre la ubicación del portal?

—Si alguien lo sabe, tiene que ser ella.

—Si se acuerda —respondió bajito—. Ya sabes cómo tiene la cabeza. Algunos días...

—Lo sé, y Ren también. Estamos preparados. Pero cualquier posibilidad de que sepa algo, por pequeña que sea, será provechosa.

Brighton asintió despacio.

—Hoy tiene un buen día.

—Bien.

Miré a Ren y me gustó no descubrir una sola mirada reprobatoria en su rostro. Dado que nos educaban valorando la fuerza mental y física por encima de todo, muchos de los miembros de la Orden menospreciaban a Merle.

—No nos alargaremos demasiado —comenté.

Brighton vaciló un momento y luego se volvió.

—Está en el jardín.

Dejando los cascos en la silla de mimbre, seguimos a Brighton por el porche que bordeaba la casa. Según nos acercábamos a la parte posterior, escuchamos una suave cadencia de jazz, que salía al patio por la puerta trasera de la casa. Bajamos del porche y seguimos el sendero que se adentraba en el frondoso jardín.

Merle estaba arrodillada ante un rosal con sus guantes verdes cubiertos de tierra, dando palmaditas en la tierra fresca alrededor de una flor recién plantada. Había un jarro de té sobre una mesita, con dos vasos medio llenos.

Brighton se aclaró la garganta.

—Mamá...

—Sé que tienes compañía, cariño. Aunque tenga algunos pájaros en la azotea, no estoy sorda —dijo Merle con voz uniforme y almibarada—. Y no es que os hayáis acercado por el patio en silencio precisamente.

Ren levantó una ceja en mi dirección y yo sonreí.

—Hola, Merle —anuncié.

—Hola, querida.

Sacándose los guantes, los dejó caer sobre la tierra y a continuación se levantó volviéndose hacia nosotros. Merle tenía cincuenta y tantos, pero podría pasar por alguien diez años más joven. Con su pelo color trigo y una piel de porcelana casi perfecta, era un misterio cómo se mantenía tan pálida y sin arrugas pasando la mayor parte del tiempo fuera en el jardín. Solo se le arrugaba la piel en el contorno de los ojos y de la boca cuando sonreía.

—Hacía bastante tiempo que no te veía; al menos has traído contigo a alguien que nada tiene que ver con esa desvergonzada.

Me mordí la mejilla por dentro cuando Ren alzó la ceja aún más.

—Está hablando de Val...

—La desvergonzada —repitió Merle.

Y flotando hasta la silla próxima a la mesa, se dejó caer con poca gracia, enganchando la rodilla sobre la otra pierna.

—Mamá —suspiró Brighton moviéndose hasta colocarse tras la silla de su madre.

—Ojalá no la llamas así —dije yo—. Valerie es maja, de verdad. Solo porque tenga muchas citas, eso no la convierte en una desvergonzada.

Merleladeó la cabeza mientras cogía su vaso.

—Cielo, no es eso lo que la convierte en una desvergonzada.

Quise saber más, pero lo último que necesitábamos era irnos por las ramas, por lo tanto decidí que tocaba cambiar de tema.

—Merle, te presento a Ren.

—Sé quién es —dijo para gran sorpresa mía y de Ren. Dio un sorbo al té mientras le observaba por encima del borde del vaso—: Renald Owens.

—¿Renald? —Le miré alzando ambas cejas—. ¿Renald es tu nombre de pila?

¿Eran dos manchas de rubor lo que vi extendiéndose por sus mejillas? ¡Ja! Se estaba sonrojando.

—¿Por qué crees que me llaman Ren? —contestó con sequedad—. Señora...

—Llámame Merle, cielo. Y vas a preguntarme cómo sé quién eres. Conozco, bueno, conocía a tus padres. Espero que sigan bien.

—Sí, están bien.

—Ren sacudió la cabeza, totalmente descolocado.

Merle siguió estudiándole.

—Vaya joven tan guapetón, Ivy.

Abrí mucho los ojos, pero no me atreví a mirar a Ren.

Merle me guiñó un ojo y Brighton le dio una palmadita en el hombro.

—Mamá, están aquí para consultarte algo importante.

—Oh, ya lo sé. ¿Por qué no os sentáis los dos? —Hizo un gesto en dirección a las sillas que tenía enfrente—. Como en vuestra casa.

Ren me dedicó una mirada larga y desconcertada mientras hacíamos lo que nos ordenaba. Una vez sentados, volví a intentarlo.

—Estamos aquí para...

—Como he dicho, querida, sé por qué estáis aquí. Tiene que ver con la Elite. —Soltó una risita de chiquilla—. No me mires tan sorprendido, chico guapo. He dicho que conocía a tus padres y lo sé todo sobre la Elite. Y si estás aquí significa que los antiguos andan buscando problemas.

Después de quedarme helada, lo único que pude hacer fue observarla. Por todos los demonios, durante todo ese tiempo Merle había estado enterada. La excitación burbujeó en mí, pero una gran sensación de recelo la seguía de cerca. Esto era demasiado fácil.

—¿Sabe de los antiguos?

Ren se inclinó hacia delante apoyando las manos en las rodillas mientras Brighton cambiaba de postura con inquietud tras su madre.

—Sé que no todos los faes buscan lo mismo.

Merle le estudió un momento mientras yo pensaba que aquella era una afirmación de lo más extraña.

—Hijo, además sé por qué estás en realidad aquí. Sé lo que significa que te encuentres aquí.

Me puse tensa, sintiendo frío de pronto pese a la brisa cálida que agitaba las abundantes flores. Ren se recostó en el respaldo y su expresión cambió, en su rostro apareció una mirada impasible que me dejó el estómago helado.

—Señora... —empezó a decir, pero ella no iba a permitirle hablar.

—Sé lo que hace la Elite. Sé que tu grupo da caza a los antiguos, pero no es vuestro único deber.

Agitando el vaso, hizo tintinear el hielo. Su sonrisa empezó a desvanecerse al volver la mirada hacia mí:

—¿Qué quieres saber, preciosa?

En aquel momento quería saber cuál era el otro deber de Ren, algo que por lo visto yo desconocía, pero Brighton habló mientras se arrodillaba al lado de la silla de su madre para atraer su atención.

—Creo que quieren saber dónde se encuentra el portal.

—Por supuesto. —Desplazó la mirada escrutadora a su vaso—. Yo era guardiana en otro tiempo.

Me tragué el jadeo de sorpresa. Siempre había sabido que Merle había ocupado un cargo alto en la secta, pero no tenía ni idea de que fuera guardiana. Dios bendito, si era cierto lo que decía, ella conocía bien la ubicación de la puerta, y en ese preciso momento aquel era el conocimiento más importante. Me ocuparía de Ren después.

—Lo sé todo —continuó diciendo, con la mirada fija en algo que no podíamos ver nosotros—. Las defensas y cerrojos para precintar las entradas, la sangre requerida para abrirlas, el cristal que puede sanar. —Su sonrisa fue breve y rápida, aunque yo no tenía ni idea de a qué se refería con el cristal—. Luego encontré mi igual. O eso dicen. No recuerdo en realidad ese día.

—Mamá —susurró Brighton estirando la mano para estrechar los dedos de su madre—. ¿Sabes dónde está la puerta?

—Tesoro mío —murmuró cogiendo a Brighton por la barbilla sin dejar de sonreír con aire risueño—. No hay solo un portal en nuestra ciudad. Hay dos.

Inspiré con brusquedad.

—¿Hay dos?

Asintió mientras buscaba la jarra para servirse otra taza de té.

—Sí. ¿Te sorprende? Estamos en Nueva Orleans, y bien... la tierra aquí está mancillada y también bendita. Es el único lugar que conozco donde existen dos entradas al Otro Mundo.

—¿Está segura? —preguntó Ren—. No quiero ofenderla con esta pregunta, pero nunca había oído que hubiera dos puertas en una misma ciudad ni tan siquiera a cien millas, una de la otra.

—No me ofendo.

Un mechón de pelo rubio voló ante su rostro.

—Una está ubicada en el santuario, la otra está en un lugar en el cual la atmósfera es tan inestable que ni los humanos ni los espíritus pueden descansar.

Brighton dio un respingo y bajó la barbilla.

Se me heló la sangre.

—Merle, no te entiendo bien, no te sigo.

La mujer arqueó una ceja en mi dirección.

—Es bastante sencillo, pequeña. Ambos son sitios bien conocidos, y no sé cómo decirlo con más claridad.

Yo tenía varias ideas sobre cómo podría decirlo con más claridad, pero cuando Merle centró la atención en Ren, supe que su mente había pasado a otra cosa. En muchas ocasiones anteriores hacía una afirmación vaga pero perfectamente comprensible para ella, y después rehusaba dar más explicaciones, bajo ningún concepto. Lo que significaba que se había acabado la visita. Frustrada, me obligué a permanecer quieta en la silla.

—Merle...

—Calla... —dijo, y yo me quedé parada, mirándola boquiabierta mientras procedía a estudiar a Ren de arriba abajo.

—Volvamos a lo más importante —le dijo—: ¿Aún no lo has encontrado?

Los hombros de Ren se pusieron tensos, su desasosiego era tal que se instaló en el patio como un manto basto y demasiado pesado. Negó con la cabeza de un modo casi imperceptible.

—Necesitas encontrarlo —dijo Merle. Y su tono de voz perdió la armonía anterior—. Sabes qué sucederá si abren el portal.

Ren alzó la barbilla.

—Lo sé.

¿Qué coño estaba pasando?

Un temblor se apoderó de Merle.

—Si el príncipe traspasa el portal... o la princesa... si encuentran la entrada, todo terminará, Renald. Todo.

Miré a Brighton llena de confusión, pero ella sacudió la cabeza.

—Mamá, ¿de qué estás hablando?

Merle se levantó sujetando el vaso con tal fuerza que sus nudillos se quedaron blancos.

—Renald, temo que esta vez esos portales no aguantarán. Está en el viento. Está en cada trino de los pájaros y en el suelo. Esta vez no fallarán, podrán con los portales.

Vale, esto empezaba a sonar raro. Normal, pero raro, porque era justo lo que había dicho anoche el antiguo. Y cuando miré a Ren, no... no parecía demasiado sorprendido, y el hielo en mi vientre se extendió por mis venas.

Merle dio un paso hacia él.

—Debes encontrar al semihumano.

¿Un semihumano? ¿De qué cuernos hablaban? Cualquier otro pensamiento se desvaneció al instante. Mi mirada rebotaba de Ren a Merle una y otra vez. En cualquier otro momento habría descartado eso como un mal momento de Merle, pero Ren... sí, ahí seguía, sin mostrar la menor sorpresa por nada de lo que esa mujer estaba diciendo, y yo estaba segura de la expresión de estupor total que tenía en mi cara.

—¿Semihumano? —Brighton habló sacudiendo la cabeza—. Mamá, ¿de qué hablas?

Al final Merle apartó la mirada de Ren y se quedó observando su vaso una vez más.

—No debería existir, pero existe. No por mucho tiempo. No puede. O al menos eso es lo que dicen —murmuró, y la mano en la que sostenía el vaso empezó a temblar—. Antes solía haber muchos más. Cientos, cuando no miles, pero ¿ahora? Tal vez un puñado. Tal vez ni siquiera media docena. Porque son una amenaza para todo. Para todo —escupió con amargura.

Ren se levantó lanzándose hacia delante, pero era demasiado tarde. El vaso en la mano de Merle se hizo añicos. Una lluvia de té y fragmentos afilados cayó sobre el suelo, con sangre entremezclada también. Me levanté de un brinco con los ojos muy abiertos.

—¡Mamá! —Brighton le cogió el brazo, con el rostro muy pálido—. Mira, ¿te has cortado!

Merle frunció el ceño mientras observaba su mano ensangrentada. Bajo el sol destellaban las astillas de vidrio, clavadas en su palma.

—No estoy segura, cielo mío, pero no me siento muy bien.

—Lo lamento, pero creo que es preferible que os vayáis ahora —dijo Brighton rodeando los hombros de su madre con el otro brazo—. Es suficiente por hoy.

No la detuve. Demasiado alterada por lo que había hecho Merle, observé a Brighton guiarla hacia la parte posterior de la casa.

—¿Podemos hacer alguna cosa para ayudarte? —preguntó Ren.

Brighton no se detuvo ni un segundo:

—Lo mejor es que os vayáis, es lo mejor, por favor.

Cerré los ojos brevemente y contuve una maldición cuando oí el golpe al cerrarse la puerta trasera.

—Oh, Dios, esto no ha acabado bien.

Ren seguía en silencio cuando me volví hacia él. No me miraba, tenía la vista fija

en el cristal roto, el té vertido... y la sangre. Di un paso hacia él y hablé en voz baja.

—Una parte de mí quiere pensar que lo que ha dicho Merle al final no significa nada, pero no creo que sea el caso, ¿o sí?

Mirándome de soslayo un breve instante, sacudió un poco la cabeza. El terror arraigó en mí y tomó forma.

—No me lo has contado todo.

—No.

Varios sentimientos se precipitaron por mi interior al mismo tiempo, dejándome sin saber qué sentir. La decepción y la rabia lo coronaban todo. Había confiado en él, aunque yo también le había dejado de contar un montón de cosas. Dios los cría y ellos se juntan, me dije esforzándome por mitigar las cosas, pero costaba, vaya si costaba, porque tenía ganas de darle un puñetazo en el brazo. Normalmente yo no era la clase de persona experimentada que puede dar lecciones, por lo tanto me sentí orgullosa al ver que lograba sobreponerme:

—¿De verdad existe algo como ese tal semihumano? ¿Por qué estás aquí en realidad, Ren?

Echando hacia atrás la cabeza, soltó un suspiro de agotamiento y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Deberíamos irnos.

—No voy a irme hasta que me digas qué está pasando de verdad aquí.

Se volvió hacia mí.

—Te lo contaré todo, aunque acabe conmigo.

—¿Acabar?

—Sí, el asunto es así de importante, Ivy. Por lo tanto, no voy a hacerlo aquí. Necesitamos ir a un sitio donde podamos hablar. Vives cerca, ¿no?

Una parte de mí quería quedarse allí clavada, pero teníamos que salir del patio para que Brighton no se preocupara aún más por su trastornada madre. Por otra parte, no podía llevarle a casa, no sin avisar antes a Tink.

Tenía que agenciarme de una vez un teléfono fijo con contestador para poder dejarle mensajes. Lo añadí a mi lista de cosas pendientes.

—No podemos ir a mi casa —dije pasando por alto la mirada severa que me dedicó.

Me estudió un momento.

—Entonces podemos ir a la mía.

El nerviosismo me contrajo el estómago. ¿Su casa?

—No sé si es buena idea.

—Pensaba que confiabas en mí.

Una sonrisa irónica apareció en su cara.

Alcé la barbilla:

—Eso era antes de descubrir que no has sido sincero al cien por cien conmigo.

—Nada ha cambiado entre nosotros, Ivy. Hay... había algunas cosas que

sencillamente no podía contarte..., que sencillamente no ibas a creer.

Con un suspiro, se pasó la mano por el pelo:

—No voy a mantener esta conversación en público. En mi casa o en la tuya.

La mía estaba descartada porque no tenía ni idea de qué estaría haciendo Tink ahora mismo.

—Lo que tú digas, Renald.

Pasé junto a él a buen paso, dirigiéndome al porche para poder recoger los cascos.

—En tu casa —añadí.

Me dirigió una mirada mortificada.

—Me gustaría de verdad que no me llamaras así.

Di un resoplido.

—Y la gente en el infierno pide agua fría.

—La gente en el infierno está muerta, y pasar sed seguramente es la última de sus preocupaciones.

Subiendo al porche, sacudí la cabeza mientras echaba una ojeada a la puerta cerrada. Un hormigueo de culpabilidad me recorrió la piel; me sentía despreciable. Merle no se habría lastimado si no hubiéramos venido hoy, pero no podía rebobinar y cambiar la historia.

Y tenía la sensación de que después de aquella conversación con Ren, ya nada volvería a ser igual.

*R*en vivía en uno de esos antiguos almacenes reconvertidos recientemente en estudios y apartamentos de una sola habitación. Con su propio aparcamiento, un amplio montacargas industrial, pasillos con vigas de acero a la vista en el techo y muros de ladrillo; el lugar tenía un aire moderno y excéntrico. Sin duda era caro, y si la Orden no pagara tan bien, dudaba de que pudiera permitirse el tipo de alquiler que le estarían pidiendo.

El apartamento estaba en el sexto piso, justo al salir del ascensor, y cuando abrió la puerta me encontré en un espacio diáfano bastante espartano y dominado por la fragancia limpia y fresca que me recordó al detergente que usaba Holly para lavar la ropa.

Había un amplio sofá en el salón y una mesa de centro con vidrio superior situada cerca de la gran tele de pantalla plana que colgaba de la pared de ladrillo gris y blanca. Aparte de una foto en un extremo de la mesa, nada daba un toque personal.

Eché una ojeada a la cocina. Todo el menaje era nuevo, de acero inoxidable. Era la cocina de un chef, con un horno doble y un reluciente extractor que descendía desde el techo superior hasta la cocina a gas con parrilla, pero no había mesa, solo dos taburetes de bar metidos bajo la isla. Al otro lado del salón había dos puertas. Supuse que una llevaba al dormitorio y la otra al baño.

No parecía que alguien viviera ahí.

Ren se sacó la mochila y la dejó sobre el sofá. Se fue hasta la mesa central y recogió un bol vacío. La cuchara repiqueteó cuando volvió a agacharse para coger también una taza de café azul oscuro.

Estaba ordenando un poco. Eso era un detalle, diría yo. Y normal.

Me acerqué a la mesa para echar un vistazo a la foto. Era una foto de familia, sin duda de Ren con sus padres. Estaba más joven, tal vez tuviera dieciséis años, y con esa amplia sonrisa y hoyuelos, se le veía adorable ahí de pie entre el hombre y la mujer con quienes guardaba gran parecido. Una montaña con la cumbre nevada llenaba el fondo, pero iban en camiseta. La foto me fascinó: los rostros sonrientes, las miradas felices.

Mirándome por encima del hombro, Ren se fue a la cocina.

—¿Quieres beber algo? —ofreció—. Sugiero algo un poco más fuerte que el té para esto.

Apartando la mirada de la foto, le observé dejar el cuenco y la taza cerca del fregadero. Se fue andando hasta el frigorífico, con los músculos marcados bajo el tatuaje y abrió la puerta.

—No bebo.

—¿Te importa si tomo una cerveza?

Negué con la cabeza.

—En absoluto.

—Ponte cómoda.

Mientras Ren rebuscaba en el frigorífico, yo me encaminé hacia la puerta que suponía que daba al baño, pero cuando la abrí, me quedé observando un montón de sábanas y toallas bien ordenadas.

—¿Sabes doblar sábanas?

Desde la cocina, Ren contestó:

—Sí.

Fruncí el ceño.

—¿Eres al menos humano? Ningún mortal corriente puede doblar una sábana ajustable.

—Tengo mis habilidades maniacas.

Desde luego que sí.

—¿Puedo preguntarte qué buscas en mi armario? —preguntó en tono alegre, burlón.

Cerré la puerta un poco ruborizada.

—De hecho, estaba buscando el baño.

—A través de mi dormitorio. No es muy práctico para los invitados ni para salvaguardar mi vida privada.

Volvió al salón con aire arrogante llevando una botella de cerveza en una mano y una lata de refresco en la otra. Tras dejar la lata sobre la mesa, se acercó a la segunda

puerta y la abrió.

—Por aquí, a tu izquierda. La otra puerta es el armario y, no, este no está tan ordenado como el de la ropa blanca. Te espero aquí fuera.

Entrar en el dormitorio de Ren me produjo una sensación rara. No había estado en la habitación de un tío desde Shaun, y era como andar por su santuario. Al igual que en el salón y la cocina, no había en realidad objetos personales. Solo una cama enorme con un edredón recogido en una pila, una cómoda de madera oscura, una mesilla, un estante... un estante lleno hasta rebosar de libros. Quise comprobar la clase de títulos que tenía, pero pensé que no quedaría bien enredar en su habitación. Entré deprisa en un cuarto de baño completo muy pulcro, hice lo mío y regresé al salón.

Ren estaba sentado en un lado del sofá modular, con las piernas elevadas sobre la mesa de centro. Se había quitado los zapatos, estaba descalzo. Mientras cogía el refresco, no pude evitar advertir que sus pies eran sexys, y nada más ocurrírseme aquello pensé también que necesitaba salir más si pensaba que los pies eran algo sexy.

Me senté apoyada en el brazo del sofá y me saqué las sandalias, metiendo los pies bajo las piernas. Ren me observó por el rabillo de sus bonitos ojos con densas pestañas mientras se llevaba la botella a los labios.

—Me gusta verte en mi piso —dijo—. Quería decírtelo.

Aturullada como una estúpida, decidí pasar por alto el comentario.

—Creo que lo suyo sería empezar por toda esa historia del semihumano —decidí.

—Buena idea. Mejor aclarar primero toda esta locura.

Apoyando el brazo en el respaldo, me miró y continuó:

—No vas a creerte nada de esto, así que antes de que continúe y me embale, necesito que escuches con actitud abierta. ¿Me sigues?

—Cazamos hadas, Ren. Tengo una actitud abierta.

Alzó una ceja.

—Y llevo viviendo en Nueva Orleans casi cuatro años —añadí—. He visto un montón de basura de lo más extraña.

—Tienes razón —murmuró dedicándome una breve sonrisa—. Un semihumano es el descendiente de un humano y un fae.

Parte de mí había sospechado algo así, pero me encontré negando con la cabeza, pese a acabar de afirmar que tenía una actitud abierta.

—Eso no... No creo que un fae y un humano puedan tener un bebé.

—No es fácil, de hecho, es raro, digamos, si lo comparas con los millones y millones de gente que tiene hijos. Pero es posible y sucede. Por lo que hemos averiguado, ocurre tan solo cuando no hay coacción. Por lo que sabemos, podría tener algo que ver con la magia seductora de los faes. Nadie sabe exactamente por qué se produce el embarazo en un caso y en otro no. Merle tenía razón al decir que solía haber miles de ellos y ahora casi no existen. Es probable que aún quede un puñado:

un par de docenas como mucho.

—¿Por qué hay tan pocos ahora? —pregunté, decidiendo seguirle la corriente y esperar al final de la conversación para decidir si había que encerrarle en un manicomio.

—Nuestro trabajo, el de la Elite, no es solo dar caza a los faes antiguos.

Apartó de mí la atención a medida que la tensión tomaba forma en torno a su boca.

—También nos encomiendan la tarea de dar caza a los semihumanos.

Separé los labios para aspirar poco a poco.

—¿Darles caza? ¿Matándolos?

Dio otro trago a la cerveza, y cuando su mirada regresó poco a poco a la mía, unas sombras obsesivas persistían en sus ojos.

—Un sortilegio mágico conformaba el acceso a los portales del Otro Mundo, creado por quienes suponemos eran el rey y la reina originales. Las puertas se crearon originalmente de manera que tuvieran capacidad de abrirse y cerrarse. No obstante, hay una fisura en su construcción: un acto podría abrir todos los portales en todo el mundo, sin posibilidad de cerrarlos nunca. Nunca, Ivy.

—Oh, Dios mío...

Horrorizada, así me sentí. La idea de todos los accesos abiertos sin posibilidad de poderlos cerrar era algo inconcebible para mí. Todas las criaturas del Otro Mundo, no solo los faes y los antiguos, podrían colarse en el nuestro. Nada les impediría venir... o llevarse a seres humanos allí.

—Esa fisura tiene que ver con un semihumano. Si el príncipe o la princesa consiguen... ¿cómo podría decirlo? Si son capaces de procrear con un semihumano, el ser resultante de esa unión, el bebé engendrado por un fae antiguo con un fae medio humano, desharía los sortilegios originales que conformaban los accesos. —Soltó una risa seca cuando yo le miré boquiabierta—. Por eso, ya ves, nunca debería venir a nuestro mundo un príncipe o una princesa. Tampoco debería existir ningún semihumano. ¿Y un bebé engendrado por ellos? No debería existir. Podríamos decir que es un dogma: la ideología, los fundamentos básicos de nuestro mundo se verían desafiados; los portales y el Otro Mundo, todo el paradigma se vendría abajo.

—¡Por todos los diablos!

Soltó una carcajada.

—Ajá, eso mismo.

Moví los ojos por la habitación.

—Es como la criatura del apocalipsis.

Ren ahogó un sonido, y yo pestañeé deprisa.

—Lo es, de verdad —continué—. Es tan raro que tiene que ser verdad. Dios, ojalá... ojalá bebiera alcohol.

Ren se rio sin disimulo entonces, con un sonido más alegre.

—Ya te dije que ibas a necesitar algo más fuerte.

Negando con la cabeza, intenté juntar todas las piezas en mi mente.

—Entonces, la Elite da caza a los semihumanos por si acaso un día el príncipe o la princesa atraviesan un portal. Básicamente para evitar el problema antes de que suceda, ¿es así?

—Exacto.

Di un buen trago a mi refresco.

—Y tú estás aquí porque...

—Estoy aquí por lo que te expliqué el otro día. —Su mirada encontró la mía otra vez—. Todo era verdad. La Elite teme que esta vez abran el portal.

Mi corazón se aceleró.

—Pero eso no es todo —apunté.

—No —dijo en voz baja—. También estoy aquí porque tenemos pruebas de que hay un semihumano en Nueva Orleans.

Tragando saliva, me incliné para dejar la bebida sobre la mesa en vez de derramarla y dejar el sofá hecho un asco.

—Hablamos de una persona que es probable que no tenga ni idea de lo que es. Normalmente no lo saben. —Una mirada ausente apareció en su rostro—. No hay ninguna característica que delate que su madre o su padre no son de este mundo. Algunos nunca se han roto un hueso simplemente porque no se han encontrado en tal situación, pero a un semihumano le cuesta lesionarse. Tampoco es habitual que se pongan enfermos. Esa es prácticamente la única manera en que les afecta la sangre o el ADN de fae... a menos que empiecen a alimentarse de humanos, pero no saben cómo hacerlo. Tendría que enseñarles otro fae, pero ni siquiera ellos pueden detectar a los semihumanos, a menos que se acerquen a la sangre; entonces sí lo pueden distinguir. —Hizo una pausa para dar otro trago a la cerveza—. Por lo que sabemos, los faes nunca han conseguido echar mano a un semihumano porque... nosotros hemos llegado antes.

Me encogí de hombros.

—¿Y cómo los descubristeis?

Una mirada cínica torció sus labios.

—Porque la mayoría de ellos forman parte de la Orden.

—¿Qué?

Pasando un dedo por la etiqueta de la cerveza, asintió.

—¿Recuerdas que te he dicho que no puede haber coacción? Los miembros de la Orden no son susceptibles a la seducción de los faes, y todos los semihumanos han sido producto de una unión consentida, me refiero por supuesto a los semihumanos que nosotros hemos descubierto.

Retrocedí.

—¿Quieres decir que querían... que accedieron a mantener relaciones con un fae, a sabiendas de lo que era?

—Ajá.

—Qué asco —farfullé.

—De modo que el semihumano normalmente se encuentra integrado en la Orden de algún modo. Siempre estamos con la antena puesta, pero prestamos atención a otra característica constante entre los semihumanos: la mayoría de ellos son adoptados. Por lo tanto, investigamos a todos los adoptados.

Un frío gélido me recorrió la columna.

—Soy adoptada.

—Lo sé. —Entonces sonrió, con una sonrisa genuina, breve pero real—. No eres uno de ellos, Ivy.

—¿Cómo lo sabes? —le desafié a contestar.

Me sentí mareada solo con la idea... el mero pensamiento de que pudiera ser uno de ellos sin siquiera saberlo.

—Soy adoptada, nunca me he roto un hueso y, por lo que recuerdo, nunca...

—Nunca te has roto un hueso ni te has puesto enferma porque tienes suerte. Tus padres verdaderos estaban felizmente casados antes de que les asesinaran —me interrumpió, bajando la vista mientras yo me quedaba parada oyéndole—. Se llamaban Kurt y Constance Brenner, y todos los que les conocieron dijeron que no había discordia en su matrimonio. Estaban enamorados, Ivy, ninguno de los dos habría tenido relaciones extramaritales.

Por supuesto que yo sabía sus nombres, pero hacía años que no los oía pronunciar. Era demasiado pequeña como para conocerles bien, como para crear algún vínculo con ellos, pero seguían siendo de mi propia sangre. La idea me había horrorizado.

—Además, el antiguo que te disparó seguramente habría percibido que eras semihumana. Sangraste. Lo habría sabido.

Cierto alivio relajó mis músculos tensos. Fue un consuelo enterarme de que ninguno de mis padres habría ido detrás de un fae y engendrado una pequeña Ivy, incubadora futura de una destrucción masiva. Pero de todos modos, enterarse de todo esto era... horrendo de una manera fascinante.

—Pero ¿cómo conseguís saber entonces todos vosotros quién es el semihumano? ¿Vais por ahí... eliminando gente, miembros de la Orden de los cuales sospecháis? —Jugueteé con el dobladillo de mi sudadera—. Tiene que haber algo más.

—Lo hay.

Pasándose la botella de cerveza a la otra mano, se apartó unos mechones de ondas castañas de la frente.

—Las mismas estacas que posibilitan la destrucción de un antiguo, las que se fabrican con el espinoso del Otro Mundo, ¿recuerdas? Si un semihumano se corta con una, sabemos que lo es.

—¿Cómo?

Desvió la mirada hacia mis ojos.

—Su sangre burbujea.

Solté un silbido bajito.

—Bien, vale, eso no es muy normal.

—Pero, claro, tampoco puedes ir por ahí cortando a la gente con una estaca, ¿cierto? —Una sombra oscureció su expresión. Apartó la mirada—. Sabemos de un par de miembros de la Orden que fueron adoptados. Una está muerta. Se llamaba Cora.

—Cora Howard. —Junté las cejas cuando su rostro pecoso apareció en mis pensamientos—. La mataron hace un par de meses. ¿Quién más?

—Jackie Jordan. Pero no es ella. En nuestro primer encuentro conseguí cortarle accidentalmente con el extremo de la estaca. Pensé que iba a darme un puñetazo. Pero su sangre no burbujeó.

Solté una carcajada de sorpresa al recordar la manera en que Jackie le había mirado la noche en que nos enteramos de que habían matado a Trent, como si no quisiera que se le acercara.

—¿De verdad? Jo. Vale. ¿Quién más?

—¿En serio quieres oírlo?

Arqué una ceja.

—Miles es adoptado —anunció.

—No, mierda —susurré—. Lo siento, pero Miles, ¿semihumano? Tiene la personalidad de un papel pintado que lleva décadas en la pared.

Una pequeña sonrisa vaciló en sus labios.

—No creo que su personalidad le descarte.

—De todos modos, no puedo imaginarme que sea él. Y es el segundo al mando. ¿Cómo iban a permitirle ascender hasta una posición así?

—Sencillamente por desconocimiento.

Estirando el brazo, me rodeó un dedo para que dejara de tirar de ese cordón suelto de mi sudadera.

—A veces pienso que todo resultaría más fácil si los miembros de la Orden supieran de la existencia de los semihumanos, si supieran lo que sucedería si el príncipe o la princesa atrapara a uno, pero claro... esa clase de información puede resultar destructiva.

En un principio quise rebatir su argumento porque el conocimiento es poder; también era fuente de seguridad. Pero mientras veía a Ren pasando un dedo sobre mis nudillos, comprendí la razón que le llevaba a pensar que sería destructivo.

—Tienes razón —susurré con el estómago alterado—. Si lo supiera todo el mundo, desataría una caza de brujas. Gente inocente se vería perjudicada. En cuanto alguien hiciera algo raro, y todos nosotros somos muy capaces de cometer chorradas, sería considerado sospechoso. Culpable hasta demostrar su inocencia.

—Exacto.

—¿A quién más habéis estado investigando?

—Para mí, Miles estaba fuera de duda. Tal vez yo no razonara con lógica, pero no

podía hacerme a la idea, y no conocía a nadie más adoptado en la Orden, simplemente porque era una pregunta superpersonal que no podías plantear así como así.

Ren juntó las cejas mientras me daba unos golpecitos en los nudillos.

—La Elite sigue investigando a todos quienes puedan... encajar en la descripción.

—En otras palabras, no vas a decirme quién más podría ser.

Alzó la vista para mirarme.

—No es nada personal, pero no voy a inculcarte ideas que tal vez tu cabeza no desee ni imaginar.

—No conozco a nadie más que sea adoptado —insistí.

—No me gusta la idea de ocultarte algo, pero como he dicho, no voy a llenarte la cabeza de chorradas que puedan perjudicarte.

Molesta, comencé a retirar la mano, pero me detuve cuando empezó a seguir con el dedo un hueso que ascendía por la muñeca. Bajo mi irritación había aprensión. Era obvio que no quería contarme algo, por el motivo que fuera, más allá de no querer llenarme de ideas perjudiciales. ¿Podía ser que yo estuviera relacionada con la persona de quien él —o la Elite— sospechaba? De inmediato mis pensamientos corrieron hacia Val, pero los descarté. No era adoptada; sus padres estaban vivos y continuaban activos dentro de la Orden.

—Cuando encuentres a la persona... la matarás, ¿verdad? —pregunté.

Pasaron varios segundos, luego se recostó apartando despacio los dedos de mi mano. Asintió dando un trago a la cerveza.

—Es parte de mi trabajo, Ivy.

Un estremecimiento me recorrió los hombros. Aunque yo mataba faes cada noche que salía de caza, cargarte a un humano —medio fae o no— no era lo mismo para mí.

—Nunca he matado a un ser humano.

Su mirada saltó a la mía pero no respondió, porque, en el fondo, yo sabía que él lo había hecho, igual que muchos de los miembros de la Orden. No porque quisieran. A veces se trataba de algún ser humano a quien habían chupado demasiada sangre, como aquella mujer en el Barrio Francés el otro día. En otras ocasiones se trataba de alguien que estaba enterado de la existencia de los faes y colaboraba con ellos. O tal vez fuera una persona inocente atrapada en un fuego cruzado. Yo sabía que era inevitable.

—David me dice que ese es mi punto débil —añadí en voz baja.

El tono esmeralda se volvió más intenso cuando me respondió muy serio:

—Eso no te hace débil, Ivy. En absoluto. Me alegra que esa clase de sangre nunca haya manchado tus manos, y confío en que nunca te las manche. Aunque sea nuestro deber, mi deber, no es que me haga ilusión. No es... —Apartó la mirada mientras un músculo palpitaba en su mentón—. No es algo que sepa encajar bien, ni siquiera cuando son semihumanos.

No me costó demasiado recordar la expresión solemne que había marcado sus

rasgos cuando aquel hombre murió en el Barrio. No sabía qué decirle porque no sabía qué se sentía al matar a alguien cuyo crimen era su herencia mixta. Ni siquiera estaba segura de aprobarlo, ¿cómo podría? Si lo que Ren decía era cierto, la mayoría de semihumanos, si no todos, desconocían lo que eran. Por otro lado, entendía el riesgo que planteaban. Intenté discernir mis ideas. Demasiados dilemas. Lo único que sabía era que Ren era sincero... le costaba aceptar todo aquello. Me lo decía mi instinto.

Estudié el gesto duro de su mandíbula, la nariz recta y orgullosa, la línea plana de los labios que normalmente se curvaban formando una sonrisa burlona.

—¿Puedes dejar la Elite?

Su risa sonó seca:

—Puedes dejar la Orden, pero no puedes dejar la Elite. No nos confiarían toda esta información. Nací para esto.

Su mirada encontró una vez más la mía y las sombras que había visto antes en sus ojos habían aumentado.

—Y moriré por esto.

Noté la opresión en mi pecho al oír esas palabras. No me gustaba oírle decir eso, no quería oírle decir algo así. Inspiré, pero el aire se me atragantó, alojado contra la amarga bola del pánico.

Cerré los ojos.

Dios, qué idiota era. Estaba loca por él, había permitido que sucediera igual que me había permitido hacerme amiga de Val, a sabiendas de que no era lo correcto. ¿Era una especie de sádica? Mierda. ¿Y por qué no podía ser una de esas sádicas que se divierten atadas con esposas o alguna otra chaladura?

—Estás llevando esto bien... mejor de lo que pensaba.

Abrí los ojos pero no me estaba mirando. Ren contemplaba la botella de cerveza que sostenía, cuya etiqueta casi había despegado.

—Tal vez me dé el bajón más tarde. Es mucha información para asimilarla de golpe.

—Cierto —reconoció pensativo.

Y odié aquel tono de voz. Y odié también que me importara lo bastante como para que me afectara así.

—Aún tenemos que averiguar la ubicación de los portales —añadió acabándose la cerveza.

Inclinándose hacia delante, bajó los pies hasta el suelo y colocó la botella en la mesa.

—¿Crees que, a su manera, en realidad Merle nos estaba diciendo dónde se encuentran los portales? —me preguntó.

—Creo que sí. —Pasándome la mano por el rostro, suspiré agotada—. Hay algo en lo último que dijo, sobre los espíritus o la gente incapaces de descansar ahí. Me sonó familiar. Hablaré con Jerome, ha vivido aquí toda su vida. Podría conocer un par de sitios que podríamos comprobar.

—Parece buena idea. Dale un poco de jabón y llévale tarta. —Me dedicó un sonrisa rápida—. Pero guárdame una porción.

Esbocé una sonrisa a mi pesar.

—Sigo sin saber si puedo darte un trozo de mi tarta.

—Encanto, voy a conseguir un trozo de tarta, ¿vale?

Me reí, negando con la cabeza.

—Cuánta chulería.

La sonrisa permaneció en sus labios unos segundos más antes de desvanecerse, y luego desapareció, como si nunca hubiera estado ahí. Acurrucada contra el brazo del sofá, dejé que calara en mí todo lo que me había contado. Los pensamientos giraban en una dirección y luego en otra. Me obsesionaba cuánto sabría David en realidad. ¿Estaba enterado de que Miles era adoptado, un semihumano en potencia? ¿Sabía de la existencia de los semihumanos en general y, si lo sabía, estaba preparado? Tenía que estarlo.

Ren echó la cabeza hacia atrás contra el respaldo del sofá.

—Dejé que mi mejor amigo muriera.

Sorprendida, pestañeé.

—¿Qué?

Exhalando con agitación, se quedó mirando la pantalla apagada del televisor situado frente a donde estábamos sentados.

—Mi mejor amigo; se llamaba Noah Cobb. Crecimos juntos, éramos inseparables. Caray, éramos como hermanos. Metiéndonos en problemas o intentando eludirlos. Si veías a uno de nosotros, el otro aparecía poco después.

Noté cierto mareo.

—¿Qué le sucedió?

Ren movió la mandíbula con la mirada al frente.

—Nunca sospechó nada. Criado en la Orden, sus dos padres estaban vivos y eran felices, ¿me entiendes? Su padre no había engañado a su madre, no, no fue así. Por lo que luego deducimos, Noah apareció en escena por la misma época en que el padre conoció a su mujer. Antes había tenido una aventura de una noche, y luego, al parecer, ocultaron muy bien lo que Noah era. Después... después de lo que pasó, nos enteramos que el hada con quien su padre se acostó le trajo un día a Noah. La fae sabía lo que significaba un semihumano, pero los faes no pueden criar a un hijo que lleve sangre humana. No tienen la compasión ni la humanidad necesaria para atender a un niño; con ellos no sobreviviría ni siquiera una semana. En cualquier caso, la mujer con la que se casó su padre aceptó a Noah como si fuera hijo suyo. No tenían ni idea de lo que podía hacer un semihumano.

El dolor iba creciendo en mi pecho mientras le oía hablar. La compasión humana —el amor de su padre y la aceptación de su esposa— habían salvado al niño, pero sabía adónde iba a parar todo esto y, aunque quería confiar en oír otro desenlace, sabía que no cambiaría el final de la historia.

—Noah era... Dios, era un buen tipo, habría sido un miembro de la Orden fabuloso. Leal hasta las entrañas, y yo... —Una risa áspera rugió en su interior—. Él incluso sabía para qué me entrenaban a mí. Mierda. Yo no debía decírselo pero, caray, no había secretos entre nosotros, y por entonces yo era un puñetero presuntuoso. Me pensaba que era especial. —Frunció los labios con una sonrisa burlona—. La manera en que nos enteramos fue un puto accidente. Fue culpa mía, en realidad. Yo saqué la estaca de espino.

Sus hombros entraron en tensión y se frotó el pecho con la mano encima del corazón.

—Mis padres vivían justo en las afueras de la ciudad, tenían varias hectáreas de tierra. Las dianas estaban montadas y nosotros practicábamos lanzamiento de puñales, y ese tipo de tonterías. Él había venido a casa y estábamos en el patio pasando el rato. Mi padre estaba también, y otro miembro de la Elite: Kyle Clare. —Su tono sonaba angustiado, con matices de amargura—. Mi padre no tenía ni idea de que yo llevaba la estaca de espino encima, y dejé que Noah la cogiera. Se cortó. Un corte de nada, pero fue suficiente. Lo vi. Y también mi padre y Kyle.

El pecho se me contrajo de dolor por todo lo que me estaba contando. Pese a toda la pérdida que yo había experimentado en la vida, no tenía ni idea de qué haría si me enterara de que mi mejor amiga, alguien como Val, era aquello que yo debía cazar: lo que me habían enseñado a matar.

—Se dio cuenta —dijo Ren con voz ronca—. Noah lo supo cuando vio la sangre burbujeando, porque yo se lo había explicado. Me miró como si lo lamentara. Nunca olvidaré esa mirada.

Se interrumpió para aclararse la garganta, y yo cerré los ojos para contener el repentino ardor de las lágrimas.

—Yo estaba abrumado, no hice un solo movimiento, solo me quedé mirándole. Mi padre lo vio, igual que Kyle. Yo sabía que se habían dado cuenta pese a... fingieron no advertirlo. Noah se fue y yo... me quedé allí en el maldito patio.

—Oh, Dios —susurré.

—Kyle se fue también, y una parte en lo más profundo de mí sabía por qué se iba. Todo ese tiempo habíamos tenido al semihumano ante nuestras narices. A veces lleva años conseguir información sobre objetivos potenciales. —Sacudió la cabeza con una inspiración estremecida—. Cuando reaccioné, intenté salir tras ellos. Iba a alcanzarles, no sabía qué iba a hacer, pero no podía quedarme ahí. Mi padre me detuvo y... Noah nunca llegó a casa. No volví a verle.

—Oh, Ren, lo siento muchísimo. —Mi voz sonaba pastosa—. No sé qué decir aparte de cuánto lo lamento.

Ren asintió, pero la culpa perduraba en sus palabras:

—A día de hoy, sigo pensando en todas las cosas que yo podía haber hecho de modo diferente. Si no le hubiera contado nada de la Elite, nunca habría sacado esa estaca con él delante. Nunca se habría cortado y, mierda, toda esta historia sería bien

diferente.

—Espera, lo que le pasó no fue culpa tuya.

—Tenía que haberme pensado mejor las cosas.

—¿Cuántos años tenías cuando sucedió? ¿Dieciséis? No nos enteramos de una mierda con dieciséis años, Ren. Lo que sucedió no fue culpa tuya.

—No impedí que mataran a Noah.

—Pero lo intentaste —razoné.

Volvió su mirada sobrecogida, torturada, en mi dirección.

—¿Lo intenté de verdad? No estoy seguro. ¿Y debía intentarlo siquiera? Crecí con la convicción de que había que liquidar a los semihumanos. No hay terreno intermedio ahí.

—Fuera como fuese, no tuvo que ver con lo que tú hicieras o dejaras de hacer. Su muerte no fue culpa tuya.

Estiré la mano y rodeé su antebrazo con los dedos.

—Dios sabe que entiendo qué supone sentir esa clase de culpa.

Una chispa de comprensión marcó sus rasgos.

—¿De verdad?

Percatándome de lo que había admitido, me apresuré a continuar hablando. Lo último que necesitaba escuchar Ren ahora era que de hecho yo fui la causa de que hubieran muerto tres personas.

—No debes seguir cargando con esa clase de culpa. Lo que sucedió fue terrible, y muchas cosas podrían haberse hecho de un modo diferente, pero dudo que el resultado cambiara.

Hice una pausa, preguntándome desde cuándo sonaba yo tan madura:

—No es culpa tuya, Ren.

Estudió mi rostro con atención y luego puso su mano sobre la mía.

—No quiero volver a verme en esa situación nunca más.

Sentí la pena en el pecho, pero me obligué a prometer algo que sabía no poder garantizar, algo sobre lo que no tenía control.

—Y no volverás a sentirlo.

Ren permaneció en silencio un momento, con su mirada fija en la mía con una intensidad que me aceleró la respiración. Luego se movió y, cubriendo esa distancia que nos separaba, me besó.

El roce de sus labios era lo último que yo esperaba, pero la manera dulce, casi tímida, en que lo hizo me conmovió. Me apoyó la otra mano en la nuca y yo me abrí a él. Le devolví el beso, sintiéndome todavía un poco fuera de mi elemento, pero tras unos momentos, no pensé más en si lo hacía correctamente o no. No era capaz de pensar demasiado, lo único que podía hacer era saborearlo.

El pulso se me aceleró cuando me acercó a él. Deslizando las manos bajo mis brazos, me levantó sobre su regazo y yo acomodé las rodillas a ambos lados de sus caderas. No perdió el contacto con mis labios un solo instante, algo que, bien,

requería talento.

Y yo no debería permitir esto, pero estaba temblando y quería mucho más. Cada vez que me besaba, con cada roce de sus labios, me dejaba arrastrar un poco más hacia las profundidades, sin posibilidad de detenerme. Me moría por ese contacto, el ardor al rojo vivo del placer y la dicha jadeante que brindaba.

Me moría por él.

Ren lo necesitaba, me necesitaba. Lo percibí por cómo temblaba su mano al deslizarla sobre mis caderas para estrujarme el trasero, y en la intensidad con que me besaba. Me agarró la nuca de nuevo para mantenerme quieta, aunque yo no iba a ir a ningún lado. Tras la pasión, había tal tristeza en esa mirada que me conmovió, y quise borrarla, eliminarla. Quería traer de nuevo al *Ren* burlón y sonriente que me excitaba y enfurecía.

Rocé con mis manos su pecho y agarré con los dedos el dobladillo de su camisa gastada. Tiré hacia arriba y él volvió a bajarla. Pasó un momento, luego preguntó:

—¿Qué quieres, Ivy?

Mi respiración surgió entrecortada, estremecida.

—*Ren*...

No respondió. Había un matiz apasionado en sus ojos verdes cuando tomó mis mejillas entre sus manos, pasándome los pulgares sobre la barbilla, inclinando la cabeza para besarme una vez más. Nuestros besos fueron profundos, lentos, y me dejaron temblorosa, deseosa de mucho más.

Tirando de su camisa otra vez, dejé expuesto una fracción de su vientre.

—Quiero quitarte la camisa.

Entonces apareció algo similar a una sonrisa.

—¿Y quién soy yo para negarme a eso?

Cuando levantó los brazos, le quité la camisa, dejándola caer a nuestro lado en el sofá mientras yo me balanceaba hacia atrás para contemplarlo bien por primera vez. Era... del todo imponente. Tenía unos pectorales duros y una serie de músculos en el estómago que imploraban tocarlos y explorarlos. Un débil rastro de vello oscuro comenzaba en el ombligo y desaparecía bajo la cinturilla de los pantalones, pero lo que más me alucinó fue el extenso diseño tatuado que abarcaba todo el brazo y hombro derechos, descendiendo desde el pectoral derecho por todo el costado de su cuerpo.

Ahora sabía qué representaba el tatuaje, y quise gritar y lamer cada centímetro del mismo. Las enredaderas trazadas sobre su piel formaban nudos interminables, y esas parras se retorcían sobre el pecho, donde formaban amapolas rojo sangre. Había docenas por todo el costado. Y mezcladas entre las flores, vi unas letras, una frase que llenó mis ojos de lágrimas.

Para que no olvidemos.

Las flores eran el símbolo del recuerdo, de no olvidar nunca a un ser querido. Sabía que esas flores eran por su amigo, y había algo muy honorable en aquel

homenaje increíble que le dedicaba con su cuerpo.

Bajando la cabeza, besé una amapola sobre el corazón. Mi mirada saltó a la suya cuando él inspiró jadeante.

—Este tatuaje... es precioso. ¿Sigue por la espalda?

Asintió y yo bajé la vista, pasando los dedos por las enredaderas. Luego vi que se difuminaba formando los tres círculos entrelazados junto a la cadera, sobre aquella hendidura tan apetecible.

—Llevamos la marca en el mismo sitio.

—Lo sé.

Por supuesto, la había visto, y supuse que este fue el motivo de que la tocara aquella vez. Un estremecimiento recorrió su gran cuerpo cuando le deslicé los dedos sobre las trepadoras.

—¿Puedo? —me preguntó.

Ren cogió el extremo de mi camisa, y yo asentí con una inspiración profunda. Me la quitó estirando las mangas con delicadeza. No me enteré dónde acabó la prenda. Separó los labios y dijo:

—Eres preciosa, Ivy.

La manera en que pronunció esas palabras me hizo sentir hermosa, la manera en que hablaba me hacía sentir una diosa pese a llevar un sujetador blanco con margaritas amarillas. Vaya. No tenía ropa interior más sexy. Pero su mano viajó desde mis caderas al vientre y luego hasta los pechos. La sensación que dejó a su paso me espantó a la vez que me estimulaba.

Acarició mi pecho pasando un dedo sobre la parte alta, jugueteando con el pezón duro a través del sujetador. Se me escapó un gemido, y sus ojos ardieron con un verde bosque más intenso.

—Me gusta la manera en que me miras —dijo rozando mis labios con los suyos—. Pero ¿sabes qué otra cosa me gusta aún más?

—¿Qué?

Movió los dedos describiendo un círculo lento y tortuoso sobre el pezón.

—El sonido que haces cuando te doy placer.

Me ardieron las mejillas mientras intentaba contener la respiración. Separó la boca para descender por mi cuello, mordisqueando la piel. Siguió el contorno del extremo de encaje del sujetador, luego sus ágiles dedos se abrieron paso dentro de la copa, y arqueé la espalda, apretando el pecho contra su carne. El contacto piel con piel hizo que me estremeciera, calentó toda mi sangre. Cuando cogió el pezón entre los dedos, un murmullo muy sexy surgió de sus labios.

Estiré el brazo para buscar el botón de sus vaqueros, lo solté y luego le bajé la cremallera. Alcé la vista cuando él me cogió la muñeca.

Había fuego en sus ojos.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Yo... solo quiero tocarte.

Agitó esas espesas pestañas y luego guio mi mano por el interior de los vaqueros sueltos. Rocé con los dedos la erección ardiente y dura, y solté un jadeo.

—No llevas...

La sonrisa que me dedicó era traviesa mientras llevaba su mano a mi otro pecho.

—Estaba aún en la cama cuando has llamado. He salido corriendo.

—Ya veo —murmuré excitada de un modo ridículo con la idea de que hubiera estado todo el rato sin nada debajo de los vaqueros.

Me detuve cuando él deslizó ambas manos levantando las copas. Tiró del sujetador hacia abajo para desnudar mis senos, y de nuevo se estremeció de una manera que me puso caliente.

—Joder —murmuró—, no me lo merezco.

Antes de darme tiempo para responder a una afirmación tan discutible, bajó la cabeza y se metió un pezón anhelante en la boca. Solté un gritito, pues mis sentidos se convulsionaban con cada tirón húmedo y caliente. Mis caderas giraban por propia iniciativa. Empleé la otra mano para tirar de sus vaqueros y él me ayudó a bajarlos para quedarse desnudo.

Perdida en las sensaciones que Ren despertaba dentro de mí, apoyé la mejilla contra la suya mientras él bajaba una mano por mi vientre y la metía bajo los pantalones de deporte al tiempo que yo rodeaba con la palma la base de su erección. Él dio una sacudida, y todo su cuerpo respondió a mi contacto. Un mordisco juguetón suyo me obligó a soltar un gritito, y temblé cuando rozó con sus dedos el centro de mis braguitas.

Noté su aliento caliente en la oreja:

—Voy a hacer que te corras.

Un brusco estremecimiento me agitó, y cerré los ojos. Le acaricié poco a poco, algo vacilante porque hacía un montón de tiempo desde la última vez. Gimió contra mi cuello, acercando el dedo a mi centro. Un nudo se comprimió bajo mi vientre.

—¿Estoy haciéndolo bien? —susurré.

—Joder, Ivy. Lo haces a la perfección.

Retrocedió dejando un rastro abrasador en mi mejilla. Me atrapó la boca para besarme a fondo.

—Cualquier cosa que hagas estará bien. Cualquiera.

Animada por eso, me recliné y bajé la vista... y luego me quedé observando, embobada como una perfecta idiota, pero sin poder evitarlo, porque me deseaba y yo a él. Había un poder en eso del cual me había olvidado por completo, y que probablemente nunca había entendido bien, al menos no hasta ahora.

—Debo confesar un secreto —dijo apoyando la mano en la mía mientras con la otra continuaba importunándome.

—¿De verdad? —pregunté sin aliento.

Movió mi mano sobre su erección.

—Hice esto anoche cuando llegué a casa. Estaba tan excitado contigo, joder...

Tuve que hacerlo.

Oh, Dios.

Volviendo la cabeza, encontré su boca y la besé abrumada por lo que acababa de admitir. Apliqué más presión con la mano y él se balanceó contra la palma. Ambos respirábamos deprisa, y deslizó los dedos bajo las bragas mientras me agarraba por la nuca. El corazón me dio un vuelco cuando movió un dedo a través de la humedad creciente entre mis muslos y lo introdujo en mi interior.

—Qué prieta estás —dijo contra mi boca—. No serás...

Negué con la cabeza, pero él no dejó de menear el dedo. Entonces empecé a moverme yo, empujando sobre su mano para obligar al dedo a entrar un poco más con la palma contra el nudo de nervios.

—Oh, Dios —jadeé.

Era lo único que podía decir mientras lo metía y lo sacaba.

Cada una de mis terminaciones nerviosas parecía arder en llamas. Mi cuerpo vibró mientras el placer se disparaba por mí. Nos besamos a fondo mientras yo empujaba su mano y le acariciaba, con nuestros ritmos armonizados, hasta que la tensión alcanzó un punto insoportable. Empujé frenéticamente contra la mano y él gimíó contra mi boca. El glande estaba mojado, sabía que estaba a punto... y yo también lo estaba... no: yo ya estaba ahí. Eché la cabeza hacia atrás, llorando mientras el nudo se deshacía, con una espiral de placer recorriendo todo mi cuerpo. Los temblores lo mecieron, y luego él levantó las caderas con ímpetu, con su convulsionada erección contra mi mano.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que los dos nos sintiéramos capaces de movernos, de retirar las manos del cuerpo del otro, pero no nos separamos. Me cogió en sus brazos y me estrechó contra él mientras recuperaba el pulso. Su respiración aún era profunda e irregular cuando me dio un beso en la sien.

—Quédate un rato. Luego te llevo a casa, ¿vale? —sugirió.

Lo más inteligente habría sido decir que no y largarme, poner pies en polvorosa lo más rápido posible. Porque había conseguido lo que me había propuesto: Ren ya no estaba triste. Y, además, los dos nos habíamos corrido, todo un punto a favor. Pero me sentía a gusto en el calor de sus brazos. Mis músculos no querían escabullirse, y me sentía apreciada, no estaba sola, y eso era algo extraordinario a lo que aún no sabía renunciar.

Pese a ver con claridad que las aguas me cubrían, me acurruqué aún más contra él.

—Me quedaré.

*E*ra tarde cuando Ren me llevó de regreso al apartamento, cambiando la moto por el camión porque había empezado a llover. Tardé bastante rato en salir de la cabina.

Aunque no fue del todo por mi culpa.

Yo intenté salir, pero antes de que mis dedos alcanzaran siquiera la puerta, él deslizó el brazo para rodearme la cintura y arrastrarme por el asiento. Gruesas gotas de lluvia acribillaban la ventana y corrían en pequeños ríos mientras me sujetaba las muñecas.

—¿Ren?

Con una media sonrisa, guio mis manos hasta su pecho, y yo sentí su corazón golpeando bajo mis palmas.

—Hay algo que debes entender, Ivy.

Alcé las cejas intentando mantener la compostura a toda costa pese a mi pulso acelerado.

—¿Entender qué? ¿Que eres un sobón y un salido? Eso ya lo sé.

—Listilla —se rio bajando la cabeza hasta la mía—. No te vas a ir sin un beso.

Se me cortó la respiración.

—Oh.

—Sí, oh.

En aquel encantador camión con las ventanas empañadas, sostuvo mis manos contra su pecho mientras me besaba como si se muriera de sed y yo fuera su jarra de agua particular. Profirió aquel sonido, aquel gruñido profundo y masculino, que retumbaba desde su interior e inundaba de calor mis sentidos. Nuestros besos ardían entre nosotros, y luego no podíamos parar de tocarnos. Sus manos se perdieron bajo mi camiseta, siguiendo la longitud de mi columna con los dedos. Mis manos se abrían camino bajo su camisa, trazando un mapa de hondonadas y planos en su estómago. Perdí el control de mis dedos, sobre todo cuando se interesaron en exceso por meterse bajo la cinturilla de los vaqueros.

—Tenemos que parar —dijo con voz pastosa cuando él apartó su boca de la mía.

Bajo el brillo amarillento y suave de la luz del techo, pude ver sus labios tan hinchados como sentía los míos.

—Si no —añadí— me temo que nos detendrán por escándalo público.

Con las mejillas encendidas y el cuerpo ardiendo, supuso un enorme esfuerzo apartarme, pero lo hice y me despedí. Quedamos en vernos después de mis clases para hablar con Jerome.

—¿Mañana?

Tragó saliva y asintió.

Bajé del camión y salté a la lluvia fría. Mi mente iba acelerada mientras me precipitaba por la acera y atravesaba la verja. ¿Qué estaba haciendo con él? Tener orgasmos, era obvio, pero era algo más que eso. Oh, Dios, era mucho más que eso, pero en vez de sentirme asqueada por ello, había excitación y la poderosa esperanza de saborear algo normal entre toda la locura.

¿Me atrevía a aceptarlo siquiera? Hoy había sido lo más parecido a la normalidad que había vivido en mucho tiempo. Nos quedamos tirados en el sofá, pedimos comida

por teléfono y vimos una maratón de algún *reality show* en un canal por cable. No hablamos de nuestro trabajo —los antiguos o los portales— pese a encontrarnos a tan solo tres días del equinoccio, y eso debería haber sido nuestra prioridad. Nos limitamos a... pasar el rato como cualquier persona de nuestra edad habría hecho, y yo no lo hubiera cambiado por...

Unos fuertes pasos tras de mí fueron el único aviso mientras me acercaba a las escaleras. Me volví lista para dejar a cualquiera fuera de combate con una patada a lo *kung fu*, pero era Ren. Bajé las manos.

—¿Qué es...?

Se abalanzó sobre mí antes de que yo acabara lo que estaba a punto de decir. Plantó sus manos en mis caderas y me levantó al tiempo que me empujaba de espaldas contra la piedra. La reacción de mi cuerpo fue inmediata. Rodeándole la cintura con las piernas y el cuello con los brazos, un jadeo sofocado surgió de mis labios un segundo antes de que él estuviera besándome de nuevo. Le notaba en el centro de mis piernas y, pese a la lluvia fría, calentó mi piel.

Ren presionaba sus caderas contra las mías de todas las maneras divertidas y traviesas imaginables, sugiriendo todo tipo de actos lujuriosos y espléndidos, y yo olvidé lo de una posible pena en prisión o que nos multaran mientras tomaba mi rostro entre sus manos.

Un relámpago cruzó el cielo y a continuación retumbó un trueno, pero lo único que lograba oír era mi corazón aporreando. Lo único que sentía era a Ren apretado contra mí mientras nuestros labios se fundían. Estaba a punto de perderme en él. Nuestros cuerpos se balanceaban, teníamos las manos mojadas y escurridizas. No sé cuánto rato nos besamos, pero nuestra ropa estaba empapada, y yo temblaba, cuando paramos para buscar aire. Sus labios patinaron sobre mis mejillas y llevó las manos hasta mi garganta, echándome la cabeza hacia atrás.

Con el pelo pegado por la lluvia y el goteo sobre su rostro, parecía un dios del mar.

—Gracias por lo de hoy, no tienes ni idea de lo mucho que significa para mí que estuvieras ahí. —Me besó la punta de la nariz, se apartó y me ayudó a enderezarme sobre el suelo.

—Hasta mañana.

Y entonces desapareció, perdiéndose en la lluvia como una especie de amante fantasma.

—Jesús —susurré.

Un relámpago iluminó todo el cielo, seguido al instante de un estallido atronador.

Acabé entrando en mi apartamento medio ida y dando tumbos, totalmente empapada. Tink se encontraba en el salón, me dedicó una mirada prolongada y extraña, sin decir nada, y a continuación revoloteó para meterse en su cuarto. Por mí, estaba bien. Tenía la cabeza en mil lugares, y no gozaba de la fortaleza mental necesaria para aguantar una sesión con él.

Dormí como un tronco la noche del domingo. De hecho, dormí como alguien que acababa de experimentar un orgasmo que no era autoinducido por primera vez en años. Me desperté fresca por completo, pero mientras daba mi carrera matinal y me preparaba para ir a clase, algo me tenía inquieta, una sombra de pensamiento que se atrincheraba justo en los límites de la conciencia, y se escurría cada vez que intentaba atraparla.

El lunes antes de salir para clase conseguí convencer a Tink de que hiciera una tarta con la promesa de ir a buscarle una cena de buñuelos a mi regreso de la ronda nocturna. Confiaba en que la deliciosa tarta conmoviera a Jerome lo bastante como para ser de ayuda. Era una posibilidad remota suponer que supiera algo, pero no nos quedaban muchas más opciones.

Tink revoloteó desde la pequeña despensa hasta los armarios, cogiendo harina y azúcar moreno.

—Tienes suerte de que siempre te recuerdo que tengamos un alijo de harina y chocolate para repostería.

—Mucha suerte.

Salí de la cocina, mientras mis pensamientos pasaban de puntillas sobre los sucesos recientes. Recordé un detalle que había olvidado de nuestra visita a casa de Merle. La primera vez que intenté verla, había algo en su jardín. Podía haber sido un gorrión por lo que yo vi, pero ¿y si era otro duende? ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? Mejor aún, ¿cómo diablos había llegado hasta aquí Tink sin que nosotros supiéramos que algo había atravesado el portal? No es que no hubiera pensado antes en esto, pero ahora que sabía tantas cosas, los fallos en la historia de Tink se hacían más evidentes.

Creo que me mentía. Costaba creerlo, pero era mucho lo que había descubierto hacía bien poco y en mi opinión una criatura del Otro Mundo debía de estar enterada también.

Sin prestarme atención mientras yo le observaba, Tink arrastró fuera del armario un bol. Vacilé en la entrada de la cocina, crispando el rostro cuando el bol de metal resonó al dejarlo caer sobre el mostrador. Por algún motivo, pensé en cómo había llegado aquí: el emplazamiento del cementerio.

—¿Tink?

No me miró mientras sacaba una espátula del cajón y trajinaba por la cocina.

—Estás interrumpiendo el tiempo que me dedico a mí mismo, ya sabes que hacer postres es el tiempo que me dedico a mí mismo.

Apoyándome contra el marco de la puerta, no mordí el anzuelo como habría hecho habitualmente. Mis pensamientos encontraban demasiadas discrepancias. ¿No sabía nada de los semihumanos? Y si lo sabía, ¿por qué no me lo había dicho? ¿Y qué pasaba con los portales? Miré el reloj y vi que tenía que salir en breve si quería llegar a tiempo a clase.

—Cuando te encontré en el cementerio, ¿recuerdas lo lejos que estaba el portal?

Tink se giró en redondo agarrando la espátula.

—No, ya te lo dije en su día, no recuerdo haber atravesado el portal. Desperté en el cementerio con mi pobre ala partida, la pierna rota, maltratado como un niño huérfano en la Inglaterra de la regencia. Era una pobre criaturita.

—Mmm, vale. De todos modos —insistí mientras me colocaba bien la correa de la mochila—, ¿sabías que había dos portales en la ciudad?

La espátula se le escurrió un poco entre las manos mientras abría mucho sus ojos claros, casi como monedas de cinco centavos.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de Merle? —Cuando asintió, seguí hablando—: Dijo que había dos portales en la ciudad: uno en un antiguo santuario y el otro en un lugar donde no pueden descansar ni los espíritus ni los humanos.

Un ceño marcó su expresión cuando colocó la espátula sobre el mostrador en vez de dejarla caer. Suspendido en el aire, sus alas traslúcidas se agitaban en silencio.

—No, nunca ha habido dos portales.

—¿No podría haberlos sin que tú lo supieras? Sé que los faes conocen solo el portal por el que llegan, pero tal vez haya otras ciudades con más de un portal.

Él negó con la cabeza.

—No. Eso no puede... bien, no hay nada imposible, mírate a ti. Has pasado todo el fin de semana con un tío y nunca pensé que eso fuera a suceder.

Empecé a fruncir el ceño.

—Pero ¿dos portales? Eso sería... —Desplazó la mirada hasta la ventana, con gesto preocupado—. Eso sería fatal.

—Sí —dije separándome del marco de la puerta.

Empecé a salir, pero entonces me detuve. Tink seguía concentrado en la ventana con expresión sorprendentemente seria.

—¿Sabes algo de los semihumanos?

Volvió la cabeza hacia mí con brusquedad, y no hizo falta que dijera una palabra. Supe que era muy consciente de los semihumanos. Lo llevaba escrito en la cara, por la manera en que se le desencajó la mandíbula y por la leve llamarada de comprensión en sus grandes ojos.

Se me hundió el estómago como si se llenara de piedras puntiagudas. Nuestras miradas se encontraron y me costó respirar con aquel nudo en la garganta.

Tink continuaba observándome sin hablar.

—Ese tipo de información nos habría sido útil, porque doy por supuesto que eres consciente de lo que sucedería si un semihumano cayera en manos del príncipe o la princesa.

Mi voz sonaba extrañamente pastosa. Intentaba convencerme de que no me importaba que Tink me hubiera escamoteado esa información, pero estaba furiosa. Furiosa porque lo había acogido en mi casa por voluntad propia sin hacerle nunca preguntas delicadas. Acepté la poca información que me había dado, sin ni siquiera saber por qué. Volviendo la vista atrás, nada justificaba que nunca le hubiera

presionado.

Dios, la respuesta saltaba a la vista y la tenía delante de mi cara. Desde que había perdido a mis padres adoptivos y a Shaun, me había cerrado a todo el mundo en un intento angustioso de no volver a sentir ese tipo de dolor. Val se había colado en mi vida, igual que Jo Ann, pero eso no había sido suficiente. En lo más profundo de mí lo sabía. Seguía desesperada por tener alguien cerca, por forjar un vínculo, y aún era así. Solo había que fijarse en Ren.

Y mientras Tink continuaba devolviéndome una mirada indefensa, supe, maldición, supe que no había sido franco conmigo.

Finalmente bajó la mirada con un gran suspiro. Descendió flotando hasta el extremo del mostrador, se sentó y bajó las alas a ambos lados de su espalda encorvada.

—No podrías entenderlo, Ivy.

Cerrando los ojos, me tomé un segundo antes de volver a abrirlos para responder.

—¿Por qué no lo intentas conmigo, Tink? ¿Por una vez?

Crispó el rostro.

—No te he mentado. En realidad, no.

Mientras inclinaba la cabeza a un lado, juntó las manos bajo la barbilla.

—Solo que no he sido del todo comunicativo.

—No intentes hacerte el bueno ahora —le advertí dejando que la mochila descendiera por mi brazo y aterrizara contra el suelo.

—No lo intento, lo juro. —Bajó las manos sobre su regazo, con los hombros hundidos—. Tenía un trabajo y fallé.

—No eres un meme de internet.

Negó con la cabeza.

—Mi trabajo era destruir el portal de Nueva Orleans.

Me puse tensa.

—¿Qué?

Tink alzó la barbilla.

—Vuestros guardianes están ahí para vigilar en teoría esos portales, pero es inútil, excepto por el hecho de que conocen su ubicación, algo que les hace valiosos solo para los faes. Uno no se va andando hasta el portal y lo abre sin más.

No podía hacer otra cosa que mirarle fijamente.

—Si la sangre de un fae antiguo es derramada en el umbral desde el interior del Otro Mundo, la puerta se destruye. Si la sangre del antiguo es derramada en el exterior del umbral, la puerta se abre —me explicó—. Sabemos lo que harán los faes si los antiguos entran en tropel en este mundo. Lo destruirán como han estado destruyendo el Otro Mundo. Así es, nuestro mundo... se está muriendo por todo lo que están haciendo. Necesitan salir, pero nosotros... —Sacudió el puño, llevandoselo contra el pecho—. Mi especie ha hecho todo cuanto ha podido para detenerles, y hace dos años y medio creíamos que habíamos conseguido destruir los portales desde el

interior. Es una misión suicida hacerlo, pero la asumes de buen grado.

—Espera. ¿Estás diciendo que todos los portales han quedado inutilizados?

Tink alzó las alas y se incorporó.

—Descubrimos todos los del Otro Mundo y los destruimos atrayendo a los antiguos hasta los portales para matarlos. O morimos en el intento. Muchos de los nuestros perdieron la vida en esas circunstancias, y teníamos que mandar a otros. —Frunció el ceño, con los brazos colgando inertes a ambos lados—. Yo debería de haber muerto aquel día que me encontraste. No mentí al decirte que ni siquiera recuerdo cómo crucé el portal. No sé cómo sucedió. Sin duda fue un caso rarísimo, pero fui absorbido cuando la puerta quedó destruida. Y habría muerto de no ser por ti. —Esos grandes ojos claros encontraron los míos—. No te lo conté porque no lo consideré necesario. La puerta había quedado destruida, y era la última del Otro Mundo, Ivy. O al menos eso creíamos nosotros. No teníamos ni idea de que hubiera dos aquí. En teoría era la única, la ubicada en la iglesia que se encuentra al otro lado del cementerio.

—Nuestra Señora de Guadalupe —maldije.

Mierda. Tenía ante mis narices la ubicación de uno de los portales. Tenía mucho sentido, sobre todo considerando lo que nos había contado Merle. Esa iglesia había sido un santuario en su día, y era la iglesia más antigua aún en pie en la ciudad. Y había encontrado a Tink en el cementerio justo al otro lado de la calle.

—¿Por qué no me contaste sencillamente que habías llegado a través del portal que había ahí?

—¿Qué sentido tenía? Lo destruí, Ivy. Nada puede cruzar ese portal. Tal vez los faes y los antiguos que se encuentran aquí, a este lado, no sean conscientes, pero no pueden abrirlo.

Me crucé de brazos, esforzándome por mantener la calma.

—¿Por qué no me dijiste que habíais destruido todos los portales? Hemos perdido miembros de la Orden por proteger algo que ni siquiera funciona.

—Pero si estás en lo cierto y hay un segundo portal en la ciudad, habrá merecido la pena la función de los guardianes —replicó Tink con las mejillas ruborizadas—. Y te lo juro, no tenía ni idea de su existencia. Por eso nunca me preocupó demasiado lo que tramaran los antiguos, y no vi necesario hablar de todo esto...

Apartó la vista, apretando los labios hasta formar una línea fina.

—Me creas o no, toda la cuestión de los semihumanos —continuó— o de que hayan descubierto un segundo portal, tiene que ver con alguien de dentro de la Orden. Es la única manera, porque ni siquiera nosotros sabíamos de su existencia.

Negué con la cabeza, pasmada.

—¿De qué habría servido explicarte que habíamos destruido las entradas? ¿Piensas que la Orden te habría creído? ¿Les habrías dicho que yo te lo había contado? ¿Habrían confiado en ti?

—¿Y se supone que ahora yo tengo que confiar en ti? —le pregunté.

Retrocedió como si le hubiera abofeteado.

Durante un rato solo pude permanecer ahí parada, luego me di media vuelta y me fui por el pasillo. Me senté en el sofá con la cabeza entre las manos, pasándome los dedos por las sienes. Intentaba encontrarle el sentido a todo aquello.

Si lo que Tink decía era cierto, eso también explicaría que tantos faes se hubieran trasladado a Nueva Orleans. ¿Quedaba una entrada abierta? Concentrarían toda su fuerza ahí. Y también confirmaba nuestros temores de que alguien dentro de la Orden colaboraba con ellos.

—Lo lamento.

Riéndome con aspereza en voz baja, me froté los ojos con las manos. Una punzada de terror me atravesó el estómago al caer en la cuenta de que, si Tink decía la verdad, todos los faes reunidos en la ciudad iban a atacar un solo portal. Los responsables de protegerlo no sobrevivirían. Cerrando los puños, los bajé y miré a Tink. Se sostenía sobre el extremo de la mesa de centro, con aire arrepentido.

—¿Sabes dónde está el otro portal? —le pregunté—. Hablo en serio, Tink. Si lo sabes, debes contármelo ahora mismo.

Abatido, negó con la cabeza.

—Si lo supiera, te lo diría. ¡Lo juro! Pero debes descubrirlo, Ivy, porque si aún queda una entrada operativa, la abrirán y saldrán los caballeros por ella. Vendrán con la princesa. Traerán al príncipe y... vosotros no queréis que eso suceda.

Al final acabé saltándome las clases del lunes por la mañana, y cuando Jo Ann mandó un mensaje para ver qué pasaba, le mentí y dije que me había quedado dormida. Demasiadas mentiras en los últimos días, y me sentía tan culpable como los demás, supuse. Pasé casi toda la mañana intentando imaginar la manera de exponerle el tema a David. Tenía que hacerlo, pero no podía explicarle cómo me había enterado.

Ni siquiera podía contarle la verdad a Ren.

Por algún motivo idiota, yo seguía protegiendo a Tink. Si hablaba de él a alguien de la Orden, harían una redada en casa como si fueran la policía, y lo liquidarían.

¿Pero qué podía hacer yo con Tink? Una parte de mí quería arrojarlo de cabeza por la ventana; la otra mitad entendía por qué no había sido más franco. Cuando salí de casa para reunirme con Ren en el cuartel general, él llevaba ya mucho rato enfurruñado en su habitación.

La única opción que me quedaba de momento era mentir sobre cómo había descubierto la información, y ese conocimiento se alojaba con amargura en mi estómago. Subí por las escaleras al segundo piso y Harris me abrió con el interfono.

—Llegas pronto hoy —dijo, cerrando la puerta tras de mí.

—He quedado con Ren.

Sin mi mochila me sentía desnuda.

—Mmm. Tú y el nuevo parecéis llevaros bien. —Se fue andando de vuelta a su despacho—. Me alegro por vosotros.

—Gracias —farfullé sin saber bien cómo interpretar ese comentario—. Supongo que sí.

Una risita a mi izquierda atrajo mi atención y al volverme descubrí a Val saliendo de una de las salas de reuniones con el móvil pegado al oído.

—Todo va bien, encanto.

Sonriendo con expresión un poco deslumbrada, se volvió hacia mí. De todos los tíos con los que Val había salido en el pasado, no recordaba que ninguno la tuviera así o que tan siquiera hablara por teléfono con él. A ella le iba más el «mándame un SMS y déjame en paz», y tuve que preguntarme si por fin habría encontrado a la persona indicada, si se habría enamorado.

—Ahora tengo que irme —dijo por el móvil—. Sí, te llamo y te digo algo. Adiós.

Aupándome sobre el extremo de una mesa de conferencias vacía pegada a la pared, le sonreí.

—Parecía una llamada interesante.

Se encogió de hombros guardando el teléfono en el bolsillo de los vaqueros color

naranja. Ni siquiera sabía que hicieran vaqueros de ese color.

—Siento lo de ayer.

—Está bien. ¿Estabas con ese...?

¿Cómo podía llamarle? ¿Novio? ¿Tío? ¿Amigo con derecho a roce? Demonios, si ni sabía cómo llamarnos a Ren y a mí.

—¿Estabas con ese tío que estás viendo? —le pregunté al final.

Apoyándose contra la mesa junto a mí, estiró sus largas piernas mientras echaba la cabeza hacia atrás. Unos rizos compactos cayeron sobre sus hombros, y suspiró.

—De hecho, estaba dormida. Se lo hizo conmigo tan brutalmente el sábado por la noche que aún puedo sentirle...

—Me hago a la idea —interrumpí con una risa mientras balanceaba los pies. Le eché una ojeada y bajé la voz—. Necesito hablar contigo luego.

Se enderezó; aquella sonrisa fácil desapareció de sus labios en forma de corazón.

—¿De lo que me hablaste antes? ¿De los portales y todo eso?

Hice un gesto de asentimiento, pero antes de tener la oportunidad de seguir, se oyó el interfono y Harris se dirigió una vez más hacia la entrada. Cuando Ren entró andando por la puerta, se me cortó la respiración. Parecía recién salido de la ducha, con el pelo húmedo ondulándose en las sienes y el rostro recién afeitado. Una camiseta térmica fina color gris carbón con mangas de tres cuartos se pegaba a sus amplios hombros y definidos pectorales. Los pantalones negros se ajustaban a sus fuertes muslos.

Dios, estaba demasiado bueno para ser real, avanzando hacia donde yo me encontraba sentada, con sus asombrosos ojos esmeralda fijos en mí como si fuera la única persona en la habitación.

—Guau —murmuró Val en voz baja.

Me senté más erguida abriendo los ojos mientras él continuaba la marcha hacia mí. Abrí la boca para decir algo, no sé, un hola habría funcionado tal vez, pero las palabras se me quedaron atascadas. Cuando se me plantó delante, estrechó mis mejillas entre sus manos y me echó la cabeza hacia atrás, pegando sus piernas a las mías. Tenía la boca tan cerca que compartimos el mismo aire.

—Esto... —dijo Val, y ahora sonaba muy alejada.

Ren me besó, y no hubo vacilación en aquel beso, como si no le importara que Val estuviera sentada justo a nuestro lado. Me separó los labios con audacia e hizo danzar su lengua sobre la mía mientras yo me agarraba con más fuerza al extremo de la mesa. Si no estuviera apoyada en la pared, lo más probable es que me hubiera caído al suelo.

Noté un cosquilleo en los labios cuando Ren interrumpió el tórrido beso, y entonces me obligué a abrir los ojos. Lo único que podía ver era el intenso verde tras el marco de sus pestañas negras.

—Mmm. Guau. Creo que me he quedado embarazada solo de mirar —dijo Val sin aliento.

Ren soltó una risita y dijo:

—He estado esperando todo el día a que me mandaras un SMS o me hicieras una llamada. —Luego bajó la boca hasta mi oído—: Sé que no me has olvidado.

Con un respingo, retrocedí con las mejillas ardiendo. No había contactado con él esa mañana, y no porque no hubiera pensado en hacerlo antes de que se liara la cosa con Tink, pero no estaba segura de cómo se lo tomaría. ¿Estábamos ya en esa fase? No tenía ni idea de cuántas fases había o en qué nivel el hecho de mandarse mensajes sin otro motivo que decir hola era aceptable y no se tomaba como un acto de necesidad. Y ahora mismo me estaba derritiendo.

Pegó los labios justo bajo mi oreja.

—Está bien. No tienes práctica, así que te diré cómo funciono.

—Sí, dilo —le animó Val.

Le lancé una mirada malhumorada, pero ella pasó de todo mientras Ren colocaba las manos a ambos lados de mis piernas.

—Quiero saber de ti... a todas horas. Día. Noche. Mañana. Después de que salgas de la ducha y, sobre todo, de cualquier momento en que estés desnuda. —Me hizo un guiño y entorné los ojos—. Y no me importa que se enteren de lo que hay entre tú y yo.

—¿De verdad? Nadie lo habría adivinado —contesté cortante.

Me atreví a echar una ojeada a Val, que me observaba con expectación.

—Y entonces, ¿cuándo ha pasado esto? —preguntó ella describiendo con el dedo un círculo gigante.

—Oh, algo está pasando.

Ren me dio una palmadita en la pierna mientras se incorporaba cruzando los brazos. La mirada en su rostro me desafió a no estar de acuerdo.

Y yo lo hice. Naturalmente.

—De hecho, salimos ayer juntos.

—Jo —dijo Val—. Debería darte permiso más a menudo.

Ren asintió:

—Eso me parece acertado.

De inmediato pensé en lo que había pasado aquella noche en el club. Le miré entrecerrando los ojos, y un lado de su boca se torció formando una mueca burlona.

—O sea, que haciendo travesuras los dos juntos —Val chasqueó la lengua mientras sacudía la cabeza— sin perder el tiempo.

El rubor cubrió mis mejillas y descendió por el cuello.

—Mirad, colegas —repliqué—, estamos aquí porque están pasando cosas serias de verdad...

—¿Como las que habéis estado haciendo vosotros dos? —añadió Val con una sonrisa al oírme refunfuñar.

—No, eso no.

—De hecho, pienso que lo que está pasando es bastante serio —canturreó Ren, y

yo quise darme un cabezazo contra la pared.

Val se apartó de la mesa dando palmadas, girando hasta plantarse ante nosotros.

—Estoy orgullosa de ti, Ivy. —Luego sin la menor vergüenza, miró a Ren de arriba abajo casi como haría un acosador visual—. Sí, orgullosa de verdad.

Gracias a Dios, David decidió hacer acto de presencia, porque lo cierto es que yo ya no tenía ni idea de cómo iba a acabar aquella conversación y, fuera cual fuese el final perverso, no quería verme ahí en medio. Bajé de la mesa de un salto esquivando a Ren.

—David, ¿tienes un minuto?

Se detuvo con los hombros tensos mientras se volvía hacia nosotros.

—¿Quiero tener ese minuto?

—Sí, sí que quieres.

Ren apoyó una mano en mi espalda, a la altura de la cintura.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó en voz baja.

Respiré hondo dirigiéndole una mirada.

—Tenemos que hablar con él.

—Ivy...

David frunció el ceño, algo nada inusual en él.

—¿Hablar conmigo de qué?

—Esta mañana he descubierto algo —le conté a Ren, deseosa de que lo entendiera—. Tenemos que hablar con él, confía en mí.

Aguantó mi mirada, con la mandíbula tensa. Me percaté de que aquello no le hacía gracia, y cuando apartó la mirada enfocando los ojos en el techo me pregunté si rezaba para no perder la paciencia. Quería hacerle saber que no iba a verse obligado a desvelar su pertenencia a la Elite, pero si lo sacaba a relucir se enteraría todo el mundo.

—¿Qué demonios pasa aquí? —quiso saber David—. No tengo todo el día.

Respiré hondo.

—Confía en mí.

Ren me dirigió de nuevo una mirada, pasó otro momento durante el que contuve la respiración. Al final, asintió:

—Bien, hagamos esto entonces.

Aliviada al comprobar que de momento no iba a tener una pelea ahí mismo, me acerqué a David.

—Creo que deberíamos entrar en una de las salas.

Val nos siguió, para disgusto de David.

—No te he invitado a tomar parte en este embolado, suelten lo que suelten por esas boquitas.

Se encogió de hombros:

—Me invito yo solita.

Val se dejó caer en una de las sillas plegables metálicas mientras David cerraba la

puerta.

También Ren la estudió con cierta dosis de desconfianza:

—Lo que se diga en esta habitación no sale de aquí.

Alzando una ceja elegante, Val encontró su mirada:

—Eres un guaperas y eres claro. Una combinación ganadora.

David ya parecía estar harto del tema antes de empezar.

—Vamos al grano y rapidito. Tengo que reunirme con un par de posibles nuevos miembros que se acaban de trasladar.

Dirigí una mirada a Ren, pero él había adoptado una postura silenciosa en una esquina de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho, quieto como un centinela.

—Hay antiguos en la ciudad, David.

—Por todos los muertos...

—Escúchame —le interrumpí con brusquedad, de un modo que bien podía ganarme un expediente disciplinario—. Están aquí. He visto como mínimo tres de ellos, y planean abrir el portal el miércoles.

El rostro de David se ensombreció mientras avanzaba hacia mí, y fue en ese momento cuando vi a Ren moverse. Rápido como un rayo, saltó desde el rincón y lo cogió por el hombro. Yo no percibía ninguna amenaza real en nuestro líder, pero Ren no iba a tolerar nada.

—No se está tirando ningún farol, tío. Yo también los he visto —dijo Ren—. Están aquí en la ciudad, frecuentan un club del centro, el Flux. Es obvio que el lugar ofrece sus servicios a los faes. Y no solo eso, también les hemos visto allí mismo hablando con la policía.

Sacudiéndose de encima su mano, David recorrió toda la habitación con mirada enojada antes de dejar que aterrizara en Ren.

—En primer lugar, eso no es nada nuevo. Hemos tenido situaciones previas en las que los faes se alimentaban de humanos policías. Y otra cosa más importante, me sorprende que de hecho hayas visto algún fae desde que andas por aquí, porque si algo tengo claro es que desde tu llegada te has concentrado únicamente en cómo meterte en las bragas de esta chica.

—Doy fe de ello —farfulló Val.

Me quedé boquiabierta, pero lo que me preocupó de verdad fue la sonrisa misteriosamente calmada que agració los labios de Ren.

—Pues bien, esa observación me hace poca justicia, David, porque soy capaz de desempeñar tareas múltiples.

Su afirmación no ayudaba.

—David, es necesario que nos escuches. Esos oficiales de policía no parecían dejarse chupar la sangre por los faes.

—Pueden haberse visto obligados a colaborar bajo coacción.

—¿Importa eso? —me apresuré a responder—. Los faes antiguos planean abrir el

portal, y sabemos que en Nueva Orleans hay dos. Pero la entrada en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe ha dejado de funcionar. No pueden salir por allí.

Todo el mundo se quedó parado, observándome fijamente.

—¿Qué? —preguntó Ren bajito.

La respuesta de David fue un poco más ruda.

—¿Cómo diablos conoces la ubicación de ese portal?

—Hay un segundo portal en la ciudad, ¿no es cierto? —insistí.

Me miró con expresión de desprecio:

—Hay dos, pero lo que quiero saber es cómo coño te has enterado de dónde está uno de ellos y por qué piensas que no funciona.

—¿Importa eso? —repetí—. También estoy enterada de la existencia de los semihumanos y de lo que sucederá si el príncipe o la princesa atraviesan el portal y echan mano a uno de ellos.

—Semihumanos —repitió David—. ¿De qué demonios hablas?

Eché un vistazo a Ren, y la dureza en su expresión decía que estaba a punto de lanzar a David contra la pared.

—¿No sabes nada? Estoy hablando de medio humanos, medio faes —continué.

Me observó fijamente como si de mi cabeza saliera un brazo que le saludara.

—¿Has perdido la cabeza o qué coño te pasa?

—¿Y tampoco sabes cómo hablar a una dama? —intervino Ren.

—¡Medio fae! —dijo David levantando las manos—. Está todo dicho.

Ren maldijo en voz baja.

—Esto no tiene sentido, Ivy. Te dije que era inútil explicarle este asunto.

—Lo del medio fae suena bastante desquiciado —dijo Val desde su silla—. Quiero decir... No es que desee tomar partido, pero ¿en serio?

Frustrada, cerré los puños.

—Si no haces caso y no mandas al segundo portal de la ciudad a todos los miembros que tengas disponibles, van a cruzarlo y, creas en los semihumanos o no, vamos a tener un lío de cojones entre manos.

—Estoy con la Elite —anunció Ren justo cuando David iba a abrir la boca para responder.

Esas cuatro palabras dejaron en silencio a todo el mundo, hasta Val se calló. Lo único que pude hacer fue observarle con atención. Era increíble que hubiera soltado eso. Vale, admito que Valerie ya estaba enterada, pero él no lo sabía. Una vez que captó la atención de David, Ren continuó hablando:

—¿Sabes qué es eso?

Pasó un momento de tensión y luego David respondió.

—Sí, sé qué es la Elite.

Bien, alabado sea Dios.

—Entonces, si sabes qué soy, estás perfectamente enterado de que todavía hay faes antiguos recorriendo este mundo. Puede que pienses que la Elite ya se encarga de

perseguirlos y que no hay por qué preocuparse. Tal vez sencillamente no quieras que cunda el pánico entre tu secta admitiendo abiertamente que hay faes a los que no es posible aniquilar con una estaca de hierro. Y tal vez no estés enterado de la existencia de los semihumanos. Con franqueza, me importa una mierda la razón por la que no quieres que tu grupo se entere, pero te digo que me han enviado porque hay una población importante de faes y antiguos dirigiéndose hacia aquí.

Ren dio un paso adelante y dejó clara la diferencia de altura, dado que le sacaba una buena cabeza a David:

—Pero si ella dice que hay dos portales y que uno no está operativo, debes explicarme dónde está el otro y echar mano de todos tus putos recursos para vigilar ese otro portal. Ahora.

Lo único que se oyó fue el tictac seco del reloj de pared; luego David dijo:

—Todos fuera de la habitación, menos tú.

Se refería a Ren. Yo no me moví un pelo.

—No voy a irme.

—Te vas. —David se volvió para mirar a Val—. Y tú también. Esto es entre Ren y yo.

—¡Y una mierda! Esto... —empecé.

—¡Esto es una orden, Ivy! —bramó David. Una vena palpitó junto a su sien—. ¿O has olvidado que soy tu jefe?

Inspiré con brusquedad. ¿Qué podía hacer? ¿Quedarme ahí y que me suspendieran o me echaran de la Orden de una patada? ¿De qué serviría? No obstante, seguir en la habitación y dar un puñetazo a David en la cara iba a sentarme tan bien... Oh. Haciendo acopio de cada gramo de control en mí, salí de la habitación detrás de Val, sin tan siquiera mirar en dirección a Ren, pero dando un buen portazo tras de mí.

—Vaya hijo de puta —bufé, pasando a zancadas junto a un miembro de la Orden que bajaba de la tercera planta.

Acercándome a la ventana que daba a la calle, me agarré a la repisa y me concentré en respirar en vez de volver ahí corriendo y dar un tortazo a alguien.

Val permaneció a mi lado. Levantó la mano para retirarme un rizo rebelde de la frente.

—¿De qué crees que están hablando ahí dentro?

—No lo sé.

Eché un vistazo por encima del hombro sin quitar ojo a los miembros que rondaban por ahí.

—¿Sabes qué es lo malo? —continué—. Estamos seguros de que alguien en la Orden ha estado colaborando con los faes. Es la única explicación posible.

Abrió los ojos.

—¿Explicación?

—Es una larga historia. —Me di media vuelta, me apoyé contra la pared, y me

pasé las manos por el pelo—. Sabes, los miembros asesinados... pensamos que todos ellos eran guardianes —aclaré hablando casi en un susurro—. ¿Y recuerdas que nos dijeron que torturaron a Trent? —Me humedecí los labios y bajé las manos—. Hay un club en el distrito comercial, allí hemos visto a los antiguos. Estuve así de cerca de ellos. Dijeron que conocían la ubicación del portal y que no fallarían esta vez. También les oí decir que estaban encima de otra persona. Creo que hablaban de un miembro de la Orden.

—Vaya flipe —dijo Val.

Se apartó un poco, manos en jarra. Pasaron varios segundos.

—Te das cuenta de lo extraño que suena todo esto, ¿verdad?

—Lo sé. Solo que... están pasando muchas cosas. Es un asunto serio. Si abren el portal, estamos jodidos.

Entonces la miré.

Val bajó la vista al suelo, con las cejas juntas. Ninguna de las dos habló durante un par de minutos.

—Ey, tengo... tengo que irme. —Retrocedió—. Te llamaré más tarde.

Se alejó. A esas alturas no la culpaba de que le costara encajar todo aquello. Era demasiado, y ella ni siquiera sabía la mitad. Sonaba demasiado delirante como para que Val lo encajara.

Di unos pasos ante la ventana, deseando saber qué le estaba contando David a Ren; qué le estaba contando Ren a David. ¿Por qué me había echado de esa habitación? ¿Me explicaría Ren de qué habían hablado ahí dentro? Si no lo hacía, pensaba mandarle al otro barrio de una patada.

Pero mi enfado aún no había alcanzado su punto álgido. Entonces apareció Miles, bajando del tercer piso. Nada más verle me volví fingiendo estar concentrada en mirar por la ventana.

Por supuesto no funcionó.

—¿Has visto a David? —preguntó.

Eché una ojeada a la puerta cerrada.

—Está ahí con Ren.

—Ajá. —Miles frunció el ceño—. ¿Por qué?

Como que iba a contestarle. Mientras le estudiaba desde el velo de mis pestañas, intenté visualizarle como un semihumano, pero casi se me escapa una sonora risotada.

Frunció todavía más el ceño.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Esperar a Ren —respondí—. Nos emparejaron.

—Eso es cierto. —Miles me observó con atención—. ¿Sabes?, encontramos el móvil de Trent cerca de su cuerpo. Estaba roto, pero no destruido del todo.

Pensé en el móvil que le había visto sostener la semana pasada.

—Vale.

Sus ojos marrón claro se mostraban cautos.

—Había fotos tuyas en su móvil... de Ren y tú. Estabais junto a la plaza Jackson, se os ve muy juntos.

Al principio, pensaba que no le había oído bien, luego acabé dándome cuenta de qué día era.

—Vaya, eso es bastante detestable.

—Cierto —reconoció Miles—. Fue la noche que le mataron. ¿Sabes por qué estaba haciendo esas fotos? Porque no se fiaba de ti.

El vello de la nuca se me puso de punta.

—Me tenía por loca, o sea, que no me sorprende.

Miles sonrió un poco. Fue una sonrisa forzada, apenas cambió su expresión.

—Le preocupaba que... estuvieras influida por los faes.

Cerré los puños.

—¿Por qué diablos iba a pensarlo? Siempre llevo el trébol... —Mi voz se apagó. Se me heló la sangre.

—Investigó tu pasado, Ivy. Hizo algunas preguntas interesantes sobre qué pasó la noche que los faes atacaron tu casa —continuó Miles—. Señaló algunas cosas que no cuadraban.

Seguía con aquel agujero en el estómago, sin saber qué decir mientras miraba fijamente a Miles. El horror era como hielo derritiéndose en mis venas. No. Era imposible que Trent hubiera descubierto algo.

Se abrió la puerta, y nunca antes había sentido tal alivio al ver aparecer a Ren, que no salió tan enfadado como yo de la habitación.

David se hallaba en el umbral de la puerta.

—Miles, necesito verte un momento. Ahora.

Me volví hacia Ren con intención de pararle, pero me hizo una rápida indicación con la cabeza.

—Salgamos —dijo.

Cada vez más impaciente, le seguí fuera del cuartel general y nos quedamos en la acera.

—¿Qué está pasando, Ren?

Estiró la mano entre nosotros, rodeándome los dedos mientras nos poníamos a andar por Phillip en dirección a Royal. Di un traspies, y él me apretó la mano con delicadeza. Alcé la vista y me miró arqueando una ceja.

—Darse la mano es algo que hacen las personas que se gustan.

—No sabía que estuviéramos en la fase de darse la mano —contesté intentando orientarme mientras él me hacía bordear un grupo de turistas.

El pánico aún se abría paso a zarpazos a través de mí, abatiéndome mientras mi pasado amenazaba con invadir mi presente. Me tocó de lleno, pero intenté hacerlo retroceder y encerrarlo, y me obligué a olvidar lo que Miles había insinuado. Tuve que hacerlo. Era la única manera de centrarme en el presente.

—Estoy convencido de que todo lo que hicimos ayer es un indicio de que nos gustamos, Ivy.

Apreté los labios.

—No creo que gustarse sea necesario para hacer eso.

—Para mí, sí.

Me dedicó una mirada rápida y significativa.

—Al menos eso sí lo notas en mí, ¿verdad? —preguntó.

Advirtiendo un extraño aturdimiento con esa afirmación, me apresuré en apartar la mirada.

—¿Por qué estamos hablando de esto ahora?

—Porque pareces tan consternada por el acto de darnos la mano que me has distraído, y necesitaba tener claro que tú y yo coincidimos en esto.

—Ren...

Me apretó una vez más la mano y entramos en Royal.

—David quiere dismantelar el Flux el sábado. Está hablando con Miles para formar un equipo con un grupo de miembros en los que confían. Pero primero tendremos que superar la noche del miércoles. Vigilará ambos portales, no solo uno. No se cree que el otro haya dejado de funcionar, y no está dispuesto a arriesgarse y dejar uno sin ninguna vigilancia durante el equinoccio.

Casi me pongo de rodillas y beso la calle agradecida, pero sería un poco bruto teniendo en cuenta el estado asqueroso en que estaban estas calles.

—Entonces, ¿nos cree?

—No estoy completamente seguro de qué es lo que cree, pero está enterado de la Elite. Sabe todo lo relacionado con el trabajo que hacemos, por eso se ha mostrado dispuesto a escucharme, porque la única manera de que yo esté enterado de la existencia de la Elite es que forme parte de ella.

—Bien, todo un detalle —dije en tono malicioso.

—Ey, al menos nos está escuchando, joder. Al igual que nosotros, es consciente de que alguien dentro de la Orden colabora con los faes. Por eso quería que tú y Val salierais de la habitación. No creo que sospeche de ti, pero...

Noté el aire frío en la nuca.

—Creo... creo que sí sospecha.

—Eso no tendría el menor sentido. Te disparó uno de ellos, no puede pasar eso por alto.

Yo no estaba tan segura. ¿Por qué otro motivo iba a hacerme salir de la habitación? Una sensación nauseabunda de traición me retorció las entrañas.

—Sabe de la existencia de los antiguos, pero él y Miles han preferido no hablar de ellos mientras no estuvieran activos. Por lo visto temían que los faes intentaran algo en el portal, y David ya estaba buscando refuerzos para protegerlo, pero no creo que se hayan percatado hasta esta noche de la gravedad de la situación. Ni siquiera entiendo por qué la ha tomado así contigo por dar la voz de alarma.

Seguramente por ser una tía, y eso era una gran estupidez. Todo eso era una estupidez.

—Sea lo que sea, nos quiere en los portales. —Tiró de mí hacia un lado y me sacó del tráfico de transeúntes. Encontró mi mirada—. ¿Cómo te enteraste de que el otro portal no estaba operativo?

El estómago se me revolvió aún más. Aquí era donde yo tenía que mentir. Por mucho que lo detestara, no podía contarle la verdad, y odiaba tener que implicar a los amigos en mis embustes.

—Esta mañana he hablado con Merle y dijo que el portal de la iglesia ya no funcionaba, que todos los portales habían sido destruidos a excepción del segundo.

Mientras hablaba, yo era consciente de cuántos puntos antikarma me iba ganando.

—Imaginé que si tenía razón en todo lo demás, también la tendría en esto.

—¿Han destruido todas las puertas?

Asentí:

—Sí. Supongo que la Elite no está enterada de esto...

—No. No lo había oído en la vida. —Bajó la mano, pasándose los dedos por su pelo ya seco—. ¿Y cómo lo sabe ella?

—Ni idea —respondí bajito—. Pero de ser cierto... ¿y si los faes lo saben?

Sacudió la cabeza.

—Detesto lo que voy a decir pero, no sé, Ivy, no me cuadra. En absoluto.

¿Cómo podía convencerle sin explicarle nada de Tink? Ahora no podía dar marcha atrás.

—¿Te dijo David dónde está el segundo portal?

Ren asintió.

—Ahora mismo estamos delante.

Miré a mi alrededor con cierta agitación.

—¿Qué?

Mi mirada reparó en un edificio gris de tres plantas. De pronto lo comprendí.

—Tienes que estar de broma.

—¿No era esta una de las casas que usaba aquel programa en su serie de terror? —preguntó Ren.

Me quedé mirando la famosa casa encantada de la calle Royal, conocida por ser la casa *más* encantada de todo Nueva Orleans. Un lugar que ocultaba una historia terrible y brutal. Me vino a la cabeza lo que había dicho Merle. El segundo portal se ubicaba en un lugar donde no descansaban ni los humanos ni los espíritus.

En otras palabras, una casa encantada, aunque el noventa por ciento de las casas de Nueva Orleans estaban encantadas según las habladurías.

—¿Es esta...?

Ren negó con la cabeza, luego me puso dos dedos bajo la barbilla y dirigió mi mirada hacia el edificio de ladrillo situado al lado de la grandiosa casa.

—Ahí es donde está el portal.

El lunes por la noche no pasó nada. Ni un solo fae recorriendo las calles del Barrio Francés o pasando el rato en el club de la zona industrial. Pero en vez de suponer un alivio, eso solo sirvió para reforzar los malos presentimientos. Las noches de los lunes no eran prometedoras en ningún sentido, pero ¿ni un solo fae? Algo no iba bien.

Cuando ya estábamos a punto de acabar la ronda, nos encontramos de nuevo en el Barrio, en la calle Phillip, donde Ren había dejado la moto. Tenía la cabeza en un montón de cosas diferentes —la ubicación del segundo portal, el posible traidor, lo que podría pasar el miércoles— cuando Ren dijo:

—Ven a casa conmigo.

De pie en la esquina de la calle, bajo el suave resplandor de una farola, fruncí el ceño:

—¿Qué?

Me sonrió débilmente.

—Ven conmigo a casa esta noche, Ivy.

Desplacé el peso sobre los pies retrocediendo un poco. La petición me emocionó... y al mismo tiempo me dejó acojonada. Con todo lo sucedido hoy, no había tenido mucho tiempo para pensar en lo que Ren y yo estábamos haciendo, ni siquiera tras aquel morreo en el cuartel general capaz de fundirme las bragas o la manera en que me había cogido de la mano mientras caminábamos hacia el antiguo edificio de ladrillo en la calle Royal.

Noté las palpitaciones en el pecho mientras observaba su rostro en la penumbra.

—No estoy segura de que sea una buena idea.

—Es una gran idea. Posiblemente la mejor que he tenido nunca.

En la distancia alguien soltó una risotada.

—No pienso que...

—Deja de pensar. —Me cogió de la muñeca para descruzar mis brazos—. Piensas demasiado.

—No creo que sea posible pensar demasiado —razoné mientras mi mirada descendía a la muñeca que Ren sujetaba.

Aún no quería ir a casa, eso era cierto. Teniendo en cuenta que no sabía qué hacer con Tink, el apartamento sobre el encantador patio era un lugar solitario donde encontrarse.

Ren suspiró sin dejar de pasar el pulgar por el lado interior de la muñeca.

—No voy a llevarte a mi casa para violarte, Ivy.

Mi mente se llenó de imágenes con él quitándome toda la ropa, tumbándome y

haciendo conmigo todo lo que le venía en gana, y algunas partes de mi cuerpo se excitaban de verdad ante tal perspectiva.

—A menos que tú lo desees, claro, y entonces estaré encantado —continuó en tono desenfadado—. Haré lo que tú quieras... tú solo tienes... que venir a casa conmigo.

Alcé la vista y encontré la mirada inmutable, franca y sincera. Me entraron ganas de reír.

—Si no quieres eso de mí, entonces, ¿por qué deseas que vaya contigo a casa?

Una mirada de confusión cruzó su rostro fugazmente, luego me dedicó su media sonrisa.

—Primero de todo, Ivy, siempre deseo *eso* de ti. Qué caray, he estado pensando en eso desde la primera vez que intentaste arrearame.

—Eso... suena un poco demente.

No hizo caso de mi comentario.

—Pero no es lo único que quiero de ti. Me gusta pasar el rato contigo. Me gusta andar contigo por ahí.

Por extraño que pareciera, nunca se me había ocurrido en realidad, lo cual me hizo sentirme de pronto estúpida, en plan ¿y por qué no se me ha pasado nunca por la cabeza eso? A veces me parecía que tenía la experiencia de una quinceañera. Para ser sinceros, me gustaba salir con él. Aquel último par de semanas, los turnos trabajando juntos habían sido una gozada. No porque antes no me gustara hacer mi trabajo, sino porque él conseguía que las cosas fueran... diferentes.

Alzando la vista, casi le digo que no... casi.

—Vale.

Su sonrisa lenta se transformó en otra más amplia que mostró esos hoyuelos, y resultó difícil pasar por alto mi necesidad imperiosa de estirarme y besar cada uno de ellos. El trayecto en moto hasta su casa transcurrió sin incidentes, tan tranquilo como el resto de la noche, pero resultó extraño entrar en su apartamento de noche, como si fuéramos allí a liarnos en alguna perversión.

Estaba nerviosa cuando encendió la luz y luego entró en la cocina a buscar algo para beber. Con una cerveza en una mano y mi refresco en la otra, se acercó balanceándose al sofá y dejó ambas bebidas sobre la mesa de centro.

Tras sacarse las botas y los calcetines, me observó a través de las densas pestañas.

—Ya sabes, puedes sentarte en el sofá.

Me senté, juntando las manos sobre el regazo.

Él sacudió la cabeza mirándome.

—De hecho hay algo que quiero enseñarte... te quiero dar algo. Vuelvo enseguida.

¿Darme algo? ¿Qué podía darme a mí? ¿Un beso? Dudaba que tuviera que entrar en su dormitorio para eso. ¿Y quería yo un beso? Ayer no tuve problema con esos besos. Dios, no sabía qué quería.

O aún no estaba lista para admitir nada.

Fuera lo que fuese, Ren regresó y se sentó en el sofá a mi lado con una delgada estaca de madera de un color gris ceniza.

—Es una estaca de espino, para matar antiguos.

Me la puso en la mano y me obligó a rodear con los dedos el extremo liso más grueso. Encontró mis ojos.

—Quería darte esto. Mi intención era dártela ayer, pero digamos que nos distrajimos.

Oh, y vaya si nos distrajimos.

—No puedo decir que un tío me haya regalado antes un arma tan impresionante para liarme a puñaladas por ahí.

Su boca se curvó por un lado.

—Es obvio que nunca habías conocido a un tipo como yo.

Eso era muy cierto, en muchos sentidos. La estaca parecía ligera, pero era burda. Poco a poco separó los dedos, dejando atrás una sucesión de estremecimientos.

—¿Estás seguro de querer que me la quede?

—Es la de recambio. No la uso, y quiero que la tengas contigo, sobre todo ahora que empieza la acción.

Se inclinó para coger la cerveza y luego se acomodó en el sofá a mi lado. Su muslo descansaba contra el mío; la proximidad le hacía sentirse cómodo, e imaginé que si dejaba de pensar, yo también me sentiría así.

—Tienes que darles en el pecho. Como si fueran vampiros.

Di vueltas a la estaca, apreciando la destreza que requería tallar este primor hasta conseguir una punta tan afilada y destructiva.

—Gracias.

Él hizo un gesto de asentimiento y se llevó la botella a los labios.

—Lo digo en serio —añadí.

Colocando con sumo cuidado la estaca sobre la mesita, cogí mi refresco y me recosté en el sofá. Hacia medianoche habíamos recibido un SMS larguísimo de David avisándonos de la reunión de emergencia que iba a celebrarse el martes por la tarde. Supimos que tenía relación con el portal.

—¿Cómo crees que responderán los demás miembros de la Orden a lo que tenga que decir David?

—No lo sé. —Cogió el mando a distancia del cojín que tenía a su lado y encendió la tele—. No hablemos de nada de esto hoy, ¿de acuerdo? Sé que seguramente no es la mejor decisión pero, encanto, no podemos hacer nada a estas alturas para cambiar las cosas.

Vacilé mientras estudiaba su perfil.

—¿Y qué pasa con el semihumano? Si el portal se abre, es fundamental que nosotros descubramos quién es.

—¿Nosotros? —Sonrió mientras daba un trago—. Me gusta cómo suena eso.

Nosotros. Suena bien.

Mis mejillas ardieron y desvié la mirada hacia la tele. Ren puso un canal de películas.

—Sabemos que al menos hay un miembro de la Orden que reúne las condiciones, pero todavía no nos han dado los detalles. No nos darán el nombre hasta que tengan algo —dijo Ren, y por algún motivo la intranquilidad volvió a dominar mi estómago.

No tenía motivos para pensar que él me ocultaba información. Había sido bastante franco.

—Lamento no haberte advertido a tiempo sobre mi intención de hablar con David, y que te vieras obligado a tener que contar lo de la Elite.

—No pasa nada.

Sacudí la cabeza y evité su mirada.

—De hecho, sí. Val... ella ya lo sabía porque se lo conté el fin de semana pasado, cuando me lo contaste. Tenía que hablar con alguien y dejar de comerme el coco. Sé que no justifica nada, pero prefiero ser sincera.

Cuando me atreví a dirigirle una rápida mirada, no parecía demasiado cabreado. Su cara estaba inexpresiva.

—¿Le contaste por qué estaba yo aquí?

—¿Para dar caza al semihumano? Eso no. Ya la has oído antes, no ha sabido de los semihumanos hasta ahora.

Pasó un momento y luego asintió.

—¿Se lo has dicho a alguien más?

Negué con la cabeza.

Pareció reflexionar al respecto.

—Bien, con franqueza, ahora en realidad no importa. Aunque no se lo hubieras dicho, se habría enterado al entrar en la sala de reuniones.

No sentí verdadero alivio pese a ver que él lo encajaba mucho mejor que yo.

—Tendría que haberte llamado esta mañana para darte los buenos días o algo.

—Ey —respondió rodeándome con la mano libre la barbilla para dirigir mi mirada hacia él—. Un buenos días habría sido un puntazo, y hubiera preferido que esa conversación hubiera tenido lugar sin nadie más en la habitación, pero ya ha pasado, está arreglado. David ya sabía lo de la Elite, por lo tanto, no era una noticia bomba ni rompíamos ninguna regla.

—Ya habías roto las reglas conmigo.

—Es cierto.

Me desplazó el pulgar por el labio inferior, y si yo hubiera sido una chica más valiente, habría atrapado aquel dedo malvado con mi boca.

—Por una noche, seamos solo... normales.

Retrocedí, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Normales. Como esa gente que vimos en el restaurante la noche que casi me

cortas el cuello con tu estaca —explicó. Y yo recordé a las chicas y chicos que vimos allí—. No hablemos hoy de nada de eso, ¿vale?

Asentí mordiéndome el labio y volví la atención a la pantalla. Se me formó un nudo en la parte posterior de la garganta, y me bebí la mitad del refresco para aliviarlo. Ren no tenía ni idea de cómo me afectaba el hecho de desear lo mismo que él, por sencillo que fuera.

Cuando al final se decidió por una película de Vince Vaughn, me relajé poco a poco, un músculo cada vez, hundiéndome en el sofá a su lado, hombro con hombro. Nos reímos de los mismos chistes, sacudimos la cabeza con las mismas escenas, y no tardé demasiado en percatarme de cuánto necesitaba yo todo esto... Ambos lo necesitábamos.

Una vez terminada la película, nos pusimos a charlar mientras pasaban los créditos, antes de que empezara el siguiente filme ochentero. Era tarde, más de las tres de la mañana, cuando Ren me dirigió su mirada cansada y se sentó hacia delante bajando los pies descalzos sobre el suelo pulido de cemento.

—¿Lista para acostarte?

Abrí mucho los ojos.

—Se ha hecho muy tarde —dijo—. No me apetece salir otra vez, y tampoco me hace gracia que andes sola por ahí. No sugiero nada. Solo que te quedes conmigo.

—¿Pasar la noche contigo? —repetí—. ¿En tu cama?

—La cama es muy grande, podrían dormir tres personas cómodamente en ella, incluso con un gran perro a los pies. —Sonriendo un poco, me dio una palmadita en la pierna mientras yo seguía observándole—. Venga.

Ren se levantó y llevó a la cocina nuestras bebidas vacías. Luego se metió en el dormitorio, sosteniendo la puerta para mí.

Cualquiera pensaría que no me enfrentaba a asesinos sanguinarios todo el tiempo por cómo me temblaban las rodillas cuando me levanté. ¿Qué estaba haciendo? Decidí que no lo sabía mientras cruzaba el suelo frío, tras dejar los zapatos y los calcetines pegados al sofá.

Permitiendo que la puerta se cerrara poco a poco tras nosotros, Ren se adelantó para encender la lámpara junto a la cama.

—Tengo una camisa si quieres cambiarte. Debería irte bien.

Fue hasta la cómoda y abrió el segundo cajón para sacar una camisa oscura. Se acercó hasta donde yo me encontraba, paralizada en medio de la habitación.

La diversión danzaba por su rostro cuando me puso la camisa en una mano y me cogió la otra para guiarme hacia el baño.

—Puedes cambiarte ahí. O aquí. Preferiría mil veces que lo hicieras aquí.

Saliendo de repente de mi helado estupor, solté la mano.

—Me cambiaré ahí.

—Vaya palo —murmuró, y luego añadió más alto—: Estaré esperando.

Me estremecí cuando la puerta se cerró y encendí la luz. Por un momento, me

quedé inmóvil en el cuarto de baño, con el corazón acelerado... de excitación. No había dormido con un tipo desde Shaun, con o sin sexo. Con franqueza, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero me quedé en sujetador y bragas, y luego me lavé la cara a toda prisa con un poco de agua fría.

Lo último que quería era dormir en sujetador. Qué cuernos, detestaba llevarlo el noventa por ciento de las veces. No tenía pechos pequeños, pero tampoco grandes, y les gustaba menearse cuando saboreaban la libertad. Mientras me debatía sobre si quitarme o no el sujetador, me miré en el espejo fijándome en mis ojos azules ultra claros y las mejillas ruborizadas. Cerré los ojos y con dedos temblorosos alcancé el cierre del sostén en la espalda. Las tiras se deslizaron por mis brazos, y me apresuré a coger la camisa prestada, poniéndomela por la cabeza. Me llegaba justo hasta los muslos, mejor que no me pusiera a dar brincos vestida así.

Antes de salir del baño, retiré las horquillas que me sujetaban el pelo en aquel moño, y suspiré cuando ya tuve el cabello suelto. Los rizos caían en cualquier dirección, y noté un hormigueo de felicidad en el cuero cabelludo. Recogiendo la ropa, abrí la puerta del baño y me detuve en seco.

Por todos los faes ardiendo, Ren estaba sin camisa de espaldas a mí, permitiéndome ver el resto de su tatuaje.

Se había cambiado para ponerse unos pantalones de algodón flojos que le quedaban demasiado bajos, de un modo indecente, y eso era todo. Su espalda musculosa estaba ahí expuesta, las enredaderas de la parte delantera del pecho y del brazo continuaban por el hombro, enredándose en el lado derecho de la espalda. Dibujada con gran detalle, una pantera negra se asomaba entre las parras, con ojos color ámbar y una lengua roja carmín en su boca abierta, junto a los dientes afilados de un blanco brillante.

Lo único que quise hacer fue ir corriendo a tocarla.

—Empezaba a preocuparme por ti ahí dentro. —Se dio media vuelta mientras colocaba bien la almohada—. Pensaba que tendría que...

Su voz se apagó y separó los labios.

Ambos nos observamos, y no sé qué vio en mi expresión para devolverme la mirada con una mueca que no había visto antes. Había tal intensidad concentrada ahí que parecía una caricia física. Se me endurecieron los pezones, pegándose al tejido de la camisa.

—Dios, maldición —dijo con voz ronca—. Igual no ha sido buena idea dejarte mi camisa.

—Lo... siento.

Se pasó la mano por el pelo, y los músculos de su brazo y estómago hicieron cosas asombrosas mientras se agarraba la nuca.

—Tuviste una relación seria antes, ¿verdad? ¿Con el tío que perdiste?

Sin saber qué podía tener que ver eso con la camisa, asentí.

—Eras jovencísima —continuó en voz baja.

Ren se acercó hacia mí, en gran medida tal como yo imaginaba que la pantera de su espalda acosaría a una presa. Parado ante mí, tiró de un rizo que me rozaba la mejilla. Lo estiró sin dejar de estudiar mi rostro con su mirada.

—Es fantástico... el efecto que produce ver a una mujer que te gusta vestida con tu ropa. Lo había olvidado ya.

El calor descendió por mi cuello.

—Oh.

—Oh, sí.

Soltándome el pelo, el rizo rebotó hasta volver a su sitio.

—Supongo que nunca antes te habías puesto la ropa de un tío.

Negué con la cabeza mientras mi mirada descendía a su garganta. El cordón de cuero de su colgante resultaba demasiado tentador contra la piel dorada.

—Shaun y yo... no tuvimos ocasión de llegar a ese punto, supongo.

Ladeó la cabeza mientras me rodeaba con la mano la mejilla.

—O sea, que así se llamaba. Aún no lo habías mencionado.

—¿Ah no?

Negando con la cabeza, Ren me siguió el contorno de la mejilla con el pulgar.

—¿De verdad no has estado con nadie después de él?

—No. ¿Por qué iba a mentir sobre algo así?

Sonrió débilmente y luego bajó la cabeza para darme un beso en la frente, provocándome un suspiro agitado.

—Ponte cómoda. Enseguida vuelvo.

Mientras me dejaba ahí de pie y desaparecía dentro del baño, intenté encontrar sentido a lo que acababa de suceder. Mi única certeza era que ya no experimentaba aquella tristeza que me asaltaba como un puñetazo en el pecho cada vez que pensaba en Shaun. Y no sabía cómo explicarlo.

Ni qué hacer.

Respirando hondo, dejé la ropa sobre la cómoda y me metí en la cama casi corriendo y, Dios bendito, ¡el colchón era comodísimo! Me desplazé hasta el centro sin saber en qué lado dormía él o si tenía siquiera un lado preferido. Yo desde luego que tenía clarísimo cuál era mi lado: siempre el más alejado de las puertas de los armarios, soy así de caprichosa. Estirándome la camisa para que mi ropa interior no asomara saludando al mundo entero, tiré de la manta hasta mis caderas y me quedé tumbada boca arriba.

También precisaba que un adulto me explicara qué cuernos se suponía que debía hacer a partir de ese punto.

No tuve mucho tiempo para darle vueltas, pues Ren regresó enseguida del baño. Al verme, su media sonrisa omnipresente llenó aún más su rostro. Agarré la manta casi sin poder respirar. Mi corazón latía tan fuerte que me pregunté si iba a sufrir un infarto y, Dios, eso sí sería comprometido. Nerviosa, tragué saliva deseando que dejara de ir a tal velocidad.

Al apagar la lámpara las sombras le rodearon, pero me percaté de que se quedaba parado junto a la cama. Entonces se inclinó para coger la colcha de su lado sin que yo pudiera distinguir su expresión.

—¿Ivy?

—¿Mmm?

Apartando poco a poco la colcha y la manta, se metió en la cama, y aunque yo no distinguía sus ojos, supe que me observaba.

—Estoy encantado de que estés aquí.

Agarré la manta con menos fuerza.

Mientras se estiraba a mi lado, los ojos se adaptaron a la falta de luz y pude distinguir que sonreía.

—¿Y tú? —preguntó.

—También —susurré.

—Bien. Es lo único que quería oír.

Guau, el calor que inundó mi corazón podría haberme derretido allí mismo en esa cama. Esperé a que él hiciera algún movimiento hacia mí, pero pasaron varios segundos. Se estaba comportando, en serio. Me atreví a dirigir una miradita rápida, y luego ya no fui capaz de apartar la vista.

Ren levantó el brazo acercándolo más hacia mí, y el corazón me dio un vuelco. Vacilé un momento y, luego, con el corazón cada vez más alborotado, deslicé un poco la pierna hasta rozar la suya. Él dobló el brazo para rodearme la cintura y me atrajo contra su costado, guiándome hasta quedar acurrucada contra su pecho cálido y desnudo. Pasó otro momento y entonces incliné la mejilla, y el simple placer de estar tumbados así de próximos me venció por completo.

No hablamos después de eso y, mientras sentía cada una de sus respiraciones profundas y lentas, pensé que nunca me dormiría. En la oscuridad y el silencio, cerré los ojos para contener las lágrimas que asaltaban mis ojos. Nunca pensé que sentiría eso ni que volvería a estar en los brazos de otro chico y encontrarme pensando solo en él.

No estaba segura de qué me despertó, pero me encontré con las mantas retiradas y una bola de lava fundida bullendo en la parte baja del vientre. Unos labios me rozaban la curva de la mejilla, mi barbilla, y descendían luego por la garganta mientras la mano en mi pecho jugueteaba sin piedad con el pezón endurecido.

Poco a poco, abrí los ojos y acerqué la mano flotando hasta la nuca de Ren, introduciendo los dedos entre sus suaves mechones.

—¿Qué... qué estás haciendo? —Oí mi propia voz destemplada, extraña.

—Despertarte.

Ren me dio un beso mordisqueándome el labio inferior y yo, aún medio dormida,

solté un jadeo. Lo aprovechó para ahondar en el beso, sustituyendo las telarañas del sueño por la neblina del deseo.

Metió las manos bajo la camisa, masajeando la carne de mis senos desnudos, deslizando los dedos a continuación por mi vientre y entre los muslos.

—Me he despertado y te tenía enredada —dijo en el espacio que quedaba entre nuestras bocas. Frotando mi centro vital con sus dedos, me provocó un gemido—, tus brazos rodeándome la cintura, la pierna entre las mías.

—¿Ah sí? —pregunté sin saber de qué cuernos hablaba. El sueño aún velaba mi cerebro. Lo único en lo que podía concentrarme era la forma en que movía sus dedos. Mis caderas se movieron por iniciativa propia, elevándose para encontrar ese ritmo lento y deslizante.

Entonces descendió despacio para levantarme la camisa con la que había dormido. El aire fresco bañó mi piel abrasada.

—Así me gusta —continuó, dándome un beso entre los pechos—, te van los arrumacos.

—Mmm, no sé —murmuré, y entonces incorporé la espalda de la cama mientras él se aproximaba a mi pecho y empezaba a lamer con fuerza.

Agarrando su pelo con los dedos, solté un gritito.

—Oh, sí. Pareces un monito mientras duermes.

—Sus besos descendieron y yo abrí los ojos para observarle en una bruma mientras llegaba justo hasta encima del ombligo y luego describía círculos con su lengua para finalmente zambullirse ahí.

Torcí las puntas de los pies ante el estallido inesperado de placer.

—Oh, cielos...

Ren volvió a soltar una risita contra mi vientre.

—¿Sabes el efecto que ha tenido eso sobre mí?

Tragando saliva, tuve que coger aire.

—No.

Se encontraba por debajo del ombligo, trazando un nuevo sendero de besos. Solté su pelo y él agarró mis bragas por ambos lados con la mirada fija en mí, el verde oscurecido en un tono bosque lleno de pasión maliciosa.

—Me ha excitado tanto que me muero por ti. No he podido evitarlo. Tenía que besarte... tocarte. —Su voz se volvió más brusca—. Levanta.

Con el cerebro en algún mundo de ensueño, mi cuerpo tenía el piloto automático encendido. Levanté las caderas y Ren maldijo en voz baja mientras me quitaba las bragas.

—Dios, qué guapa eres, joder. —Puso una mano entre mis muslos—. Toda tú.

Entonces bajó la cabeza y dirigió su boca al tatuaje de la parte interior de mi cadera. Siguió la línea con la lengua y yo percibí cada caricia en el mismísimo centro vital. Luego besó el interior de cada muslo, acercándose más y más. Cohibida y turbada por las emociones que crecían en mi interior, intenté juntar las piernas y

retroceder, pero me sujetaba las caderas con las manos. Cuando me las levantó, el pulso se me disparó.

Sus ojos encontraron los míos apenas un segundo y entonces dijo:

—No tienes ni idea de cuánto tiempo llevo deseando saborearte.

Y me besó como nunca antes me habían besado. Mi respiración estaba alterada cuando él me separó las piernas, provocando en mí todo tipo de gemidos, gimoteos y grititos con sus lamidas. No sabía si podría aguantarlo. La tensión creció hasta el punto de resultar casi dolorosa.

Estiré el brazo hacia él sin saber con claridad si le empujaba o le atraía aún más, pero no tuve ocasión de aclararme. Me soltó las caderas y me cogió las muñecas para sujetarlas contra mi vientre con una sola mano. Casi no podía respirar mientras él sonreía y deslizaba un dedo por mi interior.

Di una sacudida, moviendo los dedos indefensa.

—Ren.

—Te gusta esto, ¿verdad? —Rozó los rizos húmedos entre mis piernas con su respiración—. ¿Más?

Hice un gesto de asentimiento.

—Dilo, Ivy.

Dios, ¿en serio? Detuvo la mano. Sí, hablaba en serio.

—Más —jadeé.

Su sonrisa era puro pecado mientras introducía el otro dedo.

—¿Y así qué tal?

La presión aumentó, pero entonces dobló ligeramente esos dedos y un sonido sofocado surgió de mí mientras empezaba a agitar las caderas.

—Ah, ¿ese es el punto, vale?

—Sonaba orgulloso, petulante, mientras operaba con una facilidad que de hecho era impresionante.

—Quiero oírte gritar mi nombre cuando te corras. Recuérдалo.

Yo no pensaba que llegara a chillar su nombre, pero luego fue su boca la que atrapó un nudo de nervios. Con la mente alucinada, yo era un bulto retorcido sobre el colchón, lanzando las caderas hacia arriba sin vergüenza al encuentro de lo que él estaba haciendo. Golpeaba con la cabeza mientras él apretaba de nuevo ese punto en mi interior y lamía el diminuto pellizco de carne que parecía convertirse en el epicentro de todo.

La tensión cedió dentro de mí, y grité su nombre mientras el éxtasis se liberaba, empezando por el núcleo, irradiado luego hasta las puntas de los pies y los dedos. Temblorosa y jadeante, su nombre reverberó una y otra vez en mi cabeza mientras él sacaba los dedos poco a poco de mí.

Cuando se levantó pude ver el bulto en los pantalones de su pijama. Extasiada por el placer que me había dado, le cogí por la cintura agarrando sus caderas mientras buscaba su boca para besarle. Saboreándome a mí misma todavía en sus labios, me

sentí embriagada de placer, un poco fuera de control, y arrebatada por la idea de devolverle lo que él acababa de regalarme.

Ren gimió en mi boca, y el corazón me palpitó mientras yo tiraba del tejido de sus pantalones con las manos y los bajaba hasta sus delgadas caderas, dejándolos justo bajo su vientre.

—Ivy...

Liberándole, rodeé con una mano la base gruesa y dura de la erección. Él sacudió las caderas y soltó con voz sofocada:

—Joder, Ivy.

Me miró con los párpados caídos y el vientre tenso por los temblores.

—¿Quieres hacer esto? ¿Seguro?

En vez de responder, se lo mostré. Arrastrando la mano por la longitud de su falo, me deleité en su manera de arquear la espalda.

—Dios, chica. Lo de antes no lo he hecho para obtener esto.

Encontré la voz mientras ejercía un poco más de presión.

—Quiero hacerlo.

Él gimió mientras yo le acariciaba.

—Desplázate hacia atrás —ordenó con voz ronca—. Contra el cabezal.

Retrocedí hasta quedarme con la espalda contra el armazón de madera, y él se movió también colocando sus rodillas a ambos lados de mis caderas. Su cuerpo me enjaulaba. Plantó una mano en el cabezal y la otra la curvó en torno a mi nuca.

Yo había hecho esto antes un puñado de veces con Shaun, pero hacía mucho tiempo, y además, en comparación, no parecía lo mismo. Ren era un hombre, y Shaun... bien, nunca tuvo la ocasión de llegar a serlo.

Apartando esas ideas perturbadoras, le lamí y besé como él me había besado minutos antes, y con la primera lamida Ren movió las caderas y rodeó con más presión mi nuca. Profirió un profundo sonido gutural, el cual me decía que aunque pudiera haber un montón de chicas que hiciesen eso mejor que yo, ahora mismo él estaba allí conmigo.

Me lo metí en la boca tan hondo como pude y, aunque su cuerpo se estremecía, fue cuidadoso mientras balanceaba las caderas con movimientos breves y rápidos, conteniéndose mientras yo encontraba el ritmo.

—Dios, Ivy, qué dulzura, qué dulzura —gimió—. No puedo permitir...

Intentó apartarse, pero yo le tenía bien sujeto, y gritó mi nombre cuando se corrió, cuando su enorme cuerpo se estremeció con el éxtasis. Me quedé pegada a él hasta que su cuerpo se arqueó y se soltó suavemente de mi mano y de mi boca. Aún de rodillas, se inclinó para tomar mi cabeza y echarla hacia atrás para darme un profundo beso pese a los que acabábamos de compartir, y continuó besándome mientras se echaba en la cama y tiraba de mí para pegarme a su costado.

Entonces me estrechó en sus brazos, acurrucándose a su lado mientras se tumbaba de espaldas con su otro brazo cruzado sobre su rostro. Lo único que veía era

su cálida sonrisa de satisfacción.

Tenía los rizos despeinados de dormir, adorablemente alborotados tras lo que acabábamos de hacer. Volvió la cabeza hacia mí:

—¿Te quedarás conmigo?

El corazón me dio un vuelco, y lo primero que me vino a la cabeza fue que por supuesto quería quedarme con él.

Luego entré en tensión y mi piel se heló como si me echaran un jarro de agua fría encima. El placer embriagador que me había dado, y que yo le había dado, se despejó de súbito, y mientras yacía pegada a él, el pensamiento más horrible me invadió la cabeza.

Cuando le perdiera, ¿cómo podría regresar a mi vida antes de conocerle? Y no lo consideraba una posibilidad, sino que sabía que iba a perderle, porque finalmente sucedería. Así funcionaban las cosas en mi vida: amaba y perdía. Y bajé de ese tren descarrilado de pensamiento antes de que se convirtiera en algo más poderoso, demasiado poderoso.

—Eh —murmuró él en voz baja.

Mi corazón latía con fuerza de nuevo, pero por razones diferentes. Una náusea me revolvió el estómago. Antes de perder a mi familia y a Shaun, no había creído que mis días con ellos estuvieran contados, ni se me había pasado por la cabeza. Pero ahora las cosas eran diferentes, porque nuestros días no eran infinitos, y era más que probable que tuvieran fecha de caducidad.

El miércoles era una sombra amenazante que no se desvanecía del todo, y sabía que a él le sucedía lo mismo. Al fin y al cabo, ¿por qué otro motivo me había pedido que me quedara esa noche? Era probable que viéramos muchas muertes, quizás incluso no regresáramos. Tal vez Ren no sobreviviera.

El pánico se apoderó de mis entrañas, hundiéndose sus amargas zarpas en mi piel. No podía, no era capaz de hacer frente de nuevo a un dolor tan demoledor, y si las cosas con Ren seguían adelante... demonios, incluso perderle tendría un impacto desmoralizador.

Me senté bajando la camisa para taparme. Oh, Dios, la había fastidiado de verdad, lo había jodido todo. Se suponía que no debía permitir que se acercara. No podíamos ser normales. Los miembros de la Orden no llevaban una vida normal, sin excepción, y bien que lo sabía. Y aquí me encontraba, en la cama con un tipo que podía perfectamente morir cuando saliera la luna mañana mismo.

—Ey —repitió él siguiéndome—, ¿qué pasa?

—Tengo... —En el fondo de mi cabeza, una parte de mí decía que parara, que respirara hondo, pero el ácido me llenaba la boca. Necesitaba salir de allí. Aquello era un error.

—Tengo que irme.

—¿Qué?

Bajando las piernas de la cama, me levanté y me dirigí hasta la cómoda. No

encontraba mis bragas y decidí que en realidad no las necesitaba.

—Jo. Espera un segundo, Ivy. ¿Qué está pasando? —Ren se había levantado y se subía el pantalón del pijama—. Háblame.

Yo agarré los vaqueros y me los puse sin mirarle.

—Tengo que ir a casa, eso es todo.

—De acuerdo. Pero eso no es todo. Estabas bien, eras pura dulzura entre mis brazos, coño, apenas hace unos segundos, y ahora ni siquiera me miras.

Ren vino hacia mí y yo retrocedí hasta la cómoda. Una mirada de confusión apareció en su rostro.

—¿Qué demonios?

Apartándome y quitándome su camisa, me puse el sujetador y mi propia camisa más rápido que nunca en toda mi vida.

—¿Hemos ido demasiado rápido? —preguntó poniéndome la mano en el hombro.

Reaccioné como respuesta a una aguda sensación de desespero. Me di media vuelta apartándole el brazo de un manotazo.

—No me toques.

Retrocedió un paso con las manos a los lados. La preocupación llenó su mirada esmeralda.

—Conforme. ¿Podemos hablar un segundo?

—No hay nada de qué hablar.

Me fui hacia la puerta del dormitorio.

—¿Te he lastimado? Maldita sea, Ivy, contéstame, ¿te he lastimado de algún modo?

Apartándome el pelo de la cara, negué con la cabeza.

—No —gruñí, volviéndome hacia la puerta—. No me has lastimado. Todavía no.

Agarré la manilla y la encontré cerrada, entonces maldije en voz baja. Retirando el pestillo, la abrí de par en par.

—¿Aún no?

Ren me siguió por el salón, permaneciendo a cierta distancia mientras yo me sentaba para recoger los calcetines y los zapatos.

—Cielo, yo nunca te haría daño. ¿Por qué te...?

Entonces las palabras brotaron de mí, desde un lugar oscuro del cual intentaba mantenerme alejada pero en el que estaba cayendo sin remedio.

—No lo harías adrede. Me prometerás que todo va a ir bien, y luego todo se torcerá, porque tú no puedes controlarlo.

Juntó las cejas mientras se situaba al otro lado de la mesa de centro.

—Ivy, no te sigo.

—No importa.

Me puse los zapatos y me levanté, cogiendo la estaca de encima de la mesa y metiéndola en el bolsillo posterior de los pantalones. Me bajé la camisa para taparla.

—Permíteme que me vista, te llevaré a casa, ¿vale? —discurrió en voz baja—.

Dame solo un par de...

—¡No! No. No hace falta que me lleves a casa. No hace falta que hagas nada, ¿de acuerdo? Eres un gran tipo, pero esto... lo que sea esto... no va a ir más lejos. Ha sido un error.

Ren se enderezó sin dejar de estudiarme.

—Maldita sea, Ivy, ¿qué coño pasa aquí? ¿Qué ha sido un error? Esta mañana ha sido cualquier cosa menos un error, joder.

Rodeé el pomo con mis dedos, y me detuve tan solo un segundo, con el corazón acelerado y la garganta ardiendo.

—Tal vez para ti no lo sea —repliqué, y entonces salí.

Mientras cruzaba el vestíbulo y daba al botón del ascensor, una parte de mí esperaba, tal vez confiaba en que saliera tras de mí, lo cual era muy retorcido y de mal gusto. Pero el montacargas llegó, entré, y la puerta al otro lado del vestíbulo no se abrió.

Ren no vino tras de mí.

Las puertas se cerraron y yo retrocedí, dándome contra el panel posterior. Me cubrí la cara con las manos, ahogando un sollozo descarnado. Lo sofoqué y lo contuve en el fondo, hasta que no quedó nada.

Hasta que no sentí nada.

El martes la situación se fue poniendo fea, pasando de jodida a jodidísima en cuestión de minutos. Intenté localizar a Val, pero no contestaba al teléfono, así que pensé en llamar a Jo Ann y contarle todas mis penas, pero ella tenía una jornada bastante apretada ese día.

Tink seguía refugiado en su cuarto, y la única razón por la que yo lo sabía era porque dentro sonaban The Cure y Morrissey en modo repetición. O sea, que si me quedaba un segundo más en mi apartamento estaba a punto de perder mi respetuosa actitud.

Tras ducharme y ponerme ropa limpia seguía sin librarme del olor a Ren o de su sabor. Lo que habíamos hecho esa mañana, lo que yo había hecho...

El cuerpo me ardía y el pecho me dolía. Nunca antes me había sentido así, nunca tan fuera de control y tan colgada, pero los sentimientos que había despertado esa mañana calaron más que el deseo. Si solo tuviera que ver con echar un polvo quizá lo hubiera asumido mejor, por crudo que sonara, pero era más que eso.

Más. ¿No quería yo algo más en la vida? Si eso era cierto, parecía que ahora estuviera siguiendo una clase sobre cómo ser estúpida y hubiera sacado matrícula.

Me senté en el borde de la cama y apoyé la cabeza entre las manos. De acuerdo, no podía regresar y cambiar nada de lo sucedido entre nosotros. Debía asumirlo, y debía ser más fuerte. También tenía un trabajo que hacer y necesitaba concentrarme.

Había hecho lo que necesitaba hacer, ¿cierto?

No hubo respuesta, solo el zumbido de The Cure. Me levanté y me metí una estaca de hierro en una bota y la estaca de espino en la otra. Cogí el móvil y pulsé en la pantalla. No había mensajes ni llamadas perdidas de Ren; tampoco las esperaba. No después de haberle dicho por la mañana que aquello era un error. Me metí el móvil en el bolsillo posterior y colgué las llaves del aro de los vaqueros mientras me dirigía hacia la puerta, pero me detuve. Dándome media vuelta, regresé por el pasillo que llevaba a la cocina y al dormitorio de Tink. Me encaminé hacia su habitación, pero aún no tenía ni idea de lo que podía decirle ni de qué hacer con él. Ni siquiera estaba segura de que estuviera aún enfadada o solo decepcionada.

Salí del piso sin decirle nada.

Tenía que hacer tiempo durante un par de horas hasta la reunión convocada por David, así que cogí un taxi hasta la calle Canal y luego me encaminé despacio hacia Royal. El cielo estaba tapado por densas nubes de lluvia que no tardarían en descargar, y las calles no se veían tan congestionadas como de costumbre. Acabé delante del anodino edificio de ladrillo.

Basándonos en lo que había dicho Merle de los espíritus, ¿significaba eso que los fantasmas de la mansión contigua habían entrado en esta casa? O tal vez fuera el portal lo que afectaba a toda la zona; después de todo, el portal tenía que estar aquí antes de construirse las casas.

Permanecí un rato bajo el balcón de hierro pintado de verde de la mansión contigua. No estaba segura de que la historia de los fantasmas fuera verdad. Nunca había visto ninguno, pero eso no significaba que no existieran. Quiero decir, si tanto los faes como los semihumanos eran reales, ¿por qué no los fantasmas?

Había barrotes de hierro en las ventanas y la puerta que podrían parecer —para una mirada no entrenada— de lo más normal en las casas del Barrio, pero estos eran de hierro por algún motivo. Ni siquiera había advertido antes la casita vieja. Dios, ¿cuántas veces había andado calle arriba y abajo, pasando junto a aquella verja de la calle Royal que compartía con la iglesia?

Como detective sería un desastre.

¿Quién ocupaba ahora la casa? ¿Contestarían si llamaba a la puerta? Probablemente, no. No había espacio entre los edificios, y la única manera de acceder a la parte trasera de la casa era a través del propio edificio.

Me demoré en Royal hasta que fue la hora de encaminarme hacia el cuartel general, con un nudo en el estómago, solo de pensar que iba a tener que verme frente a frente con Ren. Al pasar por delante de la tienda de regalos, vi que Jerome se encontraba tras el mostrador hojeando una revista. Me apresuré, no fuera que me viera. Aún le debía la tarta.

Arriba, el segundo piso estaba repleto de miembros de la Orden, la mayoría en grupos de dos o tres personas. Me quedé al margen, lejos de la puerta, alerta en todo momento por si veía a Ren. Evitarle no tendría sentido, pues teníamos que trabajar juntos esa noche, pero estaba en modo retardo, por completo.

David y Miles se encontraban en la parte delantera del gran espacio abierto, ambos hablando en tono tranquilo. Yo me subí a una ventana y me apoyé contra la repisa hasta que descubrí a Val saliendo de una de las habitaciones con la barbilla baja y el pelo rizado echado hacia delante, aunque con eso no conseguía disimular el oscuro moratón que rodeaba su ojo derecho.

—Oh, Dios mío —me separé de la ventana—. ¿Qué ha sucedido?

Val levantó la mano para tocarse la piel bajo el ojo.

—Al final me he decidido a cambiar de look. ¿Qué te parece?

La miré boquiabierta y la cogí del brazo, apartándola a un lado. La solté en cuanto noté que hacía un gesto de dolor y me percaté de que tal vez hubiera más moratones que no podía ver.

—En serio, ¿qué diablos ha pasado, Val?

Suspiró mientras cruzaba los brazos sobre su camisa color fucsia.

—Me crucé con una fae anoche que no se dejó liquidar tan fácilmente.

—¿Cuando estabas patrullando con Dylan?

—No. Fue después de la ronda. No es para tanto, de verdad. —Sonrió pero parecía como si le doliera bastante—. Lo normal sería decir que deberías haber visto a aquella zorra, pero ya no queda nada de ella.

—Dios. ¿Necesitas algo?

—No —respondió, y luego desplazó la mirada por detrás de mi hombro. Crispó la expresión—. Qué raro.

—¿El qué?

Levantó una ceja oscura.

—Ayer tú y Ren estabais dándoos morreos y hoy él está ahí apoyado, como si quisiera darle un puñetazo a la pared.

Se me heló la sangre, y casi echo una ojeada por encima del hombro. La mirada de Val regresó a la mía y yo suspiré.

—Es una larga historia. Te he llamado antes.

—Sí, lo siento. —Me dio una palmadita en el brazo—. ¿Podemos hablar más tarde?

Asentí.

Entonces David dio unas palmadas para atraer la atención de todo el mundo. Me sorprendió ver a su esposa presente, de pie delante del grupo. Comparada con su malhumorado hombre, parecía serena.

—Tenemos una situación de emergencia en potencia —empezó a decir, y entonces se lanzó a hacer un análisis punto por punto bastante rotundo de lo que podía suceder mañana por la noche. Básicamente una explicación tipo «Apocalipsis Fae para principiantes», obviando cualquier comentario sobre semihumanos, lo cual era comprensible. Llegados a este punto, eso no era algo relevante.

Sobra decir que ahí ardió Troya, como dice el refrán. Los miembros de la Orden sabían de la existencia de los antiguos y por lo visto algunos creían que esa forma casi legendaria de fae había andado por allí, pero ninguno de ellos parecía preparado para encajar la idea de que había varios en la ciudad cuyo objetivo era caer sobre el portal ese miércoles. Ni David ni Miles mencionaron los clubes, y mantenerlo en secreto tenía sentido: si alguno de los nuestros colaboraba con los faes, no queríamos que descubrieran que estábamos tras su pista.

Tras dar explicaciones sobre ambos portales, no me sorprendió que recitaran una lista de nombres, la mitad asignados a la iglesia y la otra mitad a la casa de la calle Royal. Val y Ren fueron asignados a la casa, junto conmigo y otros veinte miembros. Una mirada de David me advirtió que mantuviera la boca cerrada sobre la creencia de que el portal de la iglesia estaba destruido. Pese a saber que él no estaba preparado para aceptarlo ni para correr el riesgo de dejarlo sin vigilancia, me irritó de todas formas.

Nada pareció impresionar más al grupo que el hecho de discutir sin tapujos las ubicaciones de los portales, pero a esas alturas no suponía riesgo alguno, pues los faes sin duda ya conocían esos enclaves. La única esperanza que nos quedaba, por

pequeña que fuera, era que los faes se decidieran por el portal de la iglesia, sin saber que estaba destruido. No obstante, aunque eso sucediera, mañana por la noche habría, de un modo u otro, bajas significativas.

Noté un hueco en el estómago al percatarme de que el mismo pensamiento cundía en el grupo. Todo el mundo sabía lo que había en juego.

David se aclaró la garganta.

—Dicho todo esto, no habrá patrullas esta noche.

Dylan, delante de nosotras, se rascó el mentón con la mano y maldijo en voz baja mientras yo observaba boquiabierta al líder de la secta. Coño. Sorprendida, dirigí un vistazo a Val, pero ella tenía la mirada perdida. ¡David y Miles nos daban la noche libre! Vaya flipe, no recordaba cuándo había pasado eso antes. Patrullábamos incluso el día de Navidad.

—Si tenéis familia, sugiero que vayáis a casa y paséis el rato con ellos —continuó David—. Si no tenéis ninguna persona especial, sugiero que esta noche la aprovechéis para encontrar alguna. El miércoles por la noche algunos de vosotros no volveréis a casa.

Bien, ¿no era eso una buena motivación?

La reunión se dio por concluida después de esas palabras, y los miembros fueron saliendo, algunos más serios, mientras otros se iban concienciando para la pelea. Me volví hacia Val mientras me recogía un rizo tras la oreja.

—¿Tienes planes para esta noche? Aunque no puedo prometer que acabes echando un polvo... —bromeé.

—Creo... creo que iré a ver a mis padres —respondió ella con tranquilidad, y yo sofoqué una reacción de decepción. Estaba en su derecho de querer pasar tiempo con su familia—. Igual podemos quedar más tarde.

Hice un gesto de asentimiento aunque sabía que mejor no contaba con ello. Sonriendo, le di un abrazo con cuidado. Una parte de mí esperaba que hiciera alguna clase de broma sobre tener una noche libre, pese a la gravedad de la situación, porque Val era así, pero se ahorró los comentarios. Cuando se perdió en dirección a la puerta, entre la concurrencia, yo no era la única que la observaba. La mirada atenta de David la seguía. Dylan se encontraba tras ella, y les observó a ambos hasta que desaparecieron. Luego me miró a mí.

Meneé los dedos a modo de saludo.

El ceño de David se volvió más severo.

Era hora de marcharme. Eché un vistazo a mi alrededor pero no vi a Ren. Supuse que ya había salido. La decepción rebotó de nuevo por mi interior, pero no podía culpar a nadie de eso. Tal vez había decidido ir en busca de alguien con quien pasar la noche. Oh Dios, oh Dios, tampoco me gustaba pensar en eso. Los celos no eran un monstruo con ojos verdes, sino un dragón que arrojaba fuego por la nariz cuando mi mente produjo una imagen de Ren por la mañana, con los muslos musculosos bloqueándome, la cadera a la altura de mi boca. Pensar en otra chica me daba ganas

de apuñalar a alguien.

Necesitaba ayuda.

Tal vez si sobrevivía al miércoles, me decidiría a buscar algún tipo de terapia. Acupuntura o algo así.

Las nubes eran más negras cuando salí del edificio. Al volverme hacia la derecha, me encontré de inmediato cara a cara con Ren.

Retrocedí un paso, tambaleante. El rubor me calentó la cara, luego me apresuré a bajar el rostro cuando nuestros ojos se encontraron. Estar de pie delante de él era incómodo en un montón de sentidos.

—Te estaba esperando —dijo—. Aunque estoy seguro de que es bastante obvio.

Sin saber en absoluto qué decir, solo fui capaz de alzar la vista para observarle. El dragón de ojos verdes que respiraba fuego me estaba exigiendo que le preguntara si planeaba seguir el consejo de David, pero por suerte el sentido común le sugirió que mantuviera la boca cerrada.

—Tenemos que hablar.

Los ojos de Ren no dejaron de mirarme en ningún momento.

Encontré la voz para responder.

—No. No tenemos que hablar. No tenemos que hacer nada.

Me obligué a darme la vuelta entonces porque temía que si me quedaba y le hablaba, no sería capaz de tomar distancia. No podría alejarme y...

Seguiría estando colada por él.

—Eres una cobarde.

Me quedé paralizada mientras esas palabras calaban en mí, y entonces me di media vuelta para mirarle de frente cuando la primera gota de lluvia rebotó en la acera.

—¿Perdona?

Ren alzó la barbilla.

—Has oído bien. Detesto decirlo, pero es verdad.

La rabia bulló en mí como un denso humo. Aunque no debería sorprenderme que finalmente se encarara conmigo tras lo de esa mañana. Él tenía derecho a decir lo que creyera conveniente, pero eso no significaba que yo fuera a quedarme ahí a escuchar tan tranquila.

—Lo que tú digas, colega. Piensa lo que quieras. Yo me voy a casa.

—Para ser alguien tan fuerte y valiente, nunca hubiera pensado que fueras tan cobarde en los momentos importantes —continuó—. Entiendo que te han herido antes pero ¿sabes una cosa?, todos nosotros hemos perdido a alguien próximo y...

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —solté alzando la mano y amenazándole—. No sabes nada sobre lo que yo he perdido.

—Entonces explícamelo, Ivy. Hazme entender.

Abrí la boca, pero no surgieron las palabras, solo silencio y una vergüenza penetrante al rememorar la noche en que lo perdí todo. ¿Cómo podía contárselo?

¿Cómo podía explicárselo a alguien? Giré sobre mis talones y me puse a andar.

—Eso mismo —gritó Ren—. Huye.

Y eso fue lo que hice.

El estruendo de un trueno distante coincidía con mi estado de ánimo mientras recorría el apartamento de un lado al otro el martes por la noche. Hacía rato que el sol había desaparecido, y en la tele dijeron que se acercaban fuertes tormentas a la zona en los próximos dos días. Perfecto.

Miré por los ventanales que daban al balcón y observé la lluvia golpeando los marcos de madera mientras contaba los segundos entre el relámpago y el trueno de respuesta. Veinte segundos. Cuando era pequeña, Adrian me enseñó a contar los segundos que separaban el rayo y el estallido del trueno para calcular la distancia a la que se encontraba la tormenta. Probablemente no era el método más correcto para estimar su ubicación, pero era una antigua costumbre que aún perduraba.

Pero lo que no me había enseñado Adrian era qué hacer con esos segundos.

Nunca supe qué hacer con esos segundos.

Por raro que parezca, mientras apoyaba la frente en el vidrio frío no temía por mí. El miedo que me agitaba no tenía nada que ver con mi propio destino, pese a tener bastantes números de no sobrevivir a la noche siguiente. Vivíamos con la muerte y sabíamos que nos esperaba a todos nosotros, pero de nuevo, lo que nunca nos enseñaban era cómo seguir viviendo cuando los que nos rodeaban desaparecían. El miedo que saboreaba en el fondo de mi garganta era por todos aquellos que tal vez no sobrevivieran mañana por la noche.

Por Val, e incluso por David y Miles, y Ren.

Temía por ellos, pero no por mí. Y temía lo que sucedería si no teníamos éxito la noche siguiente. Los nudos del estómago se contrajeron solo con pensar en que el portal se abriera. La humanidad no tenía ni idea de su delicada posición, y de que una vez que los caballeros atravesaran aquella puerta, esa situación sería aún más precaria. Si conseguían dar con el semihumano y lograban que engendrara un bebé con el príncipe o la princesa, entonces esos portales nunca se cerrarían. Nada impediría que los faes se llevaran a los humanos a su mundo otra vez o que entraran en el nuestro en masa.

Por encima del zumbido de la tele, oí la puerta del dormitorio de Tink al cerrarse y me volví. Había estado en la cocina preparándose algo a lo que hincarle el diente. Vivir con él era tal y como me imaginaba la convivencia de una pareja que estuviera a punto de divorciarse. Incómodo de verdad.

Bajé la mirada hasta donde estaba mi móvil sobre el cofre de madera. Bajo el miedo que sentía, había un sabor amargo de arrepentimiento. Si iba a encontrar el final al día siguiente, ¿no tendría ningún remordimiento? El pesar se apoderó de mí y,

Dios, no quería verme de esa forma. Había cometido errores importantes en mi vida y la gente había pagado un alto precio con su sangre, y eso era algo que no podía cambiar, la verdad, pero todo lo referente a Ren parecía llevar una carga de arrepentimiento, y su peso me estaba asfixiando.

Me acerqué poco a poco hasta el cofre, cruzando descalza las maderas del suelo. El corazón me dio un brinco al estirar el brazo para alcanzar el móvil, y me paré en seco. Si le llamaba, ¿qué podía decir? ¿Qué haría? Admitir que era una cobarde, porque lo era. Temía tanto permitir que alguien se acercara que en consecuencia lo apartaba de mí. Él tenía razón. Llevaba toda la vida cerrando la puerta a la gente en la cara. Jo Ann y Val eran las únicas que se habían asomado un poco por la rendija.

Junto al móvil estaba uno de mis libros de texto. Estadística. Dios, cómo odiaba esa clase. Mientras me quedaba observando el libro, una especie de epifanía me sobrevino con la fuerza de un camión de helados perseguido por unos niños acalorados en pleno verano.

Quería más de la vida que mi compromiso con la Orden. Al fin y al cabo, ese era el motivo de que fuera a esas clases que odiaba, todo por conseguir un título que confiaba en poder utilizar mientras seguía trabajando para la Orden.

Quería más.

Pero no me estaba permitiendo a mí misma tener más; en realidad no. Me negaba las cosas intangibles que eran las que más contaban, como una amistad sin barreras y el contacto humano real. Deseo. Amor.

Un trueno retumbó y me hizo dar un brinco. No hacía falta contar para saber que la tormenta estaba más cerca. Sentándome en el extremo del sofá, cogí el mando a distancia y apagué la tele. Volví a mirar el móvil y apreté los labios.

¿Podía superar el miedo a perder a Ren? Eso era el primer paso para vivir al menos una experiencia con él.

No estaba segura de si todavía era una opción a estas alturas. Le había dado la espalda en dos ocasiones ya. Metiéndome el pelo tras las orejas, me incliné sobre los cojines y suspiré. Luego inspiré, inspiré con fuerza...

Un golpe en la puerta me sobresaltó.

Me incorporé con el corazón en la garganta. Esperé ahí un momento, luego se oyó de nuevo la llamada. Me puse en pie de un brinco y me apresuré hasta la puerta para escudriñar por la mirilla.

—Oh, Dios mío —susurré.

Aunque estaba oscuro, distinguí el perfil de Ren. Se encontraba de pie, un poco vuelto, y con la cabeza gacha, y pensé que tal vez con los ojos cerrados. Ren estaba allí, estaba de hecho allí y no podía creerlo.

Y yo me encontraba de pie con las palmas pegadas a la puerta, la boca abierta, y con pinta de boba total.

Miré por el pasillo para asegurarme de que la puerta del cuarto de Tink estuviera cerrada. Mientras abría la de la entrada, confié en que el duende se quedara ahí

dentro.

Ren se volvió agachando la barbilla y bajando las manos de las caderas. Estaba empapado, con la camisa pegada al cuerpo y el pelo formando una masa húmeda. Nuestras miradas colisionaron y las aguantamos ahí, fijas. Un relámpago atravesó el cielo tras él, destacando sus rasgos con un brillo irreal antes de esfumarse.

Colocó las manos en el umbral de la puerta y se apoyó hacia delante inspirando muy hondo.

—Si me dices que me vaya, daré media vuelta y me largaré. Te lo juro, Ivy, pero tengo que intentarlo una vez más. No puedo acabar en la tumba sin intentarlo. Por favor. No me dejes marchar.

Estremecida por lo mucho que sus palabras coincidían con mis pensamientos, no me moví durante lo que pareció una eternidad y luego me hice a un lado, como si estuviera en un sueño, para permitirle entrar.

Una profunda consternación marcó sus asombrosos rasgos. Debía estar pensando que iba a cerrarle la puerta en las narices. Al fin y al cabo, era lo que había hecho hasta ahora, se me daba bien. Probablemente era lo que mejor sabía hacer.

Estaba harta de destacar en eso.

Ren entró y yo cerré la puerta tras él con manos temblorosas. No le miré, pero estaba lo bastante cerca como para que yo me estremeciera, pues casi podía sentirle. Muchísimos pensamientos se precipitaban por mi mente.

Ninguno de los dos habló durante unos instantes, y luego yo solté una exhalación entrecortada. Lo que dije provenía de mi parte más oscura. Las palabras que nunca antes había dicho a nadie, y que ni siquiera pensaba que iba a pronunciar.

—Soy el motivo de que mataran a Shaun —expliqué, apenas un susurro audible—. Le mataron por mi culpa, y también a mis padres adoptivos. Sus muertes son culpa mía.

Ren inspiró con dificultad.

—Ivy, no creo que...

—No lo entiendes. —Mi voz sonaba apagada, cerré los ojos—. Yo soy la responsable. Hice algo muy estúpido, mucho.

Pasó un momento, y él dijo:

—Entonces me gustaría entender.

Casi me echo a reír, pero imaginé que si lo hacía parecería un poco trastornada. Si le contaba a Ren lo increíblemente temeraria que había sido, seguro que salía otra vez por esa puerta. Y no le culparía. Nunca debía sobrepasarse el nivel aceptable de estupidez, y yo había traspasado con creces esa línea no expresada.

A veces la estupidez mataba.

Como la gente que pensaba que una copa de más no significaba no poder conducir. O los que creían que enviar un rápido SMS al volante no acabaría con ellos estrellándose de cabeza contra alguien. Todas eran decisiones erróneas, estúpidas.

La mía fue colosal, si se tenía en cuenta todo.

—Me faltaban dos semanas para cumplir los dieciocho, y ya llevaba la marca de la Orden. Sé que no es lo habitual, pero Holly había hablado con la secta. A Shaun le iban a hacer la suya y... yo quería la mía. Accedieron. No sé por qué llevar la marca nos hacía sentirnos como que ya podíamos empezar de hecho a cazar faes. Quiero decir, llevábamos una eternidad entrenándonos, pero nada de eso contaba. Éramos jóvenes e imbéciles, supongo.

Abriendo los ojos, pasé junto a Ren y me fui hasta los ventanales.

—Tres noches antes de mi cumpleaños, iba a reunirme con Shaun en un restaurante de la ciudad, y me vestí para la ocasión. Ya sabes, me puse mona, y en vez de llevar el collar con el trébol, elegí una cadena de plata porque iba a juego con el vestido. —Me reí, y la risa sonó áspera—. Salí de casa sin trébol. En serio. Toda una exhibición de darwinismo. Supongo que pensé que no me iba a cruzar con ningún fae, y tal vez no hubiera pasado nada si Shaun y yo no hubiéramos salido de cacería antes de poder hacerlo. No sabíamos que una vez has ido de caza...

—Es fácil que te conviertas en la presa —acabó Ren en voz baja por mí.

Asentí mientras seguía con el dedo el descenso de una gota por el vidrio. La mayoría de faes se mantienen alejados de la Orden, no se atreverían a vigilar la casa de un miembro. Aunque supuse que con los antiguos probablemente sería diferente. Pero Shaun y yo aparentábamos la edad que teníamos, un solo vistazo y los faes sabrían que no teníamos experiencia.

—Sencillamente no pensamos en el hecho de que si nos enredábamos con los faes, podrían vernos otros faes, ya me entiendes. Qué increíble, lo estúpido que llegas a ser. La cuestión es que salí de casa y casi había llegado a la estación de tren. Iba a hacer un transbordo para coger el metro hasta el centro cuando vi un hada. Bajo su forma de mujer, debió de reconocerme, porque lo único que recuerdo es lo derechita que se vino hacia mí en la estación, delante de todo el mundo, y sin yo poder hacer nada... nada en absoluto, porque ni siquiera llevaba conmigo la estaca... Estoy segura de que adivinas lo que pasó a continuación.

Ren dejó pasar un momento antes de contestar.

—La fae te persuadió con su coacción.

—Sí —susurré apoyándome en la puerta.

Finalmente alcé la mirada, y su expresión me atravesó como una cuchilla.

La pena humedecía sus ojos volviéndolos verde musgo, y apretaba los labios con gesto taciturno.

—Sabes, creo que es el motivo de que entienda a Merle. Ella se equivocó y salió sin protección. No sé qué le sucedió, nadie explica los detalles en realidad, y creo que de algún modo yo tuve suerte. Quienes me rodeaban, no, pero yo sí.

—Ivy —dijo bajito.

—La verdad, no recuerdo mucho después de que me dijera que la llevara a mi casa, solo me acuerdo de encontrarme otra vez en casa, en la sala. Y de ver a Adrian tirado en el suelo...

Apartándome de la pared, caminé hasta detrás del sofá, con un nudo en la garganta.

—Estaba muerto, atravesado por su propia estaca, y durante un segundo pensé que lo había hecho yo. Pero yo no estaba manchada de sangre, en cambio aquella mujer iba de sangre hasta el cuello. Holly estaba en la cocina y me llegaba el ruido del estropicio.

Fruncí el ceño al revivir los ruidos de aquella noche. La madera astillándose, la porcelana hecha añicos. Los gritos.

—Intenté ayudar. La fae... aquella mujer prácticamente me hizo atravesar una pared, y Holly... bajó la guardia y se acercó para ayudarme. Entonces la fae la atacó por detrás. Le rompió el cuello.

No me percaté de mis lágrimas hasta que noté las mejillas húmedas. Me las sequé, enojada por llorar, retrocediendo un poco.

—Luego Shaun vino a buscarme, y aquella criatura se ocupó de él. No le mató de inmediato, no, jugó con él. Ni siquiera chupó su sangre ni la de Holly ni la de Adrian. Pero después de acabar con Shaun, sí que bebió de la mía.

Midiendo sus pasos, Ren rodeó el sofá para acercarse.

—Cariño...

Yo seguía retrocediendo.

—¿Alguna vez te han chupado la sangre? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Al principio duele, como si te estiraran las entrañas, y luego se detiene, deja de dolerte. Probablemente me habría dejado seca si no hubiera aparecido un amigo de Adrian, otro miembro de la Orden. Nunca consiguieron entender cómo había entrado una fae en la casa y por qué estaba allí. Por lo que todos sabíamos, era insólito que persiguieran a los miembros de la Orden, y yo nunca les conté la verdad. Estaba avergonzada, y sabía que si hablaba me expulsarían. Por lo tanto, en vez de despreciarme todos sintieron lástima por mí.

Noté un escozor en la piel, la humillación era abrumadora.

—Creo... que Shaun y yo habíamos matado a su pareja. No paraba de mencionar su nombre, Nairn. No sé. Supongo que esa parte no tiene tanta importancia. —Hice una pausa, pasándome las manos por las mejillas, y me quedé observando el suelo—. Ni siquiera sé por qué te cuento todo esto. No justifica mi comportamiento de esta mañana. No es excusa y no espero que tú...

—Lo entiendo, sé que no intentas que sea una excusa. —Ren continuó acercándose—. Dios, Ivy...

—No quiero tu lástima o que me digas que no fue culpa mía. No te lo he contado por eso. —Di con la espalda en la pared y el dolor palpitó en mi interior—. O sea, que no me mientas.

—De acuerdo, no te voy a mentir.

Cuando empecé a esquivarle, me cogió las manos y las sostuvo entre nosotros.

—Te equivocaste cuando tenías diecisiete años. Dios sabe que yo también hice muchas cagadas a esa edad.

—No es lo mismo.

—¿Ah, no? Mi mejor amigo acabó muerto y yo no hice nada para impedirlo. No —replicó interrumpiéndome cuando quise mostrar mi disconformidad—. No puedes decirme que la situación era diferente y que no tengo motivos para sentirme culpable por lo que le sucedió, si tú no te perdonas a ti misma. Tal vez ninguno de los dos seamos capaces de perdonarnos en realidad. A veces hacemos cosas o permitimos que sucedan cosas que jamás podremos cambiar, porque no hay forma de volver atrás. Tal vez esas cagadas no sean perdonables del todo, y lo único que podemos hacer es aprender de ellas y no cometerlas de nuevo.

Me costaba respirar con el nudo que me crecía en la garganta.

—He... he perdido a toda la gente que quería. —Mi voz se quebró y la expresión severa de Ren vaciló un instante—. He perdido a todo el mundo.

—¿De verdad pierdes a alguien alguna vez, Ivy? Quizá se hayan ido, pero siguen existiendo.

Me temblaban los labios mientras me esforzaba por mantener el control. Me acercó las manos a su pecho, encima de su corazón:

—Siguen aquí, Ivy. Siempre estarán aquí.

Noté que mi control cedía, uno a uno cada punto de tensión se quebraba. Empecé a apartarme, pero él me soltó las manos y me agarró por los brazos.

—Ren...

—Sigo aquí. —Bajó la cabeza, y sus ojos encontraron los míos—. A mí no me has perdido.

—Pero, y si...

—Tesoro, no puedes coartar toda tu vida con tanto «y si...». ¿Quién demonios sabe qué va a pasar? A cualquiera de nosotros puede partírle un rayo al salir de casa, o bien ambos podríamos vivir hasta los noventa. Quizá mañana muramos o tal vez regresemos aquí. No lo sabemos. —Deslizó las manos hasta mis mejillas y pegó su frente a la mía—. Pero los dos estamos ahora aquí y eso es lo que importa. El ahora mismo.

—¿El ahora mismo? —pregunté y el corazón se me aceleró.

—Sí. Ahora mismo. Estamos aquí. Es lo único que importa. Y no puedo prometerte que no vaya a desaparecer, pero voy a intentar con todo mi empeño que no sea así. Eso sí es algo con lo que puedes contar.

Un torbellino de emoción se formó en mí, como si la compuerta más gruesa por fin se resquebrajara. Arrugando el rostro, ya no pude contener las lágrimas, y ni siquiera lo intenté. Surcaron mi cara y Ren profirió un sonido descarnado procedente de lo más profundo de su ser mientras me sostenía contra su pecho, metiéndome la cabeza bajo la suya, abrazándome con fuerza, susurrando palabras que yo no entendía, pero aun así tranquilizadoras.

No supe cuál fue la causa en realidad: si que me dijera que no iba a marcharse a ningún lado o que no pudiera prometerme que no lo hiciera. Ni siquiera lo había intentado, pero estaba aquí, y tal vez fue eso lo que me hizo estallar.

Enterrando la cara en su pecho mojado, lo solté todo. Como cuando se quita el tapón de una bañera a punto de desbordarse, al principio me atraganté lentamente, como si nunca fuera a acabar, pero luego me vacié a toda prisa con un último goteo de lágrimas y respiración temblorosa.

Había pasado un buen rato cuando por fin levanté la cabeza. Ren me sonrió y apareció uno de sus hoyuelos. Me pasó los pulgares por las mejillas para limpiar lo que quedaba de las lágrimas.

—Estás guapa hasta cuando lloras —dijo.

Se me escapó una risa, ronca y débil.

—Ahora sí que estás mintiendo, sin duda. Ha sido una llorera de las feas.

—En ti no hay nada feo.

Había mucha fealdad en mí y creo que él lo sabía, en lo más hondo, porque llevaba lo mismo dentro. Pero yo agradecí el cariño que repartía como golosinas en Halloween. Sin pensarlo, me estiré y le besé. Fue un beso casto, una bendición y un gracias, nada más que un roce de mis labios contra los suyos. Pero saltó la chispa entre nosotros y encendió cada célula de mi cuerpo, y supe que a él le estaba afectando del mismo modo. Un leve temblor recorrió sus manos mientras sostenían mis mejillas. Descansé sobre las plantas de los pies y observé sus ojos mientras me dominaba otra clase de tormenta.

El calor que fluyó por todo mi cuerpo significaba que le deseaba. Muchísimo. Mi estado de ánimo aún me fustigaba, pero lo que necesitaba de verdad era a Ren. Por sorprendente que pareciera, no tenía nada que ver con lo que David había dicho sobre encontrar a alguien especial con quien pasar la velada por si no sobrevivíamos al día siguiente. Sí, lo que sentía... se encontraba ahí antes de aquel discurso tan descorazonador de David, ya estaba bajo mi piel, creciendo en torno a mi corazón. Mientras me humedecía los labios, moví las manos sobre su pecho duro, y él debió de adivinar en mis ojos lo que yo quería.

—Ivy —dijo con un gemido.

Repetí sus palabras de antes.

—No dejes que me vaya.

Sus ojos se iluminaron mientras me observaba de hito en hito.

—Nunca.

Ren no me permitió que me marchara. Mejor dicho, para ser exactos, hizo todo lo contrario. Agarrándome las caderas, me levantó del suelo, y por instinto yo rodeé con las piernas su delgada cintura. Una de sus fuertes y firmes manos me tomó la nuca y guio mis labios hacia su boca. Había un matiz ingenuo y vacilante en el beso al principio, dulce y delicado, hasta que cambió transformándose en algo necesitado y exigente. Aprecié el efecto de su lengua por todo el cuerpo.

Me recorrió con sus manos el trasero, balanceándome contra sus caderas y apretando la erección contra mi ardor. Gemí en su boca, y enseguida confié —en segundo plano mental— que Tink no saliera a investigar qué sucedía. Pero Ren se puso a andar, sin dejar de poseer mi boca, y mucho más que eso.

—La cama. Ahora —gruñó.

Me agarré a sus hombros.

—Conforme.

Movió su boca sobre la mía una vez más mientras me llevaba al dormitorio. Estiré el brazo a ciegas tras de mí, descubriendo el pomo de la puerta y abriéndola de golpe. Ya dentro, despegué los labios.

—Cerremos la puerta.

Ren arqueó una ceja, pero cerró la puerta con la bota en vez de volvernó para que lo hiciera yo. Luego se fue andando hasta la cama y me dejó caer. Aterricé con un rebote y una risita.

Él se sacó los zapatos y los calcetines y se puso encima de mí sin dejarme tomar aliento. Al instante me desapareció la camisa, y luego cayó mi sujetador. Sus manos estaban por todas partes, ascendiendo por mi vientre, acariciando los pezones duros y anhelantes, para retroceder luego hasta el trasero y la cremallera de mis vaqueros.

Ren tenía superpoderes en lo que a quitarme la ropa se refería. De alguna manera, en cuestión de segundos, me sacó los vaqueros y metió la mano bajo las braguitas. Gemí y alcé las caderas mientras deslizaba un dedo dentro. Estaba ya tan excitada y dispuesta que cuando empezó a meter y sacar el dedo casi me corro, pero quería algo más, quería sentirle en mi interior.

Estiré la mano entre nosotros y froté su dura erección a través de los vaqueros, y su gemido de respuesta me exaltó aún más. Cogí la hebilla del cinturón y la solté. Tiré de la cremallera, pero tardé más de lo que debía. No dejaba de distraerme con la mano entre los muslos, y el rastro de besos con el que quemaba mis pechos.

—Dios —grité cuando me cogió un pezón entre los dientes juguetones.

Soltó una risita mientras encontraba mi mirada y me abrasaba con ella.

—¿Te gusta esto?

—Siiiií. Sí me gusta.

Me mordisqueó el otro pecho.

—Nunca pensé que fueras de las que suplican.

—Nunca pensé que fueras tan bromista. —Me quité los vaqueros—. Te deseo.

—Me tienes —fue su respuesta inmediata.

Me atraganté a causa de la manera en que mi pecho se henchía.

—Demuéstralo —repliqué.

Ren soltó una exhalación entrecortada y luego bajó la boca para besarme con un ansia que yo había experimentado poco. Era el tipo de beso que borraba todo lo anterior y garantizaba que nada en el futuro estaría a la altura.

Guau. Lo estaba demostrando con creces.

Al final, le bajé los vaqueros por las caderas. Me ayudó a sacárselos retirando la mano de mi humedad. Elevándose sobre mí, se quitó los pantalones y unos calzoncillos bóxer negros ajustados. Así del todo desnudo, era imponente. No había un gramo de grasa sobre sus huesos, pero su piel no era precisamente perfecta. Como la mía, tenía diminutas cicatrices por todo el cuerpo, rasguños de sesiones de entrenamiento que se iban de las manos y heridas de batallas que nunca se borraban.

—Eres muy guapo —dije en serio. Su sonrisa se curvó y un rubor apareció en sus mejillas—. Te estás sonrojando, Renald.

—Oh, como me llames así otra vez te pondré boca abajo sobre las rodillas y te azotaré —advirtió. Cuando vio que me mordía el labio, entrecerró los ojos—: Y creo que te gustaría.

Tal vez, pero no estaba pensando en eso cuando se rodeó con la mano la base del falo. Observé con la boca seca y aquella fuerte palpitación entre los muslos cómo se acariciaba a sí mismo desde la base hasta la punta. Junté los muslos con fuerza, retorciéndome sobre la cama. Nunca había visto a un tío haciendo eso, y había algo demasiado excitante en ello. Toda mi piel se ruborizó e inspiré superficialmente una y otra vez.

—Quítate las bragas —me ordenó.

Aceptar órdenes de un tipo era lo que menos me atraía del mundo por regla general, pero viniendo de él, en aquel momento, si tenía que arrugar la nariz y hacer desaparecer mi ropa interior, lo haría. Recostándome, levanté las caderas y deslicé el fino material por ellas y luego por los muslos, hasta que la prenda de encaje cayó directamente al suelo.

Su mirada se deslizó sobre mí con un examen detenido que prendió fuego por toda mi piel.

—Déjame ver.

El instinto primario me decía lo que él quería, y el rubor se intensificó mientras le obedecía una vez más y separaba las piernas. Su mirada me sondeó mientras se pasaba la mano de nuevo por toda la erección.

—Eso sí que es una hermosura.

El aire estaba tan cargado de tensión sexual que pensé que iba a arder por combustión espontánea y que me sentiría muy frustrada si eso sucedía antes de que él se echara en esa cama conmigo. Pero iba a tener que esperar un poco más.

Colocó una rodilla sobre la cama, pegada al costado de mi muslo, mientras mantenía la palma tocándome entre las piernas.

—Por favor, dime que tienes un condón —susurró mientras me metía un dedo.

Solté un jadeo, arqueando la espalda otra vez.

—No. No tengo ninguno, últimamente no los he necesitado.

—Joder —soltó y añadió otro dedo muy poco a poco.

—¿Tú no llevas ninguno?

—No esperaba que sucediera esto. No soy tan despreciable. —Me dedicó una sonrisa—. Y si...

—Tomo la píldora —me apresuré a decir—. Desde los diecisiete años, la tomo a diario.

Sus ojos verdes me fundieron con la mirada.

—Estoy limpio.

Le creía y, para ser sinceros, era un poco tarde para preocuparse, pero le creía de verdad. Confiaba en él.

—Por favor...

—Dios. —Cerró los ojos un momento—. Ivy, no tienes que suplicarme. Estoy igual que tú.

Noté un hueco en el estómago cuando retiró esa mano traviesa para colocarla junto a mi cabeza y bajarla entre mis piernas. Al alzar la vista, él era la perfección personificada. Regresó a mí, lamiendo y mordisqueando, explorando cada centímetro de mi cuerpo como si pretendiera memorizarlo con la boca.

Y yo estaba totalmente entregada a ello.

Me arqueé contra su cuerpo, ansiosa y palpitante mientras él exhibía un control absoluto sobre el mío. El potente deseo me consumía, y mientras él regresaba con la boca a mis labios, sentí cómo se introducía suavemente entre mi humedad.

Ren se aupó sobre los brazos, contemplándome con una mirada salvaje y embriagadora que reflejaba todo lo que yo sentía. Desplazando el peso sobre un brazo, movió las caderas hacia delante.

Jadeé clavándole las uñas en el brazo.

—¿Estás bien? —me preguntó estudiándome con la mirada.

Asentí.

—Estoy bien, solo que hace mucho que...

—Lo sé. —Me besó con cariño—. Lo sé, Ivy.

Me agarré a él mientras me penetraba poco a poco, tomándose su tiempo pese a cómo temblaba su cuerpo, mostrando una delicadeza increíble. Las lágrimas me escocían en los ojos, pero las contuve. Era como la primera vez... sobre todo porque

solo era la segunda vez, pero esto... esto era precioso, porque era mi primera vez con Ren.

La sensación era exquisita mientras él se estiraba, y lo hacía con tanto cuidado que me derretía. Y luego lo tuve dentro por completo, del todo, y con aquella presión mi cuerpo cobró vida.

Sin salir de mí, con sus ojos relucientes como dos esmeraldas, me pasó el pulgar por el labio inferior. Me desplazé alzando levemente las caderas, y ambos gemimos.

—Así es —expresó con aspereza—. Dios, te noto tan prieta, joder, qué perfecta.

Oír eso era lo más erótico del mundo. Tal vez después me sintiera avergonzada, pero en ese momento lo único que quería era sentir más, sentirlo todo. Me dejó marcar el ritmo al principio, permitiendo que me moviera bajo él mientras le besaba las mejillas y la garganta, y seguía el cordón de cuero del colgante, besando el trébol incrustado antes de pasar a cada una de esas amapolas.

—Me estás volviendo loco —gruñó contra mi sien—. Tengo que darle más fuerte, más profundo.

Y lo hizo.

Perdió el control y empezó a penetrarme con más potencia, más a fondo, tal y como había prometido. Nunca me había sentido tan llena, tan fuera de control, mientras arremetía con sus caderas. Cada embestida subió de intensidad hasta que el ritmo fue febril, y los únicos sonidos en la habitación fueron nuestra respiración y la música de nuestra carne. Rodeándole con las piernas, me entregué sin restricciones y casi pierdo el control. La cabeza me daba vueltas a causa de la dicha y... oh, Dios, esto era más que dos personas dándose el lote y corriéndose. Sin duda. Él se movió más rápido, sus caderas y las mías colisionaban mientras me cogía la barbilla con una mano para acercar sus labios a mi boca un segundo antes de que la tensión se desatara.

Los labios de Ren ahogaron el grito que arrancó de lo más hondo de mí. El orgasmo fue un momento increíble, demoledor y a la vez curativo. Los espasmos sacudieron mi cuerpo mientras me estremecía en torno a él, lanzándome por las alturas con las oleadas sucesivas de placer que me recorrían.

Me cogió de las caderas, alzándolas mientras se ponía de rodillas, impulsándose dentro de mí, realizando las sensaciones desenfrenadas. Por un momento, lo único que pude hacer fue observar los músculos del estómago tensarse y flexionarse, y su pecho tenso mientras me sujetaba. Yo eché la cabeza hacia atrás y me mordí el labio hasta que noté la sangre. Era demasiado, como verse arrojada al cielo, sin escapatoria. Embistió una vez más, y una segunda, y entonces me rodeó con el brazo, juntando nuestros cuerpos mientras se corría, con el suyo estremeciéndose alrededor de mí.

Dejé caer los brazos a ambos lados, inertes e inútiles.

Durante un largo instante, no se movió. Tenía enterrada la cabeza junto a mi cuello, y sentía su corazón golpeando contra el brazo. Un fino brillo de sudor nos cubría a ambos, y no me importaba. Alzando la cabeza, me mordisqueó el hombro,

soltando una risita cuando gemí.

—¿Estás bien?

—Me besó la barbilla y luego la mejilla.

—Perfectamente.

Me besó la sien y luego justo debajo de la ceja.

—Ha sido asombroso. En serio. Es la pura verdad.

Una sonrisa lenta y saciada estiró mis labios:

—Así ha sido. Eres... un puntazo, de verdad.

Encontró mi mirada.

—No lo sabes bien.

Con cuidado salió de mí y frunció el ceño cuando yo di un respingo.

—En serio, ¿estás bien?

—Sí. —Moví el brazo para darle una palmadita en la mejilla—. La verdad, me siento como si me hubieran desvirgado de nuevo... es muy posible que el himen hubiera crecido otra vez. Pero estoy bien.

Renladeó la cabeza y se rio.

—No entiendo tanto, pero sé que he ascendido al cielo por un momento.

Me reí otra vez.

—Mírate. Estás preciosa con las mejillas ruborizadas. —Poniéndose de costado, me acercó más a él—. Eres adorable, del todo, joder.

—Cállate.

—Eres adorable como...

—Si mencionas algún personaje de Disney, te sacaré de la cama de una patada.

Echó la pierna sobre la mía y enterró la cabeza bajo mi barbilla, besándome el cuello.

—No, no me voy a ir. Tendrás que sacarme a la fuerza de entre tus bonitos muslos.

—Oh, Dios mío.

—Esto va en serio.

Nos quedamos ahí echados y abrazados, hablando de nada en concreto. No había ideas de pasado o futuro, y por primera vez en muchísimo tiempo, me encontraba ahí, en el momento adecuado, y no quería estar en ningún otro lugar.

*R*en se despertó el miércoles por la mañana casi como se había despertado la mañana anterior, con esa boca ardiente e insistente en mi pecho, y los dedos danzando entre mis piernas. Me encontré inmersa en una bruma sensual, enredando mis dedos a través de su pelo. Sabía con exactitud cómo tocarme y dejarme a punto de perder el control, como si llevara años haciéndolo.

Acerqué su boca a la mía.

—Dios, eres muy madrugador, ¿verdad?

Empleando la rodilla, me separó las piernas, y le sentí deslizándose dentro de mí.

—Solo cuando tengo una chica preciosa enredada conmigo en la cama.

Arqueeé la espalda mientras me penetraba del todo.

—¿Cualquier chica?

—No, no cualquier chica.

Apoyó los antebrazos al lado de mi cabeza y desplazó su peso sobre ellos mientras balanceaba las caderas poco a poco.

—Solo tú —añadió.

—Eso es muy cariñoso por tu parte.

Deslicé las manos por sus bíceps, rodeándolos con los dedos.

Sus labios rozaron los míos.

—Es la verdad. Y voy a demostrártelo.

Y lo hizo con cada embestida de sus caderas, cada beso, y cubriendo con su gran cuerpo el mío mientras se balanceaba dentro de mí. A esas horas de la mañana, las palabras escaseaban, y el mundo no existía fuera de esa cama. Cada gemido y esos sonidos profundos y sexys tan suyos llenaban el espacio entre nosotros. Mi corazón latía atronador, y un revoloteo extendía sus alas por mi pecho y estómago. Cuando me corrí, presioné la boca contra su pecho, apagando mis gritos mientras el éxtasis explosivo y arrollador me poseía.

Un relámpago crepitó por mis venas cuando Ren salió de mí. Cogiéndome en sus brazos, se sentó y me colocó sobre su regazo. Mis rodillas estaban sobre el cubrecama mientras él levantaba las caderas y me ensartaba una vez más. Esta posición era algo nuevo y parecía prolongar mi orgasmo, propagando una serie de vibraciones por mi interior mientras él movía mis caderas sobre las suyas. Su abrazo era estrecho, y cuando se corrió, me apretó la espalda con las manos y la mejilla contra su hombro.

Ninguno de los dos se movió durante un rato. Estábamos agotados y sin aliento, y no quería que pasara el siguiente minuto ni la siguiente hora. Quería quedarme así, tal como estaba con él, todo lo que pudiera.

Pero entonces mi estómago hizo un ruido.

Ren soltó una risita y yo escondí la cabeza.

—Alguien tiene hambre.

Cogiéndome la mejilla, me levantó un poco la cabeza.

—¿Sabes una cosa? —preguntó besándome la punta de la nariz.

Sonreí, sintiéndome totalmente derretida.

—¿Qué?

—Me conquistaste solo con un beso —dijo, y un nudo se formó en mi pecho, con la presión más exquisita del mundo—. Quería que lo supieras.

La emoción me atragantó, y cuando hablé mi voz sonó ronca.

—Vale.

Una sonrisa torcida apareció en su rostro, y me dio un besito.

—Quédate aquí, ¿de acuerdo?

Hice un gesto de asentimiento. Cuando Ren salió de mí y dejó la cama, me acomodé contra la almohada, cerrando los ojos mientras estiraba los brazos y las piernas. Una sonrisa grande y bobalicona tiró de mis labios. Algunas partes de mi cuerpo estaban irritadas del modo más delicioso, y no recordaba haberme sentido así de relajada. Como si durante toda la semana me hubiera sometido a un masaje profundo de los tejidos, y ahora...

Un grito repentino proveniente de la cocina, seguido por el sonido de algo rompiéndose contra el suelo, hizo que me incorporara de golpe. Con el corazón desbocado, bajé las piernas al suelo y cogí la camisa de Ren. Me la eché encima —aunque casi me llegaba hasta las rodillas— mientras cogía la estaca de la cómoda y me apresuraba a salir al pasillo. Me paré en seco en la entrada de la cocina.

Por todas las barritas sagradas de cereales.

Mi mente en estado de éxtasis postcoito, había olvidado por algún motivo todo sobre aquel compañero de piso mío tan especial.

Ren tenía a Tink sujeto sobre el mostrador, rodeándole con su gran mano el tronco y a punto de rebanarle el cuello con un cuchillo. Había un gran cuenco en el suelo, con copos marrones esparcidos sobre las baldosas, como si se tratara de la escena de un crimen, pero con cereales.

Oh, mierda.

Los ojos abiertos de Tink encontraron los míos cuando retorció la cabeza a un lado.

—¡No estaba haciendo nada!

—Estabas en su cocina —soltó Ren con los ojos peligrosamente relucientes—. Comiendo sus copos de maíz. ¿Y qué coño de fricada es esta?

—Ah...

—¡Siempre me como sus cereales! —Tink sacudió sus pequeños brazos—. Y tú estás desnudo. ¡Desnudo del todo!

Oh, cielos, Ren estaba totalmente en pelotas. Mi mirada descendió a su trasero, y que el santo Dios y la Virgen bendita me ayudaran, la verdad es que lo tenía estupendo. Bien proporcionado, con glúteos firmes...

El temor por la vida de Tink me sacó de aquellos pensamientos.

—¿Qué estás haciendo, Ren?

Me dedicó una mirada cargada de reticencias.

—Iba a hacerte el desayuno, pero he encontrado este monstruo de feria en tu cocina.

Tink torció el labio.

—¿Ibas a hacerle el desayuno así, desnudo? ¿Con la chorra fuera y todo lo demás?

Ren aumentó la presión sobre el tronco de Tink, y el duende soltó un chillido

como si fuera un juguete. Todo este asunto de prepararme el desayuno era un detallazo, y él cocinando desnudo digamos que era excitante, pero tenía que intervenir:

—De acuerdo.

Dejé la estaca sobre la mesa de comer y luego me retiré el pelo hacia atrás.

—Puedo explicarlo, Ren, pero necesito que le sueltes.

—Ya la has oído —dijo Tink—. Suéltame.

La mirada de Ren voló del duende a mí.

—¿Quieres que suelte a esta cosa?

—Es mi cosa... quiero decir, no es mi «cosa». Es un duende, y no hay problema alguno con él. No va a hacerle daño a nadie, te lo juro.

Andando hasta donde estaban, pasé por alto la mirada con que Tink nos fulminaba.

—Por favor —insistí.

—¡Un duende, Ivy! ¿Qué coño está haciendo aquí? —Volvió la mirada hacia Tink, quien empalideció, pues el extremo del cuchillo seguía cerca de su garganta—. ¿Y qué quieres decir con que es tuyo? He entrado en la cocina y me lo he encontrado sentado en un cuenco de copos como una rata parlante de dos patas.

—¡No soy una rata, señor! Soy un duende y muy orgulloso de serlo, so grandullón...

—Tink —advertí.

Y luego rodeé la muñeca de Ren con la mano. La mirada esmeralda saltó a la mía. Mi corazón latía con brutalidad contra las costillas. Por muy molesto que estuviera él con Tink, si algo le sucediera...

—¿Se llama Tink?

Asentí.

—Bueno, así le llamo yo.

—¿Estoy alucinando? Tengo que haberme tomado algo. —Miró a Tink por encima del hombro y frunció el ceño—. ¿Y lleva leotardos de muñeca?

—¿Y a ti qué te importa? —desafió Tink.

Ren alzó las cejas.

Dios, no era así como yo quería que Ren ni nadie se enterara de la existencia de Tink. Con una profunda inspiración, lo intenté otra vez:

—Lo lamento. Debería haberte advertido...

—Tendrías que haberme advertido a mí —masculló Tink enfadado—. Soy yo quien ha tenido que ver su rabo colgando por ahí...

—¡Tink! —solté, lanzándole una mirada iracunda que le hizo saber que estaba a punto de permitir a Ren mostrar su peor cara—. Conforme. Puedo explicarlo todo, pero necesito que lo sueltes y deberías... mmm, ponerte unos pantalones.

—Respaldo esa propuesta —dijo el duende en voz baja.

Oh, Dios mío, Tink estaba en un verdadero aprieto.

—Por favor, Ren, Tink no es malo. Los duendes no son malos. Puedo explicarlo todo. Por favor, permíteme explicártelo.

Por un momento, no estuve segura de que Ren fuera a escuchar, pero luego giró el cuchillo en su mano y clavó el extremo afilado en la tabla de cortar junto a Tink. El arma tembló con el impacto mientras el duende salía volando del mostrador, ascendiendo rápidamente hasta la lámpara del techo. Toda la instalación osciló cuando se asomó para atisbar por el extremo.

Tink alzó una mano y el dedo corazón.

Suspiré.

Ren se volvió hacia mí con mirada de incredulidad y luego salió airado de la cocina. Mentiría si no reconociera cómo me distraía ese culito.

—Anoche ligaste —dijo Tink a viva voz desde la lámpara—. Qué fresca.

Le devolví la miradita.

—¿Qué hacías aquí? Seguro que sabías que estaba conmigo.

—¡Claro que lo sabía! ¡Le oí! —aulló como respuesta, y se me ruborizaron las mejillas—. No pensaba que fuera a quedarse a pasar la noche. ¡Los ligues de una noche no se quedan a dormir!

—¡No soy un ligue de una noche, burro! —gritó Ren desde el pasillo.

Mi corazón se puso como unas castañuelas, pero luego Tink bajó la voz.

—¿Ese? ¿En serio? Decides desempolvar las telarañas y ¿te lo haces con ese?

—No hay nada malo en él, no seas idiota.

Tink se quedó boquiabierto:

—¿Y yo soy el idiota? ¡Me ha maltratado! ¡Y estaba desnudo!

Sacudiendo la cabeza, me dispuse a salir de la cocina.

—Baja de ahí. Debo hablar con él.

El duende dijo algo entre dientes, pero no le hice caso y llegué al dormitorio justo a tiempo de ver esa preciosidad desapareciendo dentro de los vaqueros. Ren se plantó de cara a mí mientras se subía la cremallera.

—No sé qué decir, la verdad —confesó.

—Yo... tampoco, para ser sinceros. —Me acerqué a la cómoda y abrí el cajón, cogiendo unos pantalones cortos—. Nadie sabe que existe, ni siquiera Val.

Una sombra cruzó su rostro.

—Es una criatura del Otro Mundo, Ivy.

—Lo sé.

—Me puse los pantalones cortos de algodón y luego cogí una camiseta de tirantes. Me volví a un lado, me quité la camisa y enseguida me cambié de prenda. Luego le miré de frente y vi que aún no se había abotonado los vaqueros. El relieve de los músculos próximos a las caderas era una distracción extraordinaria.

—No le he hablado a nadie de él, tal vez un día te lo habría explicado, pero... es un duende y sé que la gente como nosotros va a juzgarlo solo por eso y nada más.

Ren se pasó la mano por el pelo, levantando las ondas y los rizos.

—¿De qué otra manera se supone que tenemos que juzgarlo?

Cogí la chaqueta de punto de la silla y me la eché encima. Solo podía confiar en que no le contara a nadie lo de Tink. Y que todo lo demás pareciera una tontería.

—No lo sé. Tal vez me gustaría que entendiéramos que no todas las criaturas del Otro Mundo son como los faes.

Me miró como si me hubiera crecido una tercera teta.

—Mejor empiezo por el principio. —Al ver que no me respondía, me senté sobre el borde de la silla—. Lo encontré hace un par de años, en el Cementerio número uno de San Luis. Estaba mal herido, tenía una pata y un ala rotas, y no sé por qué no lo liquidé como sabía que debía hacer. Pero lo cierto es que nunca antes había visto un duende. Ni siquiera pensaba que hubiera alguno en nuestro mundo. Fui incapaz de matarle. Sé que fue una debilidad, pero...

—No es una debilidad, Ivy.

La esperanza de que él pudiera entenderme me llenó el pecho.

—En fin, no pude hacerlo, y no podía dejarlo ahí, así que me lo traje a casa y lo curé. Lleva conmigo desde entonces, y nunca ha hecho nada que me ponga en peligro ni me ha lastimado. Bien, intenta mordirme de vez en cuando. —Fruncí el ceño y sacudí la cabeza—. Creo que solo es una rareza de los duendes.

—¿Tienes idea de lo poderosos que pueden llegar a ser los duendes? —me preguntó mientras echaba un vistazo en dirección a la puerta. Ren se me acercó un poco—. ¿Te imaginas siquiera lo que tienes viviendo en tu casa?

Tink era poderoso, cierto, era un fenómeno descubriendo mis contraseñas y comprando basura en Amazon, pero más allá de eso, pienso que los poderes útiles los perdió con aquella paliza que se llevó.

—Se le da muy bien limpiar la casa —dije sin convicción.

Ren se me quedó mirando.

—¿O sea, que básicamente lo tienes de mascota?

Gracias a Dios, Tink no estaba ahí para oír eso.

—Yo no le llamaría necesariamente mascota.

Salía más caro que una mascota.

—Entonces, ¿cómo lo llamarías?

Me encogí de hombros.

—Solo... Tink. —Juntando los extremos de la chaqueta, alcé la vista hacia Ren—. Es mi amigo.

—Y yo la protejo —dijo Tink desde el pasillo.

Se asomó por detrás de la puerta.

—Yo no diría tanto —repliqué con sequedad.

Ren miró al duende.

—¿Protegerla de qué?

A Tink no le dio la gana de responder mientras entraba arrogante en la habitación acercándose poco a poco hasta donde yo estaba sentada. Acabó agarrado a la pata de

mi silla, con el cuerpo medio oculto tras mi pierna.

—Los duendes odian a los faes, Ren. —Jugueteé con los botones de la chaqueta —. No son enemigos nuestros.

—¿Es eso cierto? —murmuró Ren observándolo.

Tink alzó la barbilla desafiante... desde detrás de mi pierna.

—Mataron a toda mi familia. No hay nada que odie más que los faes.

—Los duendes han destruido casi todos los portales desde el interior del Otro Mundo. Han conseguido más que la Orden en lo referente a los portales, sin que ninguno de nosotros lo haya sabido nunca —le expliqué con calma—. Así me enteré de que los portales están destruidos. No me lo dijo Merle.

Ren alzó las cejas.

—¿Fue él?

Tink me fulminó con la mirada.

—Oh, ¿así que tú sí puedes mentir?

—Calla, Tink —solté.

Ren se sentó sobre el extremo de la cama con los codos apoyados en las rodillas mientras estudiaba al duende. Me alivió ver que ya no parecía querer matarlo, pero la cautela todavía marcaba sus rasgos.

—No podía explicarte cómo me enteré. Si lo hacía, tendría que contarle a todo el mundo que Tink existía, y por muchas ganas que tenga a veces de mandarlo de una patada a...

—Ay —replicó Tink entre dientes—, yo también te quiero.

Sin prestarle atención, respiré hondo.

—Lo protegería con mi vida.

Ren alzó la cabeza y su mirada cristalina encontró la mía. Separó los labios listo para replicar, y yo no cedí terreno.

—Por favor —dije—, no se lo cuentes a nadie.

Pasó un instante de tensión, y luego respondió:

—Bien, al menos no tienes una serpiente como mascota, porque eso sí que sería una rareza asquerosa. Y supongo que hay gente que tiene compañeros de piso más molestos. Sea como sea, para ser sinceros, no confío en este mierdecilla, pero respeto tu decisión.

—Yo tampoco confío en ti, o sea, que... ¡que te den! —respondió Tink con una sonrisa insolente al tiempo que salía de detrás de mi pierna.

Le arrojé un pañoleta que cogí de la silla.

Él la atrapó sujetándola pegada a su pecho mientras se lanzaba a volar por el aire.

—Le has dado a Tink una pañoleta. ¡Tink es libre!

Salió volando al pasillo como un hada chiflada dando alaridos:

—¡Tink es liiiiibre!

Ren me miró.

—¿Qué cojones es todo esto?

Yo suspiré.

—Está obsesionado con Harry Potter. Lo siento.

Entonces entró de nuevo como una flecha, sosteniendo la pañoleta contra su pecho desnudo.

—No hay por qué justificarse en lo referente a Harry Potter.

—Recuerdas lo que le pasó a Dobby, ¿verdad? —le pregunté.

—Mierda. —Tink abrió mucho los ojos y luego dejó caer la pañoleta—. Paso de esa mierda. Tengo hambre. Alguien, y no miro a nadie, me ha fastidiado el desayuno. Así que me voy a la cocina.

Se detuvo y miró a Ren intencionadamente:

—Te estoy vigilando, colega.

Ren alzó una ceja.

Una vez que oí el repiqueteo de los cuencos en la cocina, me concentré en Ren.

—Lo entiendes, ¿verdad? Porque necesito saberlo —le pregunté.

Se levantó.

—¿La verdad? Creo que todo esto me ha dejado un poco descolocado.

Se acercó a mí, recogiendo del suelo la pañoleta caída, y luego se arrodilló ante la silla en la que estaba sentada.

—Tienes un duende viviendo contigo. Nunca antes había visto uno.

—No le he contado nada de ti —susurré—. Ni de la Elite. No creo que sepa nada.

Esbozó una sonrisa torcida y dirigió una ojeada a la puerta.

—Te lo agradezco. Dios, de hecho tengo muchas preguntas que me gustaría hacer a ese punki de mierda. Lo siento, yo...

—No. Es un punki. Y orgulloso de serlo. —Sonreí un poco—. Lo más probable es que te las responda todas. Le gusta hablar, sobre todo de sí mismo.

Ren se rio en voz baja mientras dejaba la pañoleta sobre el brazo de la silla.

—Un puto duende. Jesús. Esto sí que no me lo esperaba.

Yo no sabía qué decir, así que no dije nada.

Frunciendo el ceño, él pareció a punto de decir algo, pero luego sacudió la cabeza.

—¿Sabes? —dijo tras unos momentos—. Quería que hoy fuera, bueno, lo que nos queda de día, especial para ti. Pensaba hacerte el desayuno y luego tal vez ir a algún sitio. No sé adónde, a algún lugar.

Mientras hablaba, abrí los ojos y noté mi corazón estrujado como si lo hubieran pasado por un exprimidor.

—Esta noche va a ser dura, y quiero que reserves el día solo para ser feliz.

El rubor se me subió a las mejillas.

—Sueno más bien estúpido —continuó él— ahora que lo he dicho...

—No, no es estúpido. —Me adelanté y puse las manos a ambos lados de su rostro notando el leve cosquilleo de la barba de dos días—. Suena genial.

Se volvió para darme un beso en la palma de la mano y luego en la otra.

—¿Aún tienes ganas? —preguntó.

—Sin lugar a dudas.

—Si preparas el desayuno y guardas un poco para Tink, seguro que él se muestra comunicativo y te da información —le sugerí.

Ren ladeó la cabeza contra mi palma, frotándola con suaves movimientos. Una parte de mí seguía preocupada por lo que pensase realmente de Tink, y esperaba que no dijera nada. Solo podía confiar en que si... si se quedaba, acabara por aceptarlo. Esto último era una idea a largo plazo, pero vi que llevaba este asunto mejor de lo que yo esperaba, y me sentí agradecida por ello.

—Hagámoslo entonces.

Dejé que me levantara de la silla y, sosteniendo aún mi mano, me llevó hacia el pasillo. Mientras le seguía, un frío inesperado se coló por toda mi columna. Mirando otra vez la cama deshecha en el dormitorio, con ropa esparcida por el suelo, solo pude confiar en que hoy no fuera mi último día feliz, y que tuviera muchos más.

Que tuviera un mañana, y Ren también.

Resultó una sorpresa que Ren preparara el desayuno y los tres fuéramos capaces de comer sus esponjosas tortillas sin que intentara matar a Tink ni una sola vez, cosa que me dejó bastante asombrada. Él había respondido a las preguntas de Ren en relación a los portales y lo que habían hecho los duendes en el Otro Mundo, aunque no le insistió más. Yo notaba que quería hacerlo, pero por algún motivo se controló.

Después de ducharnos —por separado, porque sería raro ahora hacerlo juntos con Tink tan consciente de lo que habíamos hecho la noche anterior... y por la mañana— Ren y yo desaparecimos durante buena parte del día por el Mississippi, haciendo un poco el turista. Me salté otra vez las clases, sabiendo que iba a costarme un montón ponerme al día, pero estaba entregada a disfrutar del momento presente. Hoy no iba a estresarme.

Aunque no era la primera vez que tenía una cita, era una gozada, todo tan divertido y diferente que me parecía no haberlo hecho nunca antes. Gracias a la cháchara distendida, Ren descubrió que Tink era un as de la repostería y que también era el motivo de mis salidas nocturnas a altas horas de la noche en busca de buñuelos.

—Te preocupas de verdad por él —dijo en tono asombrado.

De repente se me ocurrió pensar que era cierto y que debería haberme percatado antes, después de no haberlo cortado en rodajas cuando descubrí que no había sido franco conmigo, por ejemplo. O cuando expresé ante Ren mi deseo de protegerlo hasta las últimas consecuencias.

El día pasó demasiado deprisa. Llegó la hora de prepararnos para la noche y nos separamos justo cuando unas nubes de tormenta empezaban a arremolinarse de nuevo. Paré un taxi y, antes de subir a él, Ren me estrechó contra su pecho y me dio un beso profundo, sólido, sobre el bordillo de la calle Canal. Ese beso fue como despertar bajo el sol. Era caliente y me tuvo absorta todo el viaje de regreso a mi apartamento.

Vestirme para aquella noche fue extraño. Mientras me abotonaba un par de pantalones gastados, me pareció surrealista ponérmelos. Sentí lo mismo cuando me sujeté la daga de espino en el interior del antebrazo y tiré de la manga de la camisa ligera para cubrirla. En todo lo referente a Ren, seguía sin duda colada por él. Pero no estaba sola; él estaba conmigo. Nunca había pensado que pasaría un día como el de hoy, que acabaría experimentando ese tipo de dicha que solo se logra en compañía de alguien que aprecias y que te corresponde. ¿Y estar con Ren? Sí, me sentía querida, y después de Shaun, para ser sinceros, no había creído que volviera a sentir eso otra vez.

O que mereciera experimentar ese tipo de regalo.

Pero hoy había sido como dar la primera bocanada de aire primaveral. Todas esas cosas sencillas compartidas no tenían precio. Yo... me sentía viva, viva de verdad, por primera vez en casi cuatro años.

Observando mi reflejo en el espejo, no permití que mi mente se adentrara demasiado en el futuro. Me lo tomé al pie de la letra: iría minuto a minuto. Me estiré los rizos para luego retorcerlos en su longitud y hacerme un moño que sujeté con las horquillas.

Un trueno retumbó en la distancia, inspiré hondo y solté el aire poco a poco. Estaba preparada para esa noche.

—No vayas.

Me sorprendió la voz de Tink flotando en el aire en el umbral de la puerta del baño.

—¿Qué?

—No vayas esta noche —repitió.

Fruncí los labios.

—Tengo que ir. Es mi...

—Sé que es tu trabajo, pero... no vayas. No tienes por qué ir —insistió—. No tienes por qué estar allí.

La inquietud se instaló en mi pecho como una serpiente enrollada. Tink nunca me había pedido que no saliera de caza... ni una sola vez. Hoy era diferente de todos modos. No íbamos a cazar faes. Sabíamos que ellos vendrían a por nosotros.

Negué con la cabeza.

—Tengo que ir, Tink. Es mi deber, y tú lo sabes.

Me miró como si fuera a decir algo más, pero bajó la barbilla y cerró las alas mientras yo le esquivaba. Luego me siguió hasta la puerta de entrada, sin decir nada mientras yo cogía las llaves y el móvil.

Entonces aterrizó sobre la silla, habitualmente ocupada por las cajas de Amazon, y se agarró al respaldo.

—¿Ivy?

—¿Sí?

Tenía los ojos claros abiertos con solemnidad.

—Por favor, ten cuidado, porque hay... hay cosas peores que la muerte si ese portal se abre.

Las palabras de despedida de Tink me obsesionaron mientras me encaminaba hacia la calle Royal. No era precisamente algo en lo que yo quisiera pensar; ahí en medio de los turistas atrapados por la lluvia, y estuve a punto de perder un ojo un par de veces por las puntas afiladas de unos cuantos paraguas que me pasaron demasiado cerca.

Cuando la casa de la calle Royal se hizo visible entre la llovizna, vi a Dylan de pie en el exterior, debajo del balcón. Pensé en la manera en que David le había observado al marcharse tras la reunión del martes por la tarde. ¿Pensaban que Dylan era el traidor? No le conocía demasiado, pero siempre se había comportado bien conmigo. Pero, claro, ¿qué sabía yo? Aunque los miembros eran una familia para mí, eran más bien como esos primos lejanos a los que ves en las vacaciones. No tenía demasiada relación con muchos de ellos.

Dylan me hizo un ademán con la cabeza mientras pasaba a su lado. La puerta estaba abierta, y en cuanto entré en el vestíbulo fue como transportarme en el tiempo.

Un tiempo en el que la costumbre era tener casas que olían a naftalina y muebles que parecían algo sacado de la película *Orgullo y prejuicio*.

A tono con esa ambientación, había una *chaise longue* y un sofá en medio de la estancia, delante de un hogar que confié no estuviera en uso, solo por la visión del estado semiderruido de la chimenea.

Había un arco que llevaba a lo que supuse era una cocina. Alcancé a oír a miembros de la Orden hablando ahí. Me volví hacia la escalera empinada y estrecha. David se hallaba en lo alto con los brazos doblados sobre el pecho; estaba hablando con Ren.

Mi fibra sensible se tensó como los hilos de un títere, danzando y agitándose en el momento en que le vi. Es mío. Fueron las palabras que me cruzaron por la cabeza, y las puntas de las orejas me empezaron a arder. Pero era cierto. Mientras ascendía poco a poco por las escaleras, supe sin duda que era mío.

Ren se volvió mientras me acercaba a lo alto, y su boca se torció hacia arriba para revelar el hoyuelo derecho. Yo no sabía bien cómo actuar estando allí David, por lo tanto me detuve casi a medio metro de él.

David me dedicó su típica mirada enojada cuando nuestras miradas se encontraron, luego dijo:

—Asegúrate de volver a bajar esos escalones luego, Ivy.

Sorprendida, tartamudeé:

—Y-y tú-tú también.

Observé al líder de la secta entrar andando en una habitación situada oblicuamente respecto al hueco de la escalera.

—Creo que le caigo bien. En lo más profundo de su ser, creo que de verdad le gusto.

—Claro que sí. —Ren me tocó un poco la curva de la espalda—. Además, ¿a quién no?

—A mucha gente.

—Eso no me lo creo —contestó—. Eres demasiado encantadora.

Le sonreí aunque lo único que quería era ponerme de puntillas y darle un morreo. Me hacía gracia pensar que solo semanas antes lo que deseaba darle era un puñetazo, no un beso. Puse una mueca. Cómo había cambiado todo.

Se acercó un poco más.

—¿Por qué sonríes?

—Por nada.

La sonrisa llenó mi cara.

Su mirada me recorrió el rostro.

—Dios, estás guapa cuando no sonríes, ¡pero con esa sonrisa cortas la respiración!

Me sonrojé con el cumplido y fui consciente de que los miembros de la Orden que rondaban por el segundo piso nos miraban de soslayo. Aun así, quería decirle algo por si acaso... por si más tarde no había ocasión. Alcé la vista y encontré el tono brillante de sus ojos verdes.

—Gracias por lo de hoy. Ha sido... maravilloso.

—No hace falta que me des las gracias —dijo en voz baja.

—No, lo digo en serio. Ha sido probablemente mi día favorito, bueno, de entre todos. —El calor se desplazó desde las puntas de las orejas hasta mi rostro—. Solo quería que lo supieras.

Ren sonrió mostrando los hoyuelos, y decidí que ya era hora de cambiar de tema antes de que me perdiera en esa sonrisa y acabara haciendo alguna bobada.

—Y bien, el portal, ¿dónde se encuentra?

Ren dirigió una mirada hacia el umbral situado al otro lado de la estancia.

—Se encuentra en el dormitorio principal. ¿Quieres verlo?

Asentí y le seguí por el pasillo antes de entrar en una enorme estancia que estaba vacía. Imaginé que en otro tiempo, en su apogeo, contendría probablemente camas con dosel y muebles preciosos hechos a mano, pero ahora sus suelos desnudos estaban polvorientos y la chimenea fría.

Iba a preguntar dónde estaba el portal justo cuando Miles se volvió a un lado para responder a algo que Rachel Adams le dijo, y pude verlo con mis propios ojos.

Parecía la puerta de un armario o tal vez de acceso a otra habitación. No estaba segura, pero no había dudas de que no era una entrada normal.

La fulgurante luz azul que relucía entre las rendijas alrededor de la puerta bien podía delatarla. O tal vez los numerosos cerrojos en su exterior, porque, en serio, ¿quién tenía tantos candados en una puerta dentro de una casa? Y por si nada de eso fuera suficiente, saltaba a la vista que la puerta vibraba y traqueteaba, como si algo al otro lado intentara atravesarla.

Porque algo intentaba atravesarla.

Qué caray, era una entrada legal al Otro Mundo. Una parte de mí no creía que de verdad estuviera viéndola. Por terrible que fuera lo que representaba, aún estaba asombrada de encontrarme en presencia de una.

Me adelanté.

—¿Siempre... siempre es así?

Miles respondió:

—Por regla general, hay más tranquilidad, pero a medida que el equinoccio o el solsticio se aproximan, empieza la agitación.

—¿Y siempre ha estado ahí? —Le dirigí una mirada—. ¿Incluso antes de construirse la casa?

—Eso imagino —explicó—. Antes de la casa, no tengo ni idea de qué apariencia tendría, pero se encontraría en estos terrenos de alguna manera. Una vez construido el edificio, la entrada apareció en esta habitación, según consta en nuestros registros. La gente nunca aguantaba demasiado tiempo en esta casa.

Por motivos obvios.

Antes de que la Orden descubriera la puerta y la cerrara, los faes la habían usado para ir y venir entre los reinos. Y atravesarla en las épocas en que la casa estaba habilitada debió de resultarles muy práctico.

Vi entrar a Val en la habitación con una falda roja que destacaba chillona entre los tonos oscuros que vestía todo el mundo. Se acercó a mí, pero al igual que yo, se quedó observando la puerta.

—Qué locura —dijo deteniéndose entre Ren y yo—. Es como un episodio de *Buscadores de fantasmas* o algo así. Quiero decir, ¿puedes imaginar instalarte en este precioso hogar de dos pisos, con una puerta que se pone a dar sacudidas y brilla con rayos azules cuatro veces al año?

Solté un bufido, pero Ren no se mostró tan divertido cuando dirigió una ojeada a Val, aunque ella no aparentó darse cuenta de la frialdad que él irradiaba. Fruncí el ceño, pues no tenía ni idea de qué iba aquello, pero no era el momento de hacer preguntas.

En el piso inferior, algunos miembros de la Orden estaban formando una primera línea de defensa, para entendernos. Su trabajo era bloquear las escaleras, que nadie subiera a esa planta, y el nuestro, proteger a toda costa la puerta. Yo asumí que sucedería lo mismo en la iglesia, por inútil que eso fuera.

Entonces tuve una ocurrencia, y me volví hacia Miles.

—¿Se ve igual de activa la puerta de la iglesia? ¿Igual que esta?

Miles frunció el ceño con mi pregunta, pero asintió. Aquello no tenía sentido para mí. Si los duendes habían destruido la otra puerta, ¿por qué tenía la misma apariencia que esta? ¿Por qué, pese a haberla destruido, continuaba aquel espectáculo de luces? Tendría que preguntarle a Tink más tarde.

—No podemos permitir que ningún antiguo suba y se acerque a esta puerta. —Miles empezó a hablarnos, pero yo tenía la mirada fija en la luz que cambiaba a un azul zafiro más oscuro—. Si alguno consigue acercarse, no le hagáis heridas. Recordad, su sangre abre los portales. Empujadlos para que reculen.

Hubo un asentimiento general, y mientras corrían los segundos, la cháchara cesó y la habitación se quedó tan silenciosa que podía oírse el vuelo de una mosca, a excepción del traqueteo de la puerta. En la planta inferior estaban igual, hasta que David anunció que faltaban cinco minutos para el equinoccio.

Todos los músculos de mi cuerpo entraron en tensión mientras intentaba prepararme para lo que fuera. Me agaché, desenganchando la estaca de hierro de la bota y agarrándola con fuerza. No iba a soltar la de espino hasta que la necesitara. Ni siquiera una parte ínfima de mí creía que ellos fueran a venir en tropel, pero ahora que faltaba solo un minuto, dirigí una mirada a Ren.

Me estaba mirando, y enterré mi preocupación y miedo tan profundos que no sentí nada en mi interior. Hacer eso era la única manera de realizar mi trabajo esa noche y no acabar estremeciéndome en una esquina.

Ren me guiñó el ojo.

Mis labios esbozaron una pequeña sonrisa.

—Es la hora —anunció David.

Contuve la respiración mientras me ponía de cara a la entrada cerrada del gran dormitorio. Los segundos se transformaron en minutos como avanzando de puntillas. Al no suceder nada, los presentes en la habitación empezaron a moverse un poco. La otra puerta seguía traqueteando como si un ejército quisiera salir de ahí, e intercambié una rápida mirada con Ren. La tensión en mi espalda empezaba a aliviarse.

Desde abajo llegó un grito, repentino y violento, seguido de otros más. Apreté la estaca con la mano.

—Ya están aquí —susurró Val.

Rachel se dirigió hacia la salida, pero David le ordenó:

—Quédate ahí.

Ella le dedicó una mirada de sorpresa mientras los gritos del piso inferior se transformaban en chillidos.

—Pero están...

Di un respingo. No acabó la frase, no hizo falta. Mi respiración se aceleró al oír los sonidos de abajo, ahora nauseabundos, horribles. ¿Cómo podíamos permanecer quietos? Ren dio un paso hacia delante.

—Aguanta ahí —instó Miles tras nosotros.

Los hombros de Ren se contrajeron, y supe que le costaba tanto como a mí permanecer ahí, sin moverse, pero entonces los ruidos de abajo se detuvieron. No se oía nada: la planta inferior parecía una tumba.

¡Catacloc!

Un fuerte porrazo contra la puerta del pasillo me hizo dar un brinco pese a mi entrenamiento. Luego otro golpetazo y otro más, sacudiendo la puerta; en el centro se estaba abriendo una rendija.

—Ah, veis... —dije y me puse muy tensa.

David se adelantó.

—Esto está a punto de...

La puerta se astilló lanzando grandes trozos de madera por el aire junto con varios cuerpos que cayeron sobre las maderas del suelo con golpes secos. Me quedé horrorizada. La sangre manaba sobre el suelo desde los pechos desgarrados,

mostrando tejidos gelatinosos, de tono rosáceo. Eran de los miembros de la Orden... todos ellos, los del piso inferior.

Nos ensordeció un rugido gutural impresionante, de infarto. Un estremecimiento de terror me agarrotó los músculos mientras unas formas entraban en la habitación como una oleada de muerte de la que nadie podría escapar.

Faes, montones de faes, volando a través de la abertura ahora hecha añicos.

Había muchísimos, plateados, con su belleza gélida, sus ojos azules claros y sus miradas agudas. Al menos había una docena y media, tal vez más, seguramente más. Pero tras ellos distinguí al antiguo que me había disparado, junto a otro que no reconocí.

Por un momento me quedé parada mientras Ren y los demás miembros de la Orden se precipitaban hacia ellos, desapareciendo entre el grupo atacante. Las estacas de hierro relucían y atravesaban al enemigo, y alguna caía ruidosamente sobre el suelo. Los gritos y chillidos se mezclaban con el sonido de ropa desgarrada y huesos quebrados. Dios bendito, los faes rompían cuellos como si fueran cerillas.

Alcancé a ver a Ren peleando con un fae, metiéndole una patada en el pecho con la bota en una demostración asombrosa de brutalidad y gracia. A continuación, se giró en redondo moviéndose como un bailarín, clavando la estaca donde segundos antes tenía la bota.

Nunca había visto nada parecido.

Al final el instinto se abrió paso. Yo llevaba la lucha en la sangre, era mi herencia. Generaciones centenarias se alzaron en mi interior, empujando el miedo gélido instalado en la boca de mi estómago.

Me di media vuelta. El fae que acosaba a Rachel no me vio llegar, y le clavé la estaca profundamente en la espalda. Un destello de luz me cegó durante un segundo y luego me volví de nuevo. Un fae femenino se lanzaba contra mí como una especie de luchadora profesional, pero me libré de su asimiento. Girándome, le di una patada en la espalda, derribándola sobre una rodilla. Le clavé la estaca, y la piel y músculos cedieron. Una rociada de reluciente sangre azul me cubrió la mano mientras retrocedía de un salto.

Entonces me agarraron por detrás y me vi arrojada a un lado, dándome contra el suelo y casi resbalando sobre el revoltijo formado por los restos de los miembros de la Orden de la planta inferior. Un fae se abalanzó contra mí.

—¡Ivy! —gritó Ren.

Arrastrándome sobre las maderas, rocé con la mano algo húmedo y blando, y me tragué la náusea mientras me ponía en pie de un salto. Finté a la derecha, pero el fae era rápido y me lanzó un puñetazo. Lo bloqueé y luego atacé con la estaca. Él se agachó veloz, reapareciendo de un salto a mi lado.

—Estás a punto de morir —dijo.

—Qué pesadez —repliqué mientras me agachaba.

Golpeé sus piernas y el fae cayó, y antes de darle tiempo a contratacar, me puse

en plan Van Helsing sin dar tregua a su culo.

Me dirigí de un salto hacia Ren, pues dos faes tenían los ojos puestos en él. Primero comprobé la puerta de los rayos azules. El antiguo que me había disparado se encaminaba con sigilo hacia ella. Cambié de dirección, pero me interceptó un fae que reconocí del club.

Roman.

Me sonrió.

—Hola, hola.

Mientras me abalanzaba, alcancé a ver a Val. Se lanzaba hacia delante con un objetivo, esquivando a Miles como una flecha. Al principio pensé que iba a ayudar a Ren, pero le rebasó con una estaca agarrada en la mano derecha. Agachándome bajo el brazo de Roman, le cogí desde atrás y me eché al suelo, derribándole conmigo.

Rodé por el suelo y levanté las rodillas para plantarlas sobre la espalda del fae, inmovilizándolo. Incorporándome de un salto, clavé la estaca de hierro en su pecho justo cuando iba a levantarse.

—¿Lo adivinas? Has fallado.

Roman retrocedió tambaleante, pero en vez de mostrar una mirada de horror en su cara, sonrió antes de explotar en un estallido de luz cegadora. Me volví, preparada para acudir junto a Ren, cuando vi que Val había alcanzado al antiguo que me había disparado.

El antiguo avanzaba hacia Dylan, que estaba bloqueando la puerta traqueteante. Val le ayudaría, por lo tanto yo me fui hacia Ren, pero por el rabillo del ojo vi que Val cogía al antiguo por el hombro desde detrás, y que este no hacía nada. Se encontraba ahí de pie mientras ella tiraba de su cabeza hacia atrás hasta dejar su garganta expuesta.

Me detuve en seco, aunque mis botas resbalaron sobre aquella humedad en la que no quería pensar. El tiempo pareció ralentizarse y avanzó despacio mientras mi amiga esgrimía la estaca con un amplio movimiento en arco del brazo. Dylan se adelantó de una sacudida en un intento de detenerla.

—¡Val! —grité con el corazón casi detenido.

La sangre de un antiguo abriría la puerta. Tenía que saberlo. El antiguo estaba demasiado cerca.

—¡No! —chillé.

No pareció oírme. Tras dar un tajo a la garganta del antiguo con la estaca, la sangre saltó en una rociada. Las gotas alcanzaron el rostro de Dylan mientras ella soltaba al monstruo, y Dylan no se movió lo bastante deprisa cuando el antiguo sacó el brazo con ímpetu para derribarlo.

El horror me impulsó hacia delante, pero no conseguí moverme lo bastante rápido. No había tiempo suficiente en el mundo para detener lo que estaba a punto de suceder. Oí un grito reverberando en mis oídos y me percaté solo vagamente de que era yo misma quien lo profería. El antiguo dio un bandazo hacia delante mientras se

pasaba la mano por el cuello ensangrentado y luego golpeaba la puerta vibrante con la palma.

La brillante luz azul llameó tras la puerta, resplandeciendo a través de las rendijas. El antiguo que me disparó cayó de rodillas ante la puerta con los brazos totalmente en cruz. Pasó un instante y luego se oyó un trueno, un estallido sónico que explotó tras la puerta y me hizo perder el equilibrio. Caí al suelo y el aire salió con violencia de mis pulmones. Aturdida, me senté poco a poco y vi a todo el mundo en el suelo. El antiguo había desaparecido como si nunca hubiera estado ahí, pero la huella de su mano ensangrentada ardía en la puerta con un azul impuro.

Mi mirada desesperada encontró a Ren en el otro extremo de la estancia. Se estaba sentando también. Aguantamos nuestras miradas y, fuera cual fuese el alivio que pudiéramos encontrar en los ojos del otro, se desvaneció. Una suave brisa me recorrió la piel, moviendo los rizos sueltos por mi rostro. Me volví lentamente hacia la puerta, inspirando la repentina fragancia a madreselva.

La luz azul había desaparecido. La puerta ya no vibraba, pero noté cada vello de mi cuerpo de punta con el frío gélido que descendía poco a poco por mi columna. Con cuidado, me puse de rodillas para levantarme. Vi a Val hacer lo mismo, pero ella... retrocedía desde la puerta y estaba... sonriendo. Yo no entendía, no podía comprenderlo, ni siquiera mientras me miraba por encima del hombro y nuestras miradas se encontraron. Su sonrisa solo titubeó un momento.

Oh, no. No, no, no.

No podía estar viendo lo que veía. Tenía que significar algo más, porque era imposible, no podía ser. Los faes tenían que haber contactado con ella de alguna manera, pero vi que llevaba el brazalete, en el cual tenía el trébol. Nunca la veía sin él.

Un cerrojo se accionó con un chasquido y el sonido reverberó por la habitación como un disparo. Con el pulso acelerado, tragué saliva con dificultad mientras otro cerrojo se abría haciendo ruido. El pomo de la puerta vibró una vez, dos, y luego giró lentamente.

Mi corazón se detuvo mientras agarraba la estaca con más fuerza.

Un silencio poco natural se apoderó de la habitación. Tanto los miembros de la Orden como los faes se pusieron en pie al mismo tiempo, y entonces la puerta se abrió de par en par.

Una oscuridad que nunca antes había visto flotaba en el interior de la entrada vacía.

Una densa sombra, profunda y pulsante, surgía de ella con su extremo espeso adhiriéndose al muro por encima de la puerta. Se movía fluida como el aceite mientras trepaba por la pared, infiltrándose en todo lo que tenía delante. Mientras se deslizaba por el techo, el material de cinc saltó bajo su peso, y los zarcillos de humo negro se propagaron hacia fuera, removiendo el aire. El aroma a madreselva se intensificó.

—Oh, eso no tiene buena pinta —murmuré, dando un paso hacia atrás.

Unas volutas de humo negro descendieron desde el techo, canalizadas enseguida en varias columnas. Después de contar unas diez, perdí la cuenta. Pero las sombras giraban vertiginosamente, revelando una brillante luz azul en su centro. La luz vibró una sola vez y las sombras se disiparon, como si un gran viento hubiera dispersado el humo.

En lugar de las sombras emergieron unos hombres altos vestidos con una especie de pantalones oscuros, quizá de cuero. Iban descalzos y a pecho descubierto. En el brazo derecho lucían una banda con algún tipo de escritura que yo no reconocía. Todos llevaban el pelo corto, casi negro y casi al cero. Sus ojos parecían lagos helados mientras inspeccionaban su entorno.

De pronto, los faes de la habitación cayeron de rodillas, inclinando la cabeza, sin prestar atención a los miembros de la Orden que seguían en pie.

Y eso era muy mala señal.

Inspiré con brusquedad y luego contuve la respiración cuando otra sombra se movió desde la entrada del portal. Un hombre lo traspasó, no una nube de bruma maligna, sino un hombre de casi dos metros. Llevaba la misma clase de pantalones negros, pero vestía una camisa de lino blanco pegada a sus amplios hombros, que dejaba al descubierto la mitad de su pecho de bronce, como si le aburriera abotonársela. Llevaba el pelo color azabache más largo, rozándole los hombros, y sus rasgos eran asombrosamente angulosos. Toda la belleza cruda de los faes estructuraba su cara. Era tan guapo que casi costaba mirarle; demasiado irreal, y poco natural.

Y lo peor de todo, no había un gramo de compasión o humanidad en esas facciones.

No necesité que nadie me dijera quién o qué era. Su manera de sostener la cabeza bien alta, el leve gesto de desagrado en sus labios carnosos, ese desprecio arrogante con que su mirada recorría la habitación.

El príncipe.

Había llegado el príncipe.

Y los hombres que tenía ante mí eran sus caballeros. Estaban libres. Antes de poder asimilar el horror total de lo que estaba sucediendo, uno de los caballeros dio un paso hacia el miembro de la Orden que tenía más próximo y le lanzó la mano, atravesándole con un golpe limpio el pecho.

A continuación cundió el caos.

Los miembros de la Orden cargaron contra los caballeros mientras los faes seguían arrodillados en señal de obediencia. Me dejé llevar por el instinto. Busqué en mi brazo izquierdo para soltar la estaca de espino que llevaba sujeta ahí. Los gruñidos de dolor y los pitidos de los últimos suspiros me rodearon mientras me adelantaba, preparándome para entrar en combate contra el caballero más próximo.

Entonces vi a Val.

Andaba a paso rápido tras el príncipe, quien solo tuvo que alzar la mano para que todo el mundo se levantara ante él y se colocara volando a su lado. La demostración de poder era impresionante y en cuestión de segundos se hallaba en la entrada del pasillo. Entonces lo perdí de vista, con Val justo a su lado.

Vacilando, mi mirada frenética localizó a Ren agachándose bajo el brazo estirado de uno de los caballeros y saltando tras él. Le dio con la bota en la espalda, poniendo de rodillas a la poderosa criatura. Entonces me miró, y supe lo que tenía que hacer.

Girándome en redondo, salí corriendo hacia el pasillo, esquivando como una flecha a los caídos: algunos heridos y otros que nunca volverían a levantarse. Me pareció oír que alguien gritaba mi nombre, pero abrí la puerta de par en par y crucé el corto corredor, atisbando por encima de la baranda. Distinguí más abajo el rojo chillón de la camisa de Val escurriéndose a través de la entrada principal.

—¡Val!

Bajando de dos en dos los escalones, crucé el vestíbulo a toda velocidad y llegué a la puerta antes de que se cerrara. Salí al exterior sorprendiendo a un grupo de adolescentes que se hallaban junto al bordillo.

Al mirar a izquierda y derecha, alcancé a ver a Val dirigiéndose hacia el Barrio. Mi cerebro vio claro la situación; mi deber era ir tras el príncipe. Me correspondía a mí hacerlo, pues yo había ocupado la posición más próxima a la puerta, y sabía que los otros pronto vendrían tras nosotros... si conseguían salir de esa casa. Pero era algo más que un deber.

Tenía que alcanzar a Val. Tal vez fuera consternación, tal vez me negaba a admitir que ella hubiera permitido a posta que el fae antiguo abriese esa puerta, y que luego se hubiera marchado con el príncipe por propia voluntad. En lo más hondo, sabía que era una traidora, que la traición se había consumado ya, pero una diminuta parte en mí creía poder resolverlo, si conseguía llegar hasta ella. Porque tenía que haber actuado bajo coacción; tal vez la habían atrapado sin protección como a Merle... como a mí.

Cogiendo velocidad mientras ellos torcían por la calle St. Phillip, temí saber hacia

dónde los conducía. A esas alturas solo podía confiar en equivocarme. Con las piernas doloridas, seguí adelante, eludiendo a peatones y pordioseros. Los pulmones casi me estallaban al pasar junto al pub irlandés y alcanzar a ver la camisa roja de Val un segundo antes de que desapareciera.

No. No.

Apreté la marcha más que nunca; iba casi sin aliento cuando llegué a la entrada lateral de Mama Lousy. Totalmente descorazonada, abrí la puerta de par en par y miré escaleras arriba.

La puerta, normalmente cerrada con llave, se encontraba abierta.

El terror se instaló como una bala de cañón en la boca de mi estómago mientras ascendía las escaleras. Al acercarme a lo alto, percibí un aroma metálico tan fuerte que podía saborearlo en el fondo de la garganta. Desde las escaleras entré en la estancia y contuve un grito áspero.

Harris yacía de espaldas con los ojos vidriosos, desenfocados. Tenía la camisa desgarrada y cubierta de rojo. Un charco de sangre se filtraba desde debajo de su cuerpo extendiéndose por la alfombra beige.

La rabia y el horror pugnaban dentro de mí mientras me adelantaba acechante hacia el hueco de la escalera que llevaba al tercer piso, agarrando la estaca con tal fuerza que me dolían los nudillos.

—¡Valerie! —grité.

Una puerta a mi derecha se cerró de golpe y me di media vuelta. Val se hallaba ahí de pie, sosteniendo entre los brazos algo del tamaño y forma de un bolo. Iba cubierto con un paño negro. No tenía ni idea de lo que podía ser y en ese momento no me importó.

—¿Por qué? —pregunté con la voz quebrada a media frase.

Sus tupidos rizos se balancearon mientras sacudía la cabeza dirigiéndose hacia la puerta.

—Ojalá no hubieras sido tú la encargada de perseguirme.

Antes de que pudiera responder, un aire frío danzó a lo largo de mi nuca. Me giré en redondo y contuve la respiración al ver al príncipe ahí delante. Dos palabras resumían bastante bien lo que sentía.

Oh, mierda.

Oí el portazo a mi espalda y supe que Val había escapado y me había dejado con ese... esa cosa; aun así, no podía apartar la vista de él.

El príncipe ladeó la cabeza, estudiándome con suma atención, como si fuera un bicho raro bajo el microscopio.

—Tu pelo... —dijo con voz extraña, un acento que me recordaba a alguien de Inglaterra, pero diferente, más lírico— es del color del fuego.

Ah.

—Resulta bastante... áspero —añadió casi como repensándose.

Pestañeeé, un poco desconcertada al percatarme de que el príncipe del Otro Mundo

bien podía estar metiéndose con mi color de pelo en esos momentos. Con franqueza, no podía creer tan siquiera que me encontrara ante el mismísimo príncipe.

—No estoy aquí para hablar de mi pelo rojo.

Me observó con ojos gélidos.

—Entonces, ¿estás aquí para pelear conmigo?

—Estoy aquí para acabar contigo.

Una risa suave y musical se difundió por la habitación.

—Me diviertes, y me siento... amable. —Esta última palabra la dijo como si aquello no fuera con él—. Te permitiré vivir.

En el momento en que se desplazó a un lado, yo le cerré el paso. Su mirada saltó a la estaca en mi mano, y una sonrisa lenta y absolutamente asquerosa se formó en sus labios, sin añadir la menor calidez a su rostro.

—¿Una estaca de espinos del Otro Mundo, supongo?

—¿Qué te apuestas?

—¿Crees que porque cuentas con una de esas va a servirte utilizarla contra mí? Es una tontería. —Hundió la barbilla y los largos mechones de pelo negro cayeron contra su pecho—. Y fatal.

Mi corazón se desbocó a pesar de mi respuesta:

—Hablas mucho.

Retrocedió un poco con un gesto fugaz de sorpresa en sus facciones.

—No quiero lastimar a una fémina —dijo con su extraño acento y me recorrió de arriba abajo con su fría mirada—. Encuentro que hay cosas más placenteras que hacer con el sexo débil.

—Serás despreciable —escupí.

Alzó una ceja oscura.

—Mi amabilidad va disminuyendo por segundos.

Una parte importante de mí quería volverse y salir corriendo. Él era el príncipe, y pese a la situación en la que yo misma me había metido, no era estúpida del todo. Por muy entrenada que estuviera, plantar cara al príncipe era un suicidio, pero mi deber —para lo que me habían educado— me obligaba a no huir de un fae. En el pasado había cometido un acto que iba más allá de la negligencia en el cumplimiento del deber, y no volvería a pasar.

No cedí terreno.

El príncipe soltó un largo suspiro, luego se lanzó con brusquedad hacia delante y me agarró por la muñeca. El contacto me hizo soltar un resuello, pues su piel estaba fría.

—Te concedo una última oportunidad. —Aumentó la presión en la muñeca, pero yo no solté la estaca—. No va a gustarte nada el final de todo esto preciosidad mía.

—No soy nada tuyo, macarra.

—Qué pena.

Entonces me empujó con un simple movimiento de mano, pero con fuerza

suficiente para mandarme patinando por la alfombra.

Por lo visto, su asqueroso palique de Casanova no era solo pompa. Me agarré antes de caerme. No me había hecho daño, y parecía que iba a darme una última oportunidad, pero había demasiado en juego como para volverme y salir corriendo.

—¿Qué le has hecho a Valerie?

—¿Quién? ¿La chiquita que acaba de irse? —Eché la cabeza hacia atrás—. No hice nada con ella. Creo que es... tal vez ella sea lista, pues reconoce que nada puede detenernos.

—No. —Negué con la cabeza mientras la furia crecía en mí—. Nunca ayudaría a vuestra especie por voluntad propia. La habéis coaccionado.

—Si así te sientes mejor...

Aferrándome a mi rabia incrédula, me abalancé hacia delante con un giro hacia la izquierda. Ataqué con la estaca... pero el espacio donde se encontraba el príncipe ahora estaba vacío. Retrocedí dando un traspiés:

—¿Qué diablos...?

—Demasiado lenta.

Me di media vuelta y le descubrí ahí de pie, con una pequeña sonrisa en el rostro. Caí sobre él con la pierna levantada, pero no alcancé nada, de nuevo solo aire.

—No puedes pelear conmigo, preciosidad.

Ahora empezaba a irritarme. Levantándome de un brinco, me volví, y cuando estaba a punto de soltar una patada giratoria demoledora con todo mi impulso, el príncipe desapareció de nuevo. Y de pronto sus brazos me rodearon, levantándome del suelo como si no fuera más que una criatura molesta.

—Mi paciencia se ha agotado —dijo contra mi oído, helándome la columna—. Y mi amabilidad se ha agotado también.

Oh, qué putada.

Echando hacia atrás la cabeza, le di en la barbilla, empujándole a un lado la cabeza. El príncipe me dejó caer y me di un rodillazo contra el suelo. Alcé la vista y le encontré de pie justo delante de mí.

La madre que parió al muy...

No tuve tiempo de reaccionar. De pronto me rodeó el cuello con la mano y me levantó limpiamente del suelo. Intenté darle con la estaca, y le arañé el pecho. La sangre salió con un silbido de la herida superficial, burbujeando como la lava.

Hablando en una lengua incomprensible para mí, me cogió la muñeca con la que sostenía la estaca y la retorció hasta obligarme a abrir la mano pese a mi intento frenético por retenerla. Esta cayó de mis dedos, y entonces me encontré con sus dos manos alrededor del cuello.

Me estaba estrangulando; sin yo saberlo había dado mi última bocanada de aire. Dominada por el pánico, di patadas y le clavé las uñas, pero sus dedos me sujetaban bien.

—Vuela, pequeña.

De pronto salí por los aires impulsada hacia atrás y me di contra una de las mesas plegables vacías, que derribé. Aterricé en el suelo de costado, respirando bruscamente con un intenso dolor disparándose por mis costillas.

Jesús, casi no podía respirar del tortazo. Me apoyé en los antebrazos con el cuerpo tembloroso por el esfuerzo de intentar levantarme. Noté una opresión demasiado fuerte en el pecho al alzar la cabeza. En un segundo, él había cruzado la habitación y estaba a mi lado. Estiré el brazo a ciegas y agarré la silla metálica para contraatacar, chillando cuando el dolor en mi costado me dejó sin aire.

—Por favor —dijo el príncipe, cogiendo la silla y arrebatándomela.

Un dolor violento se apoderó de mi mentón y de un lado de la cara cuando recibí un revés colosal con la silla de metal. Tropecé a un lado y caí de rodillas. La sangre brotaba por mi boca, se derramaba entre mis labios... tenía un labio roto. Algo —¿su pie?— me golpeó en el estómago y me puso boca arriba. Sin tiempo para saborear el miedo descarnado que crecía en mi garganta —el pánico que siempre llegaba segundos antes de saber que tenía un problema— me cegó un destello de luz brillante tras los ojos cuando otra oleada de dolor estalló en mi mejilla.

Iba a morir.

En ese momento, la claridad de la situación fue ineludible. Hasta entonces había pensado que no temía a la muerte sino a vivir mientras todo el mundo fallecía a mi alrededor, pero estaba equivocada. Un terror no experimentado hasta entonces se elevaba como un humo insidioso que me atragantaba. No quería morir. Ahora no. No cuando empezaba a vivir de verdad otra vez. No cuando me sentía tan atraída por Ren, cuando estaba... ¿enamorada? Oh, Dios. Esa pequeña noción, comprendida demasiado tarde, me atravesó más profundamente que el dolor físico y llenó mi pecho. Me saltaron las lágrimas y apenas pude ver. En realidad mis ojos parecían tener algún problema.

Dolor... el dolor estaba por todas partes. Cada respiración abrumaba mis sentidos. Dentro de mí algo importante se había desquiciado, se había abierto. Una herida punzante rugía desde mi interior mientras percibía al príncipe arrodillándose sobre mí, con las rodillas a ambos lados de mi cuerpo. Intenté alzar los brazos, pero cada terminación nerviosa ardía sublevada. La oscuridad se adhería a los límites de mi consciencia, perfilando el mundo a mi alrededor con una bruma densa. Noté la lengua demasiado pesada cuando el rostro borroso del príncipe apareció.

—Deberías haberte ido cuando tuviste ocasión, preciosidad.

El desprecio envolvía su tono. Luego se inclinó pegando su rostro al mío:

—Te di la...

—Su voz se apagó e inspiró hondo, con un sonido audible.

Noté al príncipe paralizado encima de mí, y entonces percibí su mano en mi mejilla. Luego se acercó a la boca los dedos con las puntas manchadas de rojo. La oscuridad lo invadía todo, pero yo pensé... pensé que estaba saboreando mi sangre, y eso ya era el colmo de los colmos, qué coño.

Retrocedió con un espasmo, y tuve la impresión clara de que su piel empalidecía. Luego volví a verle ante mi cara.

—No —dijo.

Entonces profirió un sonido similar a una maldición, antes de susurrar una palabra que no entendí... una palabra pronunciada en inglés, pero que no podía ser lo que yo creí oír.

Estirando la mano entre nosotros, sujetó el cuello de mi camisa con ambas manos y lo desgarró como si fuera un pañuelo de papel. Mi corazón, débil y consumido, latía a trompicones mientras me invadía una clase diferente de pánico. El príncipe apoyó la mano en el centro de mi pecho, y no me sobó sino que me calentó con la palma quieta, y el calor escaldó mi piel, quemando en profundidad los tejidos y los músculos. Y el fuego más extraño se precipitó por mi interior.

En algún lugar se abrió una puerta de súbito, con la madera haciéndose añicos contra la pared. Se oyeron gritos, algunos reconocibles, pero muy distantes. El príncipe se levantó con una ráfaga de aire frío. Pareció desplomarse hacia su propio interior, y donde antes había un hombre, solo quedó un cuervo.

La criatura desplegó unas alas majestuosas, como dos brazos con plumas, y se elevó hasta el techo desapareciendo de la vista... esa única palabra rodó una y otra vez a través de mis pensamientos dispersos mientras alguien llegaba a mi lado. Las voces subieron de volumen, y pensé que tal vez estuviera Ren a mi lado, que tal vez fuera él quien me tocaba con sumo cuidado, pero lo único que alcanzaba a oír era esa única palabra que el príncipe había susurrado.

Semihumana.

El tiempo... el tiempo trascurrió de manera extraña para mí. En realidad había perdido la noción del mismo. En cierto momento, solo fui consciente de que me habían movido de la áspera alfombra para acomodarme en algo mucho más blando. ¿Tal vez una cama? Luego empecé a oír un pitido bajo y persistente, como un tictac de fondo... un monitor cardíaco. Conseguí abrir los ojos —de hecho solo uno— y a través de la visión borrosa fui capaz de distinguir el techo de paneles color hueso y la luz baja. Un olor antiséptico distinguible impregnaba el aire. En mi aturdimiento, me percaté de que debían de haberme ingresado en un hospital, y que si estaba allí y no en nuestro cuartel general, es que la cosa era seria. Pero estaba demasiado cansada como para seguir el hilo de ese pensamiento.

Desconozco cuánto tiempo pasé así, solo tomando conciencia del entorno por momentos, de forma ocasional. En un instante se me ocurrió pensar que notaba a Ren cerca. Otra vez creí oír la risa de Val, pero eso no tenía sentido en mi mente dispersa. Había razones para no oír la risa de Val. Y luego había otros momentos en que me despertaba y solo podía pensar en lo que me había dicho el príncipe.

Semihumana.

No obstante, esta vez, mientras me arrastraba a través de la oscuridad, a punto de abrir uno de mis ojos, al pestañear y volver a enfocar el techo, no me desvanecí de inmediato.

Inspiré hondo y di un respingo a causa del dolor sordo que se propagó por mis costados. Intenté tragar, pero parecía tener la garganta en carne viva, como si hubiera tragado clavos. A medida que transcurrían los minutos, cobraba conciencia de otros dolores. Me dolía la cara, como si me hubiera dado de cabeza contra un muro y hubiera arrastrado la jeta por los ladrillos. Me dolía la mandíbula, igual que el ojo izquierdo... sí, todo el globo ocular. Una palpitación constante emanaba de la muñeca derecha. Un fuego ardía con intensidad en mis costillas.

Despertarse era un asco. Dios.

Meneé los dedos, y me alivió comprobar que aquello funcionaba. A continuación iba a intentarlo con las puntas de los pies, pero antes de comprobar todo el sistema, noté movimiento en la habitación.

La cama se hundió levemente y luego vi los ojos verdes más bonitos, dos joyas esmeraldas extraídas de una mina y colocadas tras unas densas pestañas, reluciendo entre unos rasgos asombrosos que yo había acabado por... amar. Mi corazón empezó a acelerarse, y el pitido siguió aquel ritmo. Le quería. Así era. Había sucedido de algún modo en todo aquel caos.

—Ey —me dijo bajito, mirándome como un hombre que no creyera que por fin iba a mantener esa conversación—. Ya estás despierta, dormilona. ¿Esta vez vas a quedarte conmigo?

Me concentré en él con mi único ojo mientras la emoción me atragantaba. Lo que me había traído allí, a aquella cama, perduraba en el fondo de mi mente, no lo olvidaba, pero lo mantuve solo... ahí.

—Ey —conseguí contestar con voz ronca.

Una sonrisa de alivio apareció en su cara, suavizando sus ojeras. Por el aspecto del pelo, parecía que se había pasado la mano muchas veces por ahí. Me observó un momento y luego estiró la mano sobre el soporte que había junto a la cama.

—¿Tienes sed?

Iba a asentir, pero me percaté de que no era buena idea.

—Sí.

Ren sirvió agua de una jarra en un vaso de plástico.

—De acuerdo. Solo un poco.

Me pasó una mano con sumo cuidado bajo la cabeza y, levantándomela, me acercó el vaso a los labios. La boca y la garganta me escocieron con el agua fría, pero era como beberse el paraíso. Retiró el vaso antes de que me lo tragara como si estuviera en un concurso de bebedores de instituto. Le fulminé con el único ojo que tenía abierto.

—Despacio. —Se rio, y sus ojos se iluminaron—. No quiero que te sienta mal, y se sume... —Flexionó la mandíbula mientras se pasaba los dedos por el pelo otra vez—. Y se sume a todo lo demás.

Todo lo demás: mi cara dolorida, las costillas apaleadas... pero estaba viva y eso me impresionaba, porque había notado algo serio rompiéndose en mi interior. Serio de verdad. Moví las cejas.

—Dios, Ivy... —Aclarándose la garganta, se inclinó y me besó con dulzura en la punta de la nariz—. No he pasado un solo momento sin hacerme cruces, joder. Pensaba que... cuando te vi en aquella habitación...

Dolía oír la pena descarnada en su voz.

—Estoy bien, creo.

—¿Crees?

Se rio sin disimulo de eso, con una risa profunda y gutural. Cuando alzó la cabeza, pensé que le brillaban los ojos.

—Te encuentras en el hospital próximo a tu casa... el Kindred Hospital. No podíamos cuidarte en el cuartel general.

Después de otro trago lento de agua, conseguí que mi lengua funcionara.

—¿Cómo...? ¿Qué sucedió?

Retiró con cuidado un rizo díscolo mientras una mirada de profundo dolor atravesaba sus rasgos.

—Ivy... ¿No te acuerdas?

—Me... acuerdo. —Me acomodé contra las almohadas, con un agotamiento extraño pese al hecho de tener la sensación de llevar haciendo de Bella Durmiente un buen rato—. ¿Qué día es?

Al principio pareció no querer responder.

—Sábado por la noche.

—¿Qué?

Iba a sentarme, pues el pánico explotó como un perdigón, pero me empujó los hombros con delicadeza.

—Tranquila, necesitas descansar. Solo un poco más. Resultaste mal herida, Ivy —dijo con las manos apoyadas en mis hombros.

—Pero... —Miré por la habitación, viendo que estábamos a solas—. Pero los caballeros... el príncipe, están fuera.

Negó con la cabeza.

—Por extraño que parezca, no fue el apocalipsis brutal que nos temíamos. La Orden, lo que queda de la Orden, ha estado patrullando cada noche desde entonces. No hemos visto un solo caballero ni a ese hijo de puta. David y unos pocos van al Flux esta noche, pero tengo la impresión de que no van a encontrar nada ahí.

Mis pensamientos avanzaban despacio, intentando seguir lo que estaba diciendo.

—Eso no tiene sentido.

—No, en realidad no, pero estén donde estén, hagan lo que hagan, se ocultan. —Me sonrió, aunque la sonrisa no alcanzó sus ojos verdes—. Conseguimos cerrar de nuevo el portal.

Intenté asimilar eso, pero lo que persistía en primer plano era lo que había dicho. *Lo que queda de la Orden.*

—¿Cuántos perdimos?

Ren dirigió la mirada hacia un lado; el músculo a lo largo de su mentón entró en funcionamiento.

—Dieciséis.

—Oh, Dios mío, ni siquiera...

Cerré mi ojo bueno. La pena creciente casi me hizo desear seguir nadando en la oscuridad.

—¿Y habéis encontrado a... Val?

—Me dolía incluso pronunciar su nombre.

—No, nadie la ha visto a ella tampoco, ni siquiera su familia.

Dios, ¿qué habría hecho Val? Mis pensamientos retornaron a la última vez que la vi en el cuartel general.

—Llevaba algo, Ren. Estaba ahí por un motivo. Tenía algo tapado con una tela negra.

Ren asintió poco a poco.

—Lo sé. ¿Recuerdas que Merle mencionó una especie de cristal? David tenía uno guardado en una habitación de la tercera planta, entre otras cosas raras. No sé en

realidad la importancia que tiene. —Apartó la vista y sus hombros se alzaron al inspirar profundamente—. David no nos ha explicado qué demonios es eso, o sea, que no tengo ni idea.

Pensé en la habitación en la que David nunca dejaba entrar a nadie, pero ¿cómo sabía Val que ese cristal estaba ahí? Para ser sinceros, me olvidé del cristal en el momento en que Merle mencionó a los semihumanos.

—Imagino que Merle puede saberlo, pero no he... bien, para ser sinceros, en realidad no me preocupa eso ahora mismo. Solo me preocupas tú.

Y mi mirada se perdió en él. Sus cejas fruncidas mientras me rodeaba la mano izquierda con los dedos para darme un apretón delicado.

—Sé que no te hace gracia oírlo, pero deseo matarla por lo que ha hecho.

En efecto, no quería oír eso.

—Podías haber muerto y yo... —Se interrumpió. Cuando yo volví a abrir el ojo, él tenía la mirada perdida en el espacio próximo a mí, en el monitor—. No sabría qué hacer.

Mi respiración se aceleró un poco.

—Estoy aquí... estoy aquí.

Sonaba pobre, pero era todo lo que podía decir.

Desplazó su mirada a la mía.

—Así es, pero nunca deberías haberte enfrentado al príncipe... no tendrías que haber pasado por nada de eso. ¿En qué pensabas? —Tragó saliva—. Ir tras él era como ponerte una pistola en la cabeza.

—Era mi deber.

Sacudió la cabeza poco a poco.

—Fue suicida. Eres increíblemente valiente, Ivy, eres fuerte y valerosa, pero eso fue una locura. Y ojalá nunca hubieras tenido que enfrentarte a eso.

Ojalá, sí. Mis pensamientos regresaron flotando al cuartel general, y me pregunté si alguna vez sería capaz de entrar ahí otra vez y no pensar en la pelea con el príncipe y en lo que había dicho.

Semihumana.

Me recorrió un estremecimiento. ¿Pensaba el príncipe que yo era una semihumana? Eso era imposible... imposible. Un antiguo había estado cerca de mí en otra ocasión en la que sangré, pero... pero el príncipe estaba justo pegado a mí cuando lo percibí.

Había probado mi sangre.

—Ey, no hablemos de nada de esto ahora —dijo Ren rozándome la sien con los labios—. ¿De acuerdo?

Pero tenía que preguntar:

—¿Piensas que ella actuó bajo coacción? ¿Val?

—No lo sé, Ivy. Es posible, pero...

De repente sentí ganas de llorar. Esa hipótesis era poco probable; las coacciones

no duraban eternamente a menos que te chuparan la sangre, y si ese fuera el caso, ahora ya era demasiado tarde para Val.

Demasiado tarde.

Sin necesidad de preguntar, sabía que la Orden ya habría ordenado traerla de vuelta, y la querrían viva o muerta. Era más probable que la trajeran muerta. Porque otros miembros se ocuparían de pegarle un tiro a toda costa. Su traición era tan dolorosa como la paliza que me había propinado el príncipe.

Ren me pasó el pulgar por la mano, y yoforcé una sonrisa, aunque la sensación no fuera exactamente agradable.

—¿Tengo muy mala pinta? —pregunté.

—Nunca has estado mejor.

—Qué mentiroso. Me doy perfecta cuenta del bulto tan excitante que soy ahora mismo.

Se acercó mi mano a sus labios y me besó el centro de la palma.

—Estás aquí. No me importa tu aspecto. No cuando llegué a pensar que te había perdido.

El corazón me estalló en el pecho, y casi —casi— digo esas dos palabras. Nuestras miradas chocaron y no evitamos observarnos.

—¿Pensabas que podías librarte de mí tan fácilmente?

Ren sonrió mostrando sus hoyuelos.

—Cielo, eso es lo último que quiero.

*E*l domingo por la tarde me dieron el alta y de inmediato me llevó a casa donde descubrí que mientras yo había estado apagada como una bombilla fundida, Ren se había instalado con Tink.

Y eso casi me manda de vuelta al hospital.

Según el propio duende, Ren había pasado a diario por allí, poniéndole al día de las novedades y ni una vez había andado «desnudo» ni había intentado matarlo. Cuando lo miré, de hecho parecía avergonzado como si lo hubieran pillado confraternizando con el enemigo.

Aunque las heridas podrían haber sido peores —deberían haber sido peores— yo estaba agotada, y acabé quedándome en cama desde el domingo hasta el martes con Ren y Tink ocupándose de todo lo que me hiciera falta, algo interesante de ver, pues los dos se vieron obligados a trabajar juntos.

No tenía ni idea de cómo iba a recuperar las clases perdidas. Hablar con mi tutor estaba en la lista de cosas prioritarias una vez que no tuviera aspecto de haber pasado mi cara por la picadora de carne.

El martes por la noche abandoné por fin el dormitorio y me instalé en el salón. Ren estaba sentado en un extremo del sofá y yo me encontraba acomodada entre sus

piernas, descansando contra su pecho. Por fin había pasado de los caldos a la comida sólida, con lo cual había devorado media caja de pralinés mientras Tink nos obligaba a tragarnos una maratón de películas de Harry Potter.

—¿Es necesario que repitas cada frase de la película? —preguntó Ren en un momento dado.

Tink resopló.

—Intensifica el goce.

—Tal vez para ti, pero no para el resto del mundo —masculló él, y yo sonreí.

Acabé quedándome dormida, con Tink sentado en el otro brazo del sofá y los brazos de Ren rodeándome con delicadeza. Cada noche, desde mi salida del hospital, se había quedado conmigo. Le había encontrado ahí al despertarme en medio de la noche con un grito reverberando en mis oídos, y había estado también ahí para calmar los terrores que me acosaban mientras dormía. No tenía ni idea de qué soñaba. Cada vez que me despertaba, no quedaban imágenes.

El miércoles, Ren se fue de nuevo al trabajo y el jueves, si me encontraba en condiciones, tenía previsto acercarme al Barrio para ver a David. Con tantos miembros perdidos, necesitaba volver pronto. No porque recibiera presiones; yo misma necesitaba hacerlo.

Necesitaba encontrar a Val.

Eso iba a ser la prioridad número uno, y aunque sabía que David y los miembros de la Orden la estaban buscando, nadie la conocía mejor que yo. Nadie. No planeaba contárselo a Ren, pues sabía que iba a flipar, pero tenía que intentarlo.

Cuando entré en el dormitorio arrastrando los pies, me encogí al verme bien en el espejo. El ojo izquierdo ya se había abierto hasta formar una delgada rendija. Tenía todo el lado izquierdo de la cara como si alguien me hubiera tirado mermelada de fresa y uva. El labio inferior estaba hinchado y partido por en medio, y parecía un bicho atropellado en la carretera, con los rizos grasientos y lacios. Excitante.

Oí la puerta de entrada abrirse y luego a Tink gritar:

—¿No tenías que estar trabajando?

—No hace falta que cuides de mí —fue la respuesta de Ren.

Sentí curiosidad por saber el motivo de que volviera a casa a las siete de la tarde y salí con tranquilidad del baño mientras él llenaba el umbral de la puerta. De inmediato la inquietud aumentó en la boca de mi estómago.

—¿Va todo bien?

Sonrió mientras se acercaba hacia mí con un brazo a la espalda. Por encima del hombro, vi a Tink suspendido en el aire.

—Solo quería hacer una parada rápida y asegurarme de que estabas bien.

—Podrías haberme enviado un SMS... Espera. —Olisqueé el aire—. ¿Qué es ese olor?

Se detuvo delante de mí sacando la mano de la espalda. Sostenía una bolsa del Café Du Monde.

Tink soltó un chillido como una quinceañera en un concierto de One Direction. Entrando velozmente le arrebató la bolsa a Ren y salió volando. Él se volvió con el ceño fruncido.

—¡Guárdale uno a ella, enano! —Entrecerrando los ojos, se concentró en mí—. No me gusta esa cosa.

—Estoy segura de que el sentimiento es mutuo, pero gracias por los buñuelos.

—Solo era una excusa para verte. —Estiró la mano para desabotonarme la chaqueta de punto—. Detesto la idea de dejarte sola ahora.

Le observé poniendo bien los botones en los ojales correctos, pues yo me los había abrochado de cualquier forma.

—No estoy sola.

—Ese friki no cuenta.

—Eh, pero es mi friki.

Ren alzó la cabeza y tomó mi mejilla, la que me quedaba decente.

—¿Seguro que te encuentras bien? Puedo hablar con...

—Estoy bien, lo juro. Planeo darme una ducha, luego me tumbaré en el sofá, y es de esperar que Tink no devore todos los buñuelos y que pueda comerme una de esas delicias azucaradas antes de quedarme dormida.

—Conforme. —Bajando la cabeza, me besó con dulzura en la comisura de los labios—. Volveré a casa en cuanto pueda.

¿A casa? ¿Aquí? ¿Esto lo consideraba su casa? Oh, Dios mío, el corazón se me hinchó tanto que llegué a pensar que iba a subir flotando hasta el techo. Ni siquiera sé qué le había dicho cuando se marchó, pero me quedé de pie en medio del dormitorio babeando.

Oh, Dios, estaba perdidamente enamorada de Ren, sin remedio, de Ren Owens. Estaba enamorada de un chico cuyo verdadero nombre era Renald. No era la primera vez que reparaba en ello, pero cuando lo pensaba me desconcertaba hasta las entrañas.

Sacudiendo la cabeza, iba a meterme en el baño cuando la mirada se me fue hasta el tocador. Hice un alto y mi corazón se desinfló tal como se desinfla un globo con un alfiler.

Ren había recogido la estaca de espino que se me había caído durante la pelea con el príncipe. Y ahora se encontraba sobre el tocador, alineada con las demás estacas de hierro.

Semihumana.

Cerré los ojos. No tenía sentido. El príncipe era... grotesco y espeluznante. Pero eso no explicaba lo que me había hecho antes de que Ren y los otros aparecieran. Me había... puesto la mano en el pecho, y entonces yo sentí aquel calor en mi interior. Creo que me había curado, sé que lo había hecho. Era la única explicación de que ahora me encontrara ahí de pie y no en una urna funeraria. Pero no era posible. Di un paso adelante hacia el tocador, y luego otro.

Había una manera de descubrirlo. Sabía qué sucedería si me cortaba con la estaca. O bien sangraba normal y acababa sintiéndome imbécil, de un modo ridículo, pero muy feliz. O bien...

Estiré la mano y cogí la estaca. Sacudí la cabeza. Iba a dejarla otra vez sobre el tocador, pero maldije en voz baja y abrí la mano izquierda con la palma hacia arriba.

—¿Qué estás haciendo?

Solté un jadeo y me volví, encontrando a Tink en el umbral. La camiseta de muñeca que llevaba puesta estaba cubierta de azúcar glasé. No pensaba decirle nada, pero las palabras salieron sin control de mi boca. Yo no le había contado nada de lo sucedido, todo lo sabía por Ren.

—Cuando peleé con el príncipe, me dijo algo... creo que él me hizo algo. Mira, la verdad es que estaba... malherida. Peor de lo que en realidad estoy. —Me señalé la cara con la mano libre—. Pienso que me curó. ¿Es eso posible o estoy loca?

Tink no dijo nada, y la sensación de terror fue en aumento. Tomé aliento estremecida.

—Iba a matarme, sé que iba a hacerlo. Pese a que me ofreció la oportunidad de marcharme, iba a matarme. Pero me sanó y... el príncipe dijo... semihumana. Cuando yo estaba sangrando, dijo semihumana.

A Tink se le heló la expresión, lo mismo le pasó a mi corazón.

—Ivy.

Me costaba respirar, de pronto sentí la piel fría.

El duende entró volando en la habitación y dejó pasar un momento antes de hablar:

—Nosotros, los duendes, siempre hemos sido capaces de percibir el Otro Mundo en otras criaturas, por débil que sea. En cierto modo es algo que nos hace valiosos para los demás —explicó con tranquilidad, la mirada aguda y fija en mí—. Los faes, antiguos o no, no son como los sabuesos, me refiero a que deben estar justo encima de alguien para oler su parte híbrida.

Y el antiguo que me pegó un tiro, el que había abierto el portal con ayuda de Val, nunca estuvo de pie a mi lado. Me había disparado desde varios metros de distancia. ¿No se había percatado de eso la Elite?

—Pero tú... —dije y ni siquiera pude terminar el pensamiento.

En el fondo de mi mente, sabía que Tink me había estado ocultando más información de la que creía, pero en este instante no me importó. No era lo más importante. Tal vez más tarde le echaría de una patada por la ventana, pero en ese segundo, el horror me consumía.

—No fue una casualidad que te encontrara, ¿verdad?

Tink bajó la vista al suelo, y la estaca tembló en mi mano derecha.

—No lo hagas, Ivy.

Obviando su ruego, lo hice. Tenía que hacerlo. Tenía que saber, y me di con el extremo afilado de la estaca en medio de la palma. Ni siquiera me dolió, pero la piel

se rasgó con un siseo, y mi sangre saltó y burbujeó de inmediato.

—Oh, Dios mío —susurré.

Dejé caer la estaca de espino, que rebotó ruidosa en el suelo de madera, y retrocedí. Alzando la cabeza, observé fijamente a Tink. Sus alas se replegaron a los lados mientras él bajaba hasta el pie de la cama. Mi corazón latía con un estruendo, tan acelerado que pensé que iba a marearme.

—No —susurré.

Tink alzó la vista con seriedad.

—Te dije que no lo hicieras.

Un sollozo se escapó desde las profundidades de mi alma.

—No.

No hubo respuesta por parte de Tink, y mientras yo bajaba la mirada poco a poco a mi palma, ahí donde la sangre seguía burbujeando como si hirviera, me quedé estupefacta al percatarme con horror de las consecuencias, a cuál más terrible.

Yo era la semihumana.

Era la semihumana que había venido a matar el hombre del cual me había enamorado.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero dar las gracias a Stacey Morgan por escucharme divagar sobre un sueño y mis deseos de escribir un libro basado en el mismo. Porque me dijo que debería hacerlo, y lo hice. Y también expreso mi agradecimiento a mi agente Kevan Lyon, esa impresionante mujer, que me escuchó cuando dije que quería autopublicar este libro, ofreciéndome todo su apoyo. Hacedme caso, Kevan es formidable. En tercer lugar, mil gracias a Sarah Hansen de Okay Creations y su precioso diseño de portada, y para Kelsey Kukal-Keeton, por ilusionarse tanto con la sesión de fotos bajo el agua y conseguir un resultado tan asombroso. Gracias a los impresionantes modelos —Justin Edwards y Heather Noel MacDonald— por estar dispuestos a tirarse al agua y encima salir tan sexys. Eso requiere un verdadero talento.

Gracias a Kara Malinczak por su asombrosa capacidad editorial y por adecentar este libro para que no fuera un auténtico desbarajuste. KP Simmons, te agradezco que hayas llevado las Relaciones Públicas de ese modo tan natural, como si fuera fácil.

Seguramente me habría vuelto loca sin Laura Kaye, Tiffany King, Wendy Higgins, Sophie Jordan, Jen Fisher y Lesa Rodrigues. O habría dejado demasiadas cosas para más tarde y hecho menos trabajo. Cora Carmack, eres fenomenal. Sarah Maas, aún sigo chiflada por ti, como cuando era jovencita. Jay Crownover, hagamos bebés-libritos un día. Gracias a Jamie McGuire por darme valor para hacer algo; ella sabe lo que eso supone. Gracias.

Y, por último, y no menos importante, gracias a todos los blogueros, críticos y lectores de mis libros. Sois el motivo de que haga esto. Os quiero a todos. En serio. GRACIAS.



JENNIFER L. ARMENTROUT (Martinsburg, Virginia Occidental, 1980). Actualmente sigue viviendo en Martinsburg con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas.

Jennifer escribe YA paranormal, ciencia ficción, fantasía y romance contemporáneo. También escribe novelas para adultos bajo el seudónimo de J. Lynn.

Notas

[1] Manera en que pronuncian los turistas el nombre de la ciudad. (*N. de la T.*) <<

[2] *Tinker Bell* es el personaje de Campanilla. (N. de la T.) <<

[3] Trastorno Deficitario de la Atención (TDA) y Trastorno Deficitario de la Atención e Hiperactividad (TDAH). (*N. de la T.*) <<